



A. DUMAS
MEMORIAS
DE UN MÉDICO

BIBLIOTECA
DE LOS
NOVELISTAS
V^o CH. BOURET



THE HISTORY OF THE
 CITY OF BOSTON
 FROM 1630 TO 1880
 BY
 J. B. HENNING



PQ2227
 M5
 S6
 v. 5

1886



1020026319



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



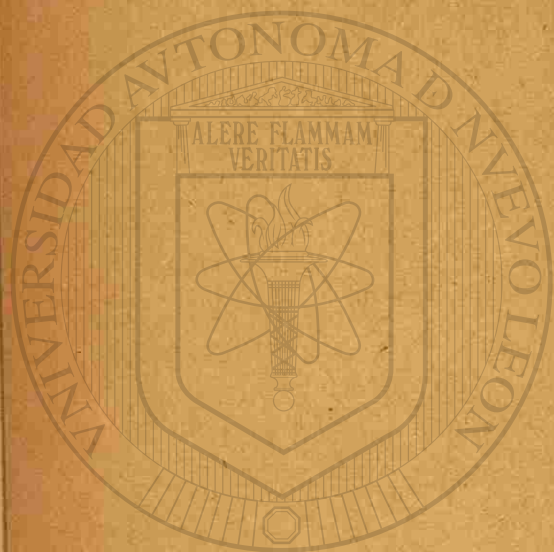
MEMORIAS

DE UN MÉDICO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MEMORIAS
DE UN MÉDICO

POR

ALEJANDRO DUMAS

Nueva Edición

TOMO QUINTO



098704[®]

LIBRERÍA DE LA V^{da} DE CH. BOURET

PARIS

MÉXICO

23, Rue Visconti, 23

14, Cinco de Mayo, 14

1906

Propiedad del Editor.

29974

PARÍS — LIBRERÍA É IMPRENTA DE LA v^{da} DE CH. BOURET.

843
29
PQ 2227
.45
S6
V.5

Núm. Clas. _____
Núm. Autor _____
Núm. Aeg. _____
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edn. 1625 MONTERREY, MEXICO

MEMORIAS DE UN MÉDICO

I

El cuerpo y el alma

El último que quedó con el maestro fué el cirujano Marat, el cual se acercó humildemente y muy pálido al terrible orador, cuyo poder era ilimitado.

— Maestro, le preguntó, ¿he cometido en efecto una falta?

— Y grande, respondió Bálamo, y lo peor es que vos no creéis habérta cometido.

— ¡Y bien! sí, no sólo no creo haber cometido una falta, sino que estoy persuadido de que he hablado debidamente.

— ¡Orgullo! ¡orgullo! murmuró Bálamo; ¡orgullo, demonio destructor! Los hombres van á combatir la fiebre en las venas del enfermo, la peste en las aguas y los aires; pero dejan que el orgullo eche tan hondas raíces en su corazón, que no pueden conseguir el extirparlo.

— ¡Oh! maestro, dijo Marat; qué triste opinión formáis de mí; ¿Conque soy en efecto tan poca cosa

que no pueda contarme en el número de mis semejantes? ¿Tan mal fruto he recogido de mis trabajos que soy incapaz de proferir una palabra sin que se me tache de ignorante? ¿Tan tibio adepto soy que se sospecha de mi convicción? Aunque no fuese más que por esto, existo á lo menos por mi adhesión á la justa causa del pueblo.

— Porque veo, replicó Bálamo, que aun lucha en vos el principio del bien contra el del mal, que me parece ha de triunfar un día, trataré de corregiros de esos defectos. Si debo lograrlo, si el orgullo no ha triunfado ya en vos de todos los demás sentimientos, lo lograré en una hora.

— ¿En una hora? replicó Marat.

— Sí, ¿queréis concederme esa hora?

— Ciertamente.

— ¿En dónde os veré?

— Maestro, á mí me toca acudir al punto que ten-gáis á bien señalar á vuestro servidor.

— Pues bien, dijo Bálamo, iré á vuestra casa.

— Reflexionad en el compromiso que contraéis, maestro, porque habito en una buhardilla de la calle de los Cordeleros. ¿Lo oís? en una buhardilla, repitió Marat con una afectada sencillez de orgullo, con una fanfarronada de miseria que no se escapó á Bálamo; mientras que vos....

— Mientras que yo, ¿qué?

— Habitáis, según dicen, en un palacio.

Bálamo se encogió de hombros, como un gigante que desde lo alto de su estatura mide la cólera de un enano.

— Y bien, sea así, respondió, iré á veros en vuestra buhardilla.

— ¿Y cuándo iréis?

— Mañana.

— ¿Á qué hora?

— Por la mañana.

— Debo advertiros que al rayar el día voy á mi anfiteatro y de allí al hospital.

— Precisamente eso es lo que yo necesito, y á no habérmelo propuesto vos, os habría rogado que me condujeseis allá.

— Ya os he dicho que muy temprano, porque yo duermo poco, replicó Marat.

— Y yo no duermo nada, respondió Bálamo; con-que así hasta el amanecer.

— Os aguardaré.

Dicho esto se separaron, porque habían llegado á la puerta de la calle, tan sombría y solitaria á la salida, como poblada y bulliciosa á su entrada.

Bálamo tomó á la izquierda y desapareció rápidamente.

Marat lo imitó tomando á la derecha con sus largas y delgadas piernas.

Bálamo fué exacto, pues al día siguiente á las seis de la mañana estaba ya llamando á la puerta del descanso de la escalera, que situado en el centro de un largo corredor con seis puertas á uno y otro lado, formaba el último piso de una casa ya vieja de la calle de los Cordeleros.

Conociase que Marat lo había preparado todo para recibir más dignamente á su ilustre huésped; en efecto el parco lecho de nogal y la cómoda de madera común brillaban de puro limpios, gracias á lo bien que manejaba una rodilla de lana cierta demandadera que se afanaba en tener aseados aquellos carecomidos muebles.

El mismo Marat ayudaba y no poco á aquella mujer, regando una maceta de loza azul en que había algunas flores pálidas y descoloridas, que eran el principal ornamento de la buhardilla.

Aun tenía debajo del brazo una rodilla de hilo, la cual indicaba que no había tocado á las flores sino después de dar una mano á los muebles.

Como la llave estaba en la puerta y Bálamo entró sin llamar, sorprendió á Marat ocupado en aquella faena.

Cuando Marat vió al maestro se ruborizó mucho más de lo que convenia á un verdadero estoico, y dijo, arrojando detrás de una cortina la acusadora rodilla :

— Ya veis que soy hombre casero, y que ayudo á esta buena mujer, pero esejo la faena, como por ejemplo, lo que quizá no sea propio de un buen plebeyo, pero que tampoco lo es enteramente de un gran señor.

— Lo es de un joven pobre y amigo del aseo, y esto basta, dijo Bálamo con frialdad. ¿Estáis pronto? porque ya sabéis que tengo el tiempo tasado.

— Voy á mudarme de traje... Señora Grivette, mi casaca... Es mi portera, caballero; mi ayuda de cámara, mi cocinera, mi mayordomo, y me cuesta un escudo al mes.

— Alabo la economía, dijo Bálamo; ella es la que constituye la riqueza de los pobres y la prudencia de los ricos.

— El sombrero, el bastón, dijo Marat.

— Alargad la mano, dijo Bálamo; ahí tenéis el sombrero, y sin duda el bastón que pedís.

— ¡ Oh! dispensadme, caballero; estoy aturdido.

— ¿ Estáis ya?

— Sí; el reloj, señora Grivette.

La señora Grivette se volvió y revolvió, pero no contestó una palabra.

— Para ir al anfiteatro y al hospital no se necesita reloj; además quizá se tardaría mucho en encontrarlo, y tenemos prisa.

— Sin embargo, caballero, estimo mucho mi reloj, que es excelente y lo he comprado á fuerza de economizar.

— La señora Grivette lo buscará en vuestra ausencia, respondió Bálamo sonriéndose; y como busque bien, no os faltará á la vuelta,

— ¡ Oh! de seguro, dijo la señora Grivette, al instante parecerá si es que mi señor no lo ha dejado en otra parte, porque aquí nada se pierde.

— Ya lo veis, dijo Bálamo. Vámonos, vámonos.

Marat no se atrevió á insistir, y siguió á Bálamo aunque refunfuñando.

En la puerta, dijo Bálamo: ¡

— ¡ Á dónde vamos primero?

— Al anfiteatro si lo tenéis á bien, maestro; he designado un sujeto que ha debido morir esta noche de una meningitis aguda: tengo que hacer algunas observaciones sobre su cerebro, y no quisiera que mis compañeros lo cogiesen.

— Pues entonces al anfiteatro, señor Marat.

— Es tanto más fácil, cuanto que solo está de aquí dos pasos; el anfiteatro se une con el hospital, y no hacemos más que entrar y salir; podéis, pues, esperar-me á la puerta.

— Al contrario, deseo entrar con vos para que me digáis vuestra opinión acerca del sujeto.

— ¿ Cuando tenía vida, caballero?

— No, ahora que es un cadáver.

— ¡ Hola! mirad, dijo Marat sonriéndose, que podré adquirir sobre vos una ventaja, porque conozco esta parte de mi profesión, y según dicen, soy un anatómico bastante hábil.

— ¡ Orgullo y siempre orgullo! murmuró Bálamo.

— ¿ Qué decís? preguntó Marat.

— Digo que ya lo veremos, contestó Bálamo. Entremos.

Marat fué el primero que penetró en el angosto portal que conducía á aquel anfiteatro, situado al fin de la calle de Hautefeuille.

Bálamo le siguió sin vacilar hasta una sala larga y estrecha donde había en una mesa de mármol dos cadáveres, uno de mujer y otro de hombre.

La mujer había muerto joven, pero el hombre era viejo y calvo, estando ambos cuerpos envueltos en un mal sudario que dejaba medio descubierto el rostro.

Ambos estaban tendidos uno junto á otro en aquel frío lecho, cuando tal vez nunca se habían visto en el mundo, y sus almas, que entonces viajaban hacia la región eterna, debían sorprenderse no poco al ver en semejante proximidad su mortal cubierta.

Marat alzó con un movimiento y echó á un lado el tosco lienzo que cubría á aquellos dos infelices, á quienes la muerte había hecho iguales ante el escalpelo del cirujano.

Ambos cadáveres estaban desnudos.

— ¿No os repugna la vista de los muertos? dijo Marat con su acostumbrado tono fanfarrón.

— Lo que hace es entristecerme, replicó Bálamo.

— Por no estar acostumbrado á ello, dijo Marat.

Yo, que estoy viendo este espectáculo todos los días, no siento ni tristeza ni repugnancia; es verdad que nosotros los cirujanos vivimos con los muertos, y no interrumpimos por ellos ninguna de las funciones de nuestra vida.

— Es un triste privilegio de vuestra profesión.

— Por otra parte, añadió Marat, ¿por qué me había de entristecer ó causar repugnancia? En el primer caso, tengo la reflexión, y en el segundo la costumbre.

— Explicadme vuestras ideas, dijo Bálamo, porque

las comprendo mal. Primeramente la reflexión:

— Voy á hacerlo. ¿Por qué me había de espantar? ¿Por qué había de tener miedo á un cuerpo inerte, á una estatua que es de carne en lugar de ser de piedra, de mármol ó granito?

— En efecto, no hay nada en un cadáver, ¿no es verdad?

— Nada absolutamente.

— ¿Lo creéis así?

— Estoy seguro de ello.

— Pero en un cuerpo vivo...

— Hay el movimiento, dijo enfáticamente Marat.

— Y el alma, vos no habláis del alma.

— Jamás la he visto en los cuerpos que he examinado con mi escalpelo.

— Porque no habéis examinado nunca más que cadáveres.

— ¡Oh! sí tal, señor, he operado mucho en cuerpos vivos.

— ¿Y no habéis hallado en ellos ninguna cosa más que en los cadáveres?

— He hallado el dolor; ¿es eso lo que llamáis alma?

— ¿Entonces no creéis en ella?

— ¿En qué?

— En el alma.

— Creo en ella, porque soy libre de dar ese nombre al movimiento, si quiero.

— Está muy bien, creéis en la existencia del alma, y es todo lo que deseaba saber, pues me complazco en que creáis en ella.

— Entendámonos, maestro, y sobre todo no exageremos, dijo Marat con su sonrisa expresiva; nosotros los cirujanos somos un poco materialistas.

— Estos cuerpos están muy fríos, dijo Bálamo pensativo, y esta mujer ha debido ser muy bella.

— Sin duda.

— Este hermoso cuerpo habrá abrigado sin duda una bella alma.

— ¡ Ah ! he ahí el error de aquel que la creó. Hermosa vaina, hoja mala. Este cuerpo, maestro, era el de una mujer de mala vida que salía de San Lázaro cuando murió de una inflamación cerebral en el hospital general. Su crónica es larga y bastante escandalosa. Si llamáis alma al movimiento que hacía obrar á esta criatura, injuriaríais á nuestras almas que deben ser de la misma esencia, puesto que emanan de la misma fuente.

— Alma á la que se hubiera debido curar, dijo Bál-samo, y que se ha perdido por falta del único médico que es indispensable, del médico del alma.

— ¡ Ay ! maestro, esa es otra de vuestras teorías. No hay médico más que para el cuerpo, replicó Marat con amarga sonrisa. Mirad, maestro, estoy viendo en vuestros labios una palabra que Moliere ha usado muchas veces en sus comedias, y os hace reír esa palabra.

— No, dijo Bál-samo, os equivocáis, no podéis adivinar de qué me río. Por ahora, la consecuencia que sacamos es que estos cadáveres están vacíos, ¿ no es verdad ?

— É insensibles, respondió Marat levantando la cabeza de la joven mujer y dejándola caer fuertemente sobre el mármol, sin que el cuerpo se hubiese movido ó estremecido.

— Muy bien, dijo Bál-samo. Ahora pasemos al hospital.

— Os ruego que esperéis un instante, maestro, permitidme que separe del tronco esta cabeza, que me está dando envidia, y que ha sido el asiento de una enfermedad muy curiosa.

— ¡ Cómo así ?

Marat abrió un estuche, sacó un bisturí y cogió en un rincón un mazo de madera salpicado de manchas de sangre.

Entonces, con mano ejercitada, practicó una incisión circular que separó todas las carnes y músculos del cuello ; luego, cuando llegó al hueso, metió su bisturí por entre dos junturas de la columna vertebral, y dió sobre él con el mazo un golpe enérgico y seco.

La cabeza rodó por la mesa, y de ésta por el suelo. Marat tuvo que recogerla con sus manos húmedas.

Bál-samo volvió la cabeza para no causar demasiada alegría al triunfador.

— Algún día, dijo Marat creyendo ver en el maestro una debilidad, se ocupará algún filósofo de la muerte como los otros se ocupan de la vida, é inventará una máquina que tronche la cabeza de un solo golpe, y que reduzca á la nada instantáneamente, cosa que no hace ninguno de los otros géneros de muerte ; la rueda, el descuartizamiento, la horca, son suplicios de los pueblos bárbaros y no de los pueblos civilizados. Una nación ilustrada como la Francia debe castigar y no vengarse ; porque la sociedad que enroda, que ahorea ó descuartiza, se venga del criminal por medio de los dolores que le hace sufrir antes de castigarlo con la muerte, lo cual á mi entender es demasiado.

— También yo opino lo mismo. ¿ Pero cómo comprendéis ese instrumento ?

— Comprendo una máquina fría é impasible como la misma ley ; el hombre encargado de la ejecución se impresiona á la vista de su semejante, y á veces yerra su golpe, como sucedió con Chalais y con el duque de Montmouth. No sucedería lo mismo con una máquina de dos brazos de encina, que hiciese mover una cuchilla, por ejemplo.

— ¿Y creéis que, porque esa cuchilla pasase con la rapidez del rayo entre la base del occipucio y los músculos trapecios, sería instantánea la muerte y el dolor rápido?

— La muerte sería indudablemente instantánea, supuesto que la cuchilla troncharía de un solo golpe los nervios que dan el movimiento. El dolor sería rápido, supuesto que la cuchilla separaría el cerebro que es el asiento de los sentimientos, del corazón que es el centro de la vida.

— Sr. Marat, dijo Bálamo, en Alemania existe el suplicio de la decapitación.

— Sí, pero es por medio de la espada, y ya os he dicho que la mano del hombre puede temblar.

— También en Italia existe una máquina por el estilo; un cuerpo de encina la hace mover, y se llama *Mamaja*.

— ¿Y bien, qué?

— Que yo he visto á delincuentes decapitados por el verdugo levantarse sin cabeza del sitio en que estaban sentados, é ir á caer dando traspiés á diez pasos de distancia. Yo he recogido algunas cabezas que rodaban por debajo de la *manmaja*, como esa que tenéis asida por los cabellos rodó hace poco por la mesa de mármol; y pronunciando al oído de las mencionadas cabezas el nombre con que habían sido bautizadas en vida, he visto que volvían á abrir los ojos y que éstos giraban en sus órbitas, como si quisieran ver quién los había llamado en la tierra durante ese paso del tiempo á la eternidad.

— Eso proviene de un movimiento nervioso.

— ¿No son los nervios los órganos de la sensibilidad?

— Sí; ¿pero qué deducís de eso, caballero?

— Deduzco que más valdría que en vez de buscar

una máquina que matase para castigar, buscarse el hombre un medio de castigar sin matar. Creedme, la sociedad que invente ese medio será la mejor y más ilustrada.

— ¿Utopía, y siempre utopía! dijo Marat.

— Quizá tengáis razón, dijo Bálamo; el tiempo nos desengañará..... ¿Pero no me hablasteis del hospital? Vamos á él, pues.

— Vamos, dijo Marat.

Y envolvió la cabeza de la joven en el pañuelo que llevaba en el bolsillo, atando las cuatro puntas con mucho cuidado.

— Ahora, dijo Marat disponiéndose á salir, estoy seguro de que mis compañeros sólo tendrán lo que yo les dejo.

El hombre pensativo y el cirujano tomaron el camino del hospital general, marchando el uno al lado del otro.

— Habéis cortado esa cabeza, dijo Bálamo, con tanta frialdad como destreza; ¿os conmovéis algo más cuando se trata de un vivo? ¿Os interesan más los padecimientos que la inmovilidad? ¿Os compadecéis más de los cuerpos que de los cadáveres?

— No, porque ese sería un defecto; un defecto cómo lo es en el verdugo el inmutarse. Lo mismo se mata á un hombre cortándole mal la pierna como cortándole mal la cabeza; y un buen cirujano debe operar con la mano y no con el corazón, porque sabe harto bien, allá en el fondo de su alma, que por un padecimiento de un instante da años de vida y salud. Este es el lado bueno de nuestra profesión, maestre.

— Sí, pero ¿supongo que en los vivos encontraréis el alma?

— Si convenís conmigo en que el alma es el movimiento ó la sensibilidad, sí: la encuentro, y por cierto

que es bien molesta, pues mata más enfermos que mi escalpelo.

Diciendo así llegaban al umbral del hospital general y entraron en el hospicio, no tardando Bálamo, á quien guiaba Marat siempre con su siniestra carga, en penetrar en la sala de operaciones, invadida por el cirujano mayor y los estudiantes de cirugía.

Los enfermeros acababan de conducir allí un joven á quien la semana anterior había derribado un pesado carruaje estropeándole el pie. De prisa y corriendo le hicieron la primera operación en aquel miembro entorpecido por el dolor; pero como esto no bastase, el mal se había desarrollado rápidamente, siendo urgente proceder á la amputación de la pierna.

Tendido el infeliz en su lecho de angustia, miraba con un espanto que hubiera enternecido hasta á los fierres, á aquella bandada de hambrientos que estaban espionando el instante de su martirio, y quizá de su agonía, para estudiar la ciencia de la vida, fenómeno maravilloso tras el cual se oculta el sombrío fenómeno de la muerte.

No parecía sino que pedía á cada uno de los cirujanos, practicantes y enfermeros un consuelo, una sonrisa, una caricia; pero no encontraba en todas partes sino indiferencia si miraba con el corazón, y el acero si con los ojos.

Por un resto de valor y orgullo permanecía mudo, reservando todas sus fuerzas para los gritos que pronto iba á arrancarle el dolor.

Sin embargo, cuando sintió en el hombro la mano pesadamente complaciente del que le asistía; cuando sintió que los brazos de los ayudantes sujetaban su cuerpo como las serpientes de Laocoonte; cuando oyó que le decía el que le iba á hacer la operación

« ¡ ánimo ! » se aventuró el infeliz á romper el silencio y á preguntar con voz lastimera :

— ¿ Sufriré mucho ?

— ¡ Eh ! no, no tengáis cuidado, respondió Marat con una sonrisa falsa, si amable para el paciente, irónica para Bálamo.

Marat vió que Bálamo le había comprendido, y acercándose á él le dijo en voz muy baja :

— Es una operación espantosa, porque el hueso está lleno de grietas, y es tan sensible esa parte, que da lástima. Así es que morirá, no del mal, sino del dolor; y he aquí de lo que le sirve á ese vivo tener alma.

— Y entonces ¿ por qué le hacéis la operación ? ¿ Por qué no le dejáis morir tranquilamente ?

— Porque el cirujano debe intentar la cura aunque ésta le parezca imposible.

— ¿ Y decís que sufrirá ?

— Atrozmente.

— ¿ Por culpa de su alma ?

— Por culpa de su alma, que tiene demasiado cariño á su cuerpo.

— Y entonces, ¿ por qué no se opera sobre el alma ? La tranquilidad de la una quizá sería la curación de la otra.

— Eso es lo que acabo de hacer, dijo Marat, mientras seguían atando al paciente.

— ¿ Habéis preparado su alma ?

— Sí.

— ¿ Cómo ?

— Como es natural, con palabras. He hablado al alma, á la inteligencia, á la sensibilidad, á la cosa que hacia que el filósofo griego dijese : « Dolor, tú no eres un mal ; » y he usado el lenguaje que conviene á esa cosa, diciéndole : no sufriréis. Ahora falta que el alma no sufra, pero esto atañe á ella. He aquí el

remedio conocido hasta el presente, pues en cuanto á las cuestiones del alma, ¡ todo es mentira ! ¿ Por qué, pues, ha de estar unida al cuerpo ese diablo de alma ? Cuando hace poco corté la cabeza que sabéis, el cuerpo nada dijo, sin embargo de que la operación era grave. Pero ¿ qué queréis ? El movimiento había cesado, la sensibilidad se había extinguido, el alma había volado, como decís vosotros los espiritualistas : y he aquí por qué esa cabeza nada dijo al tiempo de cortarla ; he aquí por qué ese cuerpo dejó que le decapitara ; mientras que este otro, donde todavía habita el alma, por poco tiempo, es cierto, pero al fin habita, va á arrojar gritos espantosos dentro de un instante. Tapaos bien los oídos, maestro, vos que sois sensible á esa conexión de las almas y los cuerpos, que siempre matará vuestra teoría, hasta que esa teoría no consiga aislar al cuerpo del alma.

— ¿ Creéis que nunca se logrará ese aislamiento ?

— Ensayadlo, dijo Marat, la ocasión no puede ser mejor.

— Tenéis razón, dijo Bálamo, la ocasión es buena y voy á aprovecharla.

— Sí, aprovechadla.

— Ya se ve que sí.

— ¿ Y cómo ?

— No quiero que ese joven sufra, porque me interesa.

— Sois un jefe muy ilustre, dijo Marat ; pero ni sois Dios padre, ni Dios hijo, y no impediréis que ese bizarro mozo sufra.

— Y si no sufriese, ¿ creeríais en su curación ?

— Sería más probable, pero no segura.

Bálamo dirigió á Marat una mirada de triunfo imposible de explicar, y poniéndose delante del enfer-

mo, cuyos ojos encontró extraviados y anegados en las angustias del terror :

— Dormid, dijo, no solo con la boca, sino también con la vista, con la voluntad, con todo el calor de su sangre, con todo el fluido de su cuerpo.

En aquel momento empezaba á palpar el cirujano mayor el muslo dañado, y á llamar la atención de los discípulos sobre la intensidad del mal.

Pero de resultas del mandato de Bálamo, el joven, que se había incorporado en la cama, osciló un momento en brazos de los ayudantes, inclinó la cabeza y cerró los ojos.

— Se pone malo, dijo Marat.

— No es eso.

— ¿ Pues no veis que pierde el conocimiento ?

— No, lo que hace es dormirse.

— ¿ Cómo dormirse ?

— Lo que oís.

Todos se volvieron hacia aquel médico extraordinario, que creyeron estaba loco, y en los labios de Marat brilló una sonrisa de incredulidad.

— ¿ El que está desmayado acostumbra hablar ? preguntó Bálamo.

— No.

— Pues preguntadle y veréis como os contesta.

— ¡ Eh, joven ! gritó Marat.

— No necesitáis gritar tanto, dijo Bálamo ; habladle naturalmente.

— Decidnos, pues, algo de lo que tenéis.

— Me han mandado que duerma, y duermo, respondió el paciente.

La voz revelaba completa tranquilidad, formando un extraño contraste con la que se le había oído algunos momentos antes.

Todos los que presenciaban aquella escena se miraron entre sí.

— Ahora, dijo Bálamo, desatadle.

— Imposible, contestó el cirujano mayor, pues con un solo movimiento que hiciera se frustraba quizá la operación.

— No se moverá.

— ¿Quién me lo asegura?

— Primero yo, y luego él; y si no preguntádselo antes.

— ¿Podemos dejaros libre, amigo?

— Si podéis.

— ¿Y prometéis no moveros?

— Lo prometo, si me lo mandáis.

— Os lo mando.

— A fe mía, caballero, dijo el cirujano mayor, que habláis con tal seguridad que estoy por hacer la experiencia.

— Hacedla, y nada temáis.

— Desatadle, dijo el cirujano mayor.

Los ayudantes obedecieron, y Bálamo se acercó á la cabecera de la cama.

— Desde este momento, dijo, no os mováis hasta que yo os lo mande.

Una estatua tendida sobre un sepulcro no hubiera estado tan inmóvil como se quedó el enfermo al oír aquella intimación.

— Ahora proceded á la operación, dijo Bálamo; el enfermo está perfectamente dispuesto.

El cirujano cogió el bisturí; pero al ir á valerse de él titubeó.

— Cortad, cortad, dijo Bálamo con el aire de un profeta inspirado.

El cirujano, dominado lo mismo que Marat, lo

mismo que el paciente, lo mismo que todo el mundo, acercó el instrumento á la carne.

Ésta crujió, pero el enfermo no exhaló un suspiro, ni hizo un movimiento siquiera.

— ¿De qué país sois, amigo mío? preguntó Bálamo.

— Soy bretón, caballero, respondió el enfermo sonriéndose.

— ¿Y queréis mucho á vuestro país?

— ¡Oh! ¡es tan hermoso, caballero!

El cirujano hacía entretanto las incisiones circulares que sirven en las amputaciones para descubrir el hueso.

— ¿Salisteis de él siendo joven? preguntó Bálamo.

— Cuando tenía diez años, caballero.

Hechas las incisiones, el cirujano acercó la sierra al hueso.

— Amigo mío, dijo Bálamo, entonad la canción que los salineros de Batz cantan al regresar de noche á sus casas después de haber estado trabajando todo el día. Sólo me acuerdo del primer verso, el cual decía:

Salud, mi sal espumosa.

La sierra mordía el hueso; pero el enfermo se sonrió y empezó á cantar melodiosa y lentamente, extasiado como un amante ó un poeta:

Salud, mi sal espumosa,
Mi lago, color de cielo;
Mi horno de llama hermosa,
Y el trigo que tanto anhelo.

MEMORIAS DE UN MÉDICO

Salud, ¡oh mi anciano padre!
 ¡Oh mi mujer y mis hijos!
 Salud, mi difunta madre,
 Libre de afanes prolijos.

Amable, contento y manso
 Busco ya en vuestro redor,
 Tras el trabajo el descanso,
 Tras de la ausencia, el amor.

Ya había caído la pierna sobre la cama y todavía
 seguía cantando el enfermo.

II

El alma y el cuerpo

Todos miraban al paciente con asombro y al médico con admiración, y aun hubo algunos que dijeron que ambos estaban locos.

Marat tradujo esta opinión al oído de Bálamo diciendo:

— El terror ha trastornado el juicio de ese pobre diablo, y ese es el motivo porque no sufre.

— No lo creo, respondió Bálamo, lejos de haber perdido el juicio, estoy seguro de que si yo le interrogase, nos diría el día de su muerte, si es que debe morir, ó el tiempo que durará su convalecencia, si ha de sanar.

Marat estuvo á punto de participar de la opinión general, esto es, de creer á Bálamo tan loco como el paciente.

Entretanto el cirujano ligaba presuroso las arterias, de las cuales salía la sangre á torrentes.

Bálamo sacó de su bolsillo un frasquito, derramó sobre un manojó de hilas algunas gotas del agua contenida en aquel frasco, y rogó al cirujano en jefe que aplicase aquellas hilas sobre las arterias.

El cirujano obedeció con cierta curiosidad, pues era uno de los más célebres cirujanos de aquella época, un verdadero amante de la ciencia que no repudiaba ninguno de sus misterios, y para quien la casualidad no

MEMORIAS DE UN MÉDICO

Salud, ¡oh mi anciano padre!
 ¡Oh mi mujer y mis hijos!
 Salud, mi difunta madre,
 Libre de afanes prolijos.

Amable, contento y manso
 Busco ya en vuestro redor,
 Tras el trabajo el descanso,
 Tras de la ausencia, el amor.

Ya había caído la pierna sobre la cama y todavía seguía cantando el enfermo.

II

El alma y el cuerpo

Todos miraban al paciente con asombro y al médico con admiración, y aun hubo algunos que dijeron que ambos estaban locos.

Marat tradujo esta opinión al oído de Bálamo diciendo:

— El terror ha trastornado el juicio de ese pobre diablo, y ese es el motivo porque no sufre.

— No lo creo, respondió Bálamo, lejos de haber perdido el juicio, estoy seguro de que si yo le interrogase, nos diría el día de su muerte, si es que debe morir, ó el tiempo que durará su convalecencia, si ha de sanar.

Marat estuvo á punto de participar de la opinión general, esto es, de creer á Bálamo tan loco como el paciente.

Entretanto el cirujano ligaba presuroso las arterias, de las cuales salía la sangre á torrentes.

Bálamo sacó de su bolsillo un frasquito, derramó sobre un manojo de hilas algunas gotas del agua contenida en aquel frasco, y rogó al cirujano en jefe que aplicase aquellas hilas sobre las arterias.

El cirujano obedeció con cierta curiosidad, pues era uno de los más célebres cirujanos de aquella época, un verdadero amante de la ciencia que no repudiaba ninguno de sus misterios, y para quien la casualidad no

era más que lo peor que podía resultar de la duda.

Aplicó las hilas sobre la arteria, la cual se estremeció, empezó á hacer borbotones, y ya no dejó salir la sangre sino gota á gota.

Entonces, pudo ligar la arteria con la mayor facilidad.

Este resultado fué para Bálamo un verdadero triunfo, y todos le preguntaron en dónde habia estudiado y á qué escuela pertenecía.

— Soy un médico alemán de la escuela de Göttingue, respondió, y he hecho el descubrimiento que acabáis de ver. Deseo sin embargo, queridos cofrades, que este descubrimiento permanezca aun secreto, porque tengo mucho miedo á la hoguera; y quiza el parlamento de París se decidiría aun á actuar una vez por tener el gusto de condenar á un hechicero á ser quemado.

El cirujano mayor estaba pensativo, y Marat extático y reflexionando, aunque fué este quien primero tomó la palabra diciendo:

— Hace un momento sosteníais que si interrogaseis á ese hombre sobre el resultado de esta operación, contestaría de un modo seguro, aunque ese resultado esté todavía oculto en el porvenir.

— Y lo sostengo aún, dijo Bálamo.

— Pues bien, veámoslo.

— ¿Cómo se llama ese pobre diablo?

— Havard, respondió Marat.

Bálamo se volvió hacia el paciente, cuya boca tarareaba aun las últimas notas de la melancólica canción.

— Y bien, amigo mío; ¿qué auguráis del estado de ese pobre Havard?

— ¿Qué auguro de su estado? repitió el paciente. Es preciso que vuelva de la Bretaña en donde estaba, y entre en el hospital general en donde él está.

— Eso es; ¡entrad, miradle, y decidme la verdad acerca de su estado.

— ¡Oh! está enfermo, muy enfermo; le han cortado una pierna.

— ¿De veras? dijo Bálamo.

— Sí.

— ¿Y ha salido bien de la operación?

— Admirablemente; pero....

— ¿Pero qué? repuso Bálamo.

El rostro del enfermo se entristeció.

— Pero, continuó, tiene que pasar por una terrible prueba, la calentura.

— ¿Y cuándo le atacará la calentura?

— Esta noche á las siete.

Todos los presentes se miraron.

— ¿Y qué resultará de esa calentura? preguntó Bálamo.

— ¡Oh! que se pondrá muy malo; sin embargo saldrá bien de ese primer acceso.

— ¿Estáis seguro de ello?

— ¡Oh! sí.

— Y cuando haya pasado ese primer acceso de calentura, ¿estará fuera de peligro?

— ¡Ah! no, dijo el amputado suspirando.

— ¿Conque le repetirá la calentura?

— ¡Oh! sí, y con más fuerza que nunca... ¡Pobre Havard! ¡Tiene mujer é hijos!

Y sus ojos se inundaron de lágrimas.

— ¿Luego su mujer va á quedar viuda, y sus hijos huérfanos? preguntó Bálamo.

— ¡Aguardad! ¡aguardad!

Y juntando las manos, añadió:

— ¡No, no!

En su rostro brilló una fe sublime.

— No, su mujer y sus hijos hanorado tanto, que han alcanzado de Dios su salud.

— Entonces sanará.

— Sí.

— Ya lo oís, señores; sanará.

— Preguntadle en cuántos días, dijo Marat.

— ¿En cuántos días?

— Sí, habéis dicho que él mismo indicaría las fases y el término de su convalecencia.

— No deseo otra cosa más que preguntarle sobre eso.

— Entonces preguntadle.

— ¿Y para cuándo creéis que estará curado Havard? preguntó Bálamo.

— ¡Oh! la convalecencia será larga; esperad: durará un mes, seis semanas, dos meses; hace cinco días que ha entrado aquí, y saldrá á los dos meses y quince días después de su entrada.

— ¿Y saldrá de aquí curado?

— Sí.

— Pero no podrá trabajar, dijo Marat, y por consiguiente no podrá mantener á su mujer y sus hijos.

Havard juntó de nuevo las manos y dijo:

— ¡Oh! Dios es la suma bondad y lo remediará.

— ¿De qué modo lo remediará? preguntó Marat. Puesto que hoy me hallo aprendiendo, desearía mucho saber también eso.

— Dios ha enviado á su lecho un hombre caritativo que se ha compadecido de él, y ha dicho para sí: « Quiero que el pobre Havard no carezca de nada. »

Todos los que estaban presentes se miraron, y Bálamo se sonrió.

— En verdad que estamos presenciando un espectáculo bien extraño, dijo el cirujano mayor, al mismo tiempo que pulsaba al enfermo, auscultaba su pecho

y le palpaba en la frente; este hombre está sonando.

— ¿Lo creéis así? dijo Bálamo.

Y lanzando al enfermo una mirada llena de autoridad y energía:

— Despertad, le dijo, despertad.

El joven abrió los ojos, aunque haciendo un esfuerzo, y miró con profunda sorpresa á todos los circunstantes, inofensivos ya para él, cuando antes le parecían amenazadores.

— ¿No se me ha hecho aún la operación? dijo en tono dolorido: ¿voy á tener que sufrir aún?

Bálamo se apresuró á tomar la palabra, porque tenía la emoción que podía sentir el enfermo.

Sin embargo, no tenía necesidad de apresurarse, pues era demasiado grande la sorpresa de todos, para que ninguno se anticipara á él.

— Amigo mío, le dijo, tranquilizaos; el señor cirujano mayor ha hecho en vuestra pierna una operación que satisface á todas las exigencias de vuestro estado. Según parece, pobre mozo, sois algo flaco de ánimo, pues os desmayasteis ante el primer ataque.

— ¡Oh! tanto mejor, dijo el bretón en tono alegre: nada he sentido, y he tenido un sueño dulce y reparador. ¿Qué felicidad que no me corten la pierna!

Pero en aquel momento miró el infeliz la cama y la vió empapada en sangre, y la pierna mutilada sobre ella.

Entonces lanzó un grito y se desmayó.

— Preguntadle ahora, dijo Bálamo con frialdad á Marat, y veréis si contesta.

En seguida, llamando á parte al cirujano mayor, mientras los enfermeros conducían al desventurado mozo á su lecho, le dijo:

— ¿Habéis oído lo que ha dicho ese pobre enfermo?

— Sí, señor, que se curará.

— También ha dicho otra cosa; á saber, que Dios se compadecería de él y le proporcionaría con que poder mantener á su mujer é hijos.

— ¿Y qué?

— ¡Y qué! que ha dicho la verdad en esto como en todo; sed pues vos un intermediario de caridad entre vuestro enfermo y Dios: aquí tenéis un diamante que valdrá veinte mil libras poco más ó menos; cuando el enfermo esté curado, vended ese diamante y entregadle su importe. Entretanto, como el alma, según me decía con mucho juicio vuestro discípulo Marat, tiene gran influencia sobre el cuerpo, decid á Havard así que recobre el conocimiento que está asegurada su suerte futura y la de sus hijos.

— Pero, caballero, dijo el cirujano no sabiendo si tomar la sortija que le presentaba Bálamo, ¿y si no se cura?

— Se curará.

— Entonces os daré un recibo.

— ¡Caballero!...

— Sólo con esta condieión tomaré una joya de tanto valor.

— Como gustéis, caballero.

— ¿Teneis la bondad de decirme cómo os llamáis?

— El conde de Fénix.

El cirujano pasó á la habitación inmediata, mientras que Marat confundido, anonadado, pero luchando todavía contra la evidencia, se acercaba á Bálamo.

Al caba de cinco minutos volvió el cirujano con un papel que entregó á Bálamo.

Era un recibo concebido en estos términos:

« He recibido del señor conde de Fénix un diamante, que segun él mismo declara vale veinte mil libras tor-

neas, y cuyo importe debo entregar á un tal Havard el día en que salga del hospital general.

» Dado á 15 de septiembre de 1774.

» GUILLOTÍN, D. M. »

Bálamo saludó al doctor, tomó el recibo, y salió seguido de Marat.

— Se os ha olvidado la cabeza, dijo Bálamo, para quien la distracción del joven practicante de cirugia era un triunfo.

— ¡ Ah! es verdad, dijo éste.

Y recogió su fúnebre carga.

Una vez en la calle, anduvieron de prisa y sin decirse una palabra, y cuando llegaron á la calle de los Cordeleros subieron juntos la pesada escalera que conducía á la buhardilla.

Marat, á quien no se le había olvidado la desaparición del reloj, se paró delante de la garita de la portera, si es que el agujero donde ésta vivía merecia el nombre de garita, y preguntó por la señora Grivette.

Un chico de siete á ocho años, raquítico y descolorido, le respondió con voz chillona:

— Mamá ha salido, pero ha dicho que si el señor venia le diésemos esta carta.

— No, amiguito, dijo Marat, le dirás cuando venga que me la suba ella.

— Está bien, señor.

Marat y Bálamo continuaron su camino.

— ¡ Ah! dijo Marat indicandó una silla á Bálamo, y dejándose caer sobre un banco de madera; ya veo que el maestro posee muy buenos secretos.

— Eso consiste, respondió Bálamo, en que quizá habré penetrado más que ningún otro la naturaleza y el poder de Dios.

— ¡ Oh! exclamó Marat, ¿ cómo prueba la ciencia

lo omnipotente que es el hombre, y qué orgulloso debe estar uno de ser hombre !

— Debéis añadir, y de ser médico.

— Así es que me envanezco de ver en vos un hombre tan sabio, maestro.

— Y eso, replicó Bálamo sonriéndose, que sólo soy un pobre médico del alma.

— ¡ Oh ! no hablemos de eso, caballero, pues la sangre que brotaba de la herida la habéis contenido con remedios materiales.

— Creía que mi mejor cura era haber hecho que el amputado no sufriese ; es verdad que me habéis asegurado que estaba loco.

— Lo ha estado momentáneamente, no hay duda.

— ¿ Á qué llamáis vos locura ? ¿ No es una abstracción del alma ?

— Ó del entendimiento, dijo Marat.

— No discutiremos sobre este particular ; el alma me sirve para designar lo que deseo, y encontrando la cosa poco me importa el nombre.

— ¡ Ah ! he ahí en lo que variamos de opinión, caballero, pues vos sostenéis que habéis hallado esa cosa sin buscar el nombre, y yo sostengo que buscáis el nombre y la cosa á la vez.

— Ya nos ocuparemos de eso : ¿ conque decíais que la locura es una abstracción momentánea del entendimiento ?

— Seguramente.

— Involuntaria, ¿ no es verdad ?

— Sí... Yo he visto un loco en Bicetre que mordía los barrotes de hierro, gritando : « cocinero, tus faisanes están tiernos, pero mal guisados. »

— Mas al fin admitís que esa locura pasa como una nube por el entendimiento, y que así que pasa la nube, el entendimiento recobra su anterior claridad.

— Eso no sucede casi nunca.

— Sin embargo, ya habéis visto que nuestro amputado recobró perfectamente la razón al salir de su sueño de loco.

— Lo he visto, pero no comprendía lo que veía ; ese es un caso excepcional, una de esas extrañeces á que los hebreos llamaban milagros.

— No, señor Marat, dijo Bálamo ; es únicamente la abstracción del alma, el doble aislamiento de la materia y el espíritu : de la materia, cosa inerte, polvo que volverá á ser polvo ; del alma, chispa divina encerrada un instante en esa linterna sorda que se llama cuerpo, y que siendo como es hija del cielo regresará á él cuando el cuerpo caiga.

— ¿ Entonces, habéis sacado momentáneamente el alma del cuerpo ?

— Sí, le mandé que dejara el sitio miserable en que estaba ; la extraje del golfo de sufrimientos en que la retenía el dolor para hacer que viajese por regiones libres y puras. ¿ Y qué es lo que quedó entonces al cirujano ? Lo que quedaba á vuestro escalpelo cuando quitasteis á la mujer muerta la cabeza que tenéis ahí, nada más que carne inerte, materia, barro.

— ¿ Y en nombre de quién habéis dispuesto así de esa alma ?

— En nombre del que ha creado todas las almas con un soplo, y no sólo las almas de los mundos, sino las de los hombres ; en nombre de Dios.

— En ese caso, dijo Marat, ¿ negáis el libre albedrío ?

— ¡ Yo ! dijo Bálamo, al contrario, ¿ qué es lo que estoy haciendo en este momento ? Mostráros por una parte el libre albedrío y por otra la abstracción. Os presento un moribundo abandonado á todos los sufrimientos, y ese hombre tiene una alma estoica, se anti-

cipa á la operación, la provoca, la arrostra, pero sufre; esto en cuanto al albedrío. Empero si paso cerca de ese moribundo, yo que soy un enviado de Dios, yo que soy el profeta, yo que soy el apóstol, y si compadeciéndome de ese hombre, porque es mi semejante, saco con el poder que el Señor me ha dado el alma de su cuerpo que sufre, ese cuerpo ciego, inerte é insensible, se convierte para el alma en un espectáculo que contempla con los ojos de piedad y misericordia desde su límpida esfera. ¿ No habéis oído que cuando Havard hablaba de sí propio, decía: « el pobre Havard » y no « yo? » Pues era que el alma nada tenía que ver con ese cuerpo, porque se hallaba á la mitad del camino del cielo.

— Pero, según eso, el hombre no es nada, dijo Marat, y ya no puedo decir á los tiranos: « tenéis poder sobre mi cuerpo, pero ninguno sobre mi alma. »

— ¡ Ah! de la verdad pasáis al sofisma; pero ya os he dicho que ese es un defecto en vos. Dios presta el alma al cuerpo, es verdad; pero no lo es menos que durante el tiempo que el alma posee ese cuerpo, hay unión entre ellos, influencia del uno sobre el otro, supremacía de la materia sobre la idea, según ha permitido Dios, por miras que no conocemos, que el cuerpo sea rey ó que el alma sea reina; pero no es menos cierto que el soplo que anima al mendigo es tan puro como el que quita la vida al rey. He aquí el dogma que debéis predicar, vos que sois apóstol de la igualdad. Probad que las dos esencias espirituales son iguales entre sí, pues esta igualdad podéis establecerla con la ayuda de cuanto hay sagrado en el mundo; los libros santos y las tradiciones, la ciencia y la fe. ¿ Qué os importa que haya dos materias iguales, si con la igualdad de los cuerpos sólo os remontáis ante los hombres, y con la de las almas voláis en presencia de

Dios? Ese hombre amputado, ese ignorante hijo del pueblo, los dijo hace poco con respecto á su mal cosas que ningún médico se hubiera atrevido á decir; ¿ pero porqué? Porque su alma, libre momentáneamente de las ligaduras del cuerpo, se remontó sobre la tierra, viendo desde la sublime altura un misterio que nuestra opacidad nos impide ver á nosotros.

Marat daba vueltas y revueltas sobre la mesa á su cabeza de muerto sin saber qué contestar, hasta que al fin murmuró:

— Sí, en esto hay alguna cosa sobrenatural.

— Al contrario, natural; dejad de llamar sobrenatural á cuanto se desprende de las funciones y del destino del alma, porque estas funciones son naturales. Si dijerais que no son conocidas, eso sería diferente.

— No lo son para nosotros, maestre, pero para vos no deben ser un misterio. Los peruanos no conocían el caballo, y sin embargo era familiar á los españoles, que lo habían domado.

— Sería orgullo en mí decir que sé, y soy más humilde que todo eso, señor Marat: lo que digo es que creo.

— Y bien, ¿ qué creéis?

— Creo que la ley del mundo, la principal, la más poderosa de todas es la del progreso. Creo que nada ha formado Dios sino con un objeto de bienestar ó moralidad; pero como la vida de este mundo no ha sido calculada, ni admite cálculo, el progreso es lento. Según dicen las escrituras, nuestro planeta contaba sesenta siglos, cuando la imprenta vino como un vasto faro á reflejar lo pasado y alumbrar el porvenir; con la imprenta se acabó la oscuridad, se acabó el olvido, porque la imprenta es la memoria del mundo. Pues

bien, Guttemberg inventó la imprenta, y yo he vuelto á hallar la confianza.

— ¡ Ah ! dijo Marat irónicamente, ¿ quizás llegaréis á leer los corazones ?

— ¿ Por qué no ?

— ¿ Entonces mandaréis abrir en el pecho del hombre esa ventana que tanto deseaban ver los antiguos ?

— No hay necesidad de eso; lo que haré será aislar el alma del cuerpo; y el alma, hija pura, hija immaculada de Dios, me dirá todas las infamias de esa cubierta mortal que está condenada á animar.

— ¿ Revelaréis secretos materiales ?

— ¿ Por qué no ?

— ¿ Me diréis, por ejemplo, quién me ha robado el reloj ?

— Rebajáis la ciencia á un nivel muy triste; pero no importa: lo mismo prueba la grandeza de Dios un grano de arena que una montaña; lo mismo el arador que el elefante. Sí, os diré quién os ha robado el reloj.

En aquel momento llamaron á la puerta, no siendo otra la persona que así llamaba que la portera, quien había vuelto, y cumpliendo con el mandato del joven irujano iba á llevar la carta.

III

La portera de Marat

La puerta se abrió y entró la señora Grivette.

Esta mujer, que no hemos tratado aun de bosquejar porque su figura era de esas que el pintor relega al último plano mientras no tiene necesidad de ella, esta mujer se adelanta ahora en el cuadro moviente de esta historia, y pide su puesto en el inmenso panorama que hemos emprendido desarrollar á los ojos de nuestros lectores; panorama en que colocar íamos, si nuestro ingenio igualase á nuestra voluntad, desde el mendigo hasta el rey, desde Calibán hasta Ariel y desde éste hasta Dios.

Vamos, pues, á tratar de hacer el bosquejo de la señora Grivette, que se destaca de su sombra y se adelanta hacia nosotros.

Era una mujer alta y seca, de treinta y dos á treinta y tres años, de color amarillo, ojos azules ribeteados de negro, tipo espantoso del deterioro que sufren en París, á causa de su miseria, de su asfixia incesante y su degradación física y moral, esas criaturas que Dios ha hecho tan bellas, y que hubieran llegado á ser magníficas en su completo desarrollo, como lo son en este caso todas las criaturas que pueblan el aire, el cielo y la tierra, cuando el hombre no ha hecho de su vida un prolongado suplicio, es decir, cuando no ha cansado sus pies con grillos, y su estómago con un

bien, Guttemberg inventó la imprenta, y yo he vuelto á hallar la confianza.

— ¡ Ah ! dijo Marat irónicamente, ¿ quizás llegaréis á leer los corazones ?

— ¿ Por qué no ?

— ¿ Entonces mandaréis abrir en el pecho del hombre esa ventana que tanto deseaban ver los antiguos ?

— No hay necesidad de eso; lo que haré será aislar el alma del cuerpo; y el alma, hija pura, hija immaculada de Dios, me dirá todas las infamias de esa cubierta mortal que está condenada á animar.

— ¿ Revelaréis secretos materiales ?

— ¿ Por qué no ?

— ¿ Me diréis, por ejemplo, quién me ha robado el reloj ?

— Rebajáis la ciencia á un nivel muy triste; pero no importa: lo mismo prueba la grandeza de Dios un grano de arena que una montaña; lo mismo el arador que el elefante. Sí, os diré quién os ha robado el reloj.

En aquel momento llamaron á la puerta, no siendo otra la persona que así llamaba que la portera, quien había vuelto, y cumpliendo con el mandato del joven irujano iba á llevar la carta.

III

La portera de Marat

La puerta se abrió y entró la señora Grivette.

Esta mujer, que no hemos tratado aun de bosquejar porque su figura era de esas que el pintor relega al último plano mientras no tiene necesidad de ella, esta mujer se adelanta ahora en el cuadro moviente de esta historia, y pide su puesto en el inmenso panorama que hemos emprendido desarrollar á los ojos de nuestros lectores; panorama en que colocar íamos, si nuestro ingenio igualase á nuestra voluntad, desde el mendigo hasta el rey, desde Calibán hasta Ariel y desde éste hasta Dios.

Vamos, pues, á tratar de hacer el bosquejo de la señora Grivette, que se destaca de su sombra y se adelanta hacia nosotros.

Era una mujer alta y seca, de treinta y dos á treinta y tres años, de color amarillo, ojos azules ribeteados de negro, tipo espantoso del deterioro que sufren en París, á causa de su miseria, de su asfixia incesante y su degradación física y moral, esas criaturas que Dios ha hecho tan bellas, y que hubieran llegado á ser magníficas en su completo desarrollo, como lo son en este caso todas las criaturas que pueblan el aire, el cielo y la tierra, cuando el hombre no ha hecho de su vida un prolongado suplicio, es decir, cuando no ha cansado sus pies con grillos, y su estómago con un

alimento casi tan fatal como podría serlo la falta de todo alimento.

Así, pues, la portera de Marat habría sido una hermosa, si no hubiese habitado desde la edad de quince años un mal zaquizami, sin ventilación ni luz, si el fuego de sus instintos naturales, alimentado por el calor de aquel horno ó por el frío de aquella nevera, hubiese ardido sin cesar y mesuradamente. Tenía unas manos largas y extenuadas, que el hilo de la costurera había surcado de pequeñas cortaduras, que el agua del jabón había llenado de grietas, que las brasas del fogón habían tostado y curtido; pero á pesar de todo esto, se conocía por su forma, es decir por esa huella indeleble del músculo divino, que sus manos se habrían llamado manos de reina, si en lugar de las ampollas que en ellas había formado la escoba, hubieran tenido las que imprime un cetro. ¡Tan cierto es que el pobre cuerpo humano no es más que la muestra de nuestra profesión!

El espíritu de aquella mujer, superior al cuerpo, y que de consiguiente había resistido mejor que él, velaba como una lámpara; alumbraba, por decirlo así, el cuerpo con un reflejo diáfano, y se le veía á veces brillar en aquellos ojos entorpecidos y marchitos un rayo de inteligencia, de hermosura, de juventud, de amor y de todo lo más exquisito, en fin, que hay en la naturaleza humana.

Bálsamo miró largo rato aquella mujer, ó más bien aquella naturaleza singular, que desde luego había llamado su atención.

La portera entró con la carta en la mano, y con voz melosa, con una voz de vieja, porque las mujeres condenadas á vivir en la miseria envejecen á los treinta años, dijo:

— Señor Marat, aquí tenéis la carta que habéis pedido.

— Lo que quería no era la carta, sino veros, dijo Marat.

— Pues bien, señor Marat, aquí me tenéis para ser-viros, repuso haciendo una reverencia, ¿qué es lo que deseáis?

— Deseo saber qué se ha hecho de mi reloj, como debéis suponer.

— ¡Pardiez! yo no puedo deciros lo que se ha hecho de él. Ayer lo ví todo el día colgado al clavo de la chimenea.

— Estáis equivocada, porque ayer lo traje todo el día en el bolsillo, hasta las seis de la tarde, que teniendo que salir, y temiendo que me lo robasen entre el gentío, lo puse debajo del candelero.

— Si lo pusisteis debajo del candelero, allí debe estar todavía.

Y la portera con una naturalidad fingida, que estaba muy lejos de sospechar lo mucho que deponía contra ella, fué á levantar precisamente de los dos candeleros que adornaban la chimenea aquel bajo el cual Marat había escondido el reloj.

— Sí, el candelero ahí está, ¿pero el reloj? dijo Marat.

— Verdad es que no está el reloj. ¿Estáis seguro de haberlo puesto aquí, señor Marat?

— Cuando os digo que sí.....

— Buscad bien.

— ¡Oh! bien he buscado, dijo Marat con una mirada de enfado.

— Entonces lo habréis perdido.

— Os repito que ayer lo puse yo mismo ahí, bajo ese candelero.

— Pues entonces alguno habrá entrado aquí, replicó

la señora Grivette. ¡ Como recibís á tanta gente desconocida !

— ¡ Esos no son más que pretextos ! exclamó Marat enfureciéndose cada vez más. Bien sabéis que desde ayer nadie ha entrado aquí. No, no; mi reloj se ha ido por el mismo camino que el puño de plata de mi último bastón, que la eucharita de plata que sabéis, y que la navaja de seis hojas. ¡ Me estáis robando, señora Grivette, me estáis robando ! Y si hasta aquí he sufrido muchas cosas, ¡ cuidado ! porque no pienso tolerar esta.

— Pero, caballero, ¿ me acusáis por ventura ? dijo la señora Grivette.

— Vos debéis tener cuidado de mis cosas.

— No soy yo sola quien tiene la llave.

— Pero sois la portera.

— Me dais un escudo al mes y quisierais estar servido como por diez erizados.

— Poco me importa que me sirvan mal ; lo que me importa es que no me roben.

— Caballero, yo soy una mujer honrada.

— Una mujer honrada que entregare al comisario de policía, si de aquí á una hora no parece mi reloj.

— ¿ Al comisario de policía ?

— Sí.

— ¿ Al comisario de policía una mujer honrada como yo ?

— ¿ Vos una mujer honrada ?

— Sí, una mujer honrada, de quien nada hay que decir, ¿ lo oís ?

— Basta, señora Grivette, basta.

— ¡ Ah ! ya me figuraba yo que sospechabais de mi cuando os fuisteis con ese caballero.

— Tengo sospechas de vos desde que desapareció el puño del bastón.

— Pues bien, os diré á mi vez una cosa, señor Marat.

— ¿ Y qué es ello ?

— Que mientras habéis estado fuera he consultado....

— ¿ Con quién ?

— Con mis vecinos.

— ¿ Y á qué propósito ?

— A propósito de vuestras sospechas.

— Aun no os había dicho nada de ellas.

— Pero yo las conocía.

— ¿ Y los vecinos qué opinan ? Tengo curiosidad de saber qué dicen.

— Dicen que si sospecháis de mí, y tenéis la desgracia de dar parte de vuestras sospechas sea á quien fuere, será preciso que llevéis las cosas al extremo.

— ¿ Y qué ?

— Que tenéis que probar os ha sido robado el reloj.

— Lo ha sido, puesto que estaba ahí y ya no está.

— Sí, pero tenéis que probar que yo lo he cogido, ¿ estáis ? ¡ Ah ! ante la justicia se necesitan pruebas, porque no os creerán bajo vuestra palabra, señor Marat, que allí no sois más que yo.

Bálsamo, tranquilo como siempre, miraba aquella escena, conociendo que aunque Marat no había variado de convicción, bajaba el tono.

— De suerte, continuó la portera, que si no hacéis justicia á mi probidad, si no reparáis la injuria que queréis hacer á mi honra, yo soy quien iré á buscar al comisario de policía como me lo aconsejaba hace poco nuestro casero.

Marat se mordió los labios, porque sabía que en aquello había para él un gran peligro real y efectivo. El casero era un anciano mercader que había dejado el comercio y ocupaba el tercer piso, y según la crónica escandalosa del barrio, diez años antes protegiera no

poco á la portera, cocinera en otro tiempo de su mujer.

Ahora bien, como Marat frecuentaba el trato de personas misteriosas; como era un joven poco arreglado; como se ocultaba un tanto, y en fin, era algo sospechoso para los agentes de policía, no tenía mucha gana de habérselas con el comisario, pues hubiera ido á parar á manos del señor de Sartines, á quien gustaba mucho leer los papeles de jóvenes como Marat, y enviar los autores de aquellos soberbios escritos á esas casas de meditación llamadas Vincennes, la Bastilla, Charentón y Bicetre.

Marat bajó, pues, el tono; pero á medida que él lo bajaba la portera alzaba el suyo, siendo el resultado que aquella mujer nerviosa é histérica se enfureció como una llama que acaba de encontrar una corriente de aire.

Amenazas, juramentos, gritos, lágrimas, todo lo empleó, pudiendo decirse que aquello fué una tempestad.

Entonces creyó Bálamo que ya era tiempo de intervenir, dió un paso hacia aquella mujer que estaba en pie y con aire amenazador en medio de la sala, y mirándola con ojos centellantes, le presentó dos dedos en el pecho pronunciando, no con los labios, sino con la vista, el pensamiento y voluntad, una palabra que Marat no pudo oír.

Al instante se calló la señora Grivette, se tambaleó, y perdiendo el equilibrio, anduvo hacia atrás, con los ojos espantosamente dilatados, y fué á caer sobre el lecho, sin pronunciar una palabra siquiera.

Á poco se le cerraron los ojos y volvió á abrirlos; pero no se veía la pupila: su lengua se movía de un modo convulsivo; el tronco no se movió, y sin embargo

temblaban sus manos como sacudidas por el frío de la calentura.

— ¡ Oh ! dijo Marat, lo mismo que el amputado del hospital !

— Sí,

— ¿ Está dormida ?

— ¡ Silencio ! dijo Bálamo.

Luego, dirigiéndose á Marat :

— Ya ha llegado el momento, le dijo, de que cese toda [vuestra incredulidad; recoged la carta que os traía esa mujer y que ha soltado al tiempo de caer en la cama.

Marat obedeció.

— ¿ Y ahora ? preguntó.

— Esperad.

Y cogiendo la carta de manos de Marat :

— ¿ Sabéis de quién es esta carta ? preguntó Bálamo á la sonámbula.

— No, señor, contestó.

Bálamo acercó la carta cerrada á aquella mujer, y le dijo :

— Leedla, pues el señor Marat quiere saber su contenido.

— No sabe leer, dijo Marat.

— Sí pero vos sabéis, ¿ no es verdad ?

— Sin duda.

— Pues bien, leedla y ella irá leyendo también á medida que las palabras vayan grabándose en vuestro espíritu.

Marat abrió la carta y se puso á leerla, mientras que la señora Grivette, de pie y estremeciéndose bajo el impulso de la omnipotente voluntad de Bálamo, repetía á medida que Marat las iba leyendo allá para sí, las palabras siguientes :

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edic. 1425 MONTERREY, MEXICO

29974

« Mi querido Hipócrates : Apeles acaba de hacer su primer retrato y lo ha vendido en 50 francos ; hoy se comen estos 50 francos en la taberna de la calle de Santiago ; ¿ concurrirás tú ?

» Se entiende que se beberá una parte.

» Tu amigo,

» L. DAVID. »

Este era el contexto de la carta.

Marat dejó caer el papel y Bálamo le dijo :

— Ya veis como la señora Grivette tiene también un alma, y que esta alma vela cuando ella duerme.

— Y por cierto que es un alma bien extraña, dijo Marat, puesto que sabe leer, aventajando en esto al cuerpo.

— Porque el alma todo lo sabe y puede reproducir por reflexión. Tratad de que lea esa carta cuando esté despierta, es decir, cuando el cuerpo haya envuelto al alma con su sombra, y ya veréis.

Marat no sabía qué decir ; toda su filosofía materialista se rebelaba dentro de sí, pero no acertaba á contestar.

— Ahora, continuó Bálamo, pasemos á lo que os interesa más, es decir, á averiguar el paradero de vuestro reloj.

Y dirigiéndose á la portera, le dijo :

— Señora Grivette, ¿ quién ha tomado el reloj del señor Marat ?

— No lo sé, contestó.

— Lo sabéis perfectamente, insistió Bálamo, y lo diréis.

Luego, con una voluntad más fuerte aun, exclamó :

— Decid quién ha cogido el reloj del señor Marat.

— La señora Grivette no ha robado el reloj al señor

Marat ; ¿ por qué cree, pues, éste que ella ha sido la que se lo ha robado ?

— Pues si no ha sido ella, decid quién ha sido.

— Lo ignoro.

— Ya veis, dijo Marat, como la conciencia es un refugio impenetrable.

— Puesto que esa es la única duña que os queda, dijo Bálamo, vais á quedar convencido.

Y volviéndose hacia la portera :

— Os mando que digáis quién.

— Vamos, vamos, dijo Marat, no exijáis imposibles.

— Señora Grivette, dijo Bálamo, yo he dicho que lo quiero.

Entonces, al impulso de aquella voluntad imperiosa, la desventurada mujer empezó á torcerse las manos y los brazos como una loca ; un estremecimiento parecido al de la epilepsia se apoderó de todo su cuerpo ; su boca tomó una expresión espantosa de terror y debilidad ; cayó de espaldas, y se encogieron sus miembros como cuando acomete una convulsión.

— No, no, decía, prefiero morir.

— Pues bien, exclamó Bálamo chispeándole los ojos de rabia ; morirás, si es preciso, pero hablarás. Tu silencio y obstinación serian para nosotros indicios suficientes ; pero hay aquí un incrédulo que necesita una prueba irrefragable. Quiero pues que hables : ¿ quién ha cogido el reloj ?

La exasperación nerviosa llegaba á su colmo ; toda la fuerza y poder que tenía la sonámbula resistía á la voluntad de Bálamo ; de su boca salieron gritos inarticulados, y una espuma rojiza manchó sus labios.

— La va á atacar la epilepsia, dijo Marat.

— Nada temáis ; eso proviene de que el demonio de la mentira no quiere salir de su cuerpo.

Luego, volviéndose á la mujer, le echó en el rostro

cuanto fluido podía contener su mano, y le dijo:

— Hablad; ¿quién ha cogido el reloj?

— La señora Grivette, respondió la sonámbula con voz casi inteligible.

— ¿Cuándo?

— Ayer tarde.

— ¿Dónde estaba?

— Debajo del candelero.

— ¿Y qué ha hecho de él?

— Lo ha llevado á la calle de Santiago.

— ¿Pero á qué sitio?

— Al número 29.

— ¿Á qué piso?

— Al quinto.

— ¿Á casa de quién?

— De un oficial de zapatero.

— ¿Cómo se llama?

— Simón.

— ¿Qué es ese hombre?

La sonámbula no contestó.

— ¿Qué es ese hombre?

Tampoco contestó la sonámbula.

— ¿Qué es ese hombre? repitió Bálamo.

El mismo silencio.

Bálamo extendió hacia ella la mano impregnada de fluido, y aniquilada la infeliz con aquel ataque terrible, solo tuvo fuerzas para murmurar:

— Su amante.

Marat lanzó un grito de asombro.

— ¡Silencio! dijo Bálamo, dejad que hable la conciencia.

En seguida, dirigiéndose á la mujer que temblaba de pies á cabeza y estaba inundada de sudor, le preguntó:

— ¿Y quién aconsejó á la señora Grivette que hiciera ese robo?

— Nadie; levantó el candelero casualmente, vió el reloj, y la tentó el demonio.

— ¿Lo hacía por necesidad?

— No, pues no ha vendido el reloj.

— ¿Lo ha dado?

— Sí.

— ¿Á Simón?

La sonámbula hizo un esfuerzo y contestó:

— Á Simón.

En seguida se tapó la cara con las manos y vertió un torrente de lágrimas.

Bálamo fijó la vista en Marat, quien con la boca abierta, descompuestos los cabellos y dilatados los párpados, contemplaba asombrado aquel espectáculo espantoso.

— Al fin habéis visto, le dijo, la lucha entre el alma y el cuerpo; ¿veis como la conciencia ha sido forzada en esa especie de reducto que creíais era inexpugnable? ¿Veis como Dios nada ha olvidado en este mundo, y que está en todo? ¡No neguéis, pues, que hay conciencia; no neguéis que hay alma; no neguéis lo que no conocéis, joven! Sobre todo, no neguéis la fe, que es el poder supremo; y puesto que tenéis ambición, estudiad, señor Marat, hablad poco, pensad mucho, y no juzguéis ligeramente á vuestros superiores. ¡Adiós! mis palabras han abierto ante vos un campo muy vasto; registrad ese campo, porque en su seno se encierran tesoros. Adiós: ¡dichoso, dichoso vos, si llegáis á vencer el demonio de la incredulidad que reside en vos, como yo he vencido el de la mentira que se alberga en el cuerpo de esa mujer!

Y diciendo estas palabras, que hicieron abochornar al joven, salió de la buhardilla.

Marat no pensó siquiera en ir á despedirle, pero as que pasó el primer estupor observó que la señora Grivette continuaba dormida.

Aquel sueño le pareció espantoso, y mejor hubiera querido tener en su lecho un cadáver, aunque el señor Sartines interpretase aquella muerte allá á su modo.

Al ver aquella atonía, aquellos ojos del revés y aquellas palpitaciones, le dió miedo, miedo que se aumentó mucho más cuando vió que aquel cadáver vivo se levantaba, y cogiéndole de la mano le decía :

— ¿ Venís conmigo, señor Marat ?

— ¿ Á donde ?

— Á la calle de Santiago.

— ¿ Para qué ?

— Venid, venid, pues me manda que os lleve allá.

Marat, que se había dejado caer sobre una silla, se levantó.

Entonces la señora Grivette, siempre dormida, abrió la puerta y bajó la escalera á guisa de pájaro ó de gata, es decir, tocando apenas los escalones.

Marat la siguió, temiendo no cayese y se rompiera la cabeza.

Cuando llegó á lo último de la escalera, salvó el umbral de la puerta y atravesó la calle, siempre seguida del joven, á quien condujo de este modo á la casa y piso designado.

Entonces llamó á la puerta, sintiendo Marat que el corazón le latía con tal fuerza que debía oirse.

En aquella especie de desván había un hombre que salió á abrir, y en quien Marat reconoció á un trabajador de veinticinco á treinta años que había visto algunas veces en la garita de la portera.

Al ver á la señora Grivette y á Marat se hizo atrás.

Pero la sonámbula se dirigió en derechura á la cama, y metiendo la mano debajo del ético jergón sacó

el reloj que entregó á Marat, mientras que el zapatero Simón, pálido de espanto, no se atrevía á articular una palabra, y seguía con extraviados ojos hasta los más mínimos gestos de aquella mujer, que creía estaba loca.

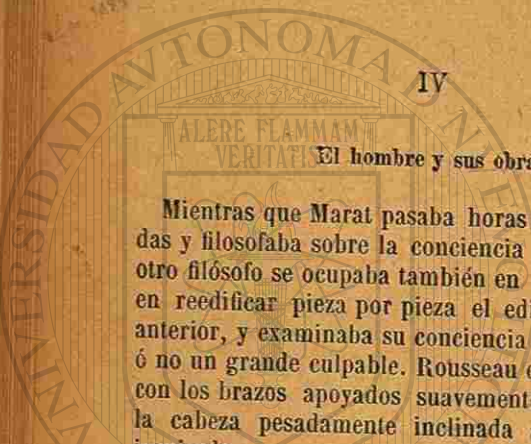
Apenas tocó la portera la mano de Marat al irle á entregar el reloj, cuando lanzó un profundo suspiro y murmuró :

— Me despierta, me despierta.

Efectivamente, alojáronse todos sus nervios como un cable que se suelta de la polea ; sus ojos recobraron la chispa de vida, y hallándose como se hallaba enfrente de Marat, con su mano en la de éste, y teniendo aun el reloj, es decir, la prueba irrecusable del erimen, cayó desmayada sobre las tablas de aquel zaquizami.

— ¿ Existirá efectivamente la conciencia ? dijo Marat allá para sí al salir del cuarto con la duda en el corazón, y conociéndose en sus ojos que meditaba profundamente.

BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1099, MONTERREY, COAHUILA



IV El hombre y sus obras

Mientras que Marat pasaba horas tan bien empleadas y filosofaba sobre la conciencia y la doble vista, otro filósofo se ocupaba también en la calle Platriere en reedificar pieza por pieza el edificio de la noche anterior, y examinaba su conciencia para saber si era ó no un grande culpable. Rousseau estaba meditando, con los brazos apoyados suavemente en una mesa y la cabeza pesadamente inclinada sobre el hombro izquierdo.

Delante de sí tenía abiertas unas obras de política y filosofía, el *Emilio* y el *Contrato social*.

De vez en cuando, cuando lo exigían sus ideas, se inclinaba para hojear aquellas dos obras que él sabía de memoria.

— ¡Dios mío! exclamó al leer un párrafo del *Emilio* sobre la libertad de conciencia. ¡Estas son unas frases incendiarias! ¡Qué filosofía, justo cielo! ¡Se ha visto jamás en el mundo un botafuegos como yo?

— ¡Cómo! añadió levantando las manos sobre la cabeza. ¡Soy yo quien ha proferido semejantes frases contra el trono, contra el altar y la sociedad?.....

Ya no me admiro que algunas pasiones sombrías y concentradas se hayan aprovechado de mis sofismas y se hayan extraviado en el sendero que yo les sembraba

de flores de retórica. He sido el perturbador de la sociedad.....

Y se levantó muy agitado y dió tres vueltas por el cuarto.

— He atacado á los depositarios del poder que ejercen la tiranía contra los escritores, dijo; he sido un loco y un bárbaro, pues esos depositarios del poder tienen mucha razón... ¿Qué soy yo sino un hombre peligroso para un Estado? He lanzado mis palabras so pretexto de ilustrar las cosas; y ahora digo que mis palabras son una antorecha que va á incendiar todo el universo.

— He sembrado discursos sobre la desigualdad en las condiciones, proyectos de universal fraternidad y planes de educación, y recojo por fruto, orgullos tan feroces que invierten el sentido de la sociedad, guerras intestinas capaces de dejar despoblado el mundo, y costumbres tan salvajes que atrasarían la civilización diez siglos... ¡Oh! soy muy criminal.

Y volvió á leer una página de su *Vicario Saboyano*.

— Sí, eso es: *Reunámonos para ocuparnos de nuestra dicha...* ¡Que yo haya escrito esto! *Demos á nuestras virtudes la fuerza que otros dan á sus vicios.* ¡También he escrito esto!

Y Rousseau se agitó más desesperado que nunca.

— De suerte, dijo, que por mi culpa se han reunido los hermanos con los hermanos, y cuando algún día sea invadido uno de esos subterráneos por la policía, cogerá á toda la bandada de esos hombres que juran comerse unos á otros en caso de traición, y no faltará uno más descarado que los demás que saque del bolsillo mi libro y diga: « ¡De qué os quejáis? Nosotros somos adeptos del señor Rousseau, y seguimos un curso de filosofía. » ¡Oh! cómo se reirá de esto Vol-

taire! No haya miedo que á ese cortesano le atrapen en una madriguera por el estilo.

La idea de que Voltaire se burlaría de él enfureció en extremo al filósofo ginebrino.

— ¡Yo metido á conspirador! murmuró; vamos, está visto que soy un niño. ¡En verdad que hago muy buen conspirador!

Aquí llegaba cuando entró Teresa, sin que la viese, con el desayuno.

Teresa notó que leía atentamente un trozo de las *Meditaciones de un Solitario*, y dijo poniendo la leche caliente sobre el mismo libro:

— Bueno, el orgulloso se mira en su propio espejo. El señor Rousseau lee sus obras para admirarse á sí mismo.

— Vamos, Teresa, dijo el filósofo; déjame, que no estoy para risas.

— ¡Oh! sí, eso es magnífico, ¿no es verdad? repuso burlándose de él. ¡Estás extasiado! ¿Cómo es que los autores tienen tanta vanidad, á pesar de sus defectos, y nada nos pasan á nosotras las pobres mujeres? En cuanto se me antoja mirarme al espejo, ya me está riñendo el caballero y llamándome coqueta.

Y la tomó sobre este tema, apurando la paciencia á Rousseau, como si éste no hubiese recibido ricos dones de la naturaleza para poder hacer lo que estaba haciendo.

Por lo demás, se bebió la leche sin mojar pan, y parecía que rumiaba.

— ¡Bueno! estáis reflexionando, dijo Teresa, sin duda vais á componer alguna otra obra atestada de infamias.....

Rousseau se estremeció.

— Estáis pensando en vuestras mujeres ideales, y escribís obras que las jóvenes no se atreverán á leer;

ó profanaciones que serán quemadas por la mano del verdugo.

El mártir se volvió á estremecer, porque el golpe de Teresa era certero.

— No, replicó, no volveré á escribir nada que dé lugar á malos pensamientos... Al contrario, quiero escribir una obra que toda persona honrada ha de leer con transportes de alegría.

— ¡Oh! ¡oh! exclamó Teresa recogiendo la taza, tienes la imaginación muy llevada de ideas oscuras para hacer eso. Sin ir más lejos, el otro día te oí leer un pasaje de no sé qué obra, y hablabas de mujeres á quienes adoras... ¡Tú eres un sátiro, un mago!

La palabra mago era una de las injurias más espantosas del vocabulario de Teresa, y Rousseau se estremecía siempre que la oía.

— Ya verás, amiga mía, ya verás como quedas contenta... Voy á escribir un libro para probar que he descubierto un medio de regenerar el mundo sin causar el menor mal á ninguno con los cambios que se operen. Sí, sí, voy á madurar este proyecto. ¡No más revoluciones, Dios mío! ¡Teresa, no quiero más revoluciones!

— Allá lo veremos, dijo Teresa; ¡calla! están llamando.

Teresa volvió al cabo de un momento con un hermoso joven á quien rogó esperase en la antesala.

Luego, entrando en el cuarto de Rousseau, que se había puesto ya á tomar notas con un lápiz, le dijo:

— Date prisa á ocultar todas esas infames obras, porque está ahí uno que quiere verte.

— ¿Quién es?

— Un señor de la corte.

— ¿No te ha dicho su nombre?

— ¡Buena soy yo para recibir á quien no conozco!

— Entonces dí quién es.

— El señor de Coigny.

— ¡El señor de Coigny! repuso Rousseau. ¡El señor de Coigny, gentilhombre de monseñor el Delfín!

— Ese debe ser, es un joven hermoso y muy amable.

— Dile que soy con él al momento, Teresa.

Rousseau se echó una ojeada al espejo, cepilló su casaca, limpió sus chinelas, y eran unos zapatos viejos gastados por el uso, y salió al comedor, en donde le aguardaba el gentilhombre.

Este no se había sentado; lo que hacía era mirar con una especie de curiosidad los vegetales secos que Rousseau había pegado sobre papel y colocado formando orlas sobre madera negra.

Al oír la puerta vidriera se volvió, y saludando con suma cortesía, dijo:

— ¿Tengo el honor de hablar con el señor Rousseau?

— Sí, señor, respondió el filósofo con un tono áspero, que no excluía una especie de admiración á la notable hermosura y elegancia sin afectación de su interlocutor.

Efectivamente, el señor de Coigny era uno de los hombres más hermosos y amables de Francia, pudiendo decirse sin ningún género de duda que para él se había inventado el traje que se gastaba en aquella época. Si, seguramente se ideó para que brillasen la finura y perfecto contorneado de su pierna, para mostrar en toda su graciosa amplitud sus hombros y su elevado pecho, para dar un aire majestuoso á su cabeza tan bien puesta, y la blancura del marfil á sus lindas manos,

Este exámen satisfizo á Rousseau, quien, á fuer de verdadero artista, admiraba lo bello en cualquier parte donde lo encontraba.

— ¿En qué puedo servirlos, caballero? le dijo.

— Ya os habrán dicho que soy el conde de Coigny, y á eso añado yo que vengo de parte de la señora Delfina.

Rousseau hizo un saludo, poniéndose como una grana, y Teresa, que se hallaba en un ángulo del comedor, con las manos metidas en los bolsillos de su falda, contemplaba con halagüeños ojos al hermoso mensajero de la princesa más grande de Francia.

— ¿Y qué quiere de mí S. A. R.?... dijo Rousseau; pero tomad asiento si gustáis, caballero.

Rousseau se sentó, y el señor de Coigny tomó una silla de paja é hizo lo mismo.

— El hecho es este, dijo; el otro día, comiendo S. M. en Trianón, manifestó alguna simpatía por vuestra música, que es encantadora. S. M. cantó vuestras mejores melodías, y la señora Delfina, que procura agradar en todo á S. M., ha pensado sería para el rey un placer ver representar en Trianón una de vuestras óperas cómicas...

Rousseau hizo un saludo profundo, y el gentilhombre continuó:

— Vengo, pues, á pedirlos de parte de la señora Delfina....

— ¡Oh! interrumpió Rousseau, mi permiso para nada hace al caso. Mis piezas y las arietas que forman parte de ellas pertenecen al teatro que las ha representado; de consiguiente hay que pedir permiso á los cómicos, que estoy seguro no tendrán el menor reparo en dárselo á S. A. R., pues se tendrán por muy dichosos en representar y cantar en presencia de S. M. y de toda la corte.

— No es eso precisamente lo que estoy encargado de pedirlos, caballero, repuso el señor de Coigny. S. A. R. la señora Delfina quiere dar al rey una diver-

sión más completa y más rara. Sabe todas vuestras óperas...

Rousseau saludó de nuevo.

— Y las canta muy bien.

Rousseau se mordió los labios y dijo tartamudeando :

— Me hace mucho honor.

— Pues bien, prosiguió el señor de Coigny, como muchas damas de la corte son excelentes músicas y cantan admirablemente, y hay también gentileshombres que se ocupan de la música con bastante buen éxito, la ópera que la señora Delfina escogiese entre las vuestras, sería ejecutada por esa sociedad de gentileshombres y damas, cuyos principales actores serían SS. AA. RR.

Rousseau dió un brinco en su silla y dijo :

— Os aseguro, caballero, que es para mí un insigne honor, y os suplico que deis en mi nombre mis humildísimas gracias á la señora Delfina.

— Aun hay más, caballero, dijo el señor de Coigny sonriendo.

— ¡ Ah !

— Verdad es que la compañía arreglada de ese modo es más ilustre que la otra, pero también es menos experimentada, y son indispensables la presencia y los consejos del maestro, porque es preciso que la ejecución sea digna del augusto espectador que ha de ocupar el palco del rey, y también del ilustre autor.

Rousseau se levantó para saludar, porque este último cumplimiento le había agradado sobremanera ; por consiguiente saludó con mucho agrado al señor de Coigny.

— Para ello, continuó el gentilhombre, os ruega S. A. R. que tengáis la bondad de ir á Trianón, á fin de dirigir el ensayo general de la ópera.

— ¡ Oh ! exclamó Rousseau, ¡ S. A. R. no lo ha pensado bien !... ¡ Yo iré á Trianón !

— ¡ Qué inconveniente hay ? dijo el señor de Coigny con la mayor naturalidad.

— Caballero, replicó Rousseau, vos sois un hombre de gusto y de talento ; tenéis el tacto más fino que otros. Ahora bien, respondedme con la mano puesta sobre el corazón : Rousseau el filósofo, Rousseau el proscrito, Rousseau el misántropo en la corte, ¿ no es para hacer reventar de risa á toda la pandilla ?

— No veo, caballero, dijo el señor de Coigny con frialdad, porque han de turbar el sueño de un hombre tan fino como vos, de un escritor que puede pasar por el primero del reino, las risas y burlas de los necios que os persiguen. Si tenéis esa debilidad, señor Rousseau, tratad de ocultarla, porque ella sola daría que reír á no pocos. En cuanto á lo que se diga, me confesaréis que no debe uno ocuparse de eso cuando se trata de dar gusto á una persona como S. A. R. la señora Delfina, heredera presunta de la corona de Francia.

— Seguramente, dijo Rousseau, seguramente.

— ¡ Será tal vez, dijo M. de Coigny sonriéndose, por un resto de mentida vergüenza ? ¡ Teméis humanizaros porque habéis tratado con severidad á los reyes ? ¡ Ah ! señor Rousseau, habéis dado lecciones al género humano, y supongo que no lo aborrecéis... Por otra parte, ¿ no exceptuáis de vuestro odio, caso de que lo tengáis, á una dama que es de la sangre imperial ?

— Caballero, me instáis con mucha gracia, pero reflexionad cuál es mi posición ; yo vivo retirado, solo y desgraciado.

Teresa hizo un gesto y dijo :

— ¡Muy desgraciado!... ¡Vaya si es descontentadizo el señor!

— Por más que haga, siempre aparecerá en mi rostro y modales un rastro desagradable á los ojos del rey y las princesas, que sólo buscan la alegría y el contento. ¿Qué diría á esto?... ¿Qué haría?

— Cualquiera diría que dudáis de vos mismo; ¿pues qué, el que ha escrito la *Nueva Eloísa* y las *Confesiones*, no tiene más talento para hablar y obrar que nosotros todos?

— Os aseguro, caballero, que me es imposible....

— Esa palabra no la conocen los príncipes.

— Por eso precisamente me quedaré en mi casa.

— Señor Rousseau, creo que al temerario mensajero que se ha encargado de satisfacer los deseos de la señora Delfina, no le causaréis el disgusto mortal de tener que volverse á Versalles avergonzado y vencido; esto lo sentiría tanto que se desterraría al instante. Vamos, querido Rousseau, haced por mí, por un hombre que tiene una simpatía profunda por todas vuestras obras, lo que vuestro gran corazón negaría á reyes que os lo pidiesen.

— Vuestra extremada amabilidad me encanta, caballero; vuestra elocuencia es irresistible, y tenéis una voz que me conmueve en extremo.

— ¿Es decir que os ablandáis?

— No, no puedo... terminantemente digo que no; mi salud se opone á emprender un viaje.

— ¡Un viaje! Estáis engañado, señor Rousseau, pues en carruaje se llega en hora y cuarto.

— Pero vos tenéis caballos magníficos.

— Todos los caballos de la corte están á vuestra disposición, señor Rousseau. Estoy encargado por la señora Delfina de deciros que tenéis un cuarto preparado en Trianón, porque no quiere regreséis tan tarde

á París. Además el señor Delfín, que sabe de memoria todas vuestras obras, ha dicho delante de su corte que tenía gusto en enseñar en su palacio el cuarto que el señor Rousseau hubiere ocupado.

Teresa lanzó un grito de admiración, no por Rousseau, sino por aquel príncipe tan bondadoso.

Rousseau no pudo resistir á esta última muestra de benevolencia.

— Preciso es pues que me rinda, dijo, porque jamás he sido tan bien atacado.

— Se ataca á vuestro corazón, caballero, replicó el señor de Coigny, porque en cuanto al entendimiento seriais inexpugnable.

— Iré pues, caballero, á satisfacer los deseos de S. A. R.

— ¡Oh! señor Rousseau, recibid un millón de gracias de mi parte; por lo que toca á la señora Delfina, permitidme que me abstenga de dáros las en su nombre, porque me reconveniría por haberme anticipado, puesto que ella quiere dárlas personalmente. Además, ya sabéis que al hombre toca manifestar su gratitud á una mujer joven y adorable que le pide un favor.

— Verdad es, caballero, replicó Rousseau sonriendo, pero los viejos tienen el privilegio de las mujeres bonitas; hay que rogarles.

— Señor Rousseau, tened la bondad de decirme la hora, para que os envíe mi carroza, ó más bien para que venga yo mismo á buscaros.

— En cuanto á eso, no, caballero, dijo Rousseau. Iré á Trianón, pero dejadme de vaya á pie y á mi antojo, y desde este momento no os euidéis más de mí. Señaladme la hora, y no dejaré de ir.

— ¡Cómo! ¿no queréis que sea vuestro introductor? Verdad es que no merezco tanta honra, y que un

nombre como el vuestro se anuncia bien por sí solo.

— Caballero, sé que sois en la corte más que yo en ninguna sitio del mundo, y de consiguiente no rehusó vuestra oferta por lo que atañe á vuestra persona, sino porque me gusta obrar á mis anchuras; quiero ir á Trianón como si fuese á paseo, y en fin... tal es mi ultimátum.

— Inclino, pues, la cabeza, y me guardaría muy bien de disgustaros en nada de este mundo. El ensayo empieza esta tarde á las seis.

— Muy bien, á las seis menos cuarto estaré en Trianón.

— ¿Pero por qué medios?

— Eso es cosa mía; he aquí mis carruajes.

Y enseñó la pierna bien formada todavía, y que calzaba con una especie de pretensión.

— Vais á andar cinco leguas, dijo el señor de Coigny consternado; mirad que os vais á estropear, y á pasar una mala noche.

— En ese caso también tengo carruaje y caballos; carruaje fraternal, carroza popular, que lo mismo es del vecino que mía, como el aire, el sol y el agua; carroza que cuesta quince sueldos.

— ¡Ay! Dios mío, el patache! me estremezco al pensarlo!

— Las banquetas, que á vos os parecen tan duras, son para mí un asiento de sibarita, figurándome que están rellenas de pluma ó de hojas de rosa. Conque hasta la tarde, caballero, hasta la tarde.

Viendo el señor de Coigny que le despedían, tomó su partido; y después de repetir las gracias y hacer varias indicaciones más ó menos precisas para que aceptara sus servicios, bajó la oscura escalera, acompañado de Teresa hasta la puerta y de Rousseau hasta la meta

El señor de Coigny entró en su coche, que le esperaba en la calle, y se volvió á Versalles, sonriéndose allá para sí.

Teresa cerró la puerta con un humor de todos los diablos, lo cual hizo presagiar á Rousseau la tormenta que se preparaba.

pero yo soy digno de ser llamado á la presencia del rey para recrearlo, y este honor lo debo á mi trabajo y al talento que con él he adquirido.

Teresa no era mujer que se dejara vencer tan fácilmente.

— Mucho me alegraría de que el señor de Sartines te oyese hablar de ese modo, porque no dejaría de tener un calabozo en Bicetre ó una jaula en Charentón.

— Porque ese señor de Sartines, replicó Rousseau, es un tirano pagado por otro tirano, y el hombre con su solo genio no puede defenderse contra los tiranos; pero si el señor de Sartines me persiguiese...

— Si te persiguiese, ¿qué? replicó Teresa.

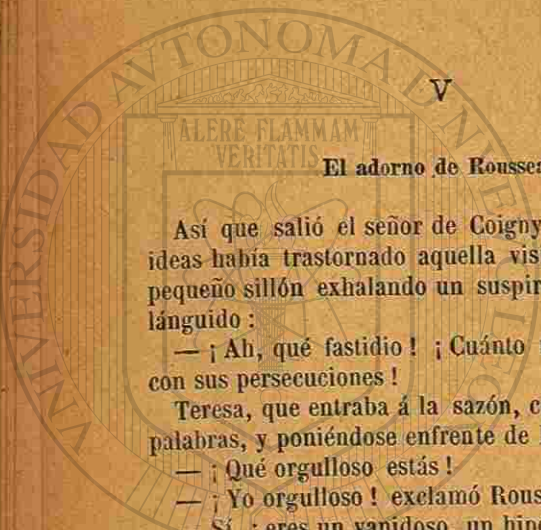
— ¡ Ah! sí, dijo suspirando Rousseau, sé que mis enemigos se alegrarían en el alma.

— ¿ Y por qué tienes enemigos? dijo Teresa. Porque eres malo, y has atacado á todo el mundo. ¡ Ah! el señor de Voltaire tiene amigos! eso nadie lo duda.

— Verdad es que los tiene, respondió Rousseau con una sonrisa angelical.

— Pero ¿ qué quieres? para eso es caballero el señor Voltaire; para eso es amigo del rey de Prusia, y tiene caballos, y es rico, y tiene un palacio en Ferney... Y todo esto lo debe á su mérito... Así es que cuando va á la corte no se las echa de desdenoso y está como en su casa.

— ¿ Y crees tú, dijo Rousseau, que yo no estaré allí como en la mía? ¿ Crees que no sé de dónde sale todo el dinero que allí se gasta, y que me dejo engañar por los respetos que allí se tributan al soberano? ¡ Eh! buena mujer, que todo lo juzgas á tontas y á locas, ten entendido que si me las echo de desdenoso, es porque miro con desdén; que si miro con desdén el lujo de los cortesanos, es porque han robado ese lujo.



El adorno de Rousseau

Así que salió el señor de Coigny, Rousseau, cuyas ideas había trastornado aquella visita, se sentó en un pequeño sillón exhalando un suspiro, y dijo con tono lánguido:

— ¡ Ah, qué fastidio! ¡ Cuánto me fatiga la gente con sus persecuciones!

Teresa, que entraba á la sazón, cogió al vuelo estas palabras, y poniéndose enfrente de Rousseau, dijo:

— ¿ Qué orgulloso estás!

— ¡ Yo orgulloso! exclamó Rousseau sorprendido.

— Sí, ¿ eres un vanidoso, un hipócrita!

— ¿ Yo?

— Sí, tú. ¡ Estás loco de contento, porque vas á la corte, y ocultas tu alegría bajo una aparente indiferencia!

— ¡ Dios mío! exclamó Rousseau encogiéndose de hombros, y humillado al ver que le conocían tan bien.

— No trates de hacerme creer que no es un grande honor para tí el hacer oír al rey las melodías que tocas en tu manuecordio como un holgazán que eres.

Rousseau miró á su mujer con ojos airados y dijo:

— Eres una tonta; un hombre como yo no recibe ningún honor en presentarse delante de un rey. ¿ Á qué debe un rey el ocupar un trono? Á un capricho de la naturaleza que le ha hecho nacer de una reina,

— ¡Robado! dijo Teresa con una indignación inexplicable.

— ¡Sí, robado! á ti, á mí, á todo el mundo. Todo el oro que llevan en sus trajes debería repartirse entre los desgraciados que no tienen pan; y he aquí porque yo, que pienso en todo esto, voy con repugnancia á la corte.

— Yo no digo que el pueblo sea dichoso, dijo Teresa; pero al fin el rey es rey.

— Por eso mismo le obedezco; ¿qué más quiere, pues?

— ¡Ah! obedeces porque tienes miedo; así no me digas que vas á una parte á disgusto y que eres un hombre valiente, porque te contestaré que eres un hipócrita y que te gusta eso.

— Yo no tengo miedo á nada, dijo Rousseau con soberbia.

— ¡Bueno! vé á decir al rey la cuarta parte de lo que decías en este momento.

— Lo haré seguramente, si me parece oportuno.

— ¿Tú?

— ¡Sí, yo! ¿Me has visto retroceder nunca?

— ¡Bah! Y no te atreves á quitar á un gato un hueso que esté royendo, por miedo de que te arañe... ¿Qué será, pues, cuando te veas rodeado de guardias y gente que ciñe espada?... Ya sabes que te conozco, como si te hubiera parido... Ahora te afeitarás, te perfumarás y te pondrás hecho un Adonis; te calzarás perfectamente, tratarás de mover los ojos de un modo interesante, porque los tienes muy chicos y redondos, y si los abrieras naturalmente, se verían, mientras que guiñándolos das á entender que son tan grandes como una puerta cochera; me pedirás las medias de seda, te pondrás la casaca color de chocolate con botones de acero, y la peluca nueva; alquilarás un coche, y mi

filósofo irá á hacerse adorar de las damas... y mañana, ¡ah! mañana estará lánguido, extasiado: porque te habrás enamorado, y escribirás rengloncitos suspirando, y regarás el café con lágrimas. ¡Oh! cómo te conozco!

— Te equivocas, querida mía, dijo Rousseau. Te repito que me hago una violencia en ir á la corte, y si voy, es porque temo el escándalo, como debe temerlo todo ciudadano honrado. Además, yo no soy de los que se niegan á reconocer la supremacía de un ciudadano en una república; pero en cuanto á anticiparme yo y hacer la corte, en cuanto á rozar mi casaca nueva contra las lentejuelas de esos señores... ¡eso sí que no! No lo haré jamás, y si me coges en esa falta, te autorizo para que te burles de mí á tus anchuras.

— Según eso, ¿no piensas vestirme? dijo Teresa.

— No.

— ¿No pondrás tu peluca nueva?

— No.

— ¿No guiñarás tus ojillos?

— Te digo que iré á la corte como un hombre libre, sin afectación y sin miedo; iré como si fuese al teatro, y yo me cuido poco de parecer bien ó mal á los cómicos.

— ¡Oh! á lo menos te afeitarás, porque tienes unas barbas de media cuarta, dijo Teresa.

— Te repito que no alteraré nada de como estoy.

Teresa prorrumpió en unas carcajadas tan fuertes, que aturdió á Rousseau, el cual se refugió en el cuarto inmediato.

La buena mujer no había agotado aun sus persecuciones, pues las tenía de todas clases y colores.

Sacó del armario el traje de ceremonia, camisa y corbata limpias, y los zapatos perfectamente lustrados

con clara de huevo, y lo extendió todo sobre la cama y las sillas del cuarto de Rousseau.

Pero éste pareció no prestar ninguna atención á aquella maniobra, por lo que le dijo Teresa:

— Vamos, ya es tiempo de que te vistas... porque lleva mucho tiempo el vestirse para ir á la corte... y no tendrás tiempo para llegar á Versalles á la hora indicada.

— Ya te he dicho, Teresa, replicó Rousseau, que me hallo bien así. Este es el traje con que me presento diariamente á mis conciudadanos, y un rey no es otra cosa que otro ciudadano como yo.

— Vamos, vamos, dijo Teresa para tentarle y hacer que cediera por buenas á sus deseos, no te enfades, Jacobo, y no hagas una tontería... Ahí tienes tu ropa, y la navaja de afeitar está lista, y por si estás atacado de los nervios, ya he mandado llamar al barbero.

— Gracias, querida, respondió Rousseau. No haré más que pasarme el cepillo por la ropa, y ponerme los zapatos, porque no es decente salir en chancas.

— ¡ Si por casualidad no querrá ceder? dijo para sí Teresa.

Y continuó excitándole, unas veces por medio de la coquetería, otras procurando persuadirle, y otras violentándole con sus chanzonetas; pero Rousseau la conocía, veía el lazo, y estaba seguro de que así que cediese se burlaría de él desapiadadamente Teresa. No quiso, pues, ceder, y se abstuvo de mirar las bonitas prendas que realzaban lo que él llamaba su buen aspecto natural.

Teresa estaba acechándole, pues aun le quedaba un recurso, que era la ojeada que nunca dejaba de darse Rousseau al espejo al tiempo de salir, porque el filósofo era aseado hasta rayar en exceso, si puede haber exceso en el aseo.

Empero Rousseau continuó manteniéndose en guardia, y como sorprendiese la ansiosa mirada de Teresa, volvió la espalda al espejo. Cuando llegó la hora ya había rumiado el filósofo en su cabeza todo lo desgradablemente sentencioso que se podía decir á un rey.

Mientras se ponía las hebillas de los zapatos recitó algunos trozos allá para sí, y en seguida se metió el sombrero debajo del brazo, cogió el bastón, y aprovechándose de un momento en que Teresa no podía verle, estiró la chupa y la casaca con ambas manos para quitarles los pliegues.

Teresa volvió á entrar y le presentó un pañuelo que él metió en su ancha faltriquera, acompañándole después hasta la meseta, donde le dijo:

— Vamos, Jacobo, ten juicio; así estás atroz, te pareces á un monedero falso.

— Adiós, dijo Rousseau.

— ¡ Cuidado, caballero, dijo Teresa, que os pueden tomar por un ratero!

— Ten tú cuidado con la lumbre, replicó Rousseau, y no toques á mis papeles.

— Os aseguro, dijo Teresa desesperada, que parecéis un espía de policía.

Rousseau nada volvió á replicar; lo que hizo fué bajar la escalera canturreando, y aprovechándose de lo oscura que estaba, cepilló el sombrero con la manga, sacudió la pechera de la camisa con la mano izquierda, y se adornó improvisadamente, pero con inteligencia.

Cuando llegó abajo, arrojó el barro de la calle Platriere pero de puntillas, y se dirigió á los Campos Elíseos, donde estaban situados esos honrados carruajes á que llamaremos pataches por purismo, y que llevaban, ó más bien molían, aun no hace diez años, de París á Versalles á los viajeros que tenían precisión de ser económicos.

del señor de Coigny, y aun se quedó mucho más, cuando, al acercarse al teatro, vió la profusión de magníficos trajes con ricos encajes, diamantes y cordones azules que, sobre los dorados del teatro, hacían el efecto de un ramillete de flores en un inmenso canastillo.

También se sintió muy mortificado Rousseau al respirar aquella atmósfera de ámbar, cuyo delicado olor embriagaba los sentidos de un plebeyo.

Sin embargo era preciso avanzar y tener audacia, porque muchos de los circunstantes habían fijado la vista en el que formaba como una mancha en aquella brillante reunión.

El señor de Coigny iba delante, y le acompañó hasta la orquesta, donde le estaban ya esperando los músicos.

Allí respiró un tanto, y mientras se ejecutaba su música, pensó seriamente que estaba en lo más fuerte del peligro, que ya no había remedio, y que todos los raciocinios del mundo no podían evitarlo.

La señora Delfina estaba ya en el escenario con su traje de Colasa, esperando á su Colás.

El señor de Coigny se hallaba en su cuarto mudándose de traje.

De pronto se vió entrar al rey en medio de un círculo de cabezas profundamente inclinadas.

Luis XV se sonreía, y al parecer iba de muy buen humor.

El Delfín se sentó á su derecha, y el conde de Provenza fué á sentarse á la izquierda.

Las cincuenta personas de que se componía la reunión, reunión íntima si las hay, se sentaron á un ademán que hizo el rey.

— Y bien, ¿no se da principio? dijo Luis XV.

— Señor, contestó la Delfina, no están vestidos todavía los pastores y pastoras, y estamos esperándolos.

Los bastidores del teatro de Trianon

Las circunstancias del viaje son indiferentes, Rousseau debió por necesidad andar el camino con un suizo, un veredero, un ricacho y un clérigo.

Llegó á eso de las cinco y media de la tarde á Trianon cuando ya se hallaba reunida la corte, y estaban preludiando mientras se presentaba el rey, pues del autor nadie se ocupaba.

Ciertas personas sabían que Rousseau, el ginebrino, iría á dirigir el ensayo; pero el mismo interés causaba la vista de Rousseau, que la de Rameau, la de Marmontel ó la de cualquier otro de aquellos animates curiosos que los cortesanos pagaban por ver en sus salones ó en la casucha de ellos.

Rousseau fué recibido por el oficial que estaba de servicio, al cual había encargado el señor de Coigny que le avisara así que llegase el ginebrino.

El gentilhombre acudió con su acostumbrada urbanidad y recibió á Rousseau con la más amable solicitud; pero apenas fijó en él la vista quedó admirado, y no pudo menos de volver á examinarlo.

Rousseau estaba cubierto de polvo, ajado y pálido, y con su palidez resaltaba más una barba de ermitaño, cual ningún maestro de ceremonias había visto jamás reflejarse en los espejos de Versailles.

Rousseau se quedó muy embarazado con la mirada

— Lo mismo da que sea con el traje común, dijo el rey.

— No, señor, replicó la Delfina desde el escenario, porque queremos ensayar con los trajes que hemos de sacar en la ópera para ver el efecto que causan con las luces.

— Es muy justo, señora, dijo el rey; paseémonos entonces.

Y Luis XV se levantó para dar una vuelta por el corredor y el escenario, pero bastante inquieto al ver que no llegaba la Dubarry.

Cuando el rey dejó su palco, Rousseau consideró melancólicamente y palpitándole el corazón con violencia aquella sala vacía y su propio aislamiento.

Efectivamente, formaba un contraste muy singular con la acogida que había temido tanto, pues se había figurado que al verle todos los grupos se abrirían para dejarle paso, que la curiosidad de algunos cortesanos sería más importuna y significativa que la de los parisienses; que le harían mil preguntas, que tendría que andar presentándose á este y al otro; y en vez de realizarse lo que tanto temiera, veía que nadie hacía alto en él.

Entonces pensó que su barba no era aun bastante larga, que tampoco hubieran fijado más la atención en él vestido de harapos que la fijaban en su vestido raído, y se alegró mucho de no haber tenido la ridícula pretensión de presentarse vestido con elegancia.

Pero en el fondo de todo eso se sintió bastante humillado de verse reducido, á lo sumo, á las proporciones de un director de orquesta.

De súbito, acercóse á él un oficial y le preguntó si no era el señor Rousseau.

— Sí, señor, contestó.

— La señora Delfina desea hablaros, dijo el oficial.

Rousseau se levantó muy conmovido.
La Delfina lo estaba aguardando, teniendo en la mano la *Arieta de Colasa*:

Perdí mi dicha toda.

Así que vió á Rousseau corrió á él, y el filósofo la saludó con mucha humildad, diciendo para sí que saludaba á una mujer y no á una princesa.

La Delfina, por su parte, estuvo con el filósofo huraño tan amable como pudiera estarlo con el más cumplido caballero de Europa, y le pidió su dictamen acerca de la expresión que debía dar al tercer verso:

Colás me olvida ya.....

Rousseau desenvolvió una teoría de declamación y melopeya que fué interrumpida, á pesar de su sabiduría, por la ruidosa llegada del rey y algunos cortesanos.

Luis XV entró en el salón en donde la señora Delfina estaba tomando de aquel modo la lección del filósofo.

El primer impulso, el primer sentimiento del rey al ver aquel personaje tan mal vestido, fué exactamente idéntico al que había experimentado el señor de Coigny, con la sola diferencia que este último conocía á Rousseau y Luis XV no lo conocía.

Miró, pues, largo rato á nuestro hombre libre, al mismo tiempo que recibía los cumplimientos y las gracias de la Delfina.

Aquella mirada llena de regia autoridad, aquella mirada que no estaba acostumbrada á bajarse ante ninguna otra, causó en Rousseau un efecto indecible; en Rousseau, cuyos ojos eran vivos, pero indecisos y tímidos.

La Delfina aguardó á que el rey hubiese concluido su examen, y entonces se puso al lado de Rousseau diciendo:

— ¿ Me permite V. M. que le presente nuestro autor?

— ¿ Vuestro autor? dijo el rey haciendo como que recapacitaba.

Durante este diálogo, Rousseau estaba en brasas, pues el rey recorrió con la vista y quemó como el sol debajo del lente aquella barba larga, aquella pechera no muy limpia, aquel polvo y aquella peluca mal peinada del escritor más grande de su reino.

La Delfina se compadeció de este último, y dijo:

— Señor, J. J. Rousseau, autor de la linda ópera que vamos á estropear delante de V. M.

El rey alzó entonces la cabeza, y dijo con frialdad:

— ¡ Ah! saludo al señor Rousseau.

Y siguió mirándolo como para probarle lo mal vestido que iba.

Rousseau se preguntó á sí mismo cómo se saludaba al rey de Francia sin ser un cortesano, pero también sin pasar por impolítico, puesto que al fin estaba en casa de aquel príncipe.

Empero, mientras que raciocinaba de este modo, el rey le hablaba con esa facilidad propia de los príncipes, que todo lo han dicho cuando dicen una cosa agradable ó desagradable para su interlocutor.

Rousseau se quedó petrificado, sin pronunciar una palabra, y todas las frases que se había propuesto dirigir al tirano se le olvidaron.

— Señor Rousseau, le dijo el rey, sin dejar de mirar el traje y la peluca, habéis compuesto una música encantadora, y que me hace pasar ratos muy agradables.

Y el rey se puso á cantar con la voz más antipática á todo diapason y melodía que se ha visto:

Si á galanes más apuestos,
Los hubiese yo escuchado,
¡ Cuán fácil me hubiera sido
El haberlos cautivado!

— Esto es muy bonito, dijo el rey así que acabó.

Rousseau hizo un saludo.

— No sé si cantaré bien, dijo la Delfina.

Rousseau se volvió hacia la princesa para darle un consejo acerca de esto, pero el rey se había lanzado de nuevo entonando la romanza de Colás:

En mi cabana oscura,
Do me abruman las penas,
El viento, sol y frío
Desapiadados entran.

M. cantaba atrozmente para un músico, y Rousseau, medio lisonjeado con la memoria del monarca, y medio ofendido de su detestable ejecución, hacía los gestos que hace un mono cuando está royendo una cebolla, que por un lado llora y por otro se rie.

La Delfina se mantenía seria, con esa imperturbable sangre fría que sólo se encuentra en la corte.

El rey, sin apurarse por nada, continuó:

Colasa, mi pastora,
Ven á vivir en ella,
Y tu amante Colás
La hallara grata y bella.

Rousseau sintió arder su cara, cuando el rey le dijo:

— ¿ Es cierto, señor Rousseau, que os vestis algunas veces de armenio?

Al filósofo se le trabó la lengua de tal modo, que

ni por un reino hubiera podido hablar en aquel momento.

El rey se puso á cantar de nuevo sin esperar á que le contestase :

El ciego amor no sabe,
Aunque haya quien le alabe,
Á do sus flechas van.

— Según parece, vivís en la calle Platriere, ¿ no es verdad, señor Rousseau ? dijo el rey.

Rousseau hizo con la cabeza una señal afirmativa; pero aquella era la última thule de sus fuerzas, no habiendo necesitado nunca llamar otras tantas en su auxilio.

El rey tarareó :

Es un niño.....
Es un niño.....

— Dicen que estáis muy mal con Voltaire, señor Rousseau.

Al oír esto, Rousseau perdió la poca serenidad que le quedaba. El rey, sin compadecerse mucho de él y prosiguiendo en su feroz melomanía, se alejó cantando :

Á bailar bajo los olmos,
Corramos, lindas muchachas,

con acompañamientos de orquesta capaces de matar á Apolo, como éste había matado á Marsyas.

Rousseau se quedó solo en medió del salón, pues la Delfina le había dejado para dar la última mano á su tocado.

Dando traspies y á tientas, Rousseau llegó al pasa-

dizo, pero á lo mejor tropezó con una pareja cuajada de diamantes, flores y encajes, que llenaba el pasadizo á pesar de que el joven apretaba con mucha ternura el brazo de su compañera.

Esta última, con sus magníficas blondas y su tocado gigantesco, con su abanico y sus perfumes, estaba brillante como un astro, y acababa de tropezar con Rousseau.

Su joven compañero, delgado, fino y elegante con su cordón azul sobre su rica pechera de Inglaterra, se reía á carcajadas con extremada franqueza, y las interrumpía de pronto con reticencias ó cuchicheos que hacían reír á su vez á la dama, pareciendo ambos en la más cordial armonía.

Rousseau reconoció á la condesa Dubarry en aquella hermosa dama, en aquella seductora criatura, y así que la reconoció, siguiendo su costumbre de absorberse en una sola contemplación, no vió á su compañero.

El joven del cordón azul no era otro que el señor conde de Artois, que jugueteaba loco de alegría con la querida de su abuelo.

Madama Dubarry, al ver la negra figura de Rousseau, exclamó :

— ¡ Ah ! ¡ Dios mío !

— ¿ Qué es eso ? dijo el conde de Artois mirando al filósofo; y ya extendía la mano para hacer paso á su compañera cuando ésta exclamó :

— ¡ El señor Rousseau !

— ¿ El de Ginebra ? preguntó el conde de Artois con un tono de un estudiante en vacaciones.

— Sí, monseñor, repuso la condesa.

— ¡ Ah ! buenas noches, señor Rousseau ! dijo el despabilado mozo al ver que Rousseau acababa de tomar una resolución desesperada como para forzar

el paso; buenas noches... vamos á oír vuestra música.

— Monseñor, tartamudeó Rousseau viendo el cordón azul.

— ¡ Ah! es una música muy bonita, dijo la condesa, y muy bien adecuada al talento y al corazón de su autor.

Rousseau levantó la cabeza, y su mirada fué á abrazarse en los ardientes ojos de la condesa.

— Señora, dijo con tono de mal humor.

— Yo haré el papel de Colás, señora, exclamó el conde de Artois, y vos el de Colasa.

— Con mucho gusto, monseñor; pero como no soy artista, nunca me atreveré á profanar la música del maestro.

De buena gana hubiera dado Rousseau su vida por atreverse á volver á mirar; pues la voz, el tono, la lisonja, la hermosura fueron para su corazón otros tantos anzuelos.

Quiso huir pues, pero el príncipe le cerró el paso diciéndole:

— Señor Rousseau, quisiera que me enseñaseis el papel de Colás.

— Lo que es yo no me atrevería á pedir al señor que me diese consejos acerca del de Colasa, dijo la condesa fingiendo timidez, de suerte que acabó de anonadar al filósofo.

Los ojos de éste, sin embargo, preguntaron porqué.

— El señor me aborrece, dijo la condesa al príncipe con su encantadora voz.

— ¡ No lo creo! exclamó el conde de Artois; ¿ quién puede aborreceros á vos, señora?

— Ya lo estáis viendo, dijo.

— El señor Rousseau es demasiado galante y hace cosas muy lindas para que vaya á huir de una mujer tan hermosa, dijo el conde de Artois.

Rousseau lanzó un suspiro, como si estuviese para exhalar el alma, y se escabulló por la estrecha abertura que el conde de Artois dejó con harta imprudencia entre él y la pared.

Pero estaba escrito que Rousseau no había de tener aquella noche ni un minuto de dicha, pues no había dado cuatro pasos cuando fué á tropezar con otro grupo.

Este grupo se componía de dos hombres, viejo el uno, y el otro joven. Éste llevaba el cordón azul; aquél, que parecía tener cincuenta y cinco años, estaba vestido de encarnado, y pálido á fuerza de austeridad.

Ambos oyeron al alegre conde de Artois reír á carcajadas y gritar:

— ¡ Ah! señor Rousseau, señor Rousseau, voy á decir que la condesa os ha hecho huir; y en verdad que nadie lo querrá creer.

— ¡ Rousseau! murmuraron aquellos dos hombres.

— Detenedle, hermano, dijo el príncipe sin dejar de reír; detenedle, señor de La Vauguyón.

Entonces conoció Rousseau contra qué escollo le hacía fracasar su mala estrella.

— El conde de Provenza y el ayo de los príncipes.

El conde de Provenza cerró, pues, el paso á Rousseau.

— Buenas noches, amigo, le dijo con pedantesco tono.

Rousseau, fuera de sí, se inclinó murmurando:

— De esta no escapo.

— ¡ Ah! me alegro infinito de encontraros, amigo, dijo el ayo con el tono de un maestro que acaba de hallar á un discípulo que ha cometido una falta.

— ¡ Más cumplimientos absurdos! pensó Rousseau; ¡ Qué pesados son estos grandes!

— Amigo, he leído vuestra traducción de Tácito.

— ¡ Ay! ya caigo, dijo para sí Rousseau, éste es un erudito, un pedante.

— ¿ Sabéis que es muy difícil traducir á Tácito?

— Eso mismo he dicho yo en un pequeño prefacio, monseñor.

— Sí, lo sé perfectamente; decís en él que sólo sabéis medianamente el latín.

— Monseñor, he dicho la verdad.

— Entonces, señor Rousseau, ¿ por qué habéis traducido á Tácito?

— Monseñor, por ejercitarme en el estilo.

— ¡ Ah! habéis hecho mal, señor Rousseau, en traducir *imperatoria brevitare* en *discurso breve y conciso*.

Rousseau, inquieto, trató de recordar la traducción de estas palabras.

— Sí, añadió el príncipe con el aplomo de viejo erudito que corrige una falta en Saumaise; sí, lo habéis traducido así. Esas palabras están en el párrafo en que Tácito cuenta que Pison arengó á sus soldados.

— ¿ Y qué, monseñor?

— ¿ Y qué, señor Rousseau? que *imperatoria brevitare* significa *con la concisión propia de un general, ó de un hombre acostumbrado á mandar. La concisión del que manda... esta es la expresión; ¿ no es verdad, señor de La Vauguyón?*

— Sí, monseñor, respondió el ayo.

Rousseau no contestó, y el príncipe añadió:

— Eso es un contrasentido, señor Rousseau... ¡ Oh! ya os eogeré en algún otro....

Rousseau se puso pálido.

— Sí, señor Rousseau, en el párrafo relativo á Cecina. Empieza así: *At in superiore Germania...* ya os acordaréis, al hacer el retrato de Cecina; y Tácito dice: *cito sermone*.

— Me acuerdo perfectamente, monseñor.

— Esto lo habéis traducido *hablando bien*.

— Es verdad, monseñor, y yo creía....

— *Cito sermone* quiere decir el que *habla pronto*, es decir, con facilidad.

— ¿ Y yo he dicho *hablando bien*?

— Para eso debió poner Tácito *decoro* ú *ornato elegantí sermone*, porque *cito* es un epíteto pintoresco, señor Rousseau. Lo mismo que en la pintura del cambio de conducta de Othón. Tácito dice:

Delata voluptate, dissimulata luxuria, cunctaque ad imperii decorem composita.

— Que yo he traducido: *dejando para otros tiempos el lujo y la molicie, sorprendió á todo el mundo dedicándose á restablecer la gloria del imperio.*

— Y lo habéis traducido mal, señor Rousseau; primeramente, de tres pequeñas frases habéis hecho una sola, lo cual os ha obligado á traducir mal *dissimulata luxuria*... luego, habéis hecho un contrasentido en el último miembro de la frase, pues Tácito no ha querido decir que el emperador Othón se dedicase á restablecer la gloria del imperio; ha querido decir que, no satisfaciendo ya sus pasiones y dejando sus hábitos de lujo, Othón lo acomodaba todo, lo aplicaba todo, hacia que redundase todo... todo, ya entendéis, señor Rousseau, es decir sus pasiones y hasta sus vicios, en gloria del imperio. Ese es el sentido; es complejo; pero el vuestro es demasiado restringido; ¿ no es verdad, señor de La Vauguyón?

— Sí, monseñor.

Rousseau sudaba y soplabá bajo aquella desapiadada presión.

El príncipe le dejó respirar un momento, y después le dijo:

— En la filosofía sois mucho más superior.

Rousseau se inclinó.

— Sólo que vuestro *Emilio* es un león peligroso.

— ¿Peligroso, monseñor?

— Sí, por las muchas ideas falsas en que imbuirá á los hijos de la elase media.

— Monseñor, desde el momento en que un hombre llega á ser padre entra en las condiciones de mi libro, sea el más alto ó el último del reino; porque el ser padre es...

— Decidme, señor Rousseau, preguntó de pronto el mal intencionado príncipe, ¿no es verdad que es un libro muy divertido ese de las *Confesiones*?... Pero vamos, ¿cuántos hijos tenéis?

Rousseau se puso pálido, y levantó la vista para mirar á su joven verdugo con ojos de cólera y asombro, lo cual aumentó el maligno humor del conde de Proenza.

Sin embargo, no pasó más allá, y sin esperar la respuesta, se alejó el príncipe asido al brazo de su maestro, y prosiguiendo sus comentarios acerca de las obras del hombre á quien acababa de atormentar con tanta ferocidad.

Rousseau, que se había quedado solo, salió poco á poco de su aturdimiento al oír los primeros compases de su apertura, que empezaba á tocar la orquesta.

Entonces se dirigió hacia aquel lado tambaleándose, y cuando llegó á su silla, se dijo:

— ¡Loco, estúpido, cobarde de mí, que hasta ahora no he dado con lo que debí contestar á ese cruel pedantuelo! « Monseñor, debí decirle, es muy poco caritativo en un joven el atormentar á un pobre viejo. »

Aquí llegaba, sumamente contento con su frase, cuando la señora Delfina y el señor de Coigny empezaron su duo, teniendo Rousseau que abandonar sus preocupaciones de filósofo para sentir como músico,

porque ya había sufrido el corazón, y entonces le tocaba al oído.

Una vez principiado el ensayo y excitada la atención por la música, Rousseau dejó de ser notado. De consiguiente, él fué quien pudo observar en torno suyo. Oyó á los señores vestidos de aldeanos dar notas falsas, y vió damas coqueteando como pastoras, con trajes de corte.

La señora Delfina cantaba con afinación, pero era mala actriz, y además tenía tan poca voz que apenas se la oía. El rey, para no intimidar á nadie, se había refugiado en un paleo oscuro en donde conversaba con las damas.

El Delfin apuntaba las palabras de la ópera, que marchaba soberanamente mal.

Rousseau tomó el partido de no escuchar más, pero le era difícil no oír. Sin embargo le quedaba un consuelo, porque acababa de percibir una deliciosa figura entre la ilustre comparsa, y la aldeana á quien el cielo había dotado de aquella hermosa figura, cantaba con una voz tan magnífica que eclipsaba á todas las demás.

Rousseau se concentró pues, y se absorbió, por encima de su pupitre, en la contemplación de aquella encantadora comparsa, abriendo tamaños oídos á fin de aspirar toda la melodía de su voz.

La Delfina, viendo al autor tan atento, se persuadió fácilmente, gracias á su sonrisa y á sus lánguidos ojos, que estaba satisfecho de la ejecución de los mejores trozos, y como al fin era mujer, se inclinó hacia el pupitre para recibir un cumplimento, diciendo:

— ¿Está mal cantado así, señor Rousseau?

Rousseau, con la boca abierta y absorto, no respondió.

— Vamos, nos hemos engañado, dijo la Delfina, y

el señor Rousseau no se atreve á decirlo. Os ruego que habléis con franqueza, señor Rousseau.

Las miradas de Rousseau no se apartaban de aquella hermosa comparsa, que estaba lejos de notar que llamaba su atención.

— ¡ Ah ! exclamó la Delfina siguiendo la dirección de la vista de nuestro filósofo ; es la señorita de Taverny la que ha desafinado !...

Andrea se ruborizó, pues vió que todas las miradas se fijaban en ella.

— ¡ No, no ! exclamó Rousseau, no es la señorita, porque canta como un ángel.

Madama Dubarry arrojó al filósofo una mirada más aguda que un dardo.

En cambio el barón de Taverny sintió inundado de alegría su corazón, y dirigió á Rousseau una encantadora sonrisa.

— ¡ Creéis que esa joven canta bien ? preguntó la Dubarry al rey, á quien las palabras de Rousseau habían causado una impresión visible para todos.

— No lo entiendo, dijo Luis XV, para eso se necesita ser músico.

Entretanto Rousseau se agitaba en su orquesta para hacer que cantasen el coro :

Colás vuelve á su pastora,
Celebremos tal fortuna.

Al volverse después de un ensayo, vió al señor de Jussieu que le saludaba con amabilidad, siendo un gran placer para el ginebrino que le viera regentando la corte un cortesano que había ajado no poco su amor propio con su superioridad.

Le devolvió, pues, ceremoniosamente su saludo y se puso á mirar á Andrea, á quien el elogio había embellecido más y más.

El ensayo continuó, y la Dubarry se puso de un humor atroz al ver que el rey Luis XV, distraído con la función, no hacía caso de las flores que por dos veces le dirigiera.

La función, para la celosa, era Andrea, pero esto no impidió que la Delfina recogiese buena cosecha de enhorabuena y se mostrase muy contenta.

El duque de Richelieu giraba como una mariposa en derredor de ella con la ligereza propia de un joven, y había logrado formar en el fondo del teatro un círculo de personas alegres, cuyo centro era la Delfina, y que inquietaba furiosamente al partido de la Dubarry.

— Parece, dijo en voz alta, que la señorita de Taverny tiene una bonita voz.

— Lindísima, dijo la Delfina ; y á no ser por mi egoísmo, ella haría el papel de Colasa ; pero como he escogido este papel con el deseo de divertirme, no se lo dejo á nadie.

— ¡ Ah ! dijo Richelieu, la señorita de Taverny no lo cantaría mejor que V. A. R., y...

— Esa señorita es una excelente cantante, dijo Rousseau con entusiasmo.

— Sí, excelente, dijo la Delfina ; y si he de confesar la verdad, ella es la que me enseña mi papel ; y luego baila á las mil maravillas, al paso que yo bailo muy mal.

Figúrense nuestros lectores qué efecto no causarían estas conversaciones en el rey, la Dubarry, y sobre todo en aquel pueblo de curiosos, noveleros, intrigantes y envidiosos, cada uno de los cuales recibía un placer si hacía una herida, ó recibía el golpe con tanto bochorno como dolor. Allí no había indiferentes, á excepción quizá de Andrea.

La Delfina, aguijoneada por Richelieu, acabó por hacer que Andrea cantase la romanza :

Perdi mi servidor,
Colás me olvida ya

Se vió al rey seguir la cadencia con la cabeza y haciendo movimientos tan vivos de placer, que todo el coloreté de la Dubarry se iba cayendo en pequeñas escamas, como cae la pintura con la humedad.

Richelieu, más maligno que una mujer, saboreó su venganza al lado del barón de Taverney, formando entre los dos viejos un grupo de dos estatuas á que podría darse el nombre de la Hipocresía y de la Corrupción tramando un proyecto de unión.

Su alegría fué creciendo á medida que la Dubarry arrugaba más y más el entrecejo, hasta que se colmó la medida, levantándose con una especie de cólera, en lo cual faltaba á todas las reglas de la etiqueta, puesto que aun permanecía sentado el rey.

Los cortesanos sintieron la tormenta como las hormigas, y se apresuraron á buscar un abrigo al lado de los más fuertes; de modo que la Delfina se vió más rodeada de sus amigos, y madama Dubarry más acariciada de los suyos.

Poco á poco se fué desviando de su línea natural el interés del ensayo y se fijó en otro orden de ideas. Ya no se trataba de Colasa y de Colás; y muchos de los espectadores creían que quizá madama Dubarry tendría que cantar muy pronto:

Perdi mi servidor,
Colás me olvida ya.

— ¿No ves el brillante triunfo que ha alcanzado tu hija? dijo Richelieu en voz baja á Taverney.

Y se lo llevó al pasadizo empujando una puerta vidriera, con cuyo movimiento hizo caer á un curioso

que se había colgado de la balaustrada para ver el teatro.

— ¡Maldito tuno! refunfuñó el señor de Richelieu sacudiendo su manga que se le había ensuciado con el golpe de la puerta, y viendo que aquel curioso estaba vestido como los trabajadores de palacio.

Efectivamente, era uno de ellos que, con un canastillo de flores debajo del brazo, había logrado encaramarse detrás de la puerta vidriera y presenciar desde allí toda la función.

Rechazado hacia el corredor, estuvo á punto de caer de espaldas, pero aunque no cayó él, cayó el canastillo que tenía en la mano.

— ¡Calla! ¡yo conozco á este tunante! dijo Taverney mirándole enfadado.

— ¿Quién es? preguntó el duque.

— ¿Qué haces aquí, tunantuelo? dijo Taverney.

Gilberto, pues era él, como habrá conocido ya el lector, replicó con orgullo:

— Lo que veis, estoy mirando.

— En vez de ocuparte en tu faena, dijo Richelieu.

— Ya la he acabado, dijo Gilberto al duque en tono humilde, sin dignarse siquiera mirar á Taverney.

— Es mucho que en todas partes he de encontrar á este holgazán, dijo el barón.

— ¡Poco á poco, caballero! interrumpió una voz dulcemente; mi Gilberto es un buen trabajador y un botánico muy aplicado.

Taverney se volvió y vió al señor de Jussieu que acariciaba la cara á Gilberto, lo cual le puso furioso, diciendo al tiempo de alejarse:

— ¡Los erizados aquí!

— ¡Silencio! le dijo Richelieu, que también está ahí Nicole; mira hacia el rincón de aquella puerta... Desde allí no pierde la pícara ni una ojeada.

Efectivamente, Nicole estaba detrás de otras veinte criadas de Trianón, levantando por cima de ellas su linda cabeza, y parecía que sus ojos, dilatados por la sorpresa y la admiración, todo lo querían devorar.

Gilberto la divisó y echó por otro lado.

— Ven, ven, dijo el duque á Taverney; se me figura que el rey quiere hablarte.

Y los dos amigos se alejaron en dirección al palco regio.

La Dubarry, de pie, miraba al señor de Aiguillon, que también estaba de pie, y éste no perdía de vista ningún movimiento de su tío.

Rousseau, que se había quedado solo, admiraba á Andréa, estando ocupado, si se nos permite que usemos de esta expresión, en enamorarse de ella.

Los ilustres actores iban á desnudarse en sus cuartos, donde Gilberto había renovado las flores.

Taverney permanecía en el pasillo, pues el señor de Richelieu había ido en busca del rey, y unas veces sentía helársele y otras abrasársele el corazón, hasta que al fin volvió el duque y se llevó un dedo á los labios.

Taverney se puso pálido de gozo y salió á recibir á su amigo, quien le condujo al palco del rey.

Allí oyeron lo que pocas personas podían oír.

La Dubarry dijo al rey:

— ¿Espero esta noche á V. M. á la hora de cenar?

Y el rey respondió:

— Dispensadme, condesa, pues estoy cansado.

En aquel momento llegó el Delfín, casi pisando á la condesa sin manifestar que la veía.

— Señor, dijo, ¿nos hará V. M. el honor de cenar en Trianón?

— No puedo, hijo mío; estoy cansado, como acabo

de decir á la condesa, y me aturdiríais... Quiero cenar solo.

El Delfín se inclinó y se marchó. Madama Dubarry hizo un reverente saludo y se retiró trémula de cólera.

Entonces hizo el rey una seña á Richelieu.

— Duque, le dijo, tengo que hablaros de cierto asunto que os concierne.

— Señor.....

— No he estado contento... Quiero que me expliquéis.. Mirad... ceno solo, y podéis hacerme compañía.

Y al decir esto miraba á Taverney.

— ¿Creo que conocéis á este caballero, duque?

— Sí, señor; es el señor de Taverney.

— ¡Ah! el padre de la hechicera cantarina.

— Sí, señor.

— Escuchadme, duque.

El rey se inclinó al oído de Richelieu para hablarle.

Taverney se clavó las uñas en la carne para no dar ninguna señal de emoción.

Un momento después pasó Richelieu por delante de Taverney y le dijo:

— Sígueme sin afectación.

— ¿Á dónde? preguntó Taverney.

— Sigue tras de mí.

El duque se alejó, y Taverney le siguió á una distancia de veinte pasos á los aposentos del rey.

El duque entró en la cámara real, y Taverney se quedó en la antecámara.

El cofrecillo

El señor de Taverney no tuvo que aguardar largo tiempo, pues habiendo pedido Richelieu al ayuda de cámara de S. M. lo que el rey había dejado sobre su mesa de tocador, salió al punto con un objeto que Taverney no pudo distinguir entonces á causa de su cubierta de seda.

Pero el mariscal sacó á su amigo de dudas, llevándosele hacia la galería, en donde le dijo así que se vio solo con él:

— Barón, ¿me parece que algunas veces has dudado de mi amistad?

— Pero no he dudado desde nuestra reconciliación, replicó Taverney.

— ¿Pero has dudado de tu fortuna y de la de tus hijos?

— ¡Oh! en cuanto á eso, cierto es.

— Pues bien, no tenias razón. Tu fortuna y la de tus hijos se va haciendo con una rapidez que debiera desvanecerte.

— ¡Bah! dijo Taverney entreviendo parte de la verdad, pero guardándose bien del diablo, cuando no se había entregado á Dios. ¿Y de qué modo se hacen tan pronto la fortuna de mis hijos?

— Tenemos ya á Felipe de capitán al frente de una compañía pagada por el rey.

— ¡Oh! eso es muy cierto... y te lo debo á tí.
— De ninguna manera. Luego, vamos á ver á la señorita de Taverney quizá marquesa....

— ¡Dejémonos de bromas! exclamó Taverney. ¡Cómo! ¿mi hija....

— Escucha, Taverney, el rey tiene mucho gusto; la hermosura, la gracia y la virtud encantan á S. M. cuando esas prendas están acompañadas del talento... Y como la señorita de Taverney las tiene todas en un grado eminente... el rey está encantado de ella.

— Duque, replicó Taverney tomando aire de dignidad más que grotesco para el mariscal, ¿qué entiendes tú por *encantado*?

Richelieu no era amigo de pretensiones, y replicó con sequedad á su amigo.

— Barón, yo no soy fuerte en lingüística, y aun sé muy poco de ortografía. Para mí, encantado ha significado siempre contento en extremo, y nada más. Si tú sientes en extremo el ver á tu rey contento con la hermosura y con el talento de tus hijos, no tienes más que decírmelo... y vuelvo corriendo al lado de S. M.

Y Richelieu giró sobre sus talones con la ligereza de un joven.

— Duque, no me has comprendido bien, exclamó el barón deteniéndole. ¡Caramba!

— ¿Por qué me dices que no estás contento?

— ¡Eh! no he dicho eso.

— Sí, pero me pides que haga comentarios sobre el gusto del rey... ¡Vaya una tontería!

— Te vuelvo á decir que ni siquiera he abierto la boca para eso. Estoy contento, sí, muy contento.

— ¡Ah! tú... y entonces ¿quién es el que está descontento! ¿Tu hija?

— ¡Eh! eh!

— Querido, á tu hija la has criado á lo salvaje, que es lo que tú eres.

— Querido, la señorita mi hija se ha educado por sí, pues bien comprenderás que no era cosa de ir á extenuarme en educarla... Bastante tenía con vivir en mi agujero de Taverney; de suerte que la virtud ha despuntado en ella por sí sola.

— ¡Y luego dicen que la gente del campo sabe arrancar la mala hierba! En una palabra, tu hija es una gazmoña.

— Te engañas, es una paloma.

Richelieu hizo una mueca.

— Pues trabajo le mando si ha de encontrar un marido, porque con ese defecto no se le presentarán muy buenas ocasiones de hacer fortuna.

Taverney miró al duque con inquietud, y éste continuó:

— Afortunadamente para ella, el rey está tan perdidamente enamorado de la Dubarry que nunca fijará la atención seriamente en otra.

La inquietud de Taverney se convirtió en angustia.

— Así, pues, prosiguió diciendo Richelieu, podéis tranquilizaros tú y tu hija; voy á hacer á S. M. las objeciones necesarias; y el rey no volverá á ocuparse de vosotros para nada.

— ¡Y para qué se ha de ocupar? ¡buen Dios! exclamó Taverney poniéndose pálido y sacudiendo el brazo de su amigo.

— Para hacer un regalo á la señorita Andrea, mi querido barón.

— ¡Un regalo!... ¿y qué es? dijo Taverney lleno de codicia y esperanza.

— ¡Oh! una bagatela, respondió Richelieu con indolencia; esto, míralo. ...

Y sacó un cofrecito de debajo del paño de seda.

— ¡Un cofrecito!

— Una miseria... un collar que valdrá algunos miles de libras, y que S. M., contento de haberla oído cantar su canción favorita, quisiera que aceptara la cantante. Esto está muy en el orden; mas supuesto que tu hija se asusta, no hablemos más de ello.

— ¡Pero no ves, duque, que eso sería ofender al rey?

— Es claro que sería ofenderle, ¿pero no es propio acaso de la virtud ofender siempre á alguna cosa ó persona?

— En fin, duque, piénsalo bien, dijo Taverney, pues la chica no es tan irracional como todo eso.

— ¿Es decir que eres tú y no la chica quien habla?

— ¡Oh! pero yo sé muy bien lo que ella hará y dirá.

— ¡Qué felices son los chinos! dijo Richelieu.

— ¿Por qué? preguntó Taverney estupefacto.

— Porque en su país hay muchos canales y ríos.

— Duque, veo que mudas de conversación; no hagas que me desespere, y háblame.

— Ya te hablo, barón, y en manera alguna mudo de conversación.

— ¿Entonces por qué me hablas de los chinos, ni qué relación tienen sus ríos con mi hija?

— Una muy grande... Te decía que los chinos tienen la dicha de poder ahogar, sin que nadie les diga nada, á las hijas que son demasiado virtuosas.

— Vamos, duque, dijo Taverney, es preciso ser justos. Supón que tú tuvieses una hija.

— ¡Pues no la tengo, voto al diablo! Y por cierto que si vinieran á decirme que es demasiado virtuosa, la tendría por muy mala.

— En fin, tú quisieras que fuera de otra manera, ¿no es verdad?

— ¡ Oh ! yo no me cuidó de lo que son mis hijos cuando han pasado de ocho años.

— Pues óyeme á lo menos. Si el rey me encargase de ofrecer un collar á tu hija, y tu hija se quejase á tí, ¿ qué dirías ?

— Amigo mío, déjate de comparaciones. Yo he vivido siempre en la corte, y tú como un hurón, y no caben comparaciones, pues lo que es virtud para tí, para mí es majadería : y nada tan pobre, sábelo para tu gobierno, como decir á la gente : ¿ Qué haríais en esta ó la otra ocasión ? Y luego te engañas en tus comparaciones, querido amigo, porque aquí no se trata de que vaya yo á ofrecer un collar á tu hija.

— Tú me lo has dicho.

— Yo no he dicho una palabra. Sólo te he dicho que el rey me había mandado tomar en su aposento un cofrecillo para la señorita de Taverney, cuya voz le ha agradado, pero no he mentado siquiera que S. M. me hubiese encargado de ofrecerlo á la joven.

— Entonces, dijo el barón desesperado, no sé qué pensar. No comprendo una palabra, porque tú hablas en enigmas. ¿ Por qué darte ese collar sino es para darlo ? ¿ Por qué encargarte de él, sino es para que lo entregues ?

Richelieu lanzó un gran grito como si viese una araña.

— ¡ Ah ! exclamó. ¡ Puf ! puf el hurón !... ¡ Fuera el animalucho !....

— ¿ De quién hablas ?

— De tí, mi buen amigo ; de tí, mi pobrete... ¡ Tú vienes del otro mundo, mi buen barón !

— Entonces no comprendo nada.

— No, tú no comprendes nada. Querido mío, cuando un rey hace un regalo á una mujer y encarga de esta misión á Richelieu, el regalo es noble y la comisión

bien desempeñada, tenlo bien presente... Yo no entrego los cofrecitos, amiguito mío. Esa es incumbencia del señor Lebel. ¿ Has conocido al señor Lebel ?

— Entonces ¿ á quién haces ese encargo ?

— Amigo mío, respondió Richelieu dando una palmada en el hombro de Taverney y acompañando esta demostración amistosa con una sonrisa diabólica, cuando tengo que habérmelas con una virtud tan admirable como la de la señorita Andrea, soy moral cual ninguno ; cuando me acerco á una paloma, como tú dices, nada en mí huele á gavilán ; cuando me envían para que hable á una señorita, me dirijo á su padre... Yo te hablo, Taverney, y te entrego el cofrecito para que lo des á tu hija... Ahora bien, ¿ lo quieres ?

Y alargó la mano.

— ¿ Ó no lo quieres ?

Y la retiró.

— ¡ Oh ! exclamó el barón, dilo de una vez ; dí que soy yo á quien encarga S. M. que entregue ese regalo. Eso es muy legítimo y enteramente paternal, y de ese modo todo se purifica.

— Para eso era preciso que sospechases en S. M. malas intenciones, dijo Richelieu, y tú no te atreverías á eso, ¿ no es verdad ?

— ¡ Dios me libre !... Pero las gentes... es decir mi hija....

Richelieu se encogió de hombros.

— ¿ Lo tomas sí ó no ? dijo.

Taverney alargó la mano con viveza.

— ¿ No tienes tú esto por moral ? dijo al duque con una sonrisa prima hermana de la que Richelieu acababa de dirigirle.

— ¿ No te parece, barón, dijo el mariscal que es una moralidad muy pura hacer que el padre medie, el padre que todo lo purifica, entre el encanto del monarca

y los hechizos de la hija?... Que J. J. Rousseau el ginebrino, que andaba rondando hace poco por ahí, nos juzgue; y te dirá que san José era impuro comparado conmigo.

Richelieu pronunció estas pocas palabras con una flema, una nobleza y una afectación, que impusieron silencio á las observaciones de Taverney, y le hicieron creer que debía estar convencido.

Cogió, pues, la mano de su ilustre amigo, y estrechándosela, le dijo:

— Gracias á tu delicadeza, mi hija va á poder recibir este regalo.

— Orígen de esa fortuna de que te hablé al principio de nuestra fastidiosa discusión sobre la virtud.

— ¡ Gracias, querido duque! te doy las gracias con todo mi corazón.

— Oye una palabra; que este favor no llegue á oídos de los amigos de la Dubarry, porque ésta sería capaz de dejar al rey y huir.

— ¡ Y el rey no nos lo perdonaría!

— No lo sé, pero lo que es la condesa no nos lo agradecería, y yo me perdía... Guarda, pues, sigilo.

— Nada temas; pero da un millón de gracias al rey en mi nombre.

— Y de tu hija; no dejaré de hacerlo... Pero aun estás de favor... tú eres quien dará las gracias al rey esta noche, querido, porque S. M. te convida á cenar.

— ¡ Á mí?

— Á ti, Taverney; estamos como en familia S. M., tú y yo; y con eso hablaremos de la virtud de tu hija. Adiós, barón, veo á la Dubarry con mi sobrino de Aiguillón, y no hay necesidad de que nos encuentre juntos.

Dijo, y tan ligero como un paje desapareció por el otro extremo de la galería, dejando á Taverney con su cofrecito, como un niño sajón que despierta con los juguetes de Natividad que su madre le ha puesto en la mano mientras dormía.

Trianon, y cuyo cochero parecía aguardar para sacudir con el látigo á los caballos, á que se sintiese dentro de la dorada caja el peso del amo.

Aquella carroza era la de madama Dubarry, y estaba alumbrada por dos hachones. Zamora, sentado en el pescante con el cochero, movía adelante y atrás sus piernas como dos péndulas.

La Dubarry, que sin duda se había detenido en los corredores con la esperanza de recibir allí algún mensaje del rey, apareció al fin asida del brazo del señor de Aiguillon, conociéndose su rabia ó su fastidio en la rapidez con que andaba, porque para no perder la cabeza fingia demasiada resolución.

Juan, con lúgubre rostro y el sombrero aplastado por pura distracción debajo del brazo, seguía á su hermana, pues aunque no había concurrido á aquella función, porque el Delfin se olvidó convidarle, entró á guisa de lacayo en la antesala, tan pensativo por lo menos como Hipólito, dejando que su pechera flotase sobre una chupa bordada de plata, y sin mirar siquiera que llevaba rotos los puños de la camisola, lo cual probaba lo triste de sus pensamientos.

Juan vió que su hermana estaba pálida y asustada, y de esto dedujo que el peligro era grande, porque Juan era valiente en diplomacia contra los cueros, pero nunca contra las fantasmas.

El rey vió desde su ventana y escondido detrás de la cortina desfilir aquella lúgubre procesión, que fué á sepultarse en el carruaje de la condesa como figuras de baraja: enseguida cerróse la portezuela, y el lacayo volvió á subir á la trasera del coche, el cochero sacudió las riendas, y los caballos arrancaron á galope.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! dijo el rey, sin tratar de verme, sin procurar hablarme ! ¡ la condesa está furiosa !

VIII

La cena de Luis XV

El mariscal halló á S. M. en el saloncito adonde le habían seguido algunos cortesanos, prefiriendo quedar sin cenar á dejar que las distraídas miradas de su soberano cayesen sobre otros y no sobre ellos.

Pero Luis XV al parecer tenía esa noche más que hacer que mirar á aquellos señores, pues despidió á todos anunciando que no cenaría, ó que si cenaba, lo haría solo. Entonces, viendo todos aquellos huéspedes que los despedían, y temiendo desagradar á Monseñor el Delfin, si no asistían á la función que daba después del ensayo, volaron al punto como una bandada de pichones parásitos dirigiendo su vuelo hacia aquel que les permitían ver, y dispuestos á afirmar que por él se escapaban del salón de S. M.

Luis XV, á quien dejaban con tanta rapidez, estaba lejos de pensar en ellos. En cualquiera otra ocasión se hubiera reído de la pequeñez de toda aquella turba de cortesanos; pero en aquel momento ningún sentimiento se despertó en su alma, á pesar de que era tan burlón que no respetaba ningún achaque en el alma ó en el cuerpo de su mejor amigo, suponiendo que Luis XV hubiese tenido alguna vez amigos.

No, en aquel momento Luis XV tenía puesta toda su atención en una carroza que estaba parada delante de la puerta de las habitaciones de la servidumbre de

Y repitió en voz alta :

— Sí, ¡ la condesa está furiosa !

Richelieu, que acababa de deslizarse en la cámara como un hombre á quien esperan, cogió estás últimas palabras, y dijo :

— Furiosa, señor, y ¿ por qué ? ¿ porque V. M. se divierte un momento ? ¡ Oh ! la condesa hace mal en eso.

— El caso es, duque, respondió Luis XV, que no me divierto ; al contrario, estoy cansado y trato de reposar, porque la música me enerva. Si hubiese dado oídos á la condesa, hubiera tenido que ir á cenar á Luciennes, es decir, á comer y beber, y los vinos de la condesa son malos ; yo no sé de qué uva están hechos, pero lo cierto es que destrozan el gaznate, y lo que es para eso, mejor quiero regalarme aquí.

— V. M. tiene mil razones, dijo el duque.

— Además, la condesa se distraerá ; ¿ soy yo acaso tan buen compañero ? Por más que diga, no lo creo.

— ¡ Ah ! lo que es esta vez no tiene razón V. M., dijo Richelieu.

— Sí la tengo, duque, sí ; cuento mis días y reflexiono.

— Señor, la condesa conoce que de cualquier modo no encontraría mejor sociedad, y por eso se pone furiosa.

— Os aseguro, duque, que no sé cómo vos os arregláis ; pues manejáis á las mujeres como si tuvieseis veinte años. En esa edad, es el hombre quien escoge, pero en la edad que yo tengo, duque.....

— ¿ Qué, señor ?

— Es la mujer quien hace su cálculo.

El mariscal se echó á reir, y dijo :

— Esa es una razón más, señor ; y si V. M. cree que la condesa se distrae, consolémonos nosotros.

— Yo no digo que la condesa se distraiga, duque ; sólo digo que acabará por buscar distracciones.

— ¡ Ah ! no me atrevería á decir á V. M. que esa sea una cosa nunca vista.

El rey se levantó muy agitado, y preguntó :

— ¿ Qué gente tengo ahí ?

— Todos los de servicio, señor.

El rey reflexionó un instante, y luego dijo :

— ¿ Y vos traéis á alguno ?

— Á Rafté.

— Bueno.

— ¿ Qué debe hacer, señor ?

— Duque, convendría que se informase si madama Dubarry vuelve realmente á Luciennes.

— Me parece que la condesa se ha marchado.

— Ostensiblemente, sí.

— Pero, ¿ dónde quiere V. M. que vaya ?

— ¿ Quién sabe ? Los celos la vuelven loca, duque.

— Señor, no sea más bien V. M.

— ¿ Cómo ! ¿ quién ?

— El celoso.

— ¡ Duque !

— Y en verdad que eso sería humillante para todos nosotros, señor.

— ¡ Yo celoso ! exclamó Luis XV con una sonrisa forzada ; ¿ habláis seriamente, duque ?

En efecto, Richelieu no lo creía, y hasta debemos confesar que se acercaba mucho á la verdad pensando, por el contrario, que el rey sólo deseaba saber si madama Dubarry estaba realmente en Luciennes con el fin de estar seguro de que no volvería á Trianon.

— ¿ Conque debo enviar á Rafté de explorador ? dijo al rey.

— Envíalo, duque

— Y ahora, ¿qué piensa hacer V. M. antes de cenar?

— Nada, porque vamos á cenar en seguida. ¿Está prevenida la persona en cuestión?

— Sí, señor; está en la antecámara de V. M.

— ¿Qué ha dicho?

— Que os daba las más expresivas gracias.

— ¿Y la hija?

— Aun no se le ha hablado.

— Duque, la condesa está celosa y puede volver.

— ¡Ah! señor, eso sería de muy mal gusto, y creo que la condesa es incapaz de cometer semejante disparate.

— Duque, cuando está así es capaz de todo, y especialmente cuando el odio se junta á los celos. ¿No sé si estáis enterado de que os aborrece?

Richelieu hizo una inclinación.

— Sé que me dispensa esa honra, señor.

— También aborrece á Taverney.

— Si V. M. tuviese la bondad de contar bien, estoy seguro de que habría otra persona á quien aborrece mucho más que á mí y al barón.

— ¿Quién es?

— La señorita Andrea.

— ¡Ah! dijo el rey, y lo encuentro muy natural.

— Entonces....

— Sí: pero esto no quita, duque, que cuidemos de que la condesa no dé un escándalo esta noche.

— Todo lo contrario, y eso prueba lo necesario que es tomar esa medida.

— Silencio, que viene ahí el mayordomo mayor; dad las órdenes oportunas á Rafté, y venid á reunirnos conmigo en el comedor con la persona consabida.

Luis XV se levantó y pasó al comedor, mientras que Richelieu salió por la puerta opuesta.

Al cabo de cinco minutos fué á reunirse con el rey en compañía del barón.

El monarca dió á Taverney las buenas noches con amabilidad.

El barón era hombre de talento, de suerte que res-pondió de ese modo peculiar á ciertas gentes, y que hace que los reyes y principes los reconozcan por de su sociedad, tratándolos al momento con llaneza.

Sentáronse los tres á la mesa y se pusieron á cenar.

Luis XV era mal rey, pero un hombre encantador, y su compañía, cuando se le antojaba, estaba llena de atractivo para los bebedores, los amigos de hablar y los voluptuosos.

En fin, el rey había estudiado no poco la vida bajo el aspecto agradable.

Comió con buen apetito, mandó que se echase de beber á sus convidados, y entabló la conversación sobre música.

Richelieu se aprovechó de la ocasión, diciendo:

— Señor, si la música pone á los hombres de acuerdo, como dice nuestro bastonero, y como piensa, según parece, V. M., ¿se puede decir otro tanto de las mujeres?

— ¡Oh! duque, no hablemos de las mujeres, dijo el rey. Desde la guerra de Troya hasta nuestros días las mujeres han operado siempre un efecto contrario á la música; especialmente vos tenéis grandes cuentas que arreglar con ellas para suscitar semejante conversación, y hay una entre otras, y no es la menos peligrosa, que está á matar con vos.

— La condesa, señor; ¿y es culpa mía

— Sin duda.

— ¡Pues me gusta! Supongo que V. M. se dignará explicarme....

— En dos palabras y con el mayor placer, respondió el rey en tono chancero.

— Os escucho, señor.

— ¡Cómo! ¿os ofrece la cartera de no sé qué ministerio, y vos la rehusáis diciendo que la condesa no es nada popular?

— ¡Yo? replicó Richelieu bastante embarazado con el giro que tomaba la conversación.

— ¡Diantre! esa es la voz que corre, repuso el rey con esa fingida naturalidad que le era peculiar. Yo no me acuerdo ya quién me lo ha contado... puede que lo haya leído en la Gaceta.

— Pues bien, señor, dijo Richelieu aprovechándose de la libertad que daba á sus convidados la jovialidad poco ordinaria de su augusto huésped; confieso que en esta ocasión la voz pública y aun las gacetas han dicho alguna cosa menos absurda de lo que acostumbra.

— ¡Cómo! exclamó Luis XV. ¿Conque habéis rehusado real y verdaderamente un ministerio, querido duque?

Como conocerán nuestros lectores, Richelieu se hallaba en una posición delicada. El rey sabía mejor que nadie que no había rehusado semejante ministerio; pero Taverney debía seguir en la persuasión de lo que Richelieu le había dicho, y por consiguiente necesitaba el duque responder con bastante destreza para libertarse de la broma del rey sin exponerse á que el barón le acusase de embustero, como parecía dispuesto ya á hacerlo según indicaba su sonrisa.

— Señor, dijo Richelieu, os suplico que no nos paremos en los efectos, sino en la causa. Que haya yo rehusado ó no la cartera, ese es un secreto de Estado que V. M. no está obligado á divulgar en medio de los

vasos; lo esencial es la causa por la que hubiera yo rehusado la cartera si se me hubiese ofrecido.

— ¡Oh! oh! duque, dijo el rey riendo, y esa causa, al parecer, no es un secreto de Estado.

— No, señor, y especialmente para V. M., quien en este momento es para mí y para mi amigo el barón de Taverney, con perdón sea dicho de la Divinidad, el más amable Anfitrión mortal que darse pueda; por consiguiente no tengo secretos para mi rey, y le franqueo cuanto encierra mi alma, porque sentiría se dijese que el rey de Francia no tiene un servidor que le diga la verdad.

— Oigamos, pues la verdad, duque, dijo el rey, mientras que Taverney, bastante inquieto porque temía que Richelieu dijese demasiado, se mordía los labios y arreglaba escrupulosamente su semblante por el del rey.

— Señor, en vuestro Estado hay dos poderes á que debe obedecer un ministro: el primero es vuestra voluntad, y el segundo la de los amigos íntimos que V. M. se digna escoger: el primer poder es irresistible, y nadie debe pensar en sustraerse á él; el segundo es aun más sagrado, porque impone deberes de corazón á cualquiera que os sirve. Ese poder se llama vuestra confianza, y un ministro debe amar, si ha de obedecerle, al favorito ó favorita de su rey.

El rey se echó á reír y dijo:

— Duque, esa es una máxima muy buena, y me alegro mucho que salga de vuestra boca; ¿pero á que no vais á pregonarla con dos trompetas en el Puente Nuevo?

— ¡Oh! ya sé, dijo Richelieu, que los filósofos tomarían al instante las armas; pero creo que ni á V. M. ni á mí nos importan mucho sus gritos; lo principal es que las dos voluntades preponderantes del

reino queden satisfechas. Pues bien, señor, la voluntad de cierta persona, lo digo con valor á V. M. y lo diría aunque debiera causar mi desgracia, esto es, mi muerte, la voluntad de la condesa de Dubarry, en fin, es tal que no suscribiría á ella.

Luis XV nada replicó.

— Me ha ocurrido una idea, prosiguió Richelieu; el otro día miraba en torno mío en la corte de V. M., y de veras digo que al ver tantas jóvenes bonitas y nobles, tantas señoras radiantes de belleza, si hubiera sido rey casi me habría sido imposible escoger.

Luis XV se volvió hacia Taverney, quien viendo que poco á poco se entraba en materia, palpitaba de temor y esperanza, al mismo tiempo que animaba con la vista y el aliento la elocuencia del mariscal, como si empujara hacia el puerto el buque en que fuera su fortuna.

— Veamos vuestro modo de pensar, barón, dijo el rey.

— Señor, respondió Taverney con el corazón inflamado de orgullo, me parece que el duque está diciendo á V. M. excelentes cosas.

— ¿Es decir, que pensáis como él acerca de las jóvenes bonitas?

— Creo, señor, que efectivamente las hay muy bellas en la corte de Francia.

— ¿Conque sois de su mismo dictamen, barón?

— Sí, señor.

— ¿Y me exhortáis como él á que escoja entre las bellas de la corte?

— Me atrevería á confesar que pienso lo mismo que el duque, si creyese, señor, que ese es el parecer de V. M.

Al llegar aquí hubo un momento de silencio, durante

el cual miró el monarca á Taverney complacido en extremo.

— Señores, dijo en seguida, si tuviera treinta años, seguiría á no dudarle vuestro dictamen, porque entonces sería fácil de comprender en mi cualquiera inclinación; pero ya soy algo viejo para ser crédulo.

— ¡Crédulo! os suplico que me expliquéis esa palabra, señor.

— Ser crédulo, mi querido duque, significa creer, y nadie me hará creer ciertas cosas.

— ¡Cuáles!

— El que á mi edad se pueda inspirar amor.

— ¡Ah! señor, exclamó Richelieu, hasta este momento había tenido á V. M. por el caballero más cortés de su reino, pero veo con el más profundo dolor que me he engañado.

— ¿Por qué os habéis engañado? preguntó Luis XV riendo,

— Porque yo soy viejo como Matusalén... yo nací en el año de 91 y tengo diez y seis años más que V. M... pensadlo bien.

Esta adulación de parte del duque era muy diestra. Luis XV admiraba mucho la larga vida de aquel hombre que había matado tanta juventud á su servicio, porque, teniendo á la vista aquel ejemplo, podía esperar que llegaría á la misma edad que él.

— Sea así, dijo Luis XV; ¿pero supongo, duque, que ya no tendréis esa pretensión de ser amado por vuestro mérito?

— Si tal creyese, señor, me indispondría al punto con dos mujeres que esta misma mañana me han dicho lo contrario.

— Pues bien, duque, dijo el rey, ya veremos; ya veremos, señor de Taverney; las jóvenes rejuvenecen á los viejos, es verdad...

— Sí, sí, señor; y la sangre noble es una saludable infusión, sin contar que, en el cambio, un talento tan rico como el de V. M. siempre gana y nunca pierde.

— Sin embargo, observó Luis XV, recuerdo que cuando mi abuelo llegó á viejo no cortejó á las mujeres con el mismo atrevimiento.

— ¡Vamos, vamos, señor! dijo Richelieu. V. M. sabe bien todo mi respeto hacia el difunto rey, que me ha encerrado dos veces en la Bastilla; pero eso no me impedirá decir que entre la edad madura de Luis XIV y la de Luis XV no cabe comparación. ¡Qué diablo! Aunque V. M. Cristianísima honra su título de hijo mayor de la Iglesia, no lleva su ascetismo hasta el punto de olvidar su humanidad.

— ¡Á fe mía que no! Lo confieso francamente, dijo Luis XV; puesto que no tengo aquí ni á mi médico ni á mi confesor.

— Pues bien, señor; el rey vuestro abuelo pasaba muchas veces, con su excesivo celo religioso y con sus innumerables mortificaciones, á madama de Maintenón, á pesar de que tenía más edad que él. Vuelvo á repetirlo, señor, ¿cabe comparación entre hombre y hombre hablando de Vuestras dos Majestades?

El rey aquella noche estaba de numen, y las palabras de Richelieu eran otras tantas gotas de agua desprendidas de la fuente de Juvencio.

Richelieu pensó que ya había llegado el momento oportuno, y tocó con la rodilla á Taverney.

— Señor, dijo éste, ¿me permite V. M. que le dé las más expresivas gracias por el magnífico regalo que ha hecho á mi hija?

— La cosa no lo merece, barón, dijo el rey; la señorita de Taverney me gusta, porque en su rostro están grabados el pudor y la gracia. Quisiera que mis hijas tuviesen que tomar aun alguna dama á su servi-

cio, porque de seguro la señorita Andrea... así se llama, ¿no es verdad?

— En efecto, señor, dijo Taverney enajenado de gozo al ver que el rey sabía el nombre de pila de su hija.

— ¡Bonito nombre! Decía que de seguro sería la señorita Andrea la primera que se hallase en lista; pero todos los puestos están ocupados en mi cámara. Entretanto sabed, barón, que esa joven puede contar con mi protección; según creo, ¿no tiene muy buena dote?

— ¡Ah! no, señor.

— Pues bien, yo me ocuparé de buscarle un buen novio.

Taverney hizo un humilde saludo.

— Solo V. M. podrá encontrarlo, porque confieso que en nuestra pobreza, que casi raya en miseria...

— Sí, sí, descuidad sobre eso, dijo Luis XV; pero me parece muy joven y eso no urge aun.

— Urge tanto menos, señor, cuanto que V. M. tiene horror á los matrimonios.

— ¿Lo veis? dijo Luis XV frotándose las manos y mirando á Richelieu. Pues bien, en todo caso, si os veis apurado, señor de Taverney, escogedme á mí por novio.

Dicho esto se levantó Luis XV, y dirigiéndose al duque, le dijo:

— Mariscal.

El duque se acercó al rey.

— ¿Ha quedado contenta la chica?

— ¿Con qué, señor?

— Con el cofrecito.

— Perdóneme V. M. si le hablo bajo, pues el padre está escuchando, y no conviene que oiga lo que voy á decirlos.

— ¡ Bah !

— No.

— Pues bien, decid.

— Señor, la chica odia el casamiento, es verdad, pero estoy seguro de una cosa, y es que V. M. no le causa horror.

Y dicho esto con una familiaridad que gustó al rey por el exceso mismo de la franqueza, el mariscal corrió á donde estaba Taverney, quien por respeto se había retirado al umbral de la galería.

Los dos se dirigieron á los jardines.

La noche estaba magnífica ; dos lacayos iban delante de ellos, llevando blandones en una mano y separando con la otra las floridas ramas de los arbustos ; y aun se veían las ventanas de Trianón iluminadas por dentro y empañadas con el aliento inflamado de las cincuenta personas que había convidado la Delfina.

La música de S. M. animaba el minué, porque después de la cena se había bailado y bailaba todavía.

En un frondoso grupo de lilas y abedules, Gilberto arrodillado en el suelo miraba el movimiento de las sombras detrás de las diáfanas tapicerías.

Aunque el cielo se hubiese venido abajo no hubiera sacado de su contemplación á aquel joyen, embriagado con la hermosura á quien perseguía en los movimientos del baile.

Sin embargo, cuando Richelien y Taverney pasaron rozando por el bosquecillo en que estaba escondido aquel pájaro nocturno, el sonido de su voz y sobre todo cierta palabra hicieron levantar la cabeza á Gilberto.

Es verdad que aquella palabra era muy importante y significativa para él.

El mariscal, apoyado en el brazo de su amigo, y hablándole al oído, decía :

— Mirándolo bien, barón, es duro tener que confe-

sarlo, pero es preciso enviar á tu hija á un convento, y pronto.

— ¿ Por qué ? preguntó el barón.

— Porque apuesto á que el rey, respondió el mariscal, está perdidamente enamorado de tu hija.

Al oír Gilberto estas palabras se puso más pálido que las blancas flores que caían á manera de copos de nieve sobre su frente y sus hombros.

Presentimientos

Al día siguiente acababan de dar las doce en el reloj de Trianón, cuando Nicole fué á gritar á Andrea que aun no había salido de su cuarto:

— ¡Señorita, señorita, aquí está el señorito Felipe! Estos gritos los daba desde el pie de la escalera.

Andrea, sorprendida al par que gozosa, cerró su peinador de muselina y corrió al encuentro de su hermano, que acababa de apearse del caballo en el patio de Trianón, y que estaba preguntando á algunos de la servidumbre la hora en que podría ver á su hermana.

Por consiguiente, Andrea abrió ella misma la puerta y se halló al punto con Felipe, á quien la oficiosa Nicole había ido á buscar al patio y acompañaba por la escalera.

La joven se arrojó al cuello de su hermano, y entraron ambos en el cuarto de Andrea, seguidos de Nicole.

Sólo entonces notó Andrea que Felipe estaba más serio de lo ordinario, y que hasta su sonrisa no estaba exenta de tristeza, que estaba de elegante uniforme y que llevaba bajo el brazo izquierdo una capa de viaje.

— ¿Qué es lo que ocurre, Felipe? preguntó al punto con ese instinto de las almas tiernas para quienes una mirada es una revelación.

— Hermana mía, respondió Felipe, esta mañana he recibido la orden de incorporarme á mi regimiento.

— ¿Y te marchas?

— Sí.

— ¡Oh! exclamó Andrea exhalando en este grito doloroso todo su valor y una parte de sus fuerzas.

Y aunque aquella marcha era una cosa muy natural á la que debía estar preparada, se sintió tan desfallecida al saberla, que tuvo que apoyarse en el brazo de su hermano para no caer.

— ¡Dios mío! dijo Felipe: ¿conque tanto te aflige mi partida, Andrea? Debes saber que en la vida de un soldado es un acontecimiento de los más comunes.

— Sí, sí, sin duda que lo es, murmuró la joven. ¿Y adónde vas, hermano mío?

— Mi guarnición está en Reims; ya ves que no es un viaje muy largo, aunque es verdad que, según todas las probabilidades, de allí debe pasar el regimiento á Estrasburgo.

— ¡Ah! exclamó Andrea. ¿Y cuándo marchas?

— En la orden se me manda ponerme en camino inmediatamente.

— ¿Según eso vienes á despedirme de mí?

— Sí, hermana mía.

— ¡A despedirme!

— ¿Tienes algo de particular que decirme, Andrea? preguntó Felipe inquieto por aquella tristeza harto exagerada para que no naciese de alguna otra causa más que de su marcha.

Andrea comprendió que aquellas palabras se dirigían á Nicole, la cual miraba esta escena con una gran sorpresa motivada por el extremado dolor de Andrea.

Efectivamente, la marcha de Felipe, es decir, de un oficial para su regimiento, no era una catástrofe tan grande que debiera causar tantas lágrimas.

Andrea comprendió pues al mismo tiempo que el

sentimiento de Felipe, la sorpresa de Nicole; cogió una manteleta, se la echó en los hombros, y dirigiendo á su hermano hacia la escalera, le dijo:

— Ven hasta la verja del parque, Felipe, y te llevaré á la alameda cubierta, porque tengo muchas cosas que decirte.

Conociendo Nicole que esto era mandarla que se fuese, se escabulló á lo largo de la pared y entró en el cuarto de su ama, mientras ésta bajaba la escalera con Felipe.

Andrea bajó la gradería que se extiende á lo largo de la capilla y salió por el pasillo, que aun en el día va á parar al jardín; pero aunque Felipe la interrogaba á cada momento con su inquieta mirada, ella se mantuvo largo tiempo colgada de su brazo, apoyando la cabeza en el hombro sin pronunciar una palabra.

Luego su corazón e talló de pronto, sus facciones se cubrieron de una palidez mortal, un prolongado sollozo subió hasta los labios, y un torrente de lágrimas inundó sus ojos.

— ¡Querida hermana, mi buena Andrea! exclamó Felipe, ¿dime por Dios qué es lo que tienes?

— Amigo mío, mi único amigo, dijo Andrea, te marchas, me dejas sola en un mundo en que he entrado ayer, ¿y me preguntas por qué lloro? ¡Ah! piensa, Felipe, que perdí á mi madre al nacer, y que, por muy espantoso que sea el decirlo, nunca he tenido padre. Todos los pesares de poca monta que ha sufrido mi corazón; todos los secretos que contenía mi pecho te los he confiado á tí y á nadie más; ¿y quién es el que me ha sonreído? ¿Quién me ha acariciado? ¿Quién me mecía cuando era niña? Tú. Y después que he ido creciendo, ¿quién me ha protegido sino tú? ¿Quién me ha hecho creer que Dios no ha enviado á las criaturas á este mundo solo para que

sufran? Tú, Felipe, y nadie más que tú, porque al fin desde que vine al mundo á nadie sino á tí he querido, y nadie sino tú me ha querido á mí. ¡Oh! ¡Felipe, Felipe! continuó Andrea en tono melancólico, veo que apartas la cabeza, y sé lo que estás pensando. Sin duda te dices á tí mismo que soy joven, que soy bonita, y que hago mal en no contar con el porvenir y el amor; pero ¡ay! bien sabes tú, Felipe, que no basta ser joven y bonita, puesto que nadie se cuida de mí.

Me dirás que la señora Delfina es buena. Sin duda lo es; yo la tengo por perfecta y la miro como á una divinidad: pero precisamente porque la coloco en esa esfera sobrehumana, le profeso respeto y no cariño. ¡Y el cariño, Felipe, es un sentimiento tan necesario á mi corazón, que, ahogado siempre dentro de él, lo despedaza! Mi padre... ¡Dios mío! nada nuevo tengo que decirte de mi padre, Felipe; mi padre no sólo no es para mí un protector, un amigo, sino que jamás me mira más que para causarme miedo... Sí, sí, me inspira miedo, Felipe; especialmente desde que te veo marchar. Porque me inspira miedo, no lo sé... ¡Dios mío! los pájaros que huyen, los rebaños que mugen; no tienen también miedo á la tempestad cuando ésta se acerca?

Me dirás que lo hacen por instinto, pero ¿por qué has de negar á nuestra alma inmortal el instinto de la desgracia? De algún tiempo á esta parte todo sale bien á nuestra familia; bien lo sé. Tú eres ya capitán, yo estoy colocada en la casa, y casi en la intimidad de la Delfina, y dicen que mi padre ha cenado ayer mano á mano con el rey. Pues bien, Felipe, te repito que, aunque te parezca una insensata, todo eso me amedrenta más que nuestra dulce miseria y nuestra oscuridad de Taverney.

— Y sin embargo allí, querida hermana, estabas también sola, dijo Felipe tristemente; allí no estaba yo tampoco contigo para consolarte.

— Sí, pero al menos estaba sola, sola con mis recuerdos de infancia, y me parecía que aquella casa en donde había vivido, en donde había respirado, en donde había muerto mi madre, me debía la protección natal, si así puedo expresarme; allí todo me era dulce, cariñoso, amigo; te veía marchar con calma y volver con alegría; pero ya marchases ó ya volviesses, mi corazón no era exclusivamente tuyo, pertenecía también á aquella amada casa, á mis jardines, á mis flores, á aquel conjunto de que tú no formabas entonces más que una parte, mientras hoy, Felipe, formas el todo, y por consiguiente, cuando tú me dejas todo me deja.

— Sin embargo, Andrea, hoy tienes una protección mucho más poderosa que la mía, repuso Felipe.

— Verdad es.

— Un hermoso porvenir.

— ¿Quién sabe?

— ¿Por qué lo dudas?

— Lo ignoro.

— Eso, hermana mía, es ser ingrata hacia Dios.

— ¡Oh! no; gracias al cielo, yo no soy ingrata hacia el Señor; mañana y noche le dirijo mis humildes gracias; pero me parece que en lugar de recibir mi acción de gracias, cada vez que me hincó de rodillas, una voz de lo alto me dice: « ¡Ten cuidado, joven, ten cuidado! »

— ¿Y de qué has de tener cuidado? dime. Admitiré contigo que te amenaza una desgracia. ¿Tienes algún presentimiento de esa desgracia? ¿Sabes qué hacer para contrarrestarla ó evitarla?

— Nada sé, Felipe, sino que, ya lo ves, me parece

que mi vida depende de un hilo, y que para mí no va á lucir un momento de descanso desde que te marches. Se me figura, en una palabra, que estando durmiendo me han empujado hacia la pendiente de un precipicio demasiado rápido para que me detenga en él al despertar; que despierto; que veo el abismo; que me arrastran á él; y que estando tú ausente, no hallándote aquí para determe, voy á desaparecer en él y á estrellarme.

— Querida hermana, mi buena Andrea, dijo Felipe conmovido á pesar suyo con aquel acento lleno de un terror tan verdadero, exageras una ternura que te agradezco con todo mi corazón. Sí, pierdes á un amigo, pero momentáneamente; no estaré tan lejos que no puedas llamarme en caso necesario: además, piensa que, á excepción de tus quimeras, ninguna cosa te amenaza.

Andrea se paró delante de su hermano y dijo:

— Pues entonces, Felipe, tú que eres hombre, tú que tienes más fuerzas que yo, ¿por qué estás tan triste como yo en este mismo momento? Vamos, hermano, ¿cómo explicas esto?

— Muy fácilmente, querida hermana, dijo Felipe deteniendo á Andrea que había vuelto á andar de nuevo. Nosotros no somos únicamente hermanos de alma y de sangre, sino también en los sentimientos; de suerte que entre nosotros reinaba una inteligencia que, para mí sobre todo, se ha convertido desde nuestra llegada á París en un hábito muy dulce. Ahora rompo estos lazos, querida amiga, ó más bien los rompen, y el golpe se hace sentir hasta en mi corazón. Estoy, pues, triste, pero momentáneamente, y yo, Andrea, yo me anticipo á nuestra separación, y no creo en una desgracia, sino en que no nos veremos durante algunos meses, durante un año quizá; pero

me resigno, y no te digo adiós, sino hasta la vista.

A pesar de estas consoladoras palabras, Andrea no respondió sino con sollozos y lágrimas.

— ¡Querida hermana! exclamó Felipe al ver la expresión de aquella tristeza que le parecía incomprendible, tú no me lo has dicho todo, y me ocultas algo! ¡Habla, en nombre del cielo, habla!

Y la cogió en sus brazos, acercándola á sí y estrechándola contra su corazón para leer en sus ojos.

— ¿Yo? dijo Andrea: no, no, Felipe, te lo juro; todo lo sabes, porque te he abierto de par en par mi corazón.

— Pues entonces te pido por favor que tengas ánimo y que no me aflijas de ese modo.

— Tienes razón, y veo que soy una loca. Escucha: nunca he tenido mucha fortaleza de ánimo: mejor lo sabes tú que nadie, Felipe; siempre he temido, siempre he soñado, siempre he estado suspirando; pero no tengo derecho para asociar á mis dolorosas quimeras á un hermano á quien profeso tanta ternura, sobre todo cuando me tranquiliza y me prueba que hago mal en alarmarme. Tienes razón, Felipe; es cierto, muy cierto, aquí nada me falta. Perdóname, pues, Felipe; ya ves que me enjugo las lágrimas, y que en vez de llorar me sonrío. Hasta la vista, pues, Felipe; y no adiós.

Y la joven abrazó tiernamente á su hermano ocultándole una última lágrima que velaba aun su párpado, y que rodó como una perla sobre la charretera de oro del joven oficial.

Felipe la miró con esa ternura infinita propia de un padre y de un hermano á la vez.

— Andre, le dijo, así es como me gustas: ten ánimo. Me marchó, pero todas las semanas recibirás por el

correo una carta mía; te ruego que hagas porque llegue del mismo modo una tuya á mis manos.

— Sí, Felipe, sí; y esa será mi única dicha. Pero supongo que ya se lo has dicho á tu padre.

— ¿El qué?

— Que te vas.

— Querida hermana, al contrario, el barón es quien me ha traído esta mañana la orden del ministerio. El señor de Taverney no es como tú, Andrea, y al parecer se pasará fácilmente sin mí. Parecía que estaba muy contento con mi marcha, y en realidad tenía razón, pues aquí no ascenderé, mientras que allá se pueden presentar ocasiones favorables.

— ¡Mi padre está contento de verte marchar! murmuró Andrea. ¿No te has equivocado, Felipe?

— Te tiene á tí, respondió Felipe eludiendo la pregunta, y eso es un consuelo, hermana mía.

— ¿Lo crees así, Felipe? ¡pues si no me ve nunca!

— Hermana mía, me ha encargado te dijese que hoy mismo, después de mi marcha, vendría á Triánón. Estáte segura de que te ama, sólo que te ama á su modo.

— ¿Qué otra cosa tienes, Felipe? porque me parece embarazado.

— Querida Andrea, es que acaba de dar el reloj. ¿Qué hora es?

— La una menos cuarto.

— Y bien, querida hermana, lo que causa mi embarazo es que debía estar en camino hace una hora, y veo mi caballo junto á la verja. Conque así...

Andrea se revistió de calma, y cogiendo la mano de su hermano le dijo con una voz demasiado firme para que no fuese afectada:

— Conque así, adiós, hermano mío.....

Felipe la abrazó por última vez, y le dijo:

- ¡ Hasta la vista ! Acuérdate de tu promesa.
 — ¿ De cuál ?
 — De escribirme cuando menos una vez por semana.
 — ¡ Oh ! ¡ y me lo pides !

Y pronunció estas palabras haciendo un esfuerzo supremo, pues la pobre criatura ya no tenía voz.

Felipe la volvió á saludar con la mano y se alejó.

Andrea le siguió con la vista reprimiendo la respiración para retener sus suspiros.

Felipe montó á caballo, le dijo otra vez adiós del otro lado de la verja y partió.

Andrea permaneció en pie é inmóvil mientras que pudo alcanzarle con la vista ; luego desapareció, y corrió como una cervatilla herida hasta la arboleda, percibió un banco y no tuvo fuerzas más que para llegar á él, y se dejó caer encima sin pulso, sin fuerzas ni vista.

Después, lanzando de lo más hondo de su pecho un prolongado y desgarrador suspiro, exclamó :

— ¡ Oh ! ¡ Dios mío, Dios mío ! ¿ porqué me dejáis así sola sobre la tierra ?

Y cubrió su rostro con las manos dejando escapar por entre los blancos dedos las gruesas lágrimas que ya no trataba de reprimir.

En aquel momento oyóse un ligero ruido detrás de los hojaranzos, y Andrea, creyendo haber oído un suspiro, se volvió asustada, y vió levantarse ante ella una figura triste.

Era Gilberto.

X

La novela de Gilberto

Hemos dicho que era Gilberto, tan pálido como Andrea, tan desolado, tan abatido como ella.

Andrea á la vista de un hombre, á la vista de un extraño, porque tal le parecían su mirada, se apresuró á enjugar sus ojos, como si á la orgullosa joven causase vergüenza el que la vieran llorar. Al contrario, se revistió de cierto continente, y restituyó la inmovilidad á sus marmóreas mejillas agitadas hacia un instante por la desesperación.

Gilberto tardó mucho más que ella en recobrar su calma, y sus facciones conservaron la expresión dolorosa que la señorita de Taverney, al levantar los ojos y reconocerle, pudo notar en su actitud y en su mirada.

— ¡ Ah ! todavía el señor Gilberto, dijo Andrea con aquel tono ligero que afectaba tomar siempre que lo que ella creía la casualidad la acercaba á él.

Gilberto no respondió, porque estaba aun demasiado conmovido para poder hablar.

El dolor que había estremecido tanto el cuerpo de Andrea, había sacudido violentamente el de Gilberto ; por consiguiente fué Andrea la que continuó queriendo saber á qué se debía aquella aparición.

— Pero ¿ qué es lo que tenéis, señor Gilberto ? preguntó, ¿ por qué me miráis con ese aire compungido ?

Preciso es que algo os entristezca, y deseo me lo digáis si lo tenéis á bien.

— ¿ Lo deseáis saber ? preguntó Gilberto melancólicamente conociendo la ironía que se ocultaba bajo aquella apariencia de interés.

— Sí.

— Pues bien ; me entristece el veros sufrir, señorita.

— ¿ Quién os ha dicho que yo sufría ?

— Yo que lo veo.

— Os equivocáis, señor Gilberto, pues yo no sufro, dijo Andrea pasando otra vez su pañuelo por la cara.

Gilberto sentía amagar la tormenta, y trató de conjurarla con la humildad.

— Perdonadme, señorita, dijo, pero os he oído quejaros.

— ¡ Hola ! ¿ conque escuchabais ? Eso es mejor, entonces...

— Señorita, ha sido efecto de la casualidad, dijo Gilberto tartamudeando, porque conocía que mentía.

— ¿ De la casualidad ! Siento en el alma, señor Gilberto, que la casualidad os haya traído cerca de mi ; pero os ruego me digáis porque os han podido entristecer las quejas que habéis oído.

— No puedo ver con indiferencia á una mujer llorar, dijo Gilberto con un tono que desagradó en extremo á Andrea.

— ¿ Soy yo por casualidad una mujer para el señor Gilberto ? replicó la altiva joven. Yo no mendigo el interés de nadie, y el del señor Gilberto menos aun que el de ningún otro.

— Señorita, dijo Gilberto moviendo la cabeza, hacéis mal en tratarme con tanta rudeza ; os he visto triste y me he afligido ; os he oído decir que marchándose el señorito Felipe quedabais sola en el mundo, y yo os digo que no, señorita, porque aquí estoy yo, y nunca

encontraréis un cariño como el mío. Lo repito, la señorita de Taverney jamás estará sola en el mundo mientras mi cabeza pueda pensar, mientras lata mi corazón y pueda extenderse mi brazo.

Aunque al pronunciar estas palabras lo hizo Gilberto con toda la sencillez que exigía un respeto verdadero, el vigor, la nobleza y el cariño embellecieron su rostro.

Empero estaba escrito que todo cuanto hiciese y dijera el pobre mozo había de disgustar á Andrea, ofenderla y enfadarla hasta el extremo de responder agriamente, como si cada una de sus respetuosas expresiones fuera un insulto, y cada una de sus súplicas una provocación. Al principio quiso levantarse para ver de hallar un gesto más duro ó una palabra más fuerte ; pero un estremecimiento nervioso la deluvo en su banco. Además, pensó que si se ponía en pie la verían de más lejos y hablando con Gilberto ; de suerte que permaneció en su banco, resuelta á aplastar de una vez el insecto que ya iba importunándola.

Respondió pues :

— Creo que os he dicho, señor Gilberto, que me desagradáis soberanamente, que vuestra voz me irrita, y vuestros modales filosóficos me repugnan. ¿ Por qué, pues, os obstináis en hablarme ?

— Señorita, dijo Gilberto pálido, pero conteniéndose ; no se irrita á una mujer honrada con manifestarle simpatía. Un hombre honrado es lo mismo que cualquiera otra criatura humana, y yo, á quien maltratáis con tanto encarnizamiento, merezco tal vez más que otro alguno la simpatía que siento no tengáis por mí. Al oír Andrea por dos veces la palabra simpatía, abrió tanto ojo, y fijó la vista en Gilberto de un modo impertinente.

— ¡ Simpatía ! dijo, ¡ yo simpatía al señor Gilberto ! En verdad que me equivocaba, pues os tenía por un

insolente, y ahora veo que sois menos que eso; pues no sois sino un loco.

— No soy un insolente ni un loco, dijo Gilberto con una calma aparente que debía costar no poco á un hombre, cuyo orgullo ya conocemos. No, señorita, porque la naturaleza me ha hecho igual á vos, y la casualidad ha querido que debáis estarme obligada.

— ¡ Dale con la casualidad! dijo Andrea irónicamente.

— Quizá he debido decir la Providencia. Por lo demás, nunca os hubiera hablado de esto si vuestras injurias no me hiciesen recordarlo.

— ¡ Yo estaros obligada! ¡ obligada yo! ¡ Cómo habéis dicho eso, señor Gilberto?

— Yo mismo me abochornaría si os creyese ingrata, señorita; y Dios que os ha hecho tan bella, os ha dado para compensar vuestra belleza bastantes otros defectos para que tengáis también ese.

Andrea se levantó al oír esto.

— ¡ Perdonadme! exclamó Gilberto. Algunas veces vos me irritáis también demasiado, y entonces me olvido del interés que os profeso.

Andrea se echó á reír á carcajadas para arrastrar á su colmo la cólera de Gilberto; pero con grande asombro suyo, Gilberto no se enfureció; se cruzó los brazos sobre el pecho, conservó la expresión hostil y obstinada de su mirada de fuego, y aguardó con calma el fin de aquella risa ultrajante.

— Señorita, dijo con frialdad Gilberto, dignaos responderme á esta sola pregunta: ¿ Respetáis á vuestro padre?

— ¡ Y os atrevéis á interrogarme, señor Gilberto? exclamó la joven con soberana altanería.

— Sí, vos respetáis á vuestro padre, continuó Gilberto, y no á causa de sus prendas ni por sus virtudes,

sino por la sencilla razón de que os ha dado la vida. Un padre, y esto desgraciadamente debéis saberlo vos, señorita, no es respetable sino por ese solo título, pero al fin es un título. Hay más; por ese solo beneficio de la vida (y al decir esto Gilberto se animó de una desdenosa compasión), estáis obligada á amar á vuestro bienhechor. Pues bien, señorita, sentado este principio, ¿ por qué me ultrajáis? ¿ por qué me rechazáis? ¿ por qué me aborrecéis, á mí que, si bien es verdad que no os he dado la vida, os la he salvado?

— ¿ Vos? exclamó Andrea, ¿ vos salvarme la vida?

— ¡ Ah! siquiera no habéis pensado en ello, dijo Gilberto, ó más bien, lo habéis olvidado; es muy natural, pues hará pronto un año que sucedió. Pues bien, señorita, entonces preciso es deciroslo, ó recordároslo. Sí, yo os he salvado la vida sacrificando la mía.

— Á lo menos, señor Gilberto, dijo Andrea muy pálida, me haréis el favor de decirme dónde y cuándo.

— El día, señorita, en que estrellándose cien mil personas unas contra otras al huir de los caballos fogosos y de los sables que acuchillaban la multitud, dejaron la plaza de Luis XV atestada de cadáveres y heridos.

— ¡ Ah! el 31 de mayo.

— Efectivamente, señorita.

Andrea se repuso y volvió á su sonrisa irónica.

— ¡ Y decís que ese día habéis sacrificado vuestra vida por salvar la mía, señor Gilberto?

— Ya he tenido el honor de deciroslo.

— ¿ Según eso sois el barón de Bálamo? Os pido perdón, porque lo ignoraba.

— No, no soy el barón de Bálamo, dijo Gilberto con los ojos inflamados y temblándole los labios, soy un pobre hijo del pueblo; Gilberto, que tiene la locura, la necedad y la desgracia de amaros; que porque os

ama como un insensato, como un loco, como un rematado, os siguió en medio de la multitud; soy Gilberto que, separado de vos un instante, os conoció por el grito terrible que lanzasteis cuando perdisteis pie; Gilberto, que cayó á vuestro lado y os rodeó con sus brazos, hasta que otros veinte mil, gravitando sobre él, aniquilaron sus fuerzas; Gilberto, que se arrojó contra el pilar de piedra en que ibais á haceros pedazos, para ofrecer os el apoyo más blando de su cuerpo; Gilberto, que al ver entre la multitud á ese hombre extraño, que al parecer mandaba á los demás, y cuyo nombre acabáis de pronunciar, reunió todas sus fuerzas, toda su sangre, toda su alma, y os levantó en sus moribundos brazos á fin de que aquel hombre os divisase, os cogiese y os salvara; Gilberto, en fin, que al ceder os á un libertador más afortunado que él, sólo conservó un pedazo de vuestro vestido que llevó á sus labios. Y ya era tiempo, porque la sangre se le agolpó al corazón, á las sienes y al cerebro; la masa de verdugos y víctimas lo cubrió como una ola y lo sepultó, mientras que á manera del ángel de la resurrección vos subíais desde mi abismo hacia vuestro cielo.

Gilberto acababa de mostrarse tal como era, es decir, salvaje, sencillo y sublime, así en su resolución como en su amor; de manera que Andrea, á pesar de su desprecio, no pudo mirarle sin asombro, y él creyó por un instante que su relato era tan irresistible como la verdad y el amor; pero el pobre Gilberto no contaba con la incredulidad, con esta mala fe del que odia. Efectivamente, Andrea, que aborrecía á Gilberto, no se dejó llevar de ninguno de los convincentes argumentos de aquel amante desdeñado.

Al principio nada contestó; lo que hizo fué mirar á Gilberto, y allá en su ánimo pasaba algo parecido á un combate.

Así, no contento con aquel silencio tan frío, el joven se vió obligado á añadir á modo de peroración:

— Ahora, señorita, no me aborrecáis tanto como hasta aquí, pues eso sería no solamente injusto, sino ingrato, como os lo decia hace poco y os lo repito.

Pero Andrea levantó su altanera cabeza al oír esto, y con el tono más cruel é indiferente, dijo:

— Señor Gilberto, ¿cuánto tiempo habéis estado de aprendiz en casa de Rousseau?

— Señorita, contestó Gilberto sencillamente, creo que tres meses, sin contar los días que estuve enfermo de resultas de la sofocación del 31 de mayo.

— Os engañáis, replicó Andrea, pues no os pregunto si habéis estado ó no enfermo... de sofocación... eso quizá corona artísticamente vuestro relato; pero poco me importa. Lo único que queria deciros, es que no habiendo permanecido más que tres meses en casa del ilustre escritor, habéis aprovechado muy bien el tiempo, y que el discípulo hace del primer golpe novelas casi dignas de las que publica su maestro.

Gilberto, que había escuchado con calma creyendo que Andrea iba á responder seriamente á las cosas apasionadas que él acababa de decir, cayó de todo lo alto de su candidez bajo el golpe de esta cruel ironía.

— ¡Una novela! murmuró indignado. ¿Vos tratáis de novela lo que acabo de referiros?

— Sí, señor, de novela; lo repito, solo que no me habéis forzado á leerla, y os lo agradezco; pero, desgraciadamente, tengo el gran sentimiento de no poder pagarla en su justo valor, pues aunque lo intentase sería en vano, porque no tiene precio.

— ¿Es eso lo que me contestáis? balbuceó Gilberto con el corazón oprimido y los ojos apagados.

— Yo no os contesto siquiera, repuso Andrea empujándolo para pasar por delante de él.

En efecto, Nicole llegaba llamando á su ama desde el extremo de la calle de árboles, para no interrumpir demasiado bruscamente la conversación que tenía no sabía con quién, porque no había reconocido á Gilberto á causa de la espesura del ramaje.

Pero, al acercarse, vió al joven, lo reconoció y se quedó atónita, arrepintiéndose entonces de no haber dado un rodeo á fin de oír lo que Gilberto había podido decir á la señorita de Taverney.

Esta, dirigiéndose entonces á Nicole con dulce voz, para que Gilberto comprendiera mejor la altanería con que le había hablado, preguntó :

— ¿ Qué hay, hija mía ?

— El señor barón de Taverney y el señor duque de Richelieu preguntan por la señorita, respondió Nicole.

— ¿ Y dónde están ?

— En vuestro aposento.

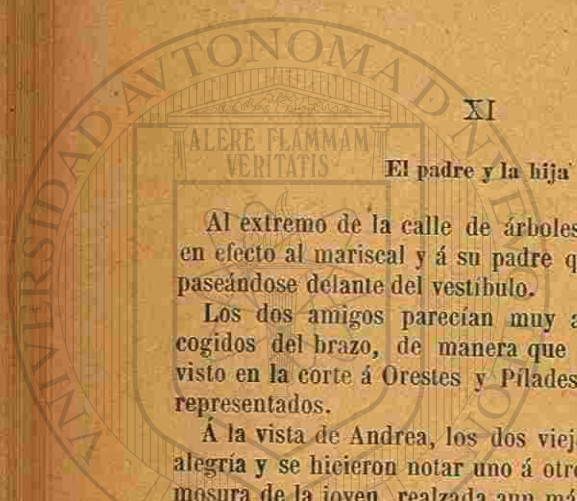
— Vamos, pues.

Andrea se alejó, seguida de Nicole, pero no sin que ésta lanzase al irse una mirada irónica á Gilberto, quien menos pálido que lívido, menos agitado que loco, no colérico sino furioso, alargó el puño en la dirección que llevaba su enemiga, y murmuró rechinando los dientes :

— ¡ Criatura sin corazón, cuerpo sin alma ! Te he salvado la vida, he concentrado mi amor, he acallado todo sentimiento que pudiera ofender lo que yo llamaré tu candor, porque en mi delirio eras para mí una virgen santa, como la que está en los cielos... Ahora que te he visto de cerca, no eres más que una mujer, y yo soy un hombre... ¡ Oh ! día llegará en que me vengue, Andrea de Taverney ! Dos veces te he tenido entre mis brazos, y dos veces te he respetado... ¡ Cuidado con

la tercera, Andrea de Taverney !... ¡ Hasta la vista, Andrea !

Y se alejó saltando por entre los grupos de árboles, como un lobezno herido que se vuelve enseñando sus agudos dientes y sus sangrientos ojos.



XI

El padre y la hija

Al extremo de la calle de árboles, Andrea percibió en efecto al mariscal y á su padre que la aguardaban paseándose delante del vestibulo.

Los dos amigos parecian muy alegres y estaban cogidos del brazo, de manera que aun no se había visto en la corte á Orestes y Pilades tan exactamente representados.

Á la vista de Andrea, los dos viejos redoblaron su alegría y se hicieron notar uno á otro la radiante hermosura de la joven, realzada aun más por la cólera y por la rapidez de su marcha.

El mariscal saludó á Andrea, como hubiera saludado á madama Pompadour en favor, y aunque Taverney notó este matiz y le agradó sobremanera, sorprendió mucho á su hija por esa mezcla de respeto y de libre galantería, porque el hábil cortesano sabía saludar con tantos pormenores como frases francesas empleaba Covrelle para explicar una palabra turca.

Andrea hizo una reverencia que fué tan ceremoniosa para su padre como para el mariscal, luego, con encantadora gracia, invitó á los dos á subir á su cuarto.

El mariscal admiró aquel elegante aseo, único lujo de los muebles y de la arquitectura del reducido aposento, pues Andrea, con flores y un poco de muselina

blanca, había convertido su triste cuarto, no en un palacio, pero sí en un templo.

El duque se sentó en un sillón de persiana verde de grandes flores, bajo un jarrón de la China de que pendían racimos perfumados de acacia y arce, mezclados con iris y rosas de Bengala.

Taverney ocupó otro sillón igual, y Andrea se sentó en una silla de tijera apoyando el codo en un clave guarnecido también de flores puestas en un jarrón de Sajonia.

— Señorita, dijo el mariscal, vengo á felicitaros en nombre de S. M. por los merecidos aplausos que vuestra encantadora voz y vuestro talento de cantante consumada han arrancado ayer á todos los que asistieron al ensayo. S. M. temió hacer celosos y celosas elogiándoos en voz alta, y por lo mismo me ha encargado os exprese todo el placer que le habéis causado.

Andrea, muy ruborizada, estaba tan hermosa, que el mariscal continuó como si hablase por cuenta propia.

— El rey me ha afirmado que no había visto jamás en su corte una persona que reuniese en tan alto grado como vos, señorita, los dones del talento y de la hermosura.

— Tú olvidas decir y los del corazón, dijo Taverney muy hueco; Andrea es la mejor de las hijas.

El mariscal creyó por un momento que su amigo iba á llorar, y lleno de admiración por aquel esfuerzo de sensibilidad paternal, exclamó:

— ¡El corazón! ¡ay! querido, tú solo puedes juzgar de la ternura que encierra el corazón de esta señorita. Si yo tuviera veinte años, pondría á sus pies mi vida y mi fortuna.

Andrea no sabía aun acoger ligeramente el home-

naje de un cortesano; de suerte que Richelieu sólo obtuvo de ella un murmullo sin significación.

— Señorita, dijo, el rey os suplica le permitáis daros una prueba de su satisfacción, y ha encargado al señor barón, vuestro padre, desempeñe esta comisión. ¿Qué respondo á S. M. de parte vuestra?

— Caballero, dijo Andrea, que no vió en el paso que iba á dar sino el respeto que todo súbdito debe á su rey, tened la bondad de asegurar á S. M. que no puede ser más profunda mi gratitud. Decid también á S. M. que me honra demasiado con ocuparse de mí, y que soy indigna de que un monarca tan poderoso fije en mí la atención.

A Richelieu entusiasmó al parecer esta respuesta, que la joven pronunció con voz firme y sin ninguna indecisión.

Le cogió la mano, que besó respetuosamente; y devorándola con la vista, dijo:

— ¡Mano de reina, pie de hada... talento, voluntad, candor!... ¡Ah, barón, qué tesoro!... No tienes una hija, sino una reina.....

Y dicho esto se despidió, dejando á Taverney con Andrea, á Taverney, que se había ido hinchando insensiblemente de orgullo y de esperanza.

Cualquiera que hubiese visto á aquel filósofo de antiguas teorías, á aquel escéptico, á aquel desdenoso, aspirar con gusto el aire del favor nada menos que en su lodazal más impuro, habría dicho que Dios había amasado con el mismo fango el entendimiento y el corazón de Taverney.

Empero éste podía responder á propósito de semejante cambio, que no era él el que había variado, sino el tiempo.

Quedó, pues, con Andrea, sentado en su sillón, y algo cortado, porque la joven, con su inagotable sere-

nidad, le atravesaba con sus miradas tan profundas como el mar en su más hondo abismo.

El señor de Richelieu ha dicho que S. M. os ha encargado me deis una prueba de su satisfacción. ¿Queréis decirme cuál es?

— ¡Ah! dijo Taverney. ¿Es interesada? Nunca lo hubiera creído. ¡Tanto mejor, Satanás! ¡tanto mejor!

Sacó lentamente de la faltriquera el cofrecito que el mariscal le había dado la vispera, y se parecía á esos papás que sacan un cucurucho de bombones ó un juguete que los ojos del niño arrancan del bolsillo antes que las manos hayan obrado.

— Ahí tienes, dijo.

— ¡Ah! ¡son joyas! exclamó Andrea.

— ¿Te gustan?

Era un collar de perlas de gran precio, con doce gruesos diamantes entre ellas, unos pendientes y una hilera de diamantes para la cabeza, un broche de diamantes, cuyo valor ascendía á treinta mil escudos cuando menos.

— ¡Dios mío! exclamó Andrea.

— Y bien, ¿qué?

— Es demasiado rico... el rey se ha equivocado. Me causaría rubor el traer esto. ¿Tengo yo acaso vestidos que digan bien con unas alhajas tan ricas?

— Sí, debes quejarte, dijo Taverney con ironía.

— Veo que no me entendéis... Lo que quiero decir es que siento no poder traer estas alhajas, porque son demasiado ricas.

— Señorita, el rey que ha regalado el cofrecito es un señor bastante grande para dar también vestidos ricos.

— Pero, señor... esta bondad del rey.....

— ¿Crees que no la tengo bien merecida con mis servicios? preguntó Taverney.

— ¡ Ah ! perdonad, señor, verdad es; replicó Andrea bajando la cabeza, pero sin estar bien convenida.

Al cabo de un momento de reflexión, cerró el cofrecito, diciendo :

— No traeré estos diamantes.

— ¿ Por qué ? preguntó Taverney con inquietud.

— Porque vos y mi hermano carecéis de lo necesario, y desde que pienso en ello este lujo superfluo me mortifica.

Taverney estrechó la mano de su hija sonriendo.

— ¡ Oh ! no te ocupes de eso, hija mía, pues el rey ha hecho más por mí que por tí. Estamos en favor, querida mía, y ya conoces que no sería propio de una súbdita respetuosa ni de una mujer agradecida presentarse delante de S. M. sin el aderezo que se ha dignado regalarte.

— Pues obedeceré, señor.

— Sí, pero es preciso que lo hagas con gusto... Parece que no te agrada este aderezo.

— No soy inteligente en diamantes, señor.

— Pues sábetelo que sólo las perlas valen cincuenta mil libras.

Andrea juntó las manos diciendo :

— Señor, es muy extraño que S. M. me haga á mí un regalo de ese valor; reflexionadlo bien.

— No comprendo lo que quieres decir, replicó Taverney con un tono seco.

— Si me pongo estas joyas, os aseguro que todos lo extrañarán.

— ¿ Por qué ? dijo Taverney con el mismo tono, y dirigiendo una mirada tan imperiosa y fría á su hija que la hizo bajar los ojos.....

— Es un escrúpulo que tengo.

— Señorita, debéis confesar que es aun más extraño

que tengáis escrúpulos en lo que yo no los tengo. ¡ Alabo las candidas jóvenes que conocen el mal y lo perciben por oculto que esté, cuando nadie lo había percibido ! ¡ Bien haya la joven sencilla y casta que hace ruborizarse á los viejos granaderos como yo !

Andrea ocultó su confusión con sus nacaradas manos, y murmuró en voz muy baja :

— ¡ Oh ! hermano mío, ¿ por qué estás ya tan lejos ?

No podremos decir si Taverney oyó estas palabras, ó si las adivinó con esa maravillosa perspicacia que le conocemos; lo cierto es que en ese mismo instante endulzó el tono y cogiendo las dos manos de Andrea, dijo :

— ¡ Vamos, hija mía ! ¿ Acaso tu padre no es amigo tuyo ?

Una dulce sonrisa se abrió paso por entre las sombras que oscurecían la hermosa frente de Andrea.

— ¿ No estoy yo aquí, para amarte, para aconsejarte ? ¿ No sientes un orgullo en contribuir á la fortuna de tu hermano y á la mía ?

— ¡ Oh ! sí, dijo Andrea.

El barón concentró en su hija una mirada preñada de caricias y prosiguió :

— Pues bien, tú serás, como dijo hace poco Richelieu, la reina de Taverney... El rey te ha distinguido... La Delfina también, añadió vivamente, y con la intimidad de esas augustas personas levantarás el edificio de nuestro porvenir, haciéndoles á ellos grata la vida... ¡ Qué gloria no te resultará de ser amiga de la Delfina... y del rey !... Tienes un talento superior y una hermosura sin rival; un entendimiento sano, libre de avaricia y ambición... ¡ Oh, qué papel tan brillante puedes hacer, hija mía ! ¿ Te acuerdas de la joven que endulzó los últimos momentos de Carlos

VI?... pues su nombre fué bendecido en Francia. ¿Te acuerdas de Inés Sorel, que restituyó el honor á la Corona de Francia?... Pues todos los franceses veneraron su memoria... Andrea, tú serás el báculo de la vejez de nuestro glorioso monarca... Te querrá como si fueses hija suya, y reinarás en Francia por el derecho de la hermosura, el valor y la fidelidad.....

Andrea abrió los ojos con asombro, y el barón prosiguió sin darle tiempo á que reflexionase :

— Con una mirada arrojarás á esas mujeres perdidas que deshonran el trono; tu presencia purificará á la corte, y á tu generoso influjo deberá la nobleza del reino la vuelta de las buenas costumbres, de la urbanidad y la pura galantería. Hija mía, tú puedes y debes ser un astro regenerador para este país, y una corona de gloria para nuestro nombre.

— Pero ¿qué debo hacer para eso? dijo Andrea aturdida.

El barón meditó algunos instantes, y luego dijo :

— Andrea, muchas veces te he dicho que en este mundo es preciso forzar á la gente á que sea virtuosa haciendo que amen la virtud. La virtud que pone mal gesto, la virtud triste, la que á cada momento encaja una sentencia, hace huir á los mismos que con más ardor desean acercarse á ella. Da á la tuya todo el cebo de la coquetería, y aun del vicio, lo cual es fácil á una joven de tanto talento y fortaleza como tú. Hazte tan hermosa que la corte solo hable de tí; hazte tan agradable á los ojos del rey, que no pueda pasarse sin tí; hazte tan secreta, tan reservada para todos, excepto para S. M., que te atribuyan bien pronto todo el poder que no puedes menos de llegar á obtener.

— No entiendo bien este último consejo, dijo Andrea.

— Deja que sea tu guía, y ejecutarás sin compren-

der, lo cual vale más para una criatura tan prudente y generosa como tú. A propósito, para ejecutar el primer punto, hija mía, debo surtir tu bolsillo; toma estos cien luises, y vístete de un modo digno del rango á que estás llamada desde que el rey nos ha hecho la honra de distinguirnos.

Taverney dió cien luises á su hija, le besó la mano y salió.

Gracias á la rapidez con que anduvo la calle de árboles por donde había ido, no descubrió á Nicole en el fondo del bosquecillo de los Amores, en gran conversación con un señor que le hablaba al oído.

Lo que necesitaba Althotas para completar su elixir de vida

Al día siguiente á esta conversación, á eso de las cuatro de la tarde, se hallaba Bálamo en su gabinete de la calle de San Claudio leyendo una carta que acababa de entregarle Fritz.

La carta no estaba firmada, y Bálamo le daba vueltas y revueltas entre sus manos.

— Yo conozco esta letra, decía, abultada, irregular, un poco temblona y muy atestada de faltas de ortografía.

Y diciendo esto volvía á leer:

« Señor conde,

» Una persona que os ha consultado poco antes de la caída del último ministerio, y que os había consultado mucho tiempo antes, se presentará hoy en vuestra casa para haceros una nueva consulta. ¿ Os permiten vuestras numerosas ocupaciones consagrar á esa persona una media hora entre cuatro y cinco de la tarde? »

Terminada esta lectura por la segunda ó tercera vez, Bálamo volvía á sus investigaciones.

— No merece la pena de consultar á Lorenza por

tan poca cosa; además ¿ no sé yo adivinar por mi mismo? La letra es abultada, signo de aristocracia; irregular y temblona, signo de vejez; atestada de faltas de ortografía, un signo de cortesano... ¡ Pero qué tonto soy!... Es del duque de Richelieu. Sin duda que os consagraré una media hora, señor duque; una hora, un día entero, todo el tiempo que queráis... ¿ No sois, sin saberlo, uno de mis agentes misteriosos, uno de mis demonios familiares? ¿ No proseguimos ambos una misma obra? ¿ no conmovemos la monarquía con un mismo esfuerzo, vos haciéndoos su alma, y yo su enemigo? Venid, señor duque, venid.

Y Bálamo sacó su reloj para ver el tiempo que tenía que aguardar aun al duque.

En ese momento resonó en la cornisa del cielo raso una campanilla.

— ¿ Qué habrá? dijo Bálamo estremeciéndose. Lorenza me llama, y quiere verme. ¿ Si le habrá sucedido alguna desgracia? ¿ Si será uno de esos cambios de humor de que tan á menudo he sido testigo y á veces víctima? Ayer estaba muy pensativa, muy resignada y dulce; ayer estaba como me gusta verla. ¡ Pobre criatura! Vamos á verla.

Y diciendo esto cerró su camisa bordada, ocultó su pechera de encaje bajo la bata, se miró al espejo para asegurarse de que su peinado no estaba muy desarreglado, y se encaminó hacia la escalera después de haber respondido á Lorenza con un campanillazo.

Empero, siguiendo su costumbre, Bálamo se paró delante del cuarto que precedía al de la joven, y volviéndose con los brazos cruzados hacia el lado donde suponía que estaba, con aquella fuerza de voluntad que no conocía obstáculos, la adormeció.

En seguida miró por una rendija casi imperceptible del entarimado de madera, como si dudase de si mis-

mo, ó creyese necesario redoblar las precauciones.

Lorenza estaba adormecida sobre un canapé, á donde sin duda fué á apoyarse bajo el poder del que así la dominaba, y ni un pintor hubiera podido darle una actitud más poética. Atormentada y jadeando bajo el peso del rápido fluido que Bálamo le había enviado, Lorenza se parecía á una de esas bellas Ariadnas de Vanloo, cuyo pecho se levanta, cuyo cuerpo se estremece suavemente, y cuya cara revela desesperación ó cansancio.

Bálamo entró, pues, por donde solía, y se paró delante de ella para contemplarla; pero al instante la despertó, porque estaba demasiado peligrosa de aquel modo.

Apenas abrió los ojos, se desprendió de ellos una mirada penetrante, y luego, como para fijar sus ideas que fluctuaban aun, se alisó el pelo con la palma de la mano, se enjugó los labios húmedos de amor, y registrando profundamente en su memoria, reunió sus recuerdos que andaban diseminados.

Bálamo la miraba con una especie de ansiedad, porque hacía mucho tiempo que estaba acostumbrado á verla pasar repentinamente de la dulzura y el amor á un arrebato de cólera y odio, y la reflexión de aquel día, reflexión que no había visto en ella otras veces, y la sangre fría con que le recibía Lorenza, en lugar de los arrebatos de furor, le anunciaban algo más serio quizá que cuanto hasta entonces había visto.

Lorenza se incorporó, movió la cabeza, y fijando su dulce mirada en Bálamo, le dijo:

— Os ruego que os sentéis á mi lado.

Bálamo se estremeció al oír aquella voz llena de una dulzura á que no estaba habituado.

— ¿Que me siente? dijo; bien sabes, Lorenza mía,

que no tengo más que un deseo, deseo que está reducido á pasar mi vida prosternado á tus plantas.

— Caballero, prosiguió Lorenza en el mismo tono, os ruego que os sentéis, aunque no tengo que hacer un discurso muy largo; pero, en fin, me parece que os hablaré mejor estando vos sentado.

— Ahora y siempre mi gusto es el tuyo, adorada Lorenza.

Y se sentó en un sillón junto á la joven, quién continuó sentada en el mismo sofá.

— Caballero, dijo, fijando en Bálamo sus ojos con una expresión angelical, os he llamado para pedirros un favor.

— ¡Oh! Lorenza mía, exclamó Bálamo cada vez más encantado, todo lo que quieras; di, pues, qué es lo que deseas.

— Sólo una cosa, pero os prevengo que la deseo ardientemente.

— Habla, Lorenza, habla, aunque me debiera costar mi fortuna, aunque tuviera que dar la mitad de mi vida.

— Nada os costará, caballero, ó por mejor decir, sólo la pérdida de un minuto, respondió la joven.

Bálamo, en extremo encantado del sosegado giro que tomaba la conversación, se forjaba ya en sus adentros, gracias á su activa imaginación, un programa de los deseos que podía haber concebido Lorenza, y sobre todo de los que él podría satisfacer.

— Va á pedirme alguna doncella ó compañera, se decía. Y bien, aunque es un sacrificio inmenso, puesto que compromete mi secreto y á mis amigos, lo haré, porque la pobre criatura es muy desgraciada en esta soledad.

— Habla pronto, Lorenza, dijo en voz alta con una sonrisa llena de amor.

— Caballero, sabéis que me muero de tristeza y fastidio.

Bálsamo inclinó la cabeza con un suspiro en demostración de asentimiento.

— Mi juventud, continuó Lorenza, se consume; mis días son un prolongado suspiro, mis noches un perpetuo terror: me voy envejeciendo en la soledad y la angustia.

— Lorenza, esa vida os la habéis forjado vos, dijo Bálsamo, y no ha dependido de mí que esa vida, que tan triste os habéis hecho, no fuese tan feliz que causara envidia á una reina.

— Sea así. Por lo mismo ya veis que soy yo quien vuelve á vos.

— Gracias, Lorenza.

— Me habéis dicho algunas veces que erais buen cristiano, aunque.....

— Aunque tú me creías una alma perdida, quieres decir. Ya ves, Lorenza, que acabo tu pensamiento.

— Os ruego que no os paréis en lo que yo diga, y que no supongáis nada.

— Proseguid pues.

— Y bien, en lugar de dejarme que me abisme en la rabia y la desesperación, permitidme, ya que no os soy útil para nada.....

Al llegar aquí se detuvo para mirar á Bálsamo, pero éste había recobrado ya su imperio sobre sí propio, y por consiguiente Lorenza sólo encontró una mirada fría y un entrecejo arrugado.

Á la vista de aquellos ojos casi amenazadores, Lorenza se animó y prosiguió de esta manera:

— Concededme, no la libertad, pues sé que un secreto de Dios, ó más bien vuestra voluntad que me parece omnipotente, me condena al cautiverio por toda mi vida, pero concededme que vea caras huma-

nas, que oiga el metal de otra voz que la vuestra; en fin, que salga, que ande y que dé pruebas de que existo.

— Había previsto ese deseo, Lorenza, dijo Bálsamo cogiéndole la mano, y ya sabes que hace largo tiempo que ese deseo es el mío.

— ¡Entonces! exclamó Lorenza.

— Pero, repuso Bálsamo, tú misma me has advertido mi imprudencia; pues yo, como un loco que era, y todo hombre que ama lo es, te he dejado penetrar una parte de mis secretos científicos y políticos. Sabes, en cuanto á los primeros, que Althotas ha hallado la piedra filosofal y busca el elixir de vida; en cuanto á los segundos, sabes que yo y mis amigos conspiramos contra las monarquías de este mundo. Uno de estos dos secretos puede hacer que me quemem por brujo, y el otro que me descuarticen ó enroden por traidor al rey. Ahora bien, tú me has amenazado; me has dicho que no perdonarias ningún medio para recobrar tu libertad, y que si llegabas á conseguirla, el primer uso que harías de ella sería denunciarme al señor de Sartines. ¿No es cierto que has dicho eso?

— ¿Qué queréis? á veces me enfurezco, y entonces... me vuelvo loca.

— ¿Estás tranquila? ¿tienes ahora prudencia, y podemos hablar?

— Así lo creo.

— Y si te devuelvo esa libertad que me pides, ¿tendré en ti una mujer afectuosa y sumisa, una alma constante y dulce? Ya sabes, Lorenza, que este es mi deseo vehemente.

La joven calló.

— ¿Me amarás, por último? añadió Bálsamo exhalando un suspiro.

— Yo sólo prometo lo que puedo cumplir, dijo

Lorenza, y ni el amor ni el odio dependen de nosotros. Espero en Dios que en cambio de esos favores de vuestra parte se disipará en mí el odio, y nacerá el amor.

— Desgraciadamente no basta semejante promesa para que me fie de ti, Lorenza, y necesito un juramento terminante, sagrado, cuya infracción sea un sacrilegio; un juramento que te ligue en este mundo y en el otro, que te acarree la muerte en éste, y una condenación eterna en el otro.

Lorenza nada contestó.

— ¿Quieres prestar ese juramento?

Lorenza dejó caer la cabeza en sus manos, y su pecho se elevó bajo la presión de sentimientos opuestos entre sí.

— Presta ese juramento, Lorenza, como yo te lo dicte, y con la solemnidad que requiere, y serás libre.

— ¿Qué debo jurar, caballero?

— Jura que nunca, y bajo ningún pretexto, saldrá de tu boca lo que has sorprendido acerca de la ciencia de Althotas.

— Sí, lo juraré.

— Jura que nada de cuanto has sorprendido acerca de nuestras reuniones políticas será divulgado por ti jamás.

— También lo juraré.

— ¿Con el juramento y la forma que yo indique?

— Sí; ¿está todo reducido á eso?

— No, falta lo principal, Lorenza, pues de esos juramentos pende sólo mi vida, y del que voy á decirte mi felicidad. Jura que nunca te separarás de mí, sea á instigación de una voluntad extraña, sea á instigación de la tuya propia. Júralo y eres libre.

La joven se estremeció, como si hubiese sentido en el corazón la fría hoja de un puñal.

— ¿Y en qué forma debe hacerse ese juramento?

— Iremos juntos á una iglesia y comulgaremos con una misma hostia. Antes de que ésta sea partida, jurarás sobre ella no revelar á nadie lo concerniente á Althotas, no divulgar lo relativo á mis compañeros, ni separarte nunca de mí. Entonces dividiremos la hostia en dos mitades, y cada uno de nosotros tomará la mitad, jurando por Nuestro Señor Jesucristo, tú que nunca me harás traición, y yo que trabajaré porque seas siempre dichosa.

— No, dijo Lorenza, semejante juramento es un sacrilegio.

— Un juramento no es un sacrilegio, Lorenza, repuso Bálamo con voz triste, sino cuando se presta con intención de no cumplirlo.

— Yo no hago ese juramento, dijo Lorenza, porque temería perder mi alma.

— Repito, dijo Bálamo, que no se condena uno por jurar, sino por faltar al juramento.

— Pues no juro.

— Entonces tened paciencia, dijo Bálamo sin encolerizarse, pero con profunda tristeza.

La frente de Lorenza se oscureció como se oscurece un prado cubierto de flores cuando pasa una nube entre él y el cielo.

— ¿Es decir que no accedéis á mi deseo? preguntó.

— Al contrario, Lorenza, vos sois quien no accede.

Un movimiento nervioso indicó cuánta paciencia necesitó comprimir la joven al oír aquellas palabras.

— Escuchad, Lorenza, dijo Bálamo, he aquí lo que puedo hacer por vos, y creedme que es mucho.

— Decid, respondió la joven con amarga sonrisa; veamos hasta dónde se extiende esa generosidad que tanto encarecéis.

— Dios, el acaso ó la fatalidad, como queráis,

Lorenza, nos ha ligado uno á otro con lazos indisolubles; por consiguiente no tratemos de romperlos en esta vida, puesto que sólo la muerte puede desunirnos.

— ¡Y qué? eso ya lo sé, dijo Lorenza impasible.

— Y bien; dentro de ocho días, cueste lo que me cueste, y por más que me exponga, os daré una compañera.

— ¡En dónde?

— Aquí.

— ¡Aquí! exclamó Lorenza. ¡Detrás de estas barras, detrás de estas puertas inexorables, de estas puertas de bronce, una compañera de cárcel! ¡Oh! no pensáis en lo que decís, caballero; eso no es lo que os pido.

La joven hizo un gesto de impaciencia más pronunciado.

— ¡Querida mía! repuso Bálamo con dulzura, reflexionadlo bien, esta desgracia necesaria os será más soportable teniendo una compañera.

— Os engañáis, caballero, hasta ahora sólo he sufrido por mis propios dolores y no por los dolores de otro. Me falta esa prueba, y comprendo el que me la queráis imponer. Sí, traeréis á mi lado una víctima como yo, á quien veré extenuarse, ponerse pálida, expirar de dolor como yo; á quien oiré debatirse, como yo, contra esta pared, puerta odiosa que yo interrogo mil veces al día para saber dónde se abre cuando os deja paso; y cuando la víctima, mi compañera, haya, como yo, gastado sus uñas contra la madera y el mármol tratando de derribarla ó abrirla; cuando, como yo, haya secado sus ojos á fuerza de llorar; cuando esté muerta como yo lo estoy, y tengáis dos cadáveres en vez de uno, diréis en vuestra bondad infernal: « ¡Estas dos jóvenes se divierten, se hacen compañía, son dichosas!... » ¡Oh! no! mil veces no!

Y al decir esto dió una fuerte patada en el suelo.

Bálamo trató de tranquilizarla, diciéndole:

— Vamos, Lorenza, sósíégate; te ruego que hablemos en razón.

— ¡Y me pide que me sosiegue y hable en razón! ¡El verdugo pide dulzura al paciente á quien atormenta, calma al inocente á quien martiriza!

— Sí, te pido que te sosiegues y tengas dulzura, porque tu cólera, Lorenza, no cambia en nada nuestro destino, y no hace más que empeorarlo. Acepta lo que te ofrezco, te daré una compañera que amará la esclavitud, porque esta esclavitud le proporcionará tu amistad. No verás un semblante triste y lagrimoso como temes, sino un semblante risueño y alegre que desarrugará tu frente. Vamos, mi querida Lorenza, acepta lo que te ofrezco, porque te juro que no puedo ofrecerte más.

— Es decir que pondréis á mi lado una merecenaria á quien habréis dicho que hay aquí una loca, una pobre mujer enferma y condenada á morir, inventaréis la enfermedad, y le diréis á esa mujer: « Encerraos con esa loca, haced ese sacrificio, y os pagaré así que la loca deje de existir. »

— ¡Lorenza, Lorenza! murmuró Bálamo.

— No, estoy equivocada, ¿no es eso? prosiguió irónicamente Lorenza. No he adivinado; ¿qué queréis? ¡Soy tan ignorante! ¡Conozco tan poco el mundo y el corazón humano! Vamos, vamos, lo que diréis á esa mujer será: « cuidado con esa loca, porque es peligrosa; decidme todo lo que haga, todos sus pensamientos; espíadla dormida y despierta, » y le daréis todo el oro que quiera, porque el oro nada os cuesta, puesto que lo hacéis.

— Lorenza, no disparates así, ¡por Dios! juzga mejor mi corazón. Dándote una compañera, amiga mía,

comprometo intereses tan grandes, que te estremecerías si no me aborrecieras... Darte una compañera, ya te lo he dicho, es arriesgar mi seguridad, mi libertad, mi vida; y, sin embargo, todo esto lo arriesgo por evitarte algún fastidio.

— ¡Fastidio! exclamó Lorenza riéndose con esa risa salvaje y espantosa que hacía estremecer á Bál-samo. ¿Pues no llama á esto fastidio!

— Pues bien, lo llamaré dolor; sí, tienes razón, Lorenza, es un dolor muy agudo; pero te repito que tengas paciencia, que ya llegará un día en que ese dolor tenga fin; ya llegará un día en que seas libre y dichosa.

— Vamos, dijo la joven, ¿queréis concederme que me retire á un convento, y profesaré?

— ¿Á un convento?

— Allí rogaré á Dios primero por vos y después por mí. Es verdad que estaré encerrada también, pero tendré un jardín, aire, espacio, y un cementerio para pasearme entre los sepuleros buscando de antemano el sitio en que se ha de colocar el mío. Además tendré compañeras que serán desgraciadas por su propio infortunio y no por el mío. Dejadme que me retire á un convento, y os haré todos los juramentos que queráis. ¿Un convento, Bál-samo, un convento! os lo pido con las manos cruzadas!

— ¡Lorenza, Lorenza, no podemos separarnos! ¿No habéis oído que estamos ligados en este mundo? Todo lo que sea salir de los límites de esta casa, no me le pidáis.

Y Bál-samo pronunció estas palabras con tal claridad y absolutismo en el tono de voz, que Lorenza no insistió siquiera.

— ¿Conque no queréis? dijo abatida.

— No puedo.

— ¿Vuestra resolución es irrevocable?

— Sí, Lorenza.

— Pues bien, á otra cosa, dijo sonriéndose.

— ¡Oh! mi buena Lorenza, sonriete siempre así, y lograrás que haga cuanto quieras.

— Sí, ¿no es verdad que haréis cuanto yo quiera, con tal que yo haga cuanto se os antoje?... Pues bien, corriente; haré lo posible por ser razonable.

— Habla, Lorenza, habla.

— Hace poco me dijisteis que llegará un día en que no sufra y sea libre y dichosa.

— ¡Oh! lo he dicho, y juro por el cielo que aguardo ese día con la misma impaciencia que tú.

— Pues bien, ese día puede llegar al instante, Bál-samo, dijo la joven con una expresión de cariño que su marido nunca había visto en ella sino estando dormida. Ya veis que estoy cansada, muy cansada; y esto se comprende bien, ¿porque soy tan joven y he sufrido tanto! Mirad, amigo mío, pues habéis dicho que lo sois, haced que ese día llegue ahora mismo... Pero escuchadme.

— Ya te escucho, dijo Bál-samo con una turbación inexplicable.

— Voy á acabar mi discurso pidiéndoos lo que debí pedir al principio, Acharat.

La joven se estremeció.

— Habla, amiga mía.

— Muchas veces he notado, cuando haciais experimentos en pobres animales, y me deciais que esos experimentos eran necesarios para la humanidad, que poseéis el secreto de dar la muerte, ya con una gota de veneno, ya abriendo una vena, y que esta muerte era dulce, tan rápida como el rayo, y que esas desventuradas é inocentes criaturas, condenadas como yo á la cautividad, quedaban libres al punto con la muerte.

primer beneficio que recibían desde su nacimiento. Pues bien...

Aquí se detuvo palideciendo.

— ¿Y qué, Lorenza? preguntó Bálamo.

— Pues bien, lo que hacéis algunas veces por interés de la ciencia, hacedlo conmigo por obedecer á las leyes de la humanidad; hacedlo por una amiga que os bendecirá con toda su alma, que os besará vuestras manos con indecible gratitud si le otorgáis esta gracia que os pide. Hacedlo, Bálamo, por mí que os lo suplico de rodillas, por mí que os prometo en mi último suspiro más amor y alegría que el que me habéis inspirado durante toda mi vida; por mí que os prometo una sonrisa sincera y radiante en el momento de dejar la tierra. Bálamo, por el alma de vuestra madre, por la sangre de nuestro Salvador, por cuanto hay de más dulce, solemne y sagrado en el mundo de los vivos y en el de los muertos, ¡os suplico que me matéis! ¡Si, matadme!

— ¡Lorenza! exclamó Bálamo estrechando en sus brazos á la joven, que se había levantado al decir las últimas palabras, ¡tú deliras! ¡Yo matarte! ¡matarte á tí que eres mi amor y mi vida!

Lorenza se desprendió de los brazos de Bálamo con un violento esfuerzo, y se hincó de rodillas diciendo:

— No me levanto mientras no me concedas lo que te pido. ¡Mátame sin violencia, sin dolor, sin agonía! ¡Concédeme la gracia, ya que dices que me amas, de adormecerme como me adormeces muchas veces; pero de modo que no tenga la desesperación de despertar!

— ¡Lorenza, adorada mía! exclamó Bálamo. ¿No ves, Dios mío, que me estás traspasando el corazón? ¡Cómo! ¿por tan desgraciada de tienes? Vamos, Lorenza, tranquilízate, no te entregues así á la desesperación... ¡Ay de mí! ¿Conque tanto me aborreces?

— Lo que aborrezco es la esclavitud, la opresión, la soledad, y supuesto que sois vos quien me hace esclava, desgraciada y solitaria... os aborrezco, sí, os aborrezco.

— Pero yo te amo demasiado para verte morir, Lorenza; por consiguiente no morirás, y haré la cura más difícil de cuantas he hecho hasta aquí; te haré amar la vida.

— ¡No, no, imposible! Lo que me habéis hecho amar es la muerte.

— ¡Lorenza mía, por piedad! Yo te prometo que antes de poco...

— ¡La muerte ó la vida! exclamó la joven embriagándose gradualmente de cólera. Hoy es el día supremo. ¿Queréis concederme la vida, es decir la libertad? ¿Queréis darme la muerte, esto es, el descanso?

— ¡La vida, Lorenza mía, la vida!

— ¡Luego me concedéis la libertad?

Bálamo guardó silencio.

— ¡Pues entonces la muerte, una muerte dulce, por medio de un filtro, por una lancetada! ¡La muerte cuando esté dormida! ¡El descanso! ¡el descanso!

— La vida y la paciencia, Lorenza.

Lorenza soltó una carcajada terrible, y dando un salto hacia atrás sacó de su seno un puñal de hoja fina y aguda que brilló en su mano como un relámpago.

Bálamo lanzó un grito; pero era demasiado tarde, pues cuando se arrojó sobre ella y le cogió la mano, el puñal se había sumido ya en el pecho. Bálamo había quedado deslumbrado al ver el puñal, y quedó ciego al ver la sangre.

Entonces lanzó un nuevo grito terrible, y cogiendo el cuerpo de Lorenza con un brazo, se apoderó del puñal que la joven iba á sumir por segunda vez en su pecho.

Lorenza hizo un violento esfuerzo para retirar el puñal, y su afilada hoja se deslizo por entre los dedos de Bálamo.

La sangre salió á borbotones de su mutilada mano.

Entonces, en lugar de continuar la lucha, Bálamo extendió su ensangrentada mano sobre la joven, diciéndole con irresistible voz:

— Duerme, Lorenza, duerme; yo te lo mando.

Pero en esta ocasión, la irritación era tan grande que la obediencia fué menos pronta que de costumbre.

— No, no, murmuró Lorenza tambaleándose y procurando herirse de nuevo. No, no, no dormiré.

— Te digo que duermas, exclamó Bálamo, dando un paso hacia ella; lo mando yo, y dormirás.

Aquella vez, tan poderosa fué la voluntad en Bálamo, que venció toda reacción: Lorenza lanzó pues un suspiro, soltó el puñal, se tambaleó, y fué á caer sobre unos cojines.

Los ojos le quedaron abiertos; pero el fuego que despedían fué amortiguándose por grados hasta que se cerraron. El cuello, que estaba crispado, se alzó; la cabeza se inclinó sobre el hombro, como la de un pájaro herido, y un estremecimiento nervioso recorrió todo su cuerpo; signos todos que probaban que Lorenza estaba dormida.

Entonces le desabrochó el vestido Bálamo y sondeó su herida, que le pareció leve; pero sin embargo la sangre brotaba de ella en abundancia.

Bálamo empujó el ojo de león, giró el resorte y la plancha se abrió; en seguida, quitando el contrapeso que hacía bajar la trampa de Althotas, se colocó sobre dicha trampa y subió al laboratorio del viejo.

— ¡ Ah! ¿ eres tú, Acharat? dijo éste siempre en su sillón; ya sabes que dentro de ocho días cumplo

ocho años, y que de aquí allá necesito la sangre de un niño ó de una virgen.

Pero su discípulo no le escuchaba; corrió al armario en que se hallaban los bálsamos mágicos, cogió una de las redomas, cuya eficacia había probado tantas veces, se volvió á colocar en la trampa, dió una patada y bajó de nuevo.

Althotas rodó su sillón hasta el orificio de la trampa, con intención de recogerle del vestido, y le dijo:

— ¿ No lo oyes, desventurado? Si de aquí á ocho días no tengo un niño ó una mujer que esté virgen para acabar mi elixir, me muero.

Bálamo se volvió, reparando en los ojos del anciano, los cuales centelleaban en medio de su rostro con los músculos inmóviles, pudiéndose decir que aquellos ojos eran los únicos que vivían.

— Si, si, respondió Bálamo; no tengas cuidado, que se te dará lo que pides.

Luego, soltando el resorte, hizo que subiese la plancha, la cual fué á igualarse con el techo.

Hecho esto corrió al aposento de Lorenza, y apenas había entrado en él cuando resonó la campanilla de Fritz.

— El señor de Richelieu, murmuró Bálamo; ¡ oh! aunque sea duque y par, tendrá que esperar á fe mia.

lado ninguna persona de la servidumbre, ni aun su dama de honor, circunstancia que había estremecido á madama de Noailles de tal manera, que había ido á echarse á los pies del rey.

Taverney decía que estaba encantado de ver á Andrea libre para hablar con ella de tantas cosas que interesaban á su fortuna y fama. Al oír esto, Richelieu manifestó su deseo de retirarse para dejar al padre y á la hija más á sus solas, pero tuvo que quedarse, porque Taverney no le permitió que se retirara.

Richelieu estaba en su momento de vena de moralidad; pintó con mucha elocuencia la desgracia en que había caído la nobleza de Francia, pues se veía obligada á soportar el ignominioso yugo de unas favoritas de casualidad, de unas reinas de contrabando, en vez de tener que incensar á las favoritas de otro tiempo, casi tan nobles como sus augustos amantes, á aquellas mujeres que reinaban sobre el príncipe por su hermosura y su amor, y sobre los súbditos por su nacimiento, por su talento y patriotismo leal y puro.

Andrea quedó sorprendida de encontrar tanta analogía entre las palabras de Richelieu y las que oía al barón de Taverney de algunos días á aquella parte.

Richelieu se engolfó en seguida en una teoría de la virtud, tan mordaz, tan pagana y tan francesa, que la señorita de Taverney se vió forzada á confesar que estaba muy lejos de ser virtuosa por el estilo de las teorías del señor de Richelieu, y que la verdadera virtud, según la entendía el mariscal, era la de madama de Chateauroux, de la señorita de Lavalliere y la señorita de Fosseuse.

De deducción en deducción, de prueba en prueba, Richelieu pasó á ser tan claro, que Andrea no entendió una palabra.

XIII

Las dos gotas de agua del duque de Richelieu

El duque de Richelieu salió á las cuatro y media de la casa de la calle de San Claudio.

Lo que había ido á hacer en casa de Bálamo se explicará fácilmente en lo que va á leerse.

El señor de Taverney había comido con su hija, pues la señora Delfina había dejado libre todo aquel día á Andrea para que ésta pudiese recibir en su cuarto á su padre.

Cuando estaban en los postres entró el señor de Richelieu, y como siempre era portador de buenas noticias, dijo que venia á anunciar á su amigo que el rey había declarado en aquella misma mañana que ya no se proponía dar á Felipe una compañía sino un regimiento.

Taverney manifestó estrepitosamente su alegría, y Andrea dió las gracias al mariscal con efusión.

La conversación se redujo á lo que debía reducirse después de lo que había pasado. Richelieu no cesó de hablar del rey, Andrea de su hermano y Taverney de Andrea.

Ésta anunció que estaba libre de todo servicio cerca de la Delfina: que S. A. R. recibía á dos princesas alemanas de su familia, y que, á fin de pasar algunas horas de libertad que le recordasen la corte de Viena, María Antonieta no había querido que estuviese á su

La conversación giró sobre este tema hasta las siete de la noche poco más ó menos.

À esta hora se levantó el mariscal, diciendo que tenía que ir á Versailles á hacer la corte al rey.!

Al ir y venir al aposento para coger el sombrero se encontró con Nicole, quien siempre tenía que hacer alguna cosa donde se hallaba el señor de Richelieu.

— Chica, le dijo éste tocándola en el hombro, acompáñame, porque quiero que me lleves un ramillete que madama de Noailles ha mandado coger en los jardines para enviarlo á la señora condesa de Egmont.

Nicole se inclinó como las aldeanas de las óperas cómicas de Rousseau.

En seguida el mariscal se despidió del padre y la hija, dirigió á Taverney una mirada significativa que éste le devolvió, hizo á Andrea una reverencia propia de un joven, y salió.

Si el lector nos lo permite, dejaremos que el barón y Andrea hablen del nuevo favor concedido á Felipe, y seguiremos al mariscal, pues éste será el medio de que sepamos lo que fué á hacer en la calle de San Claudio, á donde llegó, como también recordará el lector, en momento tan terrible.

Por otra parte, la moral del barón dejaba muy atrás la de su amigo el mariscal, y podría suceder asustase á oídos que por no ser tan puros como los de Andrea entendiesen algo más que esta cándida joven.

Richelieu bajó la escalera apoyado en el hombro de Nicole, y así que llegó con ella al patio dijo, parándose y mirándola de hito en hito:

— ¡ Ah! picarueta. ¿ conqué tenemos novio?

— ¡ Yo, señor mariscal? exclamó Nicole ruborizándose y dando un paso hacia atrás.

— ¡ Hum!... Á no ser que tú no te lleses Nicole Legay... dijo el mariscal.

— Sí tal, señor duque.

— Pues bien, Nicole Legay tiene un novio.

— ¡ Vaya una aprehensión!

— Sí á fe mía, cierto picarueta no mal parecido á quien recibía en la calle de Coq-Herón y que ha venido siguiéndola hasta las cercanías de Versailles.

— Señor duque, os juro....

— Una cosa así como exento, que se llama... ¿ Quieres que te diga cómo se llama el novio de Nicole Legay?

À Nicole no le quedaba más esperanza sino que el duque ignorase el nombre de aquel afortunado mortal, de suerte que contestó:

— Decidlo, señor mariscal, ya que estáis tan bien enterado.

— Se llama Beausire, repitió el mariscal, y por cierto que no desmiente el apellido que lleva.

Nicole juntó las manos afectando una gazmoñería de que el mariscal no hizo maldito caso.

— Según parece le damos citas en Trianón, y esto es muy grave tratándose de un sitio real: algunos han sido expulsados por andarse en malos pasos, hija mía, y el señor de Sartines envía á la Salpetriere á todas las chicas expulsadas de los sitios reales.

Nicole empezó á alarmarse.

— Monseñor, dijo, os juro que si el señor de Beausire se jacta de ser mi novio, es un tonto y un pícaro, porque de veras os digo que estoy inocente.

— No digo que no, contestó Richelieu; pero has dado citas, ¿ sí ó no?

— Señor duque, una cita nada prueba.

— Has dado citas, ¿ sí ó no? Responde.

— Monseñor....

— Las has dado, muy bien; no te crítico por eso, hija mía: además, me gustan las chicas que son gua-

pas y hacen circular su hermosura, y siempre he ayudado lo mejor que he podido á que circulen; pero como amigo y protector tuyo que soy, te lo advierto por caridad.

— ¿Conque me han visto? preguntó Nicole.

— Sin duda, puesto que yo lo sé.

— Monseñor, es imposible que me hayan visto, replicó Nicole con tono firme.

— No lo sé, pero corren voces de que sí, y eso no honra mucho á tu ama; y ya conoces, que siendo como soy más amigo aun de la familia Taverney que de la familia Legay, es un deber de mi parte decir al barón dos palabras acerca de lo que pasa.

— ¡Ah! monseñor, exclamó Nicole asustada con el giro que tomaba la conversación, me vais á perder! Aunque estoy inocente, me despedirán por las simples sospechas.

— Pues bien, pobre chica, te despedirán; porque á estas horas no sé qué mal intencionado, habiendo maliciado de esas citas á pesar de toda su inocencia, ha ido á avisar á madama de Noailles.

— ¡A madama de Noailles! ¡gran Dios!

— Sí, ya ves que la cosa se pone seria.

Nicole juntó las manos con desesperación.

— Bien conozco que es una desgracia, prosiguió Richelieu, pero ¿cómo diablos quieres remediarlo?

— Y vos que me acabáis de decir erais mi protector, y que me habéis probado que lo erais, ¿no podéis protegerme? preguntó Nicole con la maligna astucia de una mujer de treinta años.

— ¡Pardiez, si puedo!

— Y bien, monseñor...

— Sí, pero no quiero.

— ¡Oh! señor duque.

— Sí, bien sé que eres guapa, y tus hermosos ojos

me dicen muchas cosas, pero yo me voy quedando un poco ciego, mi pobre Nicole, y ya no comprendo el lenguaje de los ojos hermosos. En otro tiempo, te hubiera ofrecido un asilo en el pabellón de Hanóver, pero hoy ¿de qué serviría ese asilo? Ni aun serviría para charlar.

— Sin embargo ya me habéis llevado al pabellón de Hanóver, dijo Nicole con despecho.

— ¡Ah! muy mal haces, Nicole, en reconvenirme por haberte llevado á mi pabellón, puesto que sólo lo hice por servirte; porque, al cabo, debes confesar que sin el agua del señor Rafté que te ha convertido en una morena hermosa, no habrías entrado en Trianón; aunque, verdad es que quizá valía más no haber entrado que el ser arrojada de él; pero dime, ¿por qué diablos das citas al señor de Beausire, y mucho menos en la verja de las caballerizas?

— ¿Conque también sabéis eso? dijo Nicole, quien conoció que era preciso variar de táctica y ponerse enteramente á discreción del mariscal.

— ¡Vaya si lo sé! y también lo sabe madama de Noailles. Mira, para esta noche tienes también una cita.

— Verdad es, señor duque, pero os juro á fe de Nicole que no iré.

— Es claro que no irás, porque estás prevenida; pero el señor de Beausire que no lo está, irá y lo atraparán, y como es natural que no quiera pasar por un ladrón y que lo ahorquen, preferirá decir, tanto más cuanto que la cosa no es desagradable de confesar: «Dejadme, que soy el amante de Nicole.»

— Señor duque, voy á mandar que le avisen.

— Es imposible, pobre niña, y ¿por quién vas á hacer eso? ¿Por el que quizá te haya denunciado?

— ¡Ay! es verdad, dijo Nicole, echándosela de desesperada.

— ¡ Qué bello es el remordimiento ! exclamó Richelieu.

Nicole se tapó el rostro con las manos, dejando pasar bastante luz entre sus dedos para no perder un gesto ni una mirada de Richelieu.

— En verdad que eres adorable, dijo el duque, á quien no se le escapaba ninguna de esas astucias femeninas ; ¡ que no tuviera yo cincuenta años menos ! Pero no importa, ¡ voto á cribas ! Quiero sacarte del apuro, Nicole.

— ¡ Oh ! señor duque, si hacéis lo que decís, contad con mi gratitud.

— Nada quiero, Nicole ; voy á hacerte un servicio sin exigir interés, al contrario.

— ¡ Ah ! eso es muy bueno de parte vuestra, monseñor, y os doy las gracias con todo mi corazón.

— También tienes que dárme las ; espera, ¡ voto al diablo ! á saber lo que aun ignoras.

— Para mí todo está bien, señor duque, con tal que la señorita Andrea no me despida.

— ¡ Ah ! ¡ conque tanto interés tienes en permanecer en Trianón ?

— Más que nada en el mundo, señor duque.

— Pues bien, niña bonita, borra ese punto de tu libro de memoria.

— ¡ Y si no se me descubre, señor mariscal ?

— Descúbrante ó no, tendrás que marcharte.

— ¡ Oh ! ¡ y por qué ?

— Voy á decírtelo ; porque si te descubre madama de Noailles, no hay nadie que pueda valerte, ni aun el mismo rey.

— ¡ Ah, si yo pudiera ver al rey

— ¡ No faltaba más que eso !... En segundó lugar, si no te descubren, yo seré quien te haga marchar.

— ¡ Vos ?

— Y al instante.

— En verdad, señor mariscal, que no lo entiendo.

— Pues es tan cierto como que me llamo Richelieu.

— ¡ Pero y vuestra protección ?

— Si no la quieres, aun es tiempo ; dí una palabra y se acabó.

— ¡ Oh ! si tal, señor duque ; al contrario, la quiero.

— En ese caso te la concedo.

— ¡ Y qué ?

— ¡ Y qué ? que haré lo que he dicho. Oyeme.

— Hablad, monseñor.

— En vez de dejar que te despidan y encarcelen, te haré libre y rica.

— ¡ Libre y rica ?

— Sí.

— ¡ Y qué es necesario hacer para ello ? decílo pronto, señor mariscal.

— Casi nada.

— Pero algo será.

— Lo que voy á mandarte.

— ¡ Es cosa muy difícil ?

— U a biéoca.

— ¡ Conque hay algo que hacer ? dijo Nicole.

— Pues es claro ; vive Dios ! Ya sabes, Nicole, que la divisa de este mundo es : amor con amor se paga.

— ¡ Y lo que hay que hacer es por mí ó por vos ? El duque miró á Nicole.

— ¡ Cuidado si es astuta la tunantuela !

— En fin, decílo de una vez, señor duque.

— Pues bien, es por tí, respondió como un valiente.

— ¡ Ah ! ah ! dijo Nicole, quien comprendiendo que el mariscal la necesitaba dejó de temerle, y cuya ingeniosa imaginación procuraba descubrir la verdad en medio de los rodeos con que acostumbraba envolverla

su interlocutor, ¿qué es lo que debo hacer por mí, señor duque?

— Helo aquí : ¿ no tiene que venir el señor de Beausire á las siete y media ?

— Sí, esa es la hora, señor mariscal.

— Ya son las siete y diez minutos.

— Es verdad.

— Si yo quiero, lo prenden.

— Sí, pero vos no lo queréis.

— No ; irás á buscarle, y le dirás.....

— ¿ Qué le diré ?

— Pero, ante todas cosas, dime, ¿ amas á ese muchacho, Nicole ?

— Supuesto que le doy citas.

— Esa no es una razón ; puedes querer casarte con él ; ¡ las mujeres tienen unos caprichos tan raros !

Nicole soltó una carcajada.

— ¿ Yo casarme con él ? dijo. ¡ Ja, ja, ja !

Richelieu se quedó estupefacto, porque ni aun en la corte había encontrado muchas mujeres de aquel carácter.

— Y bien, sea así ; no quieres casarte con él ; pero entonces le amas, y tanto mejor.

— Bien está. Supongamos que amo al señor de Beausire, y saltemos á otra cosa.

— ¡ Demonio ! ¿ cómo te gusta saltar !

— Sin duda ; ya comprendéis qué es lo que me interesa.

— Y bien.

— Lo que me interesa es saber lo que tengo que hacer.

— Primero digo que ya que lo amas, te fugarás con él.

— ¡ Diantre ! si os empeñáis en eso, preciso será hacerlo.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! yo no me empeño en nada. Aguarda un momento, chiquita.

Nicole vió que iba muy de prisa, y que no conocía aun el secreto ni tenía el dinero de su rudo antagonista, por consiguiente se doblegó, con la intención de levantarse más tarde.

— Monseñor, dijo, aguardo vuestras órdenes.

— Pues bien ; ve á buscar al señor de Beausire, y dile : « Nos han descubierto ; pero yo tengo un protector que nos salva, á ti de San Lázaro, y á mí de la Salpetriere. »

Nicole miró á Richelieu.

— ¿ Nos marchamos ? repitió.

Richelieu comprendió aquella mirada tan sagaz y expresiva, y dijo :

— ¡ Pardiéz ! se entiende, yo costeo los gastos.

Nicole no pidió más explicaciones ; pues cuando la pagaban, preciso era que lo supiese todo.

El mariscal comprendió el silencio de Nicole, y se apresuró á instruirla acerca de cuanto tenía que decir, como se apresura uno á pagar cuando ha perdido, para no sentir después el disgusto de la paga.

— ¿ Sabes en lo que estás pensando, Nicole ? dijo.

— Á fe mía que no, respondió la joven ; pero vos, señor mariscal, que sabéis tantas cosas, apuesto á que lo habéis adivinado.

— Nicole, dijo el duque, estás pensando en que si te fugas, podrá tu ama necesitarte casualmente durante la noche y llamarte, y si no te halla, dar la alarma y exponerte á que te atrapen.

— No, dijo Nicole, no pensaba en nada de eso, porque, bien reflexionado todo, señor mariscal, ya veis, prefiero quedarme aquí.

— ¿ Y si prenden al señor de Beausire ?

— Y bien, que le prendan.

— ¿Pero y si confiesa?

— Que confiese.

— ¡Ah! entonces te pierdes, dijo Richelieu con inquietud.

— No, porque la señorita Andrea es buena, y como me quiere en el fondo, hablará al rey en mi favor, y si hacen algo al señor de Beausire, á mí no me harán nada.

El mariscal se mordió los labios.

— Pues yo te digo, Nicole, que eres una tonta, repuso el duque; que la señorita Andrea no está bien con el rey, y que ahora mismo voy á hacer que te echen mano si no me escuchas como quiero que me escuches, ¿lo oyes, viborezno?

— ¡Oh! ¡oh! monseñor, mirad que ni tengo chata la cabeza ni me apuntan cuernós en la frente; escucho, pues, pero con reserva.

— Bien, con eso irás á arreglar tu plan de fuga con el señor de Beausire.

— Pero, ¿cómo queréis que me exponga á huir, señor mariscal, cuando vos mismo habéis dicho que puede despertar la señorita, preguntar por mí, llamarme? ¿qué sé yo? una porción de cosas en que al principio no había pensado, pero que vos habéis previsto; vos, monseñor, que sois hombre de experiencia.

Richelieu se mordió los labios por segunda vez, pero con más fuerza que la primera.

— Pues bien, tunantuela, si he pensado en eso, también he pensado en el medio de evitarlo.

— ¿Y cómo impediréis que mi señorita me llame?

— Impidiendo que se despierte.

— ¡Bah! y despierta diez veces en la noche.

— ¿Si tendrá la misma enfermedad que yo, dijo Richelieu con calma.

— ¿Que vos? repitió Nicole riéndose.

— Sin duda, puesto que también despierto diez veces; sólo que yo tengo un remedio para esos insomnios. Que haga, pues, lo mismo que yo, y si no lo hace, hazlo tú por ella.

— ¿Y qué es ello, monseñor? dijo Nicole.

— ¿Qué toma tu ama por la noche antes de acostarse?

— ¿Que qué toma?

— Sí, hoy es moda evitar de este modo la sed, y unos toman naranjada ó agua de limón, otros agua de toronjil, otros.....

— Mi señorita sólo bebe de noche antes de acostarse un vaso de agua clara, algunas veces con azúcar, y cuando está atacada de los nervios le echa unas gotas de azahar.

— ¡Oh! lo mismo que yo, dijo Richelieu; pues bien, mi remedio le va á sentar perfectamente.

— ¿Cómo es eso?

— Sin duda; yo echo una gota de cierto licor en mi bebida, y toda la noche la paso durmiendo.

Nicole trataba de adivinar á dónde iría á parar el mariscal con aquella diplomacia.

— ¿No respondes? dijo éste.

— Estoy pensando que mi señorita no tiene vuestra agua.

— Yo te la daré.

— ¡Ah, ah! dijo Nicole allá para sí penetrando al fin aquellas tinieblas.

— Como eches dos gotas en el vaso del ama, dos gotas, ¿lo oyes? ni más ni menos, dormirá toda la noche y no te llamará, teniendo tú de consiguiente tiempo para huir.

— ¡Oh! si todo se reduce á eso, no es muy difícil hacerlo.

— ¿Conque echarás las dos gotas, eh?

— Ciertamente que sí.

— ¿Me lo prometes?

— ¡No lo he de prometer, si está en mi interés echarlas! dijo Nicole; y luego encerrará además á mi señorita tan bien.....

— No, dijo Richelieu con presteza. Eso es justamente lo que no debes hacer; al contrario, dejarás abierta la puerta de su cuarto.

— ¡Ah! exclamó Nicole con una explosión interior.

Richelieu conoció perfectamente que Nicole comprendía de lo que se trataba.

— ¿Y no hay más que hacer que eso? preguntó Nicole.

— Nada más. Ahora puedes ir á decir á tu exento que arregle su maleta.

— Desgraciadamente no necesito decirle que no olvide la bolsa.

— Ya te he dicho que eso queda de mi cuenta.

— Sí, recuerdo que monseñor ha tenido la bondad de.....

— ¿Cuánto necesitas? Veamos.

— ¿Por qué?

— Por derramar esas dos gotas de agua.

— Por derramar esas dos gotas de agua, nada, monseñor, puesto que me aseguráis que las derramo en interés mío, y no sería justo que pagaseis mi interés; pero por dejar abierta la puerta de mi señorita... ¡Oh! os prevengo, monseñor, que necesito una suma redonda.

— Acaba, di qué suma.

— Necesito veinte mil francos, monseñor.

Richelieu se estremeció, y dijo exhalando un suspiro:

— Nicole, tú irás lejos.

— Preciso será, monseñor, porque principio á creer, como vos, que me perseguirán; pero con vuestros veinte mil francos ya andaré mucho camino.

— Vé á avisar al señor de Beausire, Nicole, y en seguida te entregaré el dinero.

— El señor de Beausire es muy incrédulo, monseñor, y no dará crédito á lo que diga, si no le doy pruebas.

Richelieu sacó de su bolsillo un puñado de billetes del tesoro, y dijo:

— Ahí tienes á cuenta, y en este bolsillo hay cien luises de oro.

— Monseñor formará su cuenta y me entregará lo que me reste después que yo haya hablado al señor de Beausire.

— ¡No, vive Dios! Quiero hacerlo ahora mismo, por que eres una muchacha económica, y esto te ha de atraer felicidad.

Y Richelieu completó la suma prometida en billetes del tesoro, luises y medios luises.

— Vamos, ¿está completa la suma?

— Ya lo creo, respondió Nicole; ahora, monseñor, me falta lo principal.

— ¿El licor?

— Sí, ¿monseñor tiene un frasquito?

— Tengo el mío que siempre traigo conmigo.

Nicole se sonrió, y dijo:

— Además todas las noches se cierra Trianón, y yo no tengo llave.

— Pero yo, como gentilhombre, tengo una.

— ¡Ah! ¿de veras?

— Aquí la tienes.

— ¡Qué bien sale todo! Cualquiera diría que es una sarta de milagros! Ahora, señor duque, adiós.

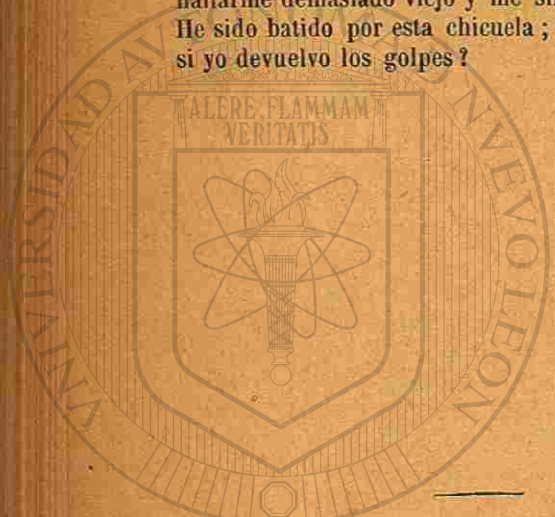
— ¿Cómo adiós?

— Seguramente; no volveré á ver a monseñor, supuesto que debo huir cuando la señorita esté en el primer sueño.

— Tienes razón; adiós, Nicole.

Y Nicole, riéndose para su capote, desapareció en las tinieblas que empezaban á condensarse.

— He logrado otra vez mis intentos, dijo Richelieu, pero se diría en verdad que la fortuna principia á hallarme demasiado viejo y me sirve de mala gana. He sido batido por esta chicuela ; pero ¿ qué importa si yo devuelvo los golpes ?



XIV

La fuga

Nicole era una muchacha concienzuda, había recibido el dinero del señor de Richelieu, y lo había recibido de antemano, y preciso era corresponder á esa confianza ganándolo.

Al efecto corrió á la verja, á donde llegó á las siete y cuarenta minutos en lugar de las siete y media, y como el señor de Beausire, habituado á la disciplina militar, era un hombre exacto, hacia diez minutos que estaba esperando.

Hacia también como unos diez minutos que el señor de Taverney se había separado de su hija, y que por consiguiente había quedado sola Andrea. Así que se vió sola, la joven corrió las cortinas.

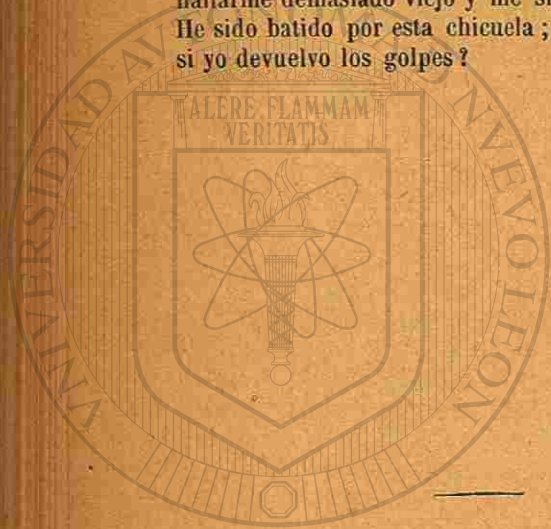
Gilberto miraba, ó más bien, según su costumbre, devoraba á Andrea desde su buhardilla, sólo que sería difícil decir si las miradas que fijaba en la joven eran de amor ó de odio.

Corridas las cortinas, Gilberto nada podía ya ver, por consiguiente dirigió la vista hacia otro lado, y entonces percibió el plumero del señor de Beausire, y reconoció que se paseaba silbando una canción para distraer el fastidio de la espera.

Al cabo de diez minutos, esto es, á las siete y cuarenta minutos, apareció Nicole, quien cambió algunas palabras con el señor de Beausire, éste hizo un movi-

Y Nicole, riéndose para su capote, desapareció en las tinieblas que empezaban á condensarse.

— He logrado otra vez mis intentos, dijo Richelieu, pero se diría en verdad que la fortuna principia á hallarme demasiado viejo y me sirve de mala gana. He sido batido por esta chicuela ; pero ¿ qué importa si yo devuelvo los golpes ?



XIV

La fuga

Nicole era una muchacha concienzuda, había recibido el dinero del señor de Richelieu, y lo había recibido de antemano, y preciso era corresponder á esa confianza ganándolo.

Al efecto corrió á la verja, á donde llegó á las siete y cuarenta minutos en lugar de las siete y media, y como el señor de Beausire, habituado á la disciplina militar, era un hombre exacto, hacia diez minutos que estaba esperando.

Hacia también como unos diez minutos que el señor de Taverney se había separado de su hija, y que por consiguiente había quedado sola Andrea. Así que se vió sola, la joven corrió las cortinas.

Gilberto miraba, ó más bien, según su costumbre, devoraba á Andrea desde su buhardilla, sólo que sería difícil decir si las miradas que fijaba en la joven eran de amor ó de odio.

Corridas las cortinas, Gilberto nada podía ya ver, por consiguiente dirigió la vista hacia otro lado, y entonces percibió el plumero del señor de Beausire, y reconoció que se paseaba silbando una canción para distraer el fastidio de la espera.

Al cabo de diez minutos, esto es, á las siete y cuarenta minutos, apareció Nicole, quien cambió algunas palabras con el señor de Beausire, éste hizo un movi-

miento de cabeza en señal de que comprendía perfectamente, y se alejó en dirección de la honda calle de árboles que conduce al pequeño Trianón.

Por su parte Nicole se volvió por donde había ido, tan ligera como un pájaro.

— ¡ Ah! ah! dijo Gilberto. El exento y la doncella tienen algo que decirse ó hacer, y temen que los vean. ¡ Bueno!

Gilberto no era ya curioso acerca de Nicole, pero, reconociendo en ésta un enemigo mortal, trataba de reunir contra su moralidad una masa de pruebas con que poder rechazar victoriosamente el ataque, si Nicole le atacaba.

Gilberto no dudaba que la campaña estaba para abrirse de un momento á otro, y, á fuer de soldado previsor, iba reuniendo municiones de guerra.

Una cita de Nicole con un hombre en el mismo Trianón era un arma que un enemigo tan inteligente como Gilberto no podía menos de recoger, especialmente cuando, como lo hacía Nicole, se cometía la imprudencia de dejarla caer á sus pies. Gilberto quiso, por consiguiente, recoger el testimonio de los oídos para reunirlo al de los ojos, y coger al vuelo alguna frase bien acusadora para asestarla victoriosamente contra la joven en el momento del combate.

Bajó, pues, con presteza de su buhardilla, tomó el pasadizo de las cocinas, y llegó al jardín por la escalera de la capilla. Una vez en el jardín Gilberto nada tenía que temer, puesto que conocía todos sus escondrijos, como el zorro conoce su madriguera.

Se deslizó, pues, por debajo de los tilos, en seguida á lo largo de la espaldera, y llegó á un grupo de árboles que se elevaba á veinte pasos del sitio en que esperaba hallar á Nicole.

Efectivamente, allí estaba la joven.

Apenas se había instalado Gilberto entre aquellos árboles, cuando llegó á su oído un ruido extraño, no siendo otro que el que hace el oro sobre la piedra, ese sonido metálico de que nada más que la realidad puede dar una idea exacta.

Gilberto se deslizó como una culebra hasta la pared en forma de terraplén, sobre la que había un seto de lilas, que en el mes de mayo esparcía su perfume y sacudía sus flores sobre los que paseaban costeano la pared de aquella calle honda que separa el gran Trianón del pequeño.

Desde aquel sitio los ojos de Gilberto, acostumbrados á penetrar la oscuridad, vieron á Nicole vaciar sobre una piedra de la parte interior de la verja, y á cierta distancia del señor de Beausire para que no pudiera echarle mano, el bolsillo que le había dado el señor de Richelieu.

Los luises brillaban al caer sobre la piedra, y el señor de Beausire, con los ojos encendidos y temblándole la mano, miraba con atención á Nicole unas veces, y otras las monedas, sin comprender cómo la una poseía las otras.

Nicole fué la primera que habló, diciendo:

— Más de una vez me has propuesto que me vaya contigo.

— ¡ Para casarnos! exclamó el exento entusiasmado.

— ¡ Oh! en cuanto á este último punto, querido, dijo la joven, lo discutiremos más tarde; por lo pronto, lo principal es huir. ¿ Podremos escaparnos dentro de dos horas?

— Dentro de diez minutos si tú lo quieres.

— No; antes tengo que hacer algunas cosas en que invertiré dos horas.

— Ya sabes que siempre estoy á tus órdenes, querida mía.

— Bien; toma cincuenta luises.

La joven contó el dinero, y metiendo la mano por la verja, los dió al señor de Beausire, quien se los guardó en el bolsillo sin contarlos.

— Dentro de hora y media, continuó Nicole, ven aquí con una carroza.

— Pero... dijo Beausire.

— ¡Oh! si es que no quieres, figurémonos que nada ha habido entre nosotros, y devuélveme mis cincuenta luises.

— Yo no retrocedo, querida Nicole; pero temo el porvenir.

— ¿ Por quién ?

— Por tí.

— ¿ Por mí ?

— Sí, pues así que hayan desaparecido los cincuenta luises, te hallarás en un estado lastimoso, echarás de menos á Trianón, y luego.....

— ¡ Oh ! qué delicado es el señor Beausire ! Vamos, vamos, no hay que temer nada, pues no soy yo de esas mujeres á quienes se hace desgraciadas; no tengas escrúpulos; además, cuando se concluyan esos cincuenta luises, ya veremos.

Y Nicole hizo sonar los otros cincuenta luises que le quedaban en el bolsillo.

Los ojos de Beausire brillaban como dos fósforos.

— Por tí, dijo, me arrojaría yo en un horno ardiendo.

— ¡ Oh ! oh ! ; despacio ! No se os pide tanto, señor de Beausire. Así, quedamos convenidos, dentro de hora y media la carroza, y dentro de dos la fuga.

— ¡ Convenido ! exclamó Beausire cogiendo á Nicole

la mano y atrayéndosela para besarla por entre la verja.

— ¡ Silencio ! dijo Nicole. ¿ Estás loco ?

— No, pero estoy enamorado.

— ¡ Hum ! hizo Nicole.

— ¿ No me crees, corazón mío ?

— Sí, te creo; ¡ cuidado con traer buenos caballos !

— ¡ Oh ! descuida.

Y se separaron.

Pero al cabo de un segundo, se volvió Beausire asustado, y dijo :

— ¡ Psit ! psit !

— ¿ Qué hay ? preguntó Nicole bastante lejos ya y tapándose la boca con la mano, para que su voz llegase sin estrépito hasta su amante.

— ¿ Y la verja ? preguntó éste. ¿ Piensas saltar por encima ?

— ¡ Vaya un estúpido ! murmuró Nicole, quien en aquel momento se hallaba solo á diez pasos de Gilberto.

Luego añadió en voz alta :

— Tengo la llave.

Beausire lanzó un ¡ ah ! lleno de admiración y se marchó realmente. Nicole se volvió al lado de su ama con la cabeza baja y las piernas listas.

Gilberto, cuando quedó solo, se propuso las cuatro cuestiones siguientes :

¿ Por qué se fuga Nicole con Beausire, á quien no ama ?

¿ Por qué posee Nicole tanto dinero ?

¿ Por qué tiene Nicole la llave de la verja ?

¿ Por qué pudiendo Nicole huir desde luego, vuelve al lado de Andrea ?

Gilberto hallaba una respuesta á la pregunta : ¿ por qué tiene tanto dinero ? pero no la hallaba á las otras.

Así, al ver la negación de su perspicacia, de tal manera se excitó su curiosidad natural, ó su desconianza adquirida, si se quiere, que, á pesar de lo fría que estaba la noche, se decidió á pasarla bajo los árboles húmedos, para aguardar el desenlace de aquella escena cuyo principio acababa de presenciarse.

Andrea había acompañado á su padre hasta las barreras del gran Trianon, y volvía sola y pensativa, cuando desembocó Nicole á todo escape por la calle de árboles que conducía á la famosa verja, en donde acababa de tomar todas las medidas con el señor de Beausire.

Nicole se paró al ver á su ama, y á una seña que le hizo ésta, subió detrás de ella y la siguió á su cuarto.

Serían las ocho y media de la noche, y reinaba más oscuridad que de costumbre, porque un denso nubarrón, corriendo del Sur al Norte, había encapotado todo el cielo, de manera que más allá de Versailles, por encima de los altos árboles, y hasta donde podía alcanzar la vista, se veía aquel lúgubre manto cubrir poco á poco todas las estrellas que un momento antes fulguraban en la azulada cúpula.

Un vienteillo pesado y bajo rasaba el suelo enviando ráfagas ardientes á las flores sedientas de agua, que inclinaban la cabeza cual si imploraran del cielo la limosna de la lluvia y del rocío.

Aquella amenaza de la atmósfera no aceleró en manera alguna la marcha de Andrea; al contrario, la joven, triste y profundamente pensativa, ponía como con sentimiento el pie en cada escalón de la escalera que conducía á su cuarto, y se iba parando en todas las ventanas para mirar el cielo, tan en armonía con su tristeza, y retardar de este modo su entrada en la habitación.

Nicole impaciente, despechada, porque temía no se

le pasase la hora por algún antojo de su ama, refunfuñaba en voz baja esa especie de imprecaciones que los criados nunca escasean contra los amos que son tan imprudentes que se empeñan en satisfacer un capricho á costa de los de sus criados.

Al fin empujó Andrea la puerta de su aposento, y no sentándose sino cayendo sobre un sillón, mandó con voz dulce á Nicole que entreabriese la ventana que daba al patio.

Nicole obedeció.

Luego, volviendo adonde estaba su ama, le dijo con ese aire de interés que la aduladora sabía tomar tan bien:

— Tengo miedo de que la señorita esté algo mala esta noche, porque tiene los ojos encarnados é hinchados, á pesar de su brillantez. Creo que necesitáis descansar, señorita.

— ¿Lo crees, Nicole? dijo Andrea sin haber oído lo que aquella le decía.

Y extendió con flojedad los pies sobre un cojín de tapicería.

Nicole tomó aquella postura por un mandato de que la desnudase, y se puso á desatar las cintas y flores de su peinado, especie de edificio que la demolidora más hábil no derribaba en menos de un largo cuarto de hora.

Durante toda aquella tarea Andrea no pronunció ni una palabra, y dueña Nicole de su libre albedrío trabajó á destajo, estirándole á sus anchuras la cabellera, sin que Andrea saliese de su distracción para quejarse una vez siquiera de los tirones que le daba.

Concluido el tocado de noche, Andrea dió algunas órdenes para el día siguiente, diciendo á Nicole que por la mañana fuese á Versailles en busca de unos libros que Felipe debía haber dejado allí para su her-

mana, y además que avisase á un afinador de pianos que se trasladara á Trianón para templar el clave.

Nicole respondió tranquilamente que si no la despertaban de noche se levantaría temprano y evacuaría aquellos encargos antes que la señorita despertase.

— Mañana escribiré también, continuó Andrea como hablando consigo misma; escribiré á Felipe y esto aliviará un poco mi corazón.

— En todo caso, dijo Nicole en voz baja, no seré yo quien lleve la carta.

Y así que le ocurrió esta reflexión, la joven, que aun no estaba perdida del todo, se puso á pensar tristemente que por primera vez iba á dejar á aquella ama excelente, á cuyo lado se habían despertado su espíritu y su corazón. El recuerdo de Andrea estaba ligado con tantos recuerdos suyos, que de marchitarse aquél se conmovía toda la cadena que subía desde aquel eslabón á los primeros de su infancia.

Mientras aquellas dos jóvenes, tan diferentes en condición y carácter, pensaban de este modo una al lado de otra sin que hubiese conexión alguna en sus ideas, corría el tiempo, y el reloj de Andrea, siempre adelantado al de Trianón, daba las nueve.

Beausire debía hallarse, pues, en el lugar de la cita, y á Nicole sólo le quedaba media hora para ir á reunirse con su amante.

Acabó de desnudar á su ama con la mayor prontitud que pudo, no sin exhalar algunos suspiros en que Andrea no hizo alto; le puso un largo peinador de dormir, y como Andrea permaneciese inmóvil y con la vista fija en el techo, Nicole sacó del seno el frasquito de Richelieu, echó dos terrones de azúcar en un vaso con el agua necesaria para que se derritiesen, y luego sin perplejidad y por la omnipotencia de aquella voluntad tan fuerte ya en su corazón tan joven aun,

derramó dos gotas del licor del frasquito en el agua, la cual se enturbió al punto, y tomó un ligero color de ópalo que fué perdiendo en seguida poco á poco.

— Señorita, dijo entonces Nicole, el vaso de agua está listo, la ropa plegada, y la lamparilla encendida. ¿ Puedo ya ir á acostarme ? pues ya sabéis que mañana tengo que madrugar.

— Sí, respondió Andrea distraídamente.

Nicole hizo una reverencia, exhaló otro suspiro que se perdió como los demás, y empujó tras sí la puerta vidriera que daba á la antesalita; pero en vez de entrar en su celda contigua al pasadizo, como saben nuestros lectores, y que recibía la luz por la antesala de Andrea, huyó ligera, dejando entornada la puerta del pasadizo, para seguir exactamente las instrucciones de Richelieu.

En seguida, para no llamar la atención de los vecinos, bajó de puntillas la escalera que conducía al jardín, saltó las escaleras exteriores, y echó á correr hacia la verja á reunirse con el señor de Beausire.

Gilberto no había dejado su observatorio, pues había oído decir á Nicole que volvería dentro de dos horas, y estaba aguardando. Sin embargo, como hacía cerca de diez minutos que había pasado la hora señalada, principió á temer que no volviese.

De pronto la vió llegar corriendo como si la persiguiesen.

Nicole se acercó á la verja, dió la llave á Beausire por entre las rejas, éste abrió la puerta, Nicole se lanzó al lado de afuera, y la verja se volvió á cerrar rechinando pesadamente.

Luego fué arrojada la llave entre la hierba del foso, precisamente debajo del sitio en que estaba Gilberto, el cual oyó el ruido sordo que hizo al caer, y notó dónde había caído.

Entretanto Nicole y Beausire estaban en marcha; Gilberto los oía alejarse, y muy pronto percibió, no el ruido de un coche, como había pedido Nicole, sino las pisadas de un caballo que, al cabo de algunos momentos empleados sin duda en las recriminaciones de Nicole que hubiera querido salir en carruaje como una duquesa, batió la arena con sus herrados pies, no tardando en resonar en el empedrado de la carretera.

Gilberto respiró.

Al fin era libre, al fin se había sustraído al yugo de Nicole, es decir, de su enemiga, y Andrea se quedaba sola. Quizá también al tiempo de irse Nicole había dejado puesta la llave en la cerradura de la puerta; quizá podía penetrar Gilberto hasta donde se hallaba Andrea.

Esta idea hizo dar un brinco al ardiente joven, animado de todo el furor que causan el temor y la incertidumbre, la curiosidad y el deseo.

Y siguiendo en dirección inversa el camino que acababa de andar Nicole, enderezó el rumbo hacia el pabellón que ocupaba la servidumbre.

XV

La doble vista

Andrea, que quedó sola, fué saliendo poco á poco de aquel entorpecimiento moral que la habia acometido, y mientras que Nicole huía á la grupa del caballo de Beausire, ella se arrodillaba y hacia una ferviente oración por Felipe, el único ser en el mundo á quien profesaba un afecto verdadero y profundo.

Oraba absorta en su confianza en Dios.

Las oraciones de Andrea no se componían ordinariamente de una serie de palabras pegadas unas á otras, sino que eran una especie de éxtasis divino en que el alma se eleva hasta el Señor y se confunde con él.

En aquellas apasionadas súplicas del espíritu desprendido de la materia no habia mezcla alguna de egoísmo. Andrea se abandonaba en cierto modo á sí misma, á la manera del náufrago que ha perdido la esperanza y no ruega ya por sí, sino por su mujer y por sus hijos destinados á quedar huérfanos.

Aquel dolor íntimo habia nacido en Andrea desde la marcha de su hermano, y sin embargo no era un dolor exento de toda otra mezcla: pues se componía, como la plegaria, de dos elementos distintos, uno de los cuales no era bien inteligible para la joven.

Era como un presentimiento, como la aproximación perceptible de una desgracia; era una sensación análoga á la de las punzadas de una herida cicatrizada, en

que ha cesado el dolor continuo, pero cuyo recuerdo sobrevive mucho tiempo y advierte la presencia del mal como la advertía antes la misma herida.

Andrea ni procuró siquiera explicarse lo que sentía, pues entregada enteramente á la memoria de Felipe, concentró en este hermano querido todas las impresiones que la agitaban.

En seguida se levantó, escogió un libro entre los que componían su modesta biblioteca, colocó su bujía al alcance de la mano, y se metió en la cama.

El libro que había escogido, ó que más bien había tomado á la ventura, era un diccionario de botánica, libro que, como se comprende, no era muy propio para absorber su atención, y sí, por el contrario, para entorpecerla. Así es que muy luego se extendió por su vista una nube, transparente al principio, pero que iba condensándose. La joven luchó un instante contra el sueño, y logró por dos ó tres veces coger el hilo de su fugitivo pensamiento, que volvió á escapársele; luego, al adelantar la cabeza para dar un soplo á la bujía, vió el vaso de agua preparado por Nicole, alargó el brazo, lo tomó con una mano, y con la otra removió con la cuchara el azúcar medio derretido, y, dominada ya por el sueño, acercó el vaso á la boca.

De súbito y cuando sus labios tocaban ya el licor, una conmoción extraña estremeció su mano, cayó sobre su cerebro un peso húmedo y abrasador á la vez, y Andrea reconoció con terror, por el líquido que corría por sus nervios, esa invasión sobrenatural de sensaciones desconocidas que habían triunfado ya muchas veces de sus fuerzas y trastornado su razón.

Sólo tuvo tiempo para poner el vaso en el plato, y casi en el mismo instante, sin exhalar más quejas que un suspiro que se escapó de su boca entreabierta, perdió el uso de la voz, de la vista y de la inteligencia, y

cayó sobre el lecho como herida por un rayo, entorpecidos sus miembros mortalmente.

Empero aquella especie de aniquilamiento no fué más que el paso momentáneo de una existencia á otra.

De muerta como parecía estar, con los ojos cerrados al parecer para siempre, se levantó de pronto, volvió á abrir los ojos fijándolos de un modo espantoso, y á manera de una estatua de mármol que descendiese de su sepulcro, se bajó del lecho.

No hay duda, á Andrea había acometido ese sueño maravilloso que varias veces había suspendido ya su vida.

Atravesó el aposento, abrió la puerta vidriera y fué á parar al corredor con la actitud rígida y firme de un mármol que estuviese animado.

Teniendo la escalera al frente, la bajó de escalón en escalón sin vacilar ni precipitarse, y apareció en la gradería exterior.

Cuando Andrea ponía el pie en el escalón más alto para bajar, Gilberto ponía el suyo en el más bajo para subir.

El mancebo vió pues aquella mujer vestida de blanco y con aire solemne avanzar como si le saliese al encuentro.

Retrocedió, y andando hacia atrás fué á sepultarse en un seto de ojaranzos.

Entonces se acordó que así había visto en otro tiempo á Andrea en el castillo de Taverney.

Andrea pasó por delante de Gilberto, hasta rozó con él, pero no le vió.

El joven, asustado, medio loco, se dejó caer sobre las pantorrillas dobladas bajo su cuerpo, y tuvo miedo.

No sabiendo á qué atribuir aquella extraña salida de Andrea, la seguía con la vista; pero su razón estaba confundida, la sangre latía impetuosamente en sus

sienes, y estaba más cerca de volverse loco que de adquirir esa calma que tanto se necesita para observar.

Permaneció, pues, acurrucado entre la hierba y en medio de las hojas, acechando como lo hacía desde que había penetrado en su corazón aquel amor funesto.

De pronto comprendió el misterio de aquella salida; Andrea no estaba loca, ni fuera de sí como creía: pues con aquel paso frío y sepulcral iba á una cita.

Á todo esto surcó el cielo un relámpago.

Gilberto, con el auxilio de aquella azulada luz, vió un hombre escondido en la sombría avenida de tilos, y á pesar de la rapidez con que desapareció la fulgúrea llama, vió también destacarse sobre el fondo negro su pálido rostro y su traje desordenado.

Andrea se encaminaba hacia aquel hombre, quien tenía extendido el brazo como para atraerla á sí.

Gilberto sintió en el corazón como si le clavaran un hierro candente, y se levantó sobre sus rodillas para ver mejor.

En aquel momento rompió la oscuridad otro relámpago.

Gilberto reconoció á Bálamo cubierto de sudor y de polvo, á Bálamo que, con el auxilio de alguna misteriosa inteligencia, había penetrado en Triauón, á Bálamo en fin que atraía á sí á Andrea tan invencible y fatalmente como la culebra atrae al pájaro.

Andrea se paró á dos pasos de él.

Bálamo le cogió la mano, y todo el cuerpo de Andrea se estremeció.

— ¿Veis? le dijo.

— Sí, respondió Andrea; pero ha faltado poco para que me mataseis con llamarme de ese modo.

— ¡Perdonadme! ¡perdonadme! dijo Bálamo; pues tengo la cabeza trastornada, no estoy en mí, me vuelvo loco, me voy á morir.

— En efecto, sufris mucho, dijo Andrea conociendo por el contacto de su mano lo que sufría Bálamo.

— Sí, sí, sufro mucho, y vengo á buscar el alivio á vuestro lado, pues solo vos podéis salvarme.

— Preguntadme pues.

— Decidme otra vez: ¿veis?

— ¡Oh! perfectamente.

— ¿Queréis seguirme á mi casa? ¿lo podéis?

— Lo puedo, si queréis conducirme á ella con el pensamiento.

— Venid.

— ¡Ah! exclamó Andrea, entramos en Paris, seguimos el baluarte, penetramos en una calle que sólo está alumbrada por un farol.

— Eso es; entremos, entremos.

— Estamos en una antesala, que tiene una escalera á la derecha; pero me lleváis hacia la pared; está se abre, y se presentan unas gradas....

— ¡Subid, subid! exclamó Bálamo; ese es nuestro camino.

— ¡Ah! ya estamos en un cuarto en que hay pieles de león y armas. ¡Calla! ¡se abre la plancha de la chimenea!

— Pasemos; ¿dónde estáis?

— En un cuarto singular, en un cuarto sin salida, y cuyas ventanas tienen rejas. ¡Oh! ¡qué desordenado está todo este cuarto!

— ¡Pero vacío, vacío! ¿no es verdad?

— Sí, vacío.

— ¿Podéis ver á la persona que lo ocupaba?

— Puedo verla, si me dan un objeto que ella haya tocado, que provenga de ella ó le pertenezca.

— Mirad este mechón de pelo suyo.

Andrea lo tomó, lo acercó á su persona y dijo:

— ¡ Oh ! conozco á esa persona, y la he visto otra vez huyendo hacia Paris.

— ¡ Eso es, eso es ! ¿ Podéis decirme qué hizo en estas dos horas y á dónde se ha ido ?

— Esperad, esperad ; sí, está recostada en un sofá, y tiene medio desnudo el pecho, con una herida más abajo de él.

— ¡ No la dejéis, Andrea ! no la dejéis !

— Estaba dormida, pero se despierta ; ahora busca en su derredor ; luego saca un pañuelo, se sube sobre una silla ; ata el pañuelo á los barrotes de la ventana. ¡ Oh ! ¡ Dios mío !

— ¿ Efectivamente quiere matarse ?

— ¡ Oh, sí ! está decidida á morir ; pero la aterra ese género de muerte. Deja atado el pañuelo á las barras y se baja... ¡ Ah ! ¡ pobre mujer !

— ¿ Qué hace ?

— ¡ Oh ! ¡ cómo llora, cómo sufre, cómo se retuerce los brazos ! Ahora busca un ángulo de la pared en que estrellarse la frente.

— ¡ Oh ! ¡ Dios mío, Dios mío ! murmuró Bálamo.

— ¡ Ah ! se arroja contra la chimenea, la cual representa dos leones de mármol ; ¡ va á romperse la frente contra la cabeza del león !

— ¿ Qué mas ? ¿ qué más ?... Quiero que veáis, Andrea.

— Se para.

Bálamo respiró.

— Está mirando.

— ¿ Qué mira ? preguntó Bálamo.

— Descubre sangre en un ojo del león.

— ¡ Dios mío, Dios mío ! murmuró Bálamo.

— Sí, sangre, y sin embargo no se ha dado ningún golpe. ¡ Oh ! ¡ qué cosa tan extraña ! Esa sangre no es suya, sino vuestra.

— ¿ Mía ? exclamó Bálamo fuera de sí.

— Sí, vuestra, vuestra. Os habéis cortado los dedos con un cuchillo, con un puñal, y apoyasteis el dedo eusangrentado en el ojo del león. Os estoy viendo.

— Es verdad, es verdad ; pero ¿ cómo ha huído ?

— Esperad, esperad ; la veo examinar esa sangre, reflexionar, y después apoyar su dedo donde vos apoyasteis el vuestro. ¡ Ah ! el ojo del león cede, muévase un resorte y la plancha de la chimenea se abre.

— ¡ Imprudente de mí ! exclamó Bálamo ; soy un loco ; pues me he vendido á mí mismo.

Andrea calló.

— ¿ Y sale ? continuó Bálamo. ¿ Huye ?

— ¡ Oh ! hay que perdonar á esa pobre mujer, porque era muy desgraciada.

— ¿ Dónde está ? ¿ á dónde va ? Seguidla, Andrea ; yo lo quiero.

— Esperad ; se detiene un momento en el cuarto de las armas y las pieles ; está abierto un armario ; sobre una mesa hay una cajita encerrada ordinariamente en aqueese armario ; reconoce la cajita y la coge.

— ¿ Qué contiene esa cajita ?

— Creo que vuestros papeles.

— ¿ Cómo es ?

— Está forrada de terciopelo azul con clavos de plata, con manecillas y cerradura del mismo metal.

— ¡ Oh ! exclamó Bálamo dando una patada con furia ; ¿ conque es ella quien ha cogido la cajita ?

— Sí, sí, ella es. Ahora toma la escalera que da á la antesala, abre la puerta, tira de la cadena con que se abre la puerta de la calle y sale.

— ¿ Es muy tarde ?

— Debe ser tarde, porque está muy oscuro.

— Tanto mejor ; se habrá marchado poco antes de

mi regreso; y quizá tendré aun tiempo de alcanzarla; seguidla, seguidla, Andrea.

— Así que se halla fuera de casa, echa á correr como una loca, y llega al baluarte... y corre... corre sin pararse...

— ¿Hacia qué lado?

— Hacia la Bastilla.

— ¿La veis aún?

— Sí, parece una loca; tropieza con los transeuntes; en fin, se para, procura saber dónde está... y pregunta.

— ¿Qué dice? ¡Escuchad, Andrea, escuchad, y por Dios no perdáis ni una sola de sus palabras! Habéis dicho que preguntaba.

— Sí, pregunta á un hombre vestido de negro.

— ¿Qué le pregunta?

— Dónde vive el subdelegado de policía.

— ¡Oh! ¿conque no fué vana su amenaza?... ¿Y le dan las señas?

— Sí.

— ¿Qué hace entonces?

— Vuelve atrás, toma una calle oblicua, y va á salir á una gran plaza.

— La plaza Real, ese es el camino. ¿Penetráis su intención?

— Corred tras ella, corred, porque va á delataros. Si llega antes que vos y ve al señor de Sartines, sois perdido.

Bálsamo lanzó un grito terrible, se arrojó fuera del arbolado, atravesó una puertecilla que abrió y volvió á cerrar una especie de sombra, y de un brinco se colocó en la silla de su caballo Djerid, que golpeaba el suelo con las manos á la puerta.

El animal, aguijoneado á un mismo tiempo con la voz y la espuela, partió como una flecha con dirección

á Paris, y sólo se oyó el sonido de las piedras sobre que volaba.

En cuanto á Andrea, se quedó fría, muda, pálida y de pie; pero, como si Bálsamo se hubiese llevado consigo su vida, se dobló á poco y cayó en tierra.

Efectivamente, con la precipitación se le había olvidado á Bálsamo despertar á Andrea.

dándose sola, inmóvil y muda, parecía una amante abandonada.

En ese momento fué cuando vió á la joven tambalearse, retorcerse los brazos y girar sobre sí misma; luego salió por dos ó tres veces de su oprimido pecho un sordo estertor, y se esforzó, ó más bien se esforzó la naturaleza en arrojar de sí aquella masa mal graduada del fluido que, durante el sueño magnético, le había dado esa doble vista cuyos fenómenos hemos visto manifestarse en el capítulo anterior.

Pero la naturaleza quedó vencida, y Andrea no pudo sacudir el resto de la voluntad olvidada sobre ella por Bálamo. No pudo desatar aquellos lazos misteriosos, impenetrables que la tenían amarrada, y á fuerza de luchar, la acometieron esas convulsiones que las antiguas pitonisas experimentaban sobre el trípode delante del pueblo de interrogadores religiosos que hormigueaban en el peristilo del templo.

Andrea perdió el equilibrio, y lanzando un doloroso gemido, cayó sobre la arena cual si la hubiese herido el rayo que en aquel momento desgarró la bóveda del cielo.

Pero no bien había tocado el suelo, cuando Gilberto, con la agilidad y el vigor de un tigre, se lanzó á ella, y cogiéndola en sus brazos y sin percibir que tenía que sostener una carga pesada, la transportó al cuarto que ella había dejado para obedecer al llamamiento de Bálamo, y en el que todavía ardía la bujía junto á la cama deshecha.

Gilberto halló todas las puertas abiertas como las había dejado Andrea.

Al entrar tropezó con el sofá, y como era natural coló en él á la joven yerta é inanimada.

Al contacto de aquel cuerpo inanimado, acometió á

XVI

Catalepsis.

Andrea no se dejó caer de un golpe, como hemos dicho, sino por grados, según vamos á tratar de describir.

Sola, abandonada, acometida de ese frío interior que sucede á todos los sacudimientos del sistema nervioso, Andrea comenzó al punto á tambalearse y se estremeció como al principio de un ataque de epilepsia.

Gilberto seguía allí tieso, inmóvil, inclinado hacia adelante, y devorándola con la vista. Pero cualquiera comprenderá, que, ignorando Gilberto como ignoraba los fenómenos magnéticos, para él no había en aquello ni sueño ni violencia. Nada ó casi nada había oído de su diálogo con Bálamo, y lo único que sabía era que Andrea parecía haber obedecido en Triánón, como en Taverny, al llamamiento de aquel hombre que tan terrible y extraña influencia había adquirido sobre ella. En fin, para Gilberto todo se resumía en estas palabras: La señorita Andrea tiene, sino un amante, á lo menos un hombre á quien ama y á quien da citas nocturnas.

El diálogo entre Andrea y Bálamo, aunque pronunciado en voz baja, había tenido todas las apariencias de una reyerta. Bálamo huyendo como un loco, fuera de sí, parecía un amante desesperado; y Andrea, que-

Gilberto una ardiente calentura, sus nervios se estre-
mecían y le hervía la sangre.

Su primera idea, sin embargo, fué casta y pura ; era
preciso antes que nada volver á la vida aquella her-
mosa estatua, y buscó con la vista la garrafa para
echar á Andrea algunas gotas de agua.

Pero en aquel momento, y al tiempo de alargar su
temblorosa mano para coger el cuello de la botella de
cristal, le pareció que un paso firme á la par que
ligero hacía crujir la escalera de madera y ladrillo que
conducía al cuarto de Andrea.

Nicole no era, puesto que había huido con el señor
de Beausire ; Bálamo tampoco, pues había partido á
galope en su caballo árabe.

No podía ser de consiguiente sino una persona
extraña.

Si sorprendían á Gilberto sería expulsado de Tri-
nón, pues Andrea era para él como una de esas reinas
de España á quienes no pueden tocar los súbditos ni
aun siquiera para salvarles la vida.

Todas estas ideas, semejantes á un torbellino de
estridentes granizos, se agolparon á la imaginación de
Gilberto en menos tiempo que empleaba el que iba
acercándose en poner el pie de escalón en escalón.

Gilberto no podía calcular exactamente á qué dis-
tancia sonaba aquel paso que se aproximaba por grados,
pues la tormenta rugía en aquel momento con furia ;
pero como estaba dotado de una sangre fría, de una
prudencia superior, el joven comprendió que aquel no
era su puesto, y que lo que importaba ante todo era
que no le viesen.

Apagó, pues, la bujía que alumbraba el aposento de
Andrea y se introdujo en el gabinete que servía de
dormitorio á Nicole, y desde donde veía Gilberto, al

mismo tiempo que la habitación de Andrea, la ante-
sala.

En esta última pieza había una lamparilla encendida
y colocada sobre una consola, y á Gilberto se le ocurrió
desde luego darle un soplo como á la bujía, pero no
tuvo tiempo ; el paso crujó en los ladrillos del corre-
dor, oyóse una respiración algo oprimida, en el umbral
apareció la sombra de un hombre, se deslizó con
timidez en el aposento y volvió á empujar la puerta,
cuyo cerrojo echó.

Gilberto solo tuvo tiempo para introducirse en el
gabinete de Nicole y tirar hacia sí de la puerta vidriera.

En seguida contuvo el aliento, pegó la cara á los
cristales y aplicó ambos oídos.

La tormenta rugía solemnemente en las nubes ;
gruesas gotas de agua azotaban los vidrios de la ven-
tana de Andrea y los de la del corredor, donde otra
que se había quedado abierta rechinaba sobre sus
goznes, y rechazada de vez en cuando por el viento
que se colaba en el corredor, daba fuertes golpes con-
tra el marco.

Pero por muy terribles que pudieran ser el estrépito
de la naturaleza y el ruido exterior, nada eran para
Gilberto porque todo su pensamiento, toda su vida,
toda su alma estaban concentrados en su mirada, y
ésta la tenía fija en aquel hombre.

Este había atravesado la antesala, pasado por de-
lante de Gilberto, y entrado en el aposento sin vacilar.

Gilberto, le vió acercarse á tientas á la cama de An-
drea, hacer un gesto de sorpresa al ver que no había
nadie en ella, y casi al instante tropezar con el brazo
en la bujía que estaba sobre la mesa.

La bujía cayó, y Gilberto oyó el ruido que sobre el
mármol de la mesa hizo la arandela de cristal al
romperse.

Entonces, aquel hombre dijo dos veces con voz ahogada y como llamando:

— ¡Nicole! ¡Nicole!

— ¡Cómo Nicole! se preguntó Gilberto desde el fondo de su escondite; ¿por qué llama ese hombre á Nicole en vez de llamar á Andrea?

Pero viendo el hombre susodicho que ninguna voz respondía á la suya, alzó del suelo la bujía, y de puntillas fué á encenderla en la lamparilla que estaba en la antesala.

Entonces fué cuando Gilberto concentró toda su atención en aquel extraño y nocturno visitante; entonces fué cuando sus ojos hubieran traspasado un muro, gracias á la activa voluntad con que procuraban ver.

De pronto se estremeció Gilberto, y á pesar de que estaba escondido dió un paso atrás.

Al combinarse el resplandor de las dos llamas se estremeció Gilberto, repetimos, y se quedó medio muerto de asombro, porque el hombre que tenía la bujía en la mano era el rey.

Entonces todo quedó explicado: la fuga de Nicole, el dinero repartido entre ella y Beausire, la puerta dejada abierta, la conducta de Richelieu, la de Taverney, y toda aquella misteriosa y siniestra intriga cuyo centro era la joven.

Entonces comprendió Gilberto porque el rey acababa de llamar á Nicole, alcahueta en aquel crimen, Judas complaciente, que había vendido y entregado á su ama.

Pero al pensar lo que había ido á hacer el rey en aquel cuarto, al pensar lo que iba á pasar en presencia suya, se le agolpó la sangre á los ojos y quedó ciego.

Tuvo ganas de gritar, pero el miedo, este sentimiento irreflexivo, caprichoso é irresistible, el miedo que le

causó aquel hombre lleno aun de prestigio, á quien llamaban rey de Francia, le anudó la lengua en la garganta.

Entretanto, Luis XV había entrado en el cuarto con la bujía en la mano.

Apenas puso los pies en él, percibió á Andrea en peinador de muselina blanco, á Andrea más bien desnuda que arropada, con la cabeza recostada contra el respaldo del sofá, y con una pierna reposando sobre el almohadón, mientras la otra caía tiesa y descalza sobre el tapiz.

El rey se sonrió al verla, y la bujía alumbró aquella lúgubre sonrisa; pero casi en el mismo instante una sonrisa casi tan siniestra como la del monarca iluminó el rostro de Andrea.

Luis XV murmuró algunas palabras que fueron interpretadas por Gilberto como palabras de amor, y poniendo su bujía sobre la mesa, volviéndose para echar una ojeada al cielo inflamado, se arrodilló en seguida delante de la joven, cuya mano besó.

En este momento Gilberto se enjugó el sudor que bañaba su frente. Andrea no se movió.

El rey, que sintió aquella mano helada, la tomó entre la suya para calentarla, y abrazando con el otro brazo aquel cuerpo tan hermoso y suave, se inclinó para murmurar á su oído algunas de esas ternezas que dicen los amantes á las jóvenes adormecidas.

En aquel momento acercó su rostro al de Andrea, tanto que lo rozó.

Gilberto se tentó y respiró al tocar en el bolsillo de su chupa el mango de una larga navaja que le servía para podar los ojaranzos del parque.

El rostro de Andrea estaba helado como su mano. El rey se incorporó, fijo la vista en el desnudo pie de la joven, tan blanco y pequeño como el de Cendrillon.

llón, lo cogió entre sus manos y se estremeció, pues lo halló tan frío como el de una estatua de mármol.

Gilberto, á quien la lujuria regia amenazaba robar tantas bellezas descubiertas á sus miradas, rechinó los dientes y abrió la navaja cerrada hasta entonces.

Peró ya había abandonado el rey el pie de Andrea, como lo hizo con la mano y el semblante, y sorprendido del sueño de la joven, sueño que atribuyó al principio á gazmoña coquetería, procuraba averiguar de qué provendría aquel frío mortal que había invadido las extremidades de aquel hermoso cuerpo, y se preguntaba si palparía aún el corazón cuando la mano, el pie y el rostro estaban tan helados.

Separó, pues, el peinador de Andrea, descubrió su virgineo pecho, y con su mano tímida, pero cínica, interrogó el corazón mudo bajo aquella carne tan helado como el alabastro, cuya blancura y redondas formas tenía.

Gilberto medio se deslizó de la puerta con su navaja en la mano, centelleándole los ojos, apretados los dientes y decidido, si el rey pasaba más adelante, á darle de puñaladas y matarse en seguida.

De pronto un trueno espantoso hizo temblar todos los muebles de la habitación y hasta el sofá, delante del cual estaba arrodillado Luis XV, y otro relámpago amoratado y sulfúreo arrojó sobre el semblante de Andrea una llama tan lívida y viva, que asustado el rey de aquella palidez, aquella inmovilidad y aquel silencio, retrocedió murmurando:

— Esta joven está muerta.

Al momento se le ocurrió al rey la idea de que había abrazado un cadáver, y esta idea hizo estremecer todo su cuerpo; fué por la bujía, volvió á donde estaba Andrea, y se puso á mirarla al resplandor de la oscilante llama. Al ver aquellos labios cárdenos, aquellas

ojeras, aquellos cabellos sueltos, y aquella garganta que no levantaba ningún aliento, lanzó un grito, dejó caer la bujía, se tambaleó, y como si estuviese ebrio, se dirigió dando traspiés á la antesala, siendo tan grande su espanto, que tropezó en el tabique.

Luego oyéronse sus pasos precipitados en la escalera, y después crujió la arena del jardín; pero el viento que mugía en el espacio y tronchaba los desolados árboles, se llevó á poco el rumor de aquellos pasos en su tempestuoso aliento.

Entonces Gilberto, con la navaja en la mano, salió mudo y sombrío de su escondite, se adelantó hasta el umbral del aposento de Andrea, y por espacio de algunos segundos contempló á la hermosa joven sumergida en su profundo sueño.

Durante este tiempo, la bujía que había caído al suelo ardía sobre el tapiz alumbrando el pie tan delicado y la pierna tan pura de aquel adorable cadáver.

Gilberto cerró lentamente su navaja, mientras su rostro iba tomando la expresión de una resolución inexorable, después de lo cual fué á escuchar á la puerta por donde había salido el rey.

Escuchó más de un largo minuto, luego, á su vez, cerró la puerta como lo había hecho el rey, y echó el cerrojo.

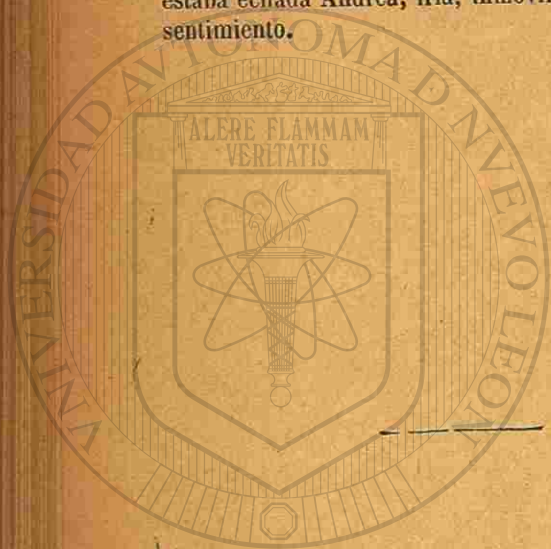
En seguida apagó la lamparilla de la antesala; hecho esto, volvió al cuarto de Andrea con la misma lentitud y con el mismo fuego sombrío en los ojos, y puso el pie sobre la bujía que se derretía sobre el pavimento.

Una oscuridad súbita apagó la fatal sonrisa que había asomado á sus labios.

— ¡ Andrea ! ¡ Andrea ! murmuró. Te he prometido que la tercera vez que cayeses en mis manos, no te escaparías como las dos primeras. ¡ Andrea ! ¡ Andrea !

la terrible novela que tú me has acusado de hacer, necesita un fin terrible.

Y con los brazos tendidos se dirigió al sofá en que estaba echada Andrea, fría, inmóvil y privada de todo sentimiento.



XVII

La voluntad

Hemos visto partir á Bálamo.

Djerid lo llevaba con la rapidez del rayo. El jinete, pálido de impaciencia y de terror, tendido sobre la ondulante crin, aspiraba con sus labios entreabiertos el aire que se dividía ante el petral del corcel cual se dividen las aguas bajo la proa rápida.

Tras él desaparecían los árboles y las casas como unas visiones fantásticas, y apenas si percibía al pasar la pesada carreta gimiendo sobre su eje, cuyos cinco caballos normandos se espantaban al aproximarse aquel metéoro viviente que no podían comprender pertenecía á la misma raza que ellos.

Bálamo anduvo de ese modo como una legua, con el cerebro tan inflamado, los ojos tan centellantes, con el hálito tan abrasado y sonoro, que, á verlo los poetas de aquel tiempo, le hubieran comparado á los temibles genios preñados de fuego y vapor que animan esas pesadas máquinas humeantes y las hacen volar sobre un ferrocarril.

Caballo y jinete habían atravesado á Versalles en algunos minutos; y los escasos habitantes que discurren por sus calles habían podido ver pasar una carretilla de chispas, y nada más.

Bálamo corrió aun otra legua; Djerid no había tardado un cuarto de hora en devorar aquellas dos

leguas; pero ese cuarto de hora pareció á Bálamo un siglo.

De súbito surgió su mente un pensamiento, y entonces paró sobre sus nerviosos jarretes al corcel de accorados músculos.

Djerid, al pararse, se dobló sobre las patas traseras y sumió las manos en la arena.

Corcel y jinete respiraron un instante.

Bálamo levantó la cabeza al respirar; luego se pasó un pañuelo por las sienes bañadas de sudor, y, dilatadas las ventanas de la nariz al soplo de la brisa, pronunció en la oscuridad las palabras siguientes:

— ¡Oh! ¡qué loco soy! ni la rápida carrera de mi caballo, ni lo ardoroso de mis deseos llegarán nunca á ser tan instantáneos como el rayo ó la chispa eléctrica, y precisamente esto es lo que se necesita para conjurar la desgracia que amaga mi cabeza. Necesito un efecto rápido, un golpe inmediato, un choque omnipotente que paralice las piernas, cuya acción temo, y la lengua cuyo vuelo me hace temblar; necesito causar desde lejos ese sueño con que domino á la esclava que ha roto sus cadenas. ¡Oh! ¡cómo llegue á apoderarme alguna vez de ella!.....

Y Bálamo rechinó los dientes, haciendo un gesto desesperado.

— ¡Oh! por más que quieras, Bálamo, por más que corras, exclamó, Lorenza ya ha llegado y va á hablar, ó tal vez ha hablado ya. ¡Oh, mujer miserable! Cuantos castigos te imponga serán demasiado suaves.

En seguida continuó arrugando el entrecejo, con los ojos fijos y apoyando la barba en la palma de la mano:

— Veamos si la ciencia es una palabra ó un hecho, si tiene poder ó no lo tiene... Probemos... ¡Lorenza!

¡Lorenza! quiero que duermas; en cualquier sitio que estés, duérmete, Lorenza; duérmete; ¡mira que yo lo quiero!

Luego murmuró desanimado:

— ¡Oh! no, no, miento; no creo en ello ni me atrevo á confiar, á pesar de que la voluntad lo es todo. ¡Oh! lo quiero sin embargo, lo quiero con todo mi poder. ¡Hiende los aires, voluntad suprema, atraviesa todas esas corrientes de voluntades antipáticas ó indiferentes; atraviesa las murallas como una bala de cañón; persíguela á cualquier parte adonde vaya; anda, descarga el golpe, destruye!... ¡Lorenza, Lorenza, quiero que duermas! ¡Lorenza, quiero que enmudezcas!

Y dirigió por algunos instantes su pensamiento hacia el logro de este fin, grabándolo en su cerebro como para darle más vuelo cuando brotase hacia Paris; y terminada esta operación misteriosa, á que concurren sin duda todos los átomos divinos animados por Dios, soberano señor de todas las cosas, Bálamo, con los dientes todavía apretados y los puños crispados, aflojó las riendas á Djerid, pero sin aplicarle la rodilla ni la espuela.

Hubiérase dicho que Bálamo quería convencerse á sí mismo.

Entonces el noble corcel marchó pacíficamente, según el permiso tácito que le daba su dueño, posando con esa delicadeza peculiar á su raza los pies casi silenciosos, á fuerza de ligeros, sobre el empedrado del camino.

Por otra parte, Bálamo, durante todo ese tiempo que habría parecido perdido á miradas superficiales, combinaba todo un plan de defensa, y lo acababa en el momento en que Djerid pisaba las calles de Sevres.

Al llegar frente á la verja del parque, se paró y

miró en torno suyo, cual si esperase hallar allí á alguno.

En efecto, casi al mismo tiempo salió un hombre de detrás de una puerta cochera y se acercó á él.

— ¿Eres tú, Fritz? preguntó Bálamo.

— Sí, maestro.

— ¿Te has informado?

— Sí.

— Madama Dubarry ¿está en París ó en Luciennes?

— En París.

Bálamo dirigió al cielo una mirada de triunfo.

— ¿Cómo has venido?

— Con Sultán.

— ¿Dónde está?

— En el patio de esta posada.

— ¿Ensillado?

— Ensillado.

— Está bien, estáte pronto.

Fritz fué á desatar á Sultán, que era uno de esos valientes caballos alemanes de buena índole, que aun- que murmuran un poco en las marchas forzadas, no por eso dejan de correr mientras les queda aliento en sus pechos, y espuela en el talón de sus jinetes.

En seguida volvió Fritz al lado de Bálamo.

Este estaba escribiendo á la luz de la linterna que los señores comisionados del ganado de pata hendida tenían encendida toda la noche á causa de sus operaciones fiscales.

— Vuelve á París, dijo, y entrega este billete á madama Dubarry en propia mano dondequiera que la halles. Tienes media hora para desempeñar esta comisión, y luego volverás á la calle de San Claudio, donde aguardarás á la señora Lorenza, que no puede menos de volver á casa. La dejarás pasar sin decirle nada ni

oponerle el menor obstáculo; vé, y no olvides que en media hora debe estar evacuada tu comisión.

— Está muy bien; lo estará, dijo Fritz.

Y al mismo tiempo que daba á Bálamo esta respuesta satisfactoria, aplicaba la espuela y el látigo á Sultán que, admirado de aquella agresión á que no estaba acostumbrado echó á correr lanzando un relincho lastimero.

Por lo que hace á Bálamo, fué calmándose poco á poco y tomó el camino de París, donde entró al cabo de tres cuartos de hora, con rostro casi sereno y la vista tranquila, ó más bien pensativa.

Por lo demás Bálamo tenía razón: por muy rápido que fuese Djerid, como hijo que era del desierto, tenía que tardar, y únicamente su voluntad podía caminar tan pronto como la joven que se había escapado de su prisión.

De la calle de San Claudio se dirigió Lorenza al baluarte, y dando vuelta á la derecha no tardó en divisar los muros de la Bastilla; pero como siempre había estado encerrada, no sabía andar por París: además, su principal objeto era huir de la casa maldita, que para ella era un calabozo, y la venganza se presentaba en segundo término.

Acababa de entrar en el arrabal de San Antonio, muy turbada y corriendo, cuando se acercó á ella un joven que hacía algunos minutos la seguía con asombro.

En efecto, Lorenza, italiana de las cercanías de Roma, habiendo tenido casi siempre una vida excepcional, extraña á todos los hábitos de la moda, á todas las costumbres y usos de la época, se vestía más bien como una mujer de Oriente que como una europea; es decir que llevaba siempre vestidos muy holgados y suntuosos, pareciéndose muy poco á esas hechiceras

muñecas ajustadas como unas avispas bajo un largo corpiño, y radiantes de seda y muselina, bajo las cuales casi se buscaría en vano un cuerpo, tan grande era su ambición de parecer inmateriales.

Lorenza no había, pues, conservado, ó por mejor decir adoptado del traje de las francesas de aquella época, más que los zapatos con talones de dos pulgadas de alto, calzado en extremo molesto que hacía combarse el pie, resaltar la delicadeza de los tobillos, y que, en aquel siglo un tanto mitológico, hacía imposible la fuga de las Aretusas perseguidas por los Alfeos.

El Alfeo que perseguía á nuestra Aretusa, la alcanzó pues fácilmente. Había visto aquellas piernas divinas bajo unas faldas de raso y encaje, aquella cabellera sin polvos, y aquellos ojos que despedían un fuego extraño debajo de una manteleta arrollada al rededor de la cabeza y del cuello, y creyó ver en Lorenza una mujer disfrazada que se dirigía á algún baile de máscaras, ó bien á alguna cita amorosa en alguna casita del arrabal, á donde iba á pie por falta de carruaje.

Se acercó pues á Lorenza, y poniéndose á su lado con el sombrero en la mano :

— ¡ Dios mío ! dijo ; señora, no iréis muy lejos con ese calzado que os impide andar. ¿ Gustáis aceptar mi brazo hasta hallar algún carruaje, y me dispensáis el honor de acompañaros adonde vais ?

Lorenza volvió la cabeza con un movimiento repentino, miró profundamente con sus negros ojos al que le hacía una oferta que á muchas mujeres hubiera parecido una insolencia, y parándose :

— Sí, dijo, acepto vuestra compañía.

El joven le dió el brazo con mucha finura.

— ¿ Adónde vamos, señora ? preguntó.

— Á la subdelegación de policía.

El joven se estremeció.

— ¿ Á casa del señor de Sartines ? dijo.

— No sé si se llama señor de Sartines : lo que quiero es hablar con el que sea [subdelegado de policía.

El joven empezó á reflexionar, y le pareció sospechosa aquella mujer joven y hermosa, que, vestida á la extranjera, recorría las calles de París á las ocho de la noche, con una cauta debajo del brazo y preguntando por la calle del subdelegado de policía, casa que quedaba á sus espaldas :

— ¡ Ah ! diablo ! dijo el joven, por aquí no se va á la subdelegación de policía.

— ¿ Pues por dónde ?

— Es preciso ir al barrio de San Germán.

— ¿ Por dónde se va al barrio de San Germán ?

— Por aquí, señora, respondió el joven con tranquilidad y finura ; y si queréis, cuando encontremos un carruaje.....

— Sí, eso es, un carruaje, tenéis razón.

El joven llevó á Lorenza hacia el baluarte, y habiendo encontrado un coche de alquiler lo llamó.

El cochero acudió al llamamiento, y preguntó :

— ¿ Adónde queréis que os lleve, señora ?

— Al palacio del señor de Sartines, dijo el joven.

Y abriendo la portezuela, por un resto de urbanidad ó más bien de asombro, saludó á Lorenza ; en seguida la ayudó á subir y la vió alejarse como una visión de esas que aparecen en sueños.

El cochero, lleno de respeto hacia aquel nombre terrible, dió de latigazos á sus caballos y partió en la dirección indicada.

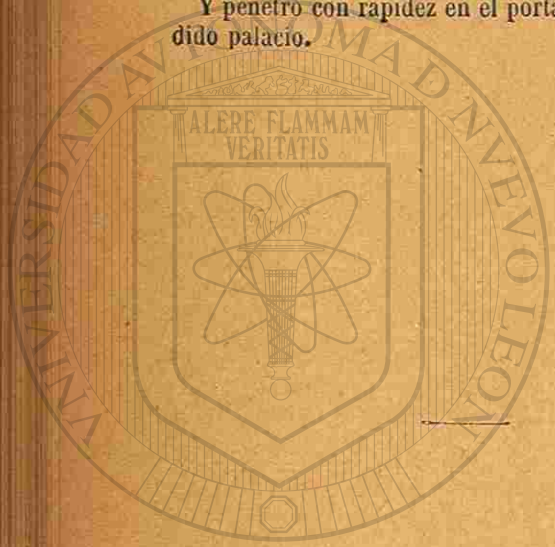
Entonces fué cuando Lorenza atravesó la Plaza Real, y Andrea la vió y oyó en su sueño magnético, denunciándola á Bálamo.

Á los veinte minutos estaba Lorenza á la puerta del palacio.

— ¡ Espero, hermosa señora ? preguntó el cochero.

— Sí, respondió Lorenza maquinalmente.

Y penetró con rapidez en el portal de aquel espléndido palacio.



XVIII

Palacio del señor de Sartines

Así que entró en el patio, Lorenza se vió rodeada de una multitud de exentos y soldados.

Dirigióse al guardia francés que se hallaba más próximo, y le suplicó la condujese ante el subdelegado de policía. El guardia la dirigió al suizo, el cual, al ver una mujer tan bella, tan singular, tan ricamente vestida y con un magnífico cofrecillo bajo el brazo, conoció que la visita podría no ser ociosa, y la condujo por una gran escalera á una antesala, donde todo el que llegaba, bajo la sagaz inquisición de aquel suizo, podía á cualquier hora del día ó de la noche llevar al señor de Sartines una noticia, una denuncia ó una petición.

Excusado es decir que las dos primeras clases de visitantes eran acogidas más favorablemente que la última.

Lorenza, interrogada por un ujier, sólo respondió estas palabras :

— ¡ Sois el señor de Sartines ?

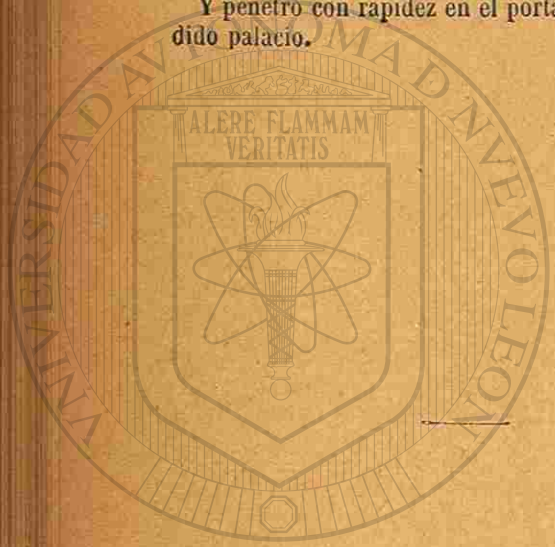
El ujier se admiró de que se confundiesen su casaca negra y su cadena de acero con la casaca bordada y la peluca canosa del subdelegado de policía; pero, como un teniente no se enfada porque le llamen capitán, como el alguacil reconociese un acento extranjero en aquella mujer, y viendo que en sus miradas firmes no

Á los veinte minutos estaba Lorenza á la puerta del palacio.

— ¡ Espero, hermosa señora ? preguntó el cochero.

— Sí, respondió Lorenza maquinalmente.

Y penetró con rapidez en el portal de aquel espléndido palacio.



XVIII

Palacio del señor de Sartines

Así que entró en el patio, Lorenza se vió rodeada de una multitud de exentos y soldados.

Dirigióse al guardia francés que se hallaba más próximo, y le suplicó la condujese ante el subdelegado de policía. El guardia la dirigió al suizo, el cual, al ver una mujer tan bella, tan singular, tan ricamente vestida y con un magnífico cofrecillo bajo el brazo, conoció que la visita podría no ser ociosa, y la condujo por una gran escalera á una antesala, donde todo el que llegaba, bajo la sagaz inquisición de aquel suizo, podía á cualquier hora del día ó de la noche llevar al señor de Sartines una noticia, una denuncia ó una petición.

Excusado es decir que las dos primeras clases de visitantes eran acogidas más favorablemente que la última.

Lorenza, interrogada por un ujier, sólo respondió estas palabras :

— ¡ Sois el señor de Sartines ?

El ujier se admiró de que se confundiesen su casaca negra y su cadena de acero con la casaca bordada y la peluca canosa del subdelegado de policía; pero, como un teniente no se enfada porque le llamen capitán, como el alguacil reconociese un acento extranjero en aquella mujer, y viendo que en sus miradas firmes no

había ningún indicio de locura, se convenció de que la visitante traía alguna cosa importante en aquel cofrecito que con tanto cuidado y fuerza apretaba bajo el brazo.

Sin embargo, como el señor de Sartines era un hombre prudente y suspicaz, y como ya le habían tendido algunos lazos con cebos no menos atractivos que los de la hermosa italiana, había una extremada vigilancia al rededor de su persona.

Por consiguiente, Lorenza sufrió las investigaciones, los interrogatorios y las sospechas de media docena de secretarios y pajes.

El resultado de todas aquellas preguntas y respuestas fué que el señor de Sartines no había vuelto aun á casa, y que era preciso que Lorenza aguardase.

Entonces se encerró la joven en un sombrío silencio, y dejó vagar su vista por las desnudas paredes de aquella vasta antesala.

Al fin sonó una campanilla, oyóse rodar por el patio un coche, y un segundo ujier fué á anunciar á Lorenza, que la estaba esperando el señor de Sartines.

Lorenza se levantó y atravesó dos salas llenas de gente de caras sospechosas, y con trajes aun más extraños que el suyo, hasta que al fin la introdujeron en un gran gabinete de forma octógona, alumbrado por una porción de bujías.

Un hombre de cincuenta á cincuenta y cinco años puesto de bata y adornado con una enorme peluca, pastosa con los polvos y el rizado, trabajaba sentado delante de un mueble alto en su forma, y cuya parte superior, que era parecida á un armario, se componía de dos grandes espejos, en que veía el que allí estuviese trabajando, sin molestarse, á los que entraban en el gabinete, y podía estudiar su semblante antes que tuvieran tiempo de acomodarlo al suyo.

La parte baja de aquel mueble formaba un bufete, provisto en el fondo de varios cajones, y cada uno de éstos estaba señalado con una letra del alfabeto, siendo allí donde el señor de Sartines encerraba papeles y cifras que nadie podía leer mientras él viviese, pues el mueble se abría por un resorte, y que nadie podía descifrar tampoco después de su muerte, á no ser que encontrara el secreto de las cifras en algún cajón más disimulado que los demás.

Aquel bufete, ó más bien armario, contenía debajo de los espejos de la parte alta doce gavetas cerradas también por medio de un mecanismo invisible; se había mandado construir expresamente para encerrar secretos químicos ó políticos por el regente, cuyo príncipe lo regaló á Dubois, y éste lo había dejado en herencia al señor Dombreval, subdelegado de policía, que fué quien se lo dió al señor de Sartines; pero este último no consintió en servirse de él hasta después que murió el donante, y aun mandó variar el modo con que estaba colocada la cerradura.

El mueble que hemos procurado describir tenía cierta reputación entre la gente, y según decían cerraba demasiado bien para que el señor de Sartines solo guardara en él sus pelucas.

Los hombres murmuradores, y en aquella época había buen número de ellos, decían que si hubiera podido leerse á través de los tableros del expresado mueble, de seguro se hubiesen encontrado en algunas de sus gavetas los famosos tratados en virtud de los cuales se ocupaba S. M. Luis XV en el agiotaje de trigo, por conducto de su fiel agente el señor de Sartines.

El subdelegado de policía vió pues reflejarse en su espejo disimulado el semblante pálido y serio de Lorenza, quien se iba acercando á él con el cofrecillo debajo del brazo.

La joven se paró en medio del gabinete. Aquel traje, aquel rostro, aquel modo de andar, llamaron la atención al subdelegado.

— ¿Quién sois? preguntó sin volverse, pero mirando en el espejo; ¿qué me queréis?

— ¿Estoy, respondió Lorenza, en presencia del señor de Sartines, subdelegado de policía?

— Sí, contestó éste con voz breve.

— ¿Quién me lo afirma?

El señor de Sartines se volvió y dijo:

— ¿Será para vos una prueba de que soy el hombre á quien buscáis el que os envíe á un calabozo?

Lorenza no replicó.

Lo que hizo fué mirar en su derredor con esa dignidad inexplicable que poseen las italianas, por ver si encontraba la silla que el señor de Sartines no le ofrecía.

Aquella mirada bastó á desarmar á éste; pues el conde de Alby de Sartines era hombre de bastante buena educación.

— Sentaos, dijo bruscamente.

Lorenza acercó un sillón y se sentó.

— Hablad pronto; veamos, ¿qué queréis?

— Caballero, dijo la joven, vengo á ponerme bajo vuestra protección.

El señor de Sartines la miró de ese modo camastrón que le era peculiar.

— ¡Ah! ¡ah! exclamó.

— Caballero, continuó Lorenza, he sido robada á mi familia y sometida por medio de un falso casamiento á un hombre que hace tres años me está oprimiendo y matando á fuerza de pesar.

El señor de Sartines miró aquella noble fisonomía y se sintió conmovido por aquella voz de un acento tan dulce que parecía un canto.

— ¿De qué país sois? preguntó.

— Soy romana.

— ¿Cómo os llamáis?

— Lorenza.

— ¿Lorenza de qué?

— Lorenza Feliciani.

— No conozco ese apellido. ¿Sois señorita?

Sabido es que señorita significaba en aquella época hija de una familia noble. En nuestros días, una mujer se considera bastante noble así que se casa, llamándose señora.

— Soy señorita, respondió Lorenza.

— ¿Y qué es lo que pedís?...

— Pido justicia contra ese hombre que me ha encarcelado y secuestrado.

— Eso no es de mi incumbencia, dijo el subdelegado, ¿no sois su mujer?

— Á lo menos, él lo dice.

— ¿Cómo es eso de él lo dice?

— Sí, pero yo no me acuerdo del matrimonio, porque ha sido contraído estando yo dormida.

— ¡Caramba, qué sueño tan pesado tenéis!

— ¿Qué decís?

— Digo que eso no es de mi incumbencia; debéis dirigiros á un procurador y entablar una demanda, pues á mí no me gusta mezclarme en asuntos de matrimonio.

Y al decir esto, el señor de Sartines hizo un ademán que significaba: idos.

Lorenza no se movió.

— ¡Y bien! ¿no habéis entendido? preguntó el señor de Sartines admirado.

— Aun no he acabado, contestó la joven, y si vengo aquí debéis conocer que no es para quejarme de una cosa frívola, sino para vengarme. Ya os he dicho mi

nombre, las mujeres de mi país se vengán y no se quejan.

— Eso es ya diferente, dijo el señor de Sartines, pero despachaos, hermosa señora, porque el tiempo es para mí muy precioso.

— Os he dicho que venía á implorar vuestra protección, ¿ me la concedéis ?

— ¿ Contra quién ?

— Contra el hombre de quien quiero vengarme.

— ¿ Conque es poderoso ?

— Más que un rey.

— Vamos, expliquémonos, querida señora... ¿ Cómo queréis que os conceda protección contra un hombre que, en vuestra opinión, es más poderoso que un rey, y para una acción que quizás será un crimen ? Si tenéis que vengaros de ese hombre, vengaos en buen hora, pues á mí poco me importa, sólo que si cometéis un crimen, mandaré prenderos, y luego examinaremos el negocio : esta es la marcha.

— No, caballero, dijo Lorenza, no mandaréis prenderme, pues mi venganza es sumamente útil para vos, para el rey y para la Francia. Yo me vengo revelando los secretos de ese hombre.

— ¿ Ah ! ¿ ah ! ¿ ese hombre tiene secretos ? dijo el señor de Sartines interesándose á pesar suyo.

— Y muy grandes, caballero.

— ¿ De qué clase ?

— Políticos.

— Decidlos.

— Pero en fin, ¿ me protegeréis ?

— ¿ Qué especie de protección queréis que os dé ? dijo el magistrado sonriéndose con frialdad. ¿ Pedís dinero ó cariño ?

— Lo que pido, caballero, es entrar en un convento, sepultarme en él y vivir allí ignorada. Quiero

que ese convento sea para mí un sepulcro, y que nadie en el mundo viole ese sepulcro.

— ¿ Ah ! dijo el magistrado, no es mucho exigir. Hablad, que se os dará el convento.

— ¿ Me le prometéis bajo palabra de honor, caballero ?

— Os lo prometo.

— Pues entonces, dijo Lorenza, tomad este cofrecito que contiene misterios que os harán temblar por la seguridad del monarca y del reino.

— ¿ Sabéis vos cuáles son esos misterios ?

— Superficialmente, pero sé que existen.

— ¿ Y que son importantes ?

— Que son terribles.

— ¿ Decís que son políticos ?

— ¿ No habéis oído hablar alguna vez de una sociedad secreta ?

— ¿ Ah ! ¿ la de los masones ?

— La de los invisibles.

— Sí, pero no creo que exista.

— Así que abráis ese cofre lo creeréis.

— ¿ Ah ! exclamó el señor de Sartines vivamente, veámoslo.

Y tomó el cofre de manos de Lorenza.

Pero de pronto lo puso sobre el bufete después de reflexionar.

— No, dijo con desconfianza, abridlo vos.

— ¿ Cómo, si no tengo la llave !

— ¿ Que no tenéis la llave ? ¿ Me traéis un cofre en que se encierra el reposo del reino, y se os olvida la llave !

— ¿ Tan difícil es abrir una cerradura ?

— Conociéndola, no.

Y luego continuó al cabo de un instante :

— Aquí hay llaves para toda clase de cerraduras; se os dará un manojo, y vos abriréis.

Esto diciendo miró ligeramente á Lorenza.

— Está bien, dijo ésta sencillamente.

El señor de Sartines dió á la joven un manojo de llaves de todos tamaños y formas.

Lorenza lo tomó.

El señor de Sartines le tocó la mano y advirtió que estaba fría como el mármol.

— Pero ¿porqué no habéis traído la llave del cofre? preguntó.

— Porque el dueño de este la lleva siempre consigo.

— ¿Y decís que es más poderoso que un rey? ¿quién es?

— Lo que es, nadie puede decirlo, el tiempo que ha vivido sólo lo sabe la eternidad; los hechos que lleva á cabo nadie sino Dios los ve.

— Pero ¿cómo se llama, cómo se llama?

— Le he visto mudar diez veces de nombre.

— Pero ¿con cuál le conocéis vos?

— Con el de Acharat.

— ¿Y dónde vive?

— En la calle de San.....

De pronto se estremeció Lorenza, empezó á temblar, dejó caer el cofre que tenía en una mano y las llaves que tenía en la otra; hizo un esfuerzo para responder, pero se le torció la boca de resultas de una convulsión dolorosa; se llevó las manos á la garganta como si le ahogaran las palabras que estaban para salir de ella, y luego levantando al cielo sus temblorosos brazos, sin poder articular ni un sonido, cayó con todo el peso de su cuerpo sobre la alfombra del gabinete.

— ¡Pobre chica! murmuró el señor de Sartines; ¿qué diablo le ha sucedido?... De veras es lindísima. Vamos, vamos, querrá vengarse por celos.

Tocó una campanilla y él mismo levantó á la joven, quien con los ojos espantados y los labios inmóviles, parecía que estaba muerta, y que había dejado este mundo.

Dos ayudas de cámara entraron, y el teniente de policía les dijo:

— Llevad esta joven con mucho cuidado á la habitación inmediata, y procurad que recobre los sentidos, sin emplear para ello medios violentos.

Los ayudas de cámara obedecieron llevándose en brazos á Lorenza.

El cofrecito

Así que el señor de Sartines se quedó solo, tomó el cofrecito, y le dió vueltas como un hombre que sabe apreciar el valor de un descubrimiento.

En seguida alargó la mano y recogió el manajo de llaves que de las manos de Lorenza cayera al suelo, las probó todas, y ninguna iba á la cerradura del cofrecito.

Entonces sacó de su gaveta otros tres ó cuatro manajos por el mismo estilo, que contenían llaves de todas dimensiones, de muebles, de cofrecitos, pudiendo decirse que el señor de Sartines poseía una muestra de todas las llaves conocidas, desde la de un uso común hasta la microscópica.

Probó veinte, cincuenta, ciento, pero ninguna dió una vuelta siquiera en la cerradura del cofrecito, de donde dedujo el magistrado que aquella cerradura era sólo aparente, y que por lo mismo sus llaves eran un simulacro.

Sacó entonces de la gaveta un pequeño escoplo y un martillito, y con su blanca mano sumida bajo un ancho manguito de Malinas, hizo saltar la cerradura, fiel guardiana del cofrecito.

Al punto se presentó á su vista un lío de papeles, en lugar de las fulminantes máquinas que temía hallar ó

de los venenos cuyo aroma debía ser mortífero y privar á la Francia de su magistrado más esencial.

Las primeras palabras que se presentaron á los ojos del subdelegado de policía, fueron las siguientes trazadas por una mano que se conocía evidentemente había disfrazado su letra :

« Maestre, es tiempo de dejar el nombre de Bál-samo. »

No tenían más firma que estas tres iniciales: L. P. D.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! exclamó el subdelegado dando vueltas á los bucles de su peluca ; si no conozco la letra, creo que me es conocido el nombre... ¡ Bál-samo !... Veamos... Busquemos en la letra B.

Entonces abrió una de sus veinticinco gavetas y sacó de ella un pequeño libro de registro en que estaban escritos por orden alfabético y una letra muy menuda y llena de abreviaturas trescientos ó cuatrocientos nombres, precedidos, seguidos y acompañados de coletas que echaban chispas.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! murmuró ; tenemos tela larga con el tal Bál-samo.

Y leyó toda la página con inequívocas muestras de descontento.

Luego volvió á poner en su sitio el registro para continuar el inventario del cofrecito.

No tuvo que ir muy lejos para recibir una impresión profunda, pues halló al punto una nota atestada de nombres y de cifras.

Aquella nota le pareció importante ; porque estaba muy usada en los márgenes y muy cargada de signos hechos con lápiz. El señor de Sartines tiró de la campanilla, y se presentó un criado.

— Que venga en seguida el ayudante de la Cancillería, y decidle que pase de las oficinas por el aposento para abreviar.

El criado salió.

Dos minutos después, se presentaba en el umbral del gabinete un amanuense con la pluma en la mano, el sombrero bajo un brazo, un abultado registro bajo el otro, y unos manguitos de sarga negra sobre las mangas de la casaca. El señor de Sartines lo vió en el espejo de su escritorio y le alargó el papel por encima del hombro, diciéndole:

— Descifradme eso.

— Está bien, monseñor, respondió el empleado.

Este adivinador de charadas era un hombrecillo delgado, de labios fruncidos, entrecejo arrugado á fuerza de indagar, cara pálida y puntiaguda de arriba abajo, barba afilada, frente recogida, juanetes prominentes, y ojos hundidos y apagados, que se animaban por momentos.

El señor de Sartines le llamaba Garduña.

— Sentaos, dijo el magistrado viéndolo embarazado con su calepino, su códice de cifras, con su nota y su pluma.

Garduña se sentó modestamente sobre un taburete, juntó sus piernas, y se puso á escribir sobre las rodillas, registrando su diccionario y su memoria con una fisonomía impasible.

Al cabo de cinco minutos había escrito lo siguiente:

§

« Orden para reunir tres mil hermanos en París.

§

» Orden para formar tres círculos y seis logias.

§

» Orden para formar una guardia que custodie la persona del gran Copto, y prepararle cuatro domicilios, debiendo ser uno de ellos en un palacio que pertenezca al rey.

§

» Orden para poner á su disposición quinientos mil francos para una policia.

§

» Orden para alistar en el primer círculo parisiense toda la flor y nata de la literatura y la filosofía.

§

» Orden para tener á sueldo ó ganar á la magistratura; y para asegurarse especialmente al subdelegado de policia por medio de la corrupción, la violencia ó la astucia.»

Garduña se detuvo un momento, no para reflexionar, porque esto hubiera sido un crimen en aquel pobre hombre, sino porque habiendo concluido de escribir una cara, y estando todavía fresca la tinta, era preciso esperar á que se secase para proseguir.

El señor de Sartines, impaciente, le quitó la hoja de la mano y se puso á leer.

Al llegar al último párrafo se pintó en todas sus facciones tal terror, que se aumentó su palidez aun más

al ver en el espejo de su armario lo pálido que se había puesto.

Por lo demás, no devolvió la hoja al empleado de la Cancillería, sino que le dió otra en blanco.

Este continuó escribiendo á medida que iba descifrando, cuya operación hacía con una facilidad espantosa para los que se ocupaban en escribir en cifra.

Aquella vez el señor de Sartines no pudo aguardar, y leyó por encima del hombro de Garduña

« Dejar en París el nombre de Bálamo, que empieza á ser demasiado conocido, y tomar el de conde de Fé.... »

El resto de la palabra estaba sepultado en una mancha de tinta.

En el mismo momento en que el señor de Sartines procuraba averiguar las sílabas que debían componer la palabra, sonó la campanilla exterior, y un criado entró anunciando:

— El señor conde de Fénix.

El señor de Sartines lanzó un grito, y exponiéndose á derribar el armonioso edificio de su peluca, juntó las manos por cima de su cabeza, y se apresuró á despedir á su dependiente por una puerta excusada.

En seguida volvió á sentarse delante del bufete, y dijo al ayuda de cámara:

— Que entre.

Algunos segundos después el señor de Sartines vió en su espejo el severo perfil del conde, á quien ya había columbrado en la corte el día en que fué presentada la Dubarry.

Bálamo entró sin ninguna indecisión.

El señor de Sartines se levantó, hizo una fría reverencia, y cruzando una pierna sobre otra se recostó ceremoniosamente contra el respaldo de su sillón.

Desde luego conoció el magistrado la causa y objeto de aquella visita.

Desde luego vió también Bálamo la cajita abierta y medio vacía sobre el bufete del señor de Sartines.

Por fugitiva que fuese la mirada que Bálamo dirigió al cofre, no se escapó al subdelegado de policía.

— ¿ Á qué casualidad debo la honra que me dispensáis viniendo á mi casa ? preguntó el señor de Sartines.

— Caballero, respondió Bálamo con una sonrisa llena de amenidad, he tenido el honor de ser presentado á todos los soberanos de Europa, á todos los ministros, á todos los embajadores; pero no habiendo encontrado á nadie que me presentase á vos, vengo á presentarme yo mismo.

— Pues llegáis á tiempo, caballero, dijo el subdelegado de policía; hasta creo que si no hubierais venido de motu propio, yo habria tenido la honra de llamaros.

— ¡ Ah ! dijo Bálamo, luego llevo oportunamente.

El señor de Sartines se inclinó sonriendo irónicamente.

— ¿ Será tanta mi fortuna, caballero, continuó Bálamo, que pueda seros útil en algo ?

Estas palabras las pronunció sin que apareciese en su risueña fisonomía ni una sombra de emoción ó inquietud.

— ¿ Habéis viajado mucho, señor conde ? preguntó el subdelegado de policía.

— Mucho, caballero.

— ¡ Ah !

— ¿ Queréis acaso que os dé algunos pormenores geográficos ? Lo digo porque un hombre de una capa-

cidad como la vuestra no sólo se ocupa de Francia, sino que abarca la Europa, el mundo.....

— El punto que quiero saber no es geográfico, señor conde; si dijeseis moral, sería más exacto.

— No hay que apurarse, pues lo mismo para ese que para cualquiera otro estoy á vuestras órdenes.

— Pues bien, señor conde, figuraos que ando buscando á un hombre muy peligroso á fe mía; á un hombre que es al mismo tiempo ateo.....

— ¡Oh!

— Conspirador.

— ¡Oh!

— Falsario.

— ¡Oh!

— Adúltero, monedero falso, empírico, charlatán, jefe de secta; á un hombre cuya historia tengo consignada en mis registros, en esta cajita que estáis viendo, en todas partes.

— ¡Ah! sí, ya comprendo, dijo Bálamo; conocéis su historia, pero no conocéis al hombre.

— No.

— ¡Diablo! pues me parece que eso sería lo más importante.

— Sin duda; pero vais á ver que estamos muy cerca de conocerlo. De seguro que Proteo no tiene más formas, ni Júpiter más nombres que ese misterioso viajero. En Egipto se llama Acharat, en Italia Bálamo, Somini en Cerdeña, marqués Danna en Malta, en Córcega marqués Pellegrini, en fin conde de....

— ¿Conde de?... replicó Bálamo.

— Ese último nombre, caballero, es el que no he podido leer bien; pero vos me ayudaréis, ¿no es verdad? estoy seguro de ello, porque no podéis menos de haber conocido á ese hombre en vuestros largos viajes y en tantos países como acabo de citaros

— Dadme algunas señas de él, veamos, dijo Bálamo tranquilamente.

— ¡Ah! ya comprendo; lo que deseáis es una especie de filiación, ¿no es verdad, señor conde?

— Justamente, caballero, si os place.

— Pues bien, dijo el señor de Sartines, fijando en Bálamo una mirada inquisitorial; es un hombre de vuestra edad, de vuestra estatura y modales; que ora derrama el oro como un gran señor, ora busca los secretos naturales como un charlatán, ora es afiliado sombrío de alguna asociación misteriosa que jura en las tinieblas la muerte de los reyes y la destrucción de los tronos.

— ¡Oh! dijo Bálamo; eso es muy vago.

— ¿Cómo muy vago?

— ¡Si supieseis cuántos hombres he visto parecidos á ese retrato!

— ¿En verdad?

— Sin duda; y haríais bien en precisar más las señas, si queréis que os ayude. Primeramente, ¿sabéis qué país habita con preferencia?

— Los habita todos.

— ¿Pero en este momento?

— En este momento está en Francia.

— ¿Y qué hace en Francia?

— Dirigir una inmensa conspiración.

— ¡Ah! ese á lo menos es un detalle preciso, y si sabéis qué conspiración dirige, tenéis un hilo que, según todas las probabilidades, puede guiaros para hallar á ese hombre.

— Así lo creo.

— Y bien, si lo creéis, ¿porque me pedís consejo?

Lo tengo por inútil.

— Es que estoy indeciso sobre una cosa.

— ¿Sobre qué?

- Sobre lo que voy á deciros.
- Decid.
- ¿ Le mandaré prender, sí ó no ?
- ¿ Sí, ó no ?
- Sí ó no.
- No comprendo el *no*, señor subdelegado de policía; porque al cabo, si conspira.....
- Sí, pero está algo resguardado por cierto nombre, por cierto título.
- ¡ Ay! ya comprendo. Pero es preciso que me digáis qué nombre y qué título es ese, si queréis que os ayude en vuestras pesquisas.
- Ya os he dicho que sé el nombre con que se oculta, pero.....
- Pero no sabéis con cuál se presenta, ¿ no es eso ?
- Justamente, y á saberlo
- Lo mandariais prender.
- Inmediatamente.
- Pues bien, mi querido señor de Sartines, es una fortuna, como me deciais hace un momento, el que haya yo llegado tan á tiempo, pues voy á prestaros el servicio que me pedís.
- ¿ Vos ?
- Sí.
- ¿ Vais á decirme su nombre ?
- Sí.
- ¿ Luego le conocéis ?
- Perfectamente.
- ¿ Y cómo se llama ? preguntó el señor de Sartines esperando que le respondiese alguna mentira.
- El conde de Fénix.
- ¿ Cómo ! ¿ el nombre con que os habéis anunciado ?.....
- Sí, el nombre con que yo me he anunciado.
- ¿ Vuestro nombre ?

- Mi nombre.
- Entonces, ese Acharat, ese Somini, ese marqués de Anna, ese marqués Pellegrini, ese José Bálsamo, sois vos ?
- Sí, dijo Bálsamo simplemente, soy yo mismo.
- El señor de Sartines se tomó un minuto para reponerse del asombro que le causó esta franqueza descarada.
- Sabed, dijo en seguida, que ya lo había adivinado. Os conocía, y sabía que ese Bálsamo y ese conde de Fénix eran una misma persona.
- ¡ Ah ! confieso que sois un gran ministro, dijo Bálsamo.
- Y vos un gran imprudente, repuso el magistrado dirigiéndose hacia la campanilla.
- ¡ Imprudente !... ¿ Y por qué ?
- Porque voy á mandar prenderos.
- ¡ Quia ! dijo Bálsamo interponiéndose entre la campanilla y el magistrado. ¿ Acaso se me puede prender á mí ?
- ¡ Pardiez ! ¿ queréis decirme qué haréis para impedírmelo ?
- ¿ Queréis saberlo ?
- Sí.
- Mi querido subdelegado de policía, os voy á levantar la tapa de los sesos.
- Y Bálsamo sacó del bolsillo una pistola muy bonita de plata sobredorada, y que cualquiera hubiera dicho había sido cincelada por Benvenuto Cellini; pistola que apuntó tranquilamente al rostro del señor de Sartines, quien cayó sobre un sillón pálido en extremo.
- Ahí, dijo Bálsamo arrimando otro sillón al del subdelegado de policía y sentándose; ahora que estamos sentados, podemos hablar un poco.

El señor de Sartines tardó algo en reponerse de un susto tan serio, pues había visto, como si tratara de mirar el cañón por dentro, la boca amenazadora del cachorrillo, y hasta había sentido en su frente el frío de su círculo de hierro.

Por último se repuso, y dijo:

— Caballero, os llevo una ventaja; pues sabiendo la clase de hombre con quien hablaba, no he tomado las precauciones que se toman contra los malhechores ordinarios.

— ¡Oh! replicó Bálamo; veo que os irritáis, y que prorrumpís en denuestos; sin notar que sois muy injusto, pues vengo á prestaros un servicio.

El señor de Sartines hizo un movimiento.

— Sí, vengo á prestaros un servicio, repitió Bálamo; y ya veis que os equivocáis acerca de mis intenciones, puesto que me habláis de dirigir conspiraciones precisamente cuando vengo á denunciaros una conspiración.

Pero por más que dijese Bálamo, el señor de Sartines no prestaba en aquel momento grande atención á las palabras de aquel peligroso visitante; tan poca era la que prestaba que apenas hizo alto en la palabra conspiración que en otras circunstancias le hubiera sobresaltado en extremo.

— Puesto que tan bien sabéis quién soy, debéis saber igualmente mi misión en Francia. Enviado por S. M. el gran Federico, esto es, embajador más ó menos secreto de S. M. prusiana (y quien dice embajador dice curioso); en mi calidad de curioso no ignoro nada de lo que pasa, y una de las cosas que mejor conozco es el monopolio de los granos.

Por muy sencillamente que Bálamo pronunció estas últimas palabras, hicieron más impresión en el subdelegado de policía que todas las anteriores, pues le hicieron levantar lentamente la cabeza y prestar atención.

— ¿Qué es eso de los granos? dijo afectando tanta seguridad como había empleado el mismo Bálamo al principio de la conversación. Tened á bien enterarme de eso, caballero.

— Con mucho gusto, dijo Bálamo; he aquí lo que es.

— Ya os escucho.

— ¡Oh! no tenéis necesidad de decírmelo. Hay especuladores muy diestros que han persuadido á S. M. el rey de Francia que debía mandar construir graneros para almacenar los granos de sus pueblos para en caso de miseria. Por consiguiente, se han empezado á hacer esos graneros, y durante su construcción, ha habido quienes han dicho que convenía hacerlos grandes, de manera que no se ha escaseado la piedra sillar ni la mampostería, y se han construido muy vastos.

— ¿Y qué más?

— Que ha sido preciso henchirlos, porque los graneros vacíos eran inútiles; y efectivamente han sido atestados de grano.

— ¿Y qué, caballero? dijo el señor de Sartines, no viendo aun claramente á dónde quería ir á parar Bálamo.

— Pues bien, ya comprenderéis que para llenar unos graneros tan grandes ha habido que almacenar una cantidad grandísima de trigo. ¿No es verdad?

— Sin duda.

— Continúo. El retirar de la circulación mucho trigo es un medio de matar de hambre al pueblo, porque, tenedlo presente, todo valor que se saca de la circulación equivale á una falta de producto. Mil fanegas de grano encerradas en un granero, son mil fanegas menos sacadas al mercado, y si estas mil fanegas las multiplicáis aunque sea solo por diez, el trigo se encarece como es consiguiente.

Al señor de Sartines le acometió un ataque de tos, sin duda de irritación.

Bálsamo se detuvo, y esperó tranquilamente á que se calmase la tos.

— De consiguiente, continuó diciendo así que el subdelegado de policía le dió tiempo, el especulador en granos se enriquece con el aumento del precio; ¿no es esto claro?

— Mucho que lo es, dijo el señor de Sartines; pero, según veo, caballero, ¿se reduce vuestra pretensión á denunciarme una conspiración ó un crimen cuyo autor sería S. M. ?...

— Justamente, contestó Bálsamo, me habéis entendido.

— Seguramente que es cosa atrevida, caballero, y en verdad que tengo gran curiosidad por saber cómo tomará el rey vuestra acusación. Mucho temo que el resultado sea precisamente el mismo que yo me proponía alcanzar con registrar los papeles que contenía este cofre antes de vuestra llegada. Andaos con tiento, caballero, porque siempre iréis á parar á la Bastilla.

— Vamos, está visto que no me entendéis.

— ¿Cómo que no os entiendo?

— ¡Dios mío! qué mal me juzgáis! y cuánto os equivocáis, caballero, si me tenéis por tonto! ¡Cómo! ¿os figuráis que yo voy á atacar al rey, yo, que soy embajador y curioso?... Eso sería propio de un necio, y os suplico que me oigáis hasta el fin.

El señor de Sartines hizo un movimiento con la cabeza.

— Los que han descubierto esa conspiración contra el pueblo francés (... dispensadme, caballero, si os estoy robando un tiempo precioso, pero pronto veréis que no es enteramente perdido); los que han descubierto esa conspiración contra el pueblo francés son unos economistas muy laboriosos y aficionados á pormenores, que al aplicar su lente investigador á ese monopolio han observado que el rey no es el único que lo ejerce. Saben muy bien que S. M. lleva un registro exacto del grano que se presenta al mercado; saben que S. M. se restrega las manos de gusto cuando la alza le produce ocho ó diez mil escudos; pero también saben que al lado de S. M. hay un hombre, cuya posición facilita la venta, que, gracias al empleo que ejerce (porque es empleado, caballero), vigila las compras, la llegada de los cargamentos, y la operación de entorajar el trigo; un hombre, en fin, que se mezcla en todo esto en nombre del rey. Ahora bien, les economistas, los hombres del lente, como yo los llamo, no atacan al rey, pues no son tan imbéciles como todo eso, sino al hombre, señor mío, al empleado, al agente que ejerce el monopolio para S. M.

El señor de Sartines trató, aunque en vano, de volver el equilibrio á su peluca.

— Ahora llego al hecho, continuó Bálsamo. Así como vos sabíais, porque tenéis una policía, que yo era el conde de Fénix, yo sé que vos sois el señor de Sartines.

— Y bien, ¿qué? dijo el magistrado algo cortado. Sí, yo soy el señor de Sartines. ¡Me gusta el descubrimiento!

— ¡Ah! pues acabad de entenderlo; ese señor de Sartines es precisamente el hombre que lleva los registros, que hace los monopolios, el que, con conocimiento del rey ó sin él, trafica con los estómagos de veintisiete millones de franceses, á quienes le prescriben sus funciones alimentar lo más barato posible. Ahora bien, ¿figuraos el efecto de semejante descubrimiento! El pueblo no os quiere mucho; el rey no es un hombre tierno, por consiguiente tan luego como los gritos de los hambrientos pidan vuestra cabeza, S. M., á fin de alejar la menor sospecha de connivencia con vos, si es que la tiene, ó para hacer justicia, si no hay connivencia, se apresurará á mandar que os cuelguen como se hizo con Enguerrando de Marigny, ¿os acordáis?

— No muy bien, respondió el señor de Sartines muy pálido; y me parece, caballero, que dais pruebas de muy mal gusto hablando de patíbulo á un hombre de mi condición.

— ¡Oh! si hablo de él, caballero, replicó Bálamo, es porque me parece que estoy viendo á aquel pobre Enguerrando. Os juro que era un cumplido caballero de Normandía, descendiente de una familia muy antigua y de una casa muy noble. Era chambelán de Francia, capitán del Louvre, intendente de Hacienda y Marina, conde de Longueville, que es un condado más importante que el vuestro de Alby. Pues bien, caballero, yo lo he visto colgado en la horca de Montfaucon que él mismo había mandado levantar, y, á Dios gracias, no fué por falta de repetirle: « Enguerrando, mi querido Enguerrando, andaos con cuidado, pues cortáis y rajáis en la hacienda con una libertad que

no os la perdonará Carlos de Valois. » Pero no quiso escucharme, caballero, y pereció desgraciadamente. ¡Ay! si supierais cuántos prefectos de policía he visto, desde Poncio Pilato que condenó á Jesucristo, hasta el señor Bertin de Bellile, conde de Bourdeilhes, y señor de Brantome, vuestro predecesor, que estableció los faroles y prohibió los ramilletes!

El señor de Sartines se levantó y trató, aunque en vano, de disimular la agitación que lo dominaba.

— Y bien, dijo, acusadme si gustáis; ¿qué me importa el testimonio de un hombre como vos que no se funda en nada?

— ¡Cuidado, caballero! repuso Bálamo, que muchas veces los que al parecer no se fundan en nada se fundan en todo! y cuando yo escriba todos esos pormenores de la historia de los granos acaparados á mi corresponsal ó á Federico, que es filósofo como vos sabéis; cuando Federico se apresure á escribir la cosa comentada al señor Arouet de Voltaire; cuando éste haga con su pluma, cuya fama conoceréis á lo menos, un cuento picaresco en el género del hombre de cuarenta escudos; cuando el señor de Alembert, ese admirable geómetra, haya calculado que con los granos de trigo arrebatados por vos al sustento público se hubiera podido mantener á cien millones de hombres por espacio de tres ó cuatro años; cuando Helvecio haya demostrado que el precio de esos granos, convertido en escudos de seis libras y puestos en pila, podría subir hasta la luna, y en billetes de banco puestos unos al lado de los otros podría extenderse hasta San Petersburgo; cuando este cálculo haya inspirado un drama al señor de la Harpe; una conversacion del padre de familia de Diderot y una paráfrasis terrible sobre esta conversacion con comentarios de J.-J. Rousseau, de Ginebra, que tampoco muerde mal

cuando se pone á ello ; una memoria al señor Carón de Beaumarchais, cuya pista Dios os libre de seguir nunca ; una carta al señor Grimm ; un arranque de furor al señor de Holbach, y un cuento moral al señor de Marmontel, quien os asesinará defendiéndoo mal ; cuando se hable de esto en el café de la Regencia, en el Palais-Royal, en casa de Audinot y la de los bailarines del rey, mantenidos como sabéis por el señor Nicolet : ¡ ah ! entonces, señor conde de Alby, seréis un subdelegado de policía más desahuciado de la opinión que nunca lo fué en el patíbulo ese pobre Enguerrando de Marigny, de quien no queréis oír hablar, pues decía que era inocente, y con tan buena fe, que bajo palabra de honor os digo que lo creí cuando me lo afirmó.

Al oír esto, sin guardar decoro por más tiempo el señor de Sartines quitó la peluca y se enjugó el cráneo, cubierto enteramente de sudor.

— Corriente, dijo, todo eso no impedirá que obre ; perdedme si es que podéis, pues si vos tenéis pruebas, también las tengo yo. Conservad vuestro secreto, pues yo conservaré el cofrecito.

— Caballero, dijo Bálamo, ese es otro error en que me admiro que incurra un hombre de tanta fuerza de entendimiento. Esta cajita.....

— ¿ Qué hay con esta cajita ?

— Que no la conservaréis.

— ¡ Oh ! exclamó el señor de Sartines senriéndose irónicamente, es verdad ; se me había olvidado que el señor conde de Fénix es un caballero que acomete á mano armada como los salteadores de caminos. Dispensadme, señor embajador, si no me acordaba ya de vuestra pistola ; como os la habéis vuelto á guardar.....

— Aquí no se trata de pistolas, señor de Sartines ; estoy seguro de que no creéis que voy á trabar con vos

una lucha para quitaros á la fuerza ese cofrecito, pues aun no habría llegado á la escalera, cuando ya habríais tocado la campanilla y dado la voz de ¡ ladrones ! No. Cuando digo que no conservaréis el cofrecito, debe entenderse que vais á devolvérmelo de motu proprio y con gusto.

— ¡ Yo ! exclamó el magistrado empuñando el cofrecito con tanta fuerza que faltó poco para que lo rompiese.

— Sí, vos.

— Está bien, burlaos, caballero ; pero en cuanto á recobrar esta caja, os digo que para ello necesitáis quitarme antes la vida. ¿ Qué digo la vida ? ¿ No la he arriesgado mil veces ? ¿ No debo derramar hasta la última gota de mi sangre en servicio de S. M. ? Matadme, sois muy dueño de ello ; pero al ruido acudiría quien me vengase, y no me faltaría quien os convenciese de todos vuestros crímenes. ¡ Ah ! ¿ devolveros este cofrecito ? añadió con amarga sonrisa, aunque todos los demonios del infierno vinieran á reclamarlo, no lo entregaría.

— Así, no me valdré de la intervención de ningún poder subterráneo ; me bastará emplear la de la persona que en este momento está llamando á la puerta de vuestro patio.

En efecto, acababan de resonar tres golpes dados magistralmente.

— Y cuya carroza, continuó Bálamo, está entrando ya en el patio, ¿ no la oís ?

— ¿ Al parecer es algún amigo vuestro que me hace el honor de venir á visitarme ?

— Efectivamente, es un amigo mío.

— ¿ Y decís que le devolveré este cofrecito ?

— Sí, querido señor de Sartines, se lo devolveréis. No bien el subdelegado de policía había acabado un

gesto de supremo desdén, cuando un ayuda de cámara abrió solícito la puerta y anunció que la señora condesa Dubarry solicitaba una audiencia de monseñor.

El señor de Sartines se estremeció y miró estupefacto á Bálamo, quien tuvo que apelar á todo su poder sobre sí mismo para no reirse en las barbas del honorable magistrado.

El aquel momento detrás del ayuda de cámara entraba toda perfumada y con paso rápido una dama que no creía tener necesidad de permiso; era la hermosa condesa, cuyo ondulante vestido rozó suavemente la puerta del gabinete.

— ¿Sois vos, señora? ¿vos aquí? murmuró el señor de Sartines, quien, por un resto de terror, había tomado entre las manos y apretaba contra su pecho el cofrecito aun abierto.

— ¡Buenos días, Sartines! dijo la condesa con su alegre sonrisa; luego volviéndose hacia Bálamo, añadió: ¡Buenos días, querido conde!

Y alargó la mano á este último, que se inclinó familiarmente y estampó sus labios en aquella blanca mano en que tantas veces había estampado los suyos el rey.

Con aquel movimiento había tenido tiempo Bálamo para decir en voz baja tres ó cuatro palabras que no pudo oír el señor de Sartines.

— ¡Ah justamente! ¡Conque está aquí mi cofrecito! exclamó la condesa.

— ¡Vuestro cofrecito! balbuceó el señor de Sartines.

— Sin duda que es mi cofrecito. ¡Toma! ¡y lo habéis abierto! ¡Me gusta la franqueza!

— Pero, señora.....

— ¡Oh! es admirable; ya se me había ocurrido...

Me habían robado ese cofrecito, y dije para mí: voy á ver al señor de Sartines, que ya hará que parezca.

Pero parece que no habéis aguardado mi reclamación para hallarlo, ¡mil gracias!

— Y hasta lo ha abierto, como habéis dicho, madama, añadió Bálamo.

— ¡Sí, ya lo veo!... ¿Puede darse una cosa igual? Eso es odioso, señor de Sartines.

— Madama, debo deciros, salvo el respeto que os profeso, que temo mucho que os dejéis engañar, dijo el señor de Sartines.

— ¡Dejarse engañar! dijo Bálamo. Caballero, ¿decís acaso eso por mí?

— Yo sé lo que me digo, replicó el señor de Sartines.

— Y yo no sé nada, dijo en voz baja madama Dubarry á Bálamo. Veamos, ¿qué es lo que ocurre, querido conde? Me habéis recordado la promesa que os hice de concederos la primera petición que me hicieris. Yo cumplo mis palabras como un hombre de honor, y ya me tenéis aquí. Veamos, decidme lo que puedo hacer por vos.

— Madama, respondió en voz alta Bálamo, me habéis confiado hace pocos días esta cajita y todo lo que contiene.

— Sin duda, dijo madama Dubarry respondiendo con una mirada á otra del conde.

— ¡Sin duda! exclamó el señor de Sartines. ¿Y vos decís sin duda, madama?

— Me parece que la señora condesa ha pronunciado esas palabras con voz bastante alta para que las hayáis oído.

— ¡Una cajita que tal vez contiene diez conspiraciones!

— ¡Ah! señor de Sartines, ya sabéis que no estáis de suerte con esa palabra, así no la repitáis. Madama os reclama su cofrecito, devolvédselo y punto concluido.

— ¿Vos me lo reclamáis, madama? preguntó el señor de Sartines trémulo de cólera.

— Sí, querido magistrado.

— Pero, á lo menos debéis saber,....

Bálsamo miró á la condesa.

— Nada tengo que saber que no sepa ya, dijo madama Dubarry; devolvedme mi cofrecito, pues debéis conocer que no me habré molestado por una frustería.

— ¡Madama, en nombre de Dios vivo, en nombre del interés de S. M. !.....

Bálsamo hizo un gesto de impaciencia.

— Venga el cofrecito, caballero, dijo la condesa lacónicamente; ¿me lo dais, sí ó no? Reflexionad antes de decir que no.

— Como gustéis, señora, dijo el señor de Sartines con humildad.

Y presentó á la condesa el cofrecito, en que había colocado Bálsamo todos los papeles que estaban esparcidos en el bufete.

La Dubarry se volvió hacia éste, y le dijo con una sonrisa encantadora:

— Conde, tened la bondad de llevarme este cofrecito hasta mi carroza, y darme la mano para que no atraviere sola todas estas antesalas en que se ven unos rostros tan pícaros. ¡Gracias, Sartines!

Y ya se dirigía Bálsamo hacia la puerta con su protectora, cuando vió que el señor de Sartines iba á tirar del cordón de la campanilla.

— Señora condesa, dijo Bálsamo, deteniendo á su enemigo cen la vista, dignaos decir al señor de Sartines, quien no me perdona el que le haya pedido vuestra cajita, que sentiríais mucho me sucediera alguna desgracia por culpa del señor subdelegado de policía, y que se sirva no molestarme.

La condesa se sonrió, y dijo:

— Querido Sartines, ya ois lo que dice el señor conde: sí, es la pura verdad; el señor conde es un excelente amigo mío, y os tendría un rencor mortal si le disgustaseis en algo. ¡Adiós, Sartines!

Y asida de la mano de Bálsamo, quien llevaba el cofrecito, la Dubarry dejó el gabinete del subdelegado de policía.

El señor de Sartines los vió marcharse sin mostrar ese furor que Bálsamo esperaba ver estallar.

— ¡Véte! murmuró el magistrado vencido; véte, que si tú te llevas la cajita, á mí me queda la mujer que la trajo.

Y para desquitarse tiró del cordón de la campanilla con tal furia que faltó poco para romperlo.

En que el señor de Sartines principia á creer que Bálamo es hechicero

Al oír el precipitado ruido de la campanilla acudió un portero.

— ¡Y bien! ¿esa mujer? preguntó el magistrado.

— ¿Qué mujer, monseñor?

— La que se desmayó aquí y que yo os confié.

— Monseñor, está perfectamente buena, respondió el portero.

— Está bien, traedla aquí.

— ¿Y á dónde la voy á buscar, monseñor?

— ¡Cómo! á ese cuarto donde está.

— Pero ya no está ahí, monseñor.

— ¡Ya no está ahí! ¿Entonces dónde está?

— No puedo deciroslo.

— ¿Se ha marchado?

— Sí.

— ¿Sola?

— Sola.

— Pero si apenas podía tenerse en pie.

— Verdad es, monseñor; estuvo algunos momentos desmayada; pero cinco minutos después que el señor conde de Fénix entró en este gabinete, volvió en sí de aquel extraño desmayo que no podía pasarle con las sales y las esencias que le aplicamos. Entonces abrió los ojos, se levantó por sí sola, y respiró con una especie de satisfacción.

— ¿Y después?

— Después se dirigió hacia la puerta, y como monseñor no había mandado que la retuviéramos, la dejamos marchar.

— ¡Ha marchado! exclamó el señor de Sartines. ¡Desventurados!... ¡Voy á hacer que todos vosotros os pudráis en Bicetre. ¡Pronto! pronto! que venga el oficial mayor.

El portero salió corriendo á cumplir la orden que acababan de darle.

— ¡Ese miserable es hechicero! murmuró el infortunado magistrado. Si yo soy subdelegado de policía del rey, él lo es del diablo.

Sin duda habrá ya comprendido el lector lo que el señor de Sartines no podía explicarse. Inmediatamente después de la escena de la pistola, y mientras el subdelegado de policía trataba de reponerse del susto, aprovechando Bálamo aquel momento de respiro, se había orientado, y volviéndose sucesivamente hacia los cuatro puntos cardinales, había ordenado á la joven que se levantase, que saliese y regresase por el mismo camino que había traído, es decir, á la calle de San Claudio.

Así que Bálamo formuló en su mente esta voluntad, se estableció una corriente magnética entre él y la joven, y obedeciendo ésta á la orden que recibía por intuición, se levantó y se fué sin que nadie se opusiera á su marcha.

Aquella misma noche se metió en la cama el señor de Sartines y mandó que le sangrasen, pues la revolución de su cuerpo había sido demasiado fuerte, para que pudiese soportarla impunemente; y aun aseguró el médico que con sólo haber tardado un cuarto de hora más en sangrarse, hubiera sucumbido á un ataque de apoplejía.

En este intermedio, Bálamo había acompañado á la condesa hasta su coche y había tratado de despedirse de ella, pero la condesa no era mujer capaz de permitir que así la dejasen sin saber, ó, al menos, sin tratar de saber la explicación del extraño acontecimiento que acababa de pasar á su vista.

Así, pues, rogó al conde que subiese con ella al carruaje, y éste obedeció, mandando á un caballero que llevase á Djerid de la brida.

— Ya veis, conde, si soy leal, dijo la Dubarry, y que cuando ofrezco mi amistad á uno, lo hago con la boca y el corazón. Iba á volverme á Luciennes, á donde el rey me ha dicho que irá á verme mañana por la mañana; pero recibí vuestra esquela, y todo lo he dejado por vos. Muchos se hubieran asustado al oír esas palabras de conspiraciones y conspiradores que soltaba el señor de Sartines; pero os miré antes de obrar y he hecho lo que deseabais.

— Señora, respondió Bálamo, habéis pagado ampliamente el corto servicio que os hice; pero nada de lo que se haga conmigo es perdido, y ya veréis si sé agradecer los favores que se me dispensan. No creáis, sin embargo, que soy un criminal ó un conspirador, como dice el señor de Sartines; este amable magistrado recibió de manos de una persona que me ha hecho traición, este cofre que contiene mis secretos químicos y herméticos; secretos, señora condesa, que quiero compartais conmigo, para que conservéis eternamente vuestra espléndida hermosura y esa juventud tan brillante. Ahora bien, al ver las cifras de mis fórmulas, mi querido Sartines llamó en su ayuda á la cancillería, la cual ha interpretado á su modo mis cifras para que no se la acusase de falta de inteligencia. Creo, señora, que ya os he dicho una vez que aun no está exento el oficio que ejerzo de todos los peligros

que lo rodeaban en la edad media, mirándolo favorablemente sólo los jóvenes de una imaginación tan despejada como la vuestra. En una palabra, señora, me habéis sacado de un apuro, y no sólo os lo agradezco, sino que os daré pruebas de mi gratitud.

— Pero ¿qué os hubieran hecho si yo no hubiese venido á favoreceros?

— Con el fin de jugar una pieza al rey Federico, á quien detesta S. M., me hubieran encerrado en Vincennes ó en la Bastilla. Sé que hubiera salido de allí, gracias á la facilidad con que deshago las piedras como un soplo; pero con esto perdía mi cofrecito, el cual contiene, como ya he tenido la honra de deciroslo, muchas fórmulas curiosas é inapreciables, arrancadas por una feliz casualidad á la ciencia del fondo de las eternas tinieblas.

— ¡ Ah! conde, me tranquilizáis y encantáis á un mismo tiempo; ¿ prometéis darme un filtro para rejuvenecerme?

— Sí.

— ¿ Y cuándo me lo daréis?

— ¡ Oh! no tenemos tanta prisa; dentro de veinte años me lo pediréis, hermosa condesa, pues supongo que no querréis volveros ahora una niña.

— Sois un hombre amabilísimo, conde; pero voy á haceros una pregunta y os dejo, porque, según parece, tenéis prisa.

— Hablad, señora.

— Me habéis dicho que cierta persona os ha hecho traición; ¿ es hombre ó mujer?

— Mujer.

— ¡ Ah! ah! conde; ¿ también tenemos amores?

— ¡ Ay! sí, aumentados con unos celos que rayan en furor, y que producen los efectos que estáis viendo. Estoy ligado con una mujer que, no atreviéndose á

darme una puñalada, porque sabe que soy invulnerable, ha querido enterrarme en un calabozo ó arruinarme.

— ¿Cómo arruinaros?

— Á lo menos así lo creía.

— Conde, voy á mandar parar, dijo la Dubarry riéndose; ¿es el azogue que corre por vuestras venas el que os da esa inmortalidad que hace os delaten en vez de mataros?... ¿Os apeáis aquí ó queréis que os deje en vuestra casa? Vamos, elegid.

— Sería demasiada bondad de vuestra parte molestarnos por mí; además tengo aquí á Djerid.

— ¡Ah! ¿ese hermoso caballo que, según dicen, corre más que el viento?

— ¿Os gusta, señora?

— Sí, es un corcel magnífico.

— Permitidme que os lo regale, pero con la condición de que sólo vos lo habéis de montar.

— ¡Oh! no, gracias; no monto á caballo, ó á lo menos lo hago con mucha timidez; pero la intención vale para mí tanto como el regalo. Adiós, conde, no os olvidéis que para dentro de diez años necesito mi filtro regenerador.

— He dicho veinte años.

— Conde, ya sabéis que hay un refrán que dice que más vale pájaro en mano, etc... Y aun si podéis darme para dentro de cinco años... Nadie sabe lo que puede suceder.

— Cuando gustéis, condesa, ¿no sabéis que soy vuestro?

— Otra palabra no más, conde.

— Decid, señora.

— Preciso es que me inspiréis mucha confianza para decíroslo.

Bálsamo, que se había apeado ya, dominó su impaciencia, y se acercó á la condesa.

— Dicen por ahí, continuó madama Dubarry, que le gusta al rey la chica de Taverney.

— ¡Ah! exclamó Bálsamo. Es posible, señora.

— Aseguran que le gusta muchísimo, y si es cierto es preciso que me lo digáis. Conde, no tengáis miramientos conmigo, tratadme como una amiga, os suplico que me digáis la verdad.

— Más hare, señora, respondió Bálsamo; os garantizo que la señorita Andrea no será nunca la querida del rey.

— ¿Y por qué, conde? preguntó madama Dubarry.

— Porque no quiero yo que lo sea, dijo Bálsamo.

— ¡Oh! exclamó la condesa con tono de incredulidad.

— ¿Lo dudáis?

— ¿No es permitido dudar?

— No dudéis nunca de la ciencia, señora; y supuesto que me habéis creído cuando dije sí, creedme también ahora que digo no.

— Pero, en fin, tenéis según eso medios....

Y se detuvo sonriendo.

— Acabad.

— ¿Medios capaces de aniquilar la voluntad del rey ó de combatir sus caprichos?

— Yo tengo medios para crear simpatías.

— Sí, ya lo sé.

— Lo sabéis y lo creéis.

— Lo creo.

— Pues bien, también crearé antipatías, y hasta imposibilidades si preciso es. Así, tranquilizaos, condesa, pues velo yo.

Bálsamo pronunciaba estas frases con un aire tan distraído que madama Dubarry no las habría tomado

por lo que las tomó, esto es, por la adivinación, si hubiese conocido toda la sed febril que tenía Bálamo de ver á Lorenza cuanto antes.

— Vamos, dijo la condesa, está visto, conde, que no sólo sois mi profeta de felicidad, sino también mi ángel custodio. Conde, tenedlo bien entendido, yo os defenderé, y vos me defenderéis á mí. ¡Alianza! ¡alianza!

— Corriente, señora, respondió Bálamo.

Y besó de nuevo la mano de la condesa.

Luego, cerrando la portezuela de la carroza que la condesa había mandado parar en los Campos Elíseos, montó en su caballo, que relinchó de alegría, y desapareció al punto en la oscuridad de la noche.

— ¡Á Luciennes! exclamó la Dubarry consolada.

Bálamo despidió un silbido dulce, apretó levemente las rodillas, y al sentir las Djerid salió á galope.

Cinco minutos después hallábase en el vestíbulo de la calle de San Claudio, mirando á Fritz.

— ¿Qué hay? preguntó con ansiedad.

— Lo que anunciasteis, señor, respondió el criado que se había acostumbrado á adivinar sus miradas.

— ¿Ha vuelto?

— Arriba está.

— ¿En qué habitación?

— En la de las pieles.

— ¿En qué estado?

— ¡Oh! muy fatigada; corría con tal rapidez, que aunque la ví venir á lo lejos, porque estaba en acecho, ni siquiera tuve tiempo para salir á recibirla.

— ¿De veras?

— ¡Oh! estoy asustado, entró aquí ligera como un torbellino, subió la escalera sin tomar aliento, y al entrar en la habitación cayó de pronto sobre la piel del león negro. Allí la encontraréis.

Bálamo subió precipitadamente, y en efecto halló á Lorenza luchando sin tener fuerzas contra las primeras convulsiones de una crisis nerviosa. Había demasiado tiempo que pesaba sobre ella el fluido, obligándola á cometer actos de violencia, y expresaba sus sufrimientos por medio de gemidos, como si sintiera sobre el pecho el peso de una montaña que intentaba quitarse de encima con las manos.

Bálamo la miró un instante echando fuego por los ojos, y cogiéndola en brazos la llevó á su aposento, cuya puerta misteriosa se cerró tras sí.

El elixir de la vida

Sabido es en qué estado acababa de entrar Bálamo en el aposento de Lorenza.

Se disponía pues á despertarla para hacerle las reconvencciones que le sugería su sorda cólera, y estaba muy resuelto á castigarla según le aconsejaba esa cólera, cuando un triple golpe dado en el cielo raso le advirtió que Althotas había estado espiando su entrada y quería hablarle.

Sin embargo, Bálamo aguardó todavía esperando haberse equivocado, ó que sólo sería accidental aquella señal, cuando el impaciente anciano repitió su llamada con redoblados golpes; de suerte que Bálamo, temiendo sin duda el que bajase como lo había hecho muchas veces, ó que Lorenza, despertada por una influencia contraria á la suya, se enterara de alguna nueva particularidad no menos peligrosa para él que sus secretos políticos; de suerte que Bálamo, decimos, después de haber cargado á Lorenza, si así podemos explicarnos, de una nueva capa de fluido, salió para ir á ver á Althotas.

Tiempo era que llegase, pues la trampa se hallaba ya á la mitad del techo; Althotas había dejado su sillón de ruedas, y apareció acurrucado en aquella parte movable del pavimento que subía y bajaba, y vió

por consiguiente salir á Bálamo de la habitación de Lorenza.

Así acurrucado, presentaba el viejo un aspecto tan terrible como asqueroso.

Su blanco rostro, que aun parecía conservar un resto de animación, tomó en algunas de sus partes un color purpúreo nacido de su cólera; sus manos, descarnadas y nudosas como las de un esqueleto de manos humanas, temblaban; sus humedecidos ojos parecían vacilar en sus órbitas, y en una lengua que ni su mismo discípulo conocía, profería contra éste las más violentas invectivas.

Habiendo dejado su sillón para mover el resorte, parecía que sólo vivía y se movía con el auxilio de sus largos brazos, delgados y redondos como los de una araña, y saliendo, como hemos dicho, de su cuarto, inaccesible á todos menos á Bálamo, se estaba trasladando al cuarto inferior.

Para que el débil anciano, tan perezoso, hubiese dejado su sillón, máquina inteligente que le ahorraba tanta fatiga; para que hubiese consentido en realizar uno de los actos de la vida vulgar; para que se hubiese tomado el fastidio y la fatiga de hacer semejante cambio en sus hábitos, preciso era que un estímulo extraordinario le hubiese hecho salir de su vida contemplativa forzándole á volver á su vida real.

Bálamo, sorprendido en cierto modo *in flagranti delicto*, mostró asombro al principio y luego inquietud.

— ¡ Ah! ¡ al fin está aquí, holgazán! exclamó Althotas. ¡ Al fin has venido, ingrato! ¡ Al fin te veo, infame, que así abandonas á tu maestro!

Bálamo invocó en su auxilio la paciencia, como lo hacía siempre que hablaba con el anciano.

— Paréceme, amigo mío, replicó dulcemente, que he acudido apenas habéis llamado.

— ¡ Yo amigo tuyo ! exclamó Althotas ; ¡ yo amigo de un vil ! Cuando hablas conmigo te figuras que estás hablando con los de tu ralea. Yo sí que he sido amigo para tí ; más que amigo, padre ; pero un padre que te ha mantenido, educado, instruido y hecho rico. ¿ Pero tú amigo para mí ? ¡ Oh ! no, pues me dejas abandonado, me matas de hambre, me asesinas.

— Vamos, maestro, se os altera la bilis, se os enardece la sangre, y vais á poner os malo.

— ¡ Malo ! Eso es burlarse de mí. ¿ He estado yo nunca malo sino cuando tú me has hecho participar, á pesar mío, de alguna de las miserias de la sucia condición humana ? ¡ Malo ! ¿ Se te ha olvidado que yo soy quien curo á los demás ?

— En fin, maestro, repuso Bálamo con frialdad, aquí me tenéis, no perdamos el tiempo en vano.

— Sí, te aconsejo que me recuerdes eso ; el tiempo, el tiempo que me obligas á economizar, cuando en mí no debía tener ni fin ni límite el término concedido á todas las criaturas. Sí, mi tiempo se pasa ; sí, estoy perdiendo tiempo ; sí, mi tiempo, ni más ni menos que el de los demás, va cayendo en la sima de la eternidad de minuto en minuto, siendo así que yo debía ser tan eterno como la misma eternidad.

— Vamos, maestro, dijo Bálamo con inalterable paciencia, bajando al mismo tiempo la plancha hasta el suelo, situándose á su lado y moviendo el resorte para volver á subir al viejo á su aposento ; ¿ qué es lo que necesitáis ? Hablad. Decís que os mato de hambre ; pero ¿ no os halláis todavía en los cuarenta días de dieta rigurosa ?

— Sí, sí, indudablemente ; hace treinta y dos días que empezó la obra de mi regeneración.

— Pues entonces, ¿ de qué os quejáis ? Ahí veo dos

ó tres garrafas de agua llovediza, que es la única que bebéis.

— Sin duda ; pero ¿ te figuras tú que yo soy algún gusano de seda para realizar por mí solo la gran obra de rejuvenecerme y trasformarme ? ¿ Te figuras tú que no teniendo fuerzas, he de poder componer yo solo mi elixir de la vida ? ¿ Te figuras tú que echado sobre un lado y debilitado con las bebidas refrigerantes, que es á lo que se reduce mi alimento, he de tener el entendimiento bien expedito, si tú no me ayudas, para hacer, entregado únicamente á mis propios recursos, el minucioso trabajo de mi regeneración, cuando sabes, desventurado, que debe ayudarme y socorrerme un amigo ?

— Aquí me tenéis, pues, maestro, aquí me tenéis ; vamos, responded, dijo Bálamo volviendo á instalar casi á pesar suyo al viejo en su sillón, como hubiera podido hacer con un niño asqueroso ; vamos, responded : agua destilada no os ha faltado, puesto que, como ya os dije antes, veo aquí tres garrafas llenas, y por cierto ya sabéis que esta agua se cogió el mes de mayo ; también tenéis galletas de cebada y ajonjolí, y yo mismo os he administrado las gotas blancas que recetasteis.

— Sí, pero no está compuesto el elixir ; tú no te acuerdas de eso, ni has pensado en ello. Quien se acordaba era tu padre, que era más fiel que tú ; de suerte que cuando llegué á mi última cincuentena, ya hacia un mes que tenía compuesto mi elixir. Al efecto me había retirado al monte Ararat ; y un judío me proporcionó por su peso en dinero un niño cristiano que todavía mamaba ; lo sangré según el rito, recogí las tres últimas gotas de sangre arterial, y en una hora quedó compuesto mi elixir, al que sólo faltaba ese ingrediente. Así, mi regeneración de cincuenta años fué maravillosa ; durante las convulsiones que suce-

dieron á la absorción de aquel venturoso elixir, se me cayeron los dientes y el pelo; pero me nacieron de nuevo; verdad es que los dientes bastante mal, porque no tuve la precaución de introducir el elixir en mi garganta por medio de un canuto de oro. Sin embargo, el pelo y las uñas volvieron á crecer en esa segunda juventud, y empecé á vivir de nuevo como si tuviese quince años. Pero he vuelto á envejecer, estoy otra vez tocando al último término, y si el elixir no está hecho, si no está metido en esta botella, y si no consagro todos mis cuidados á esta obra, se aniquilará conmigo la ciencia de un siglo, y este secreto admirable, sublime, que yo poseo, será perdido para el hombre, que toca en mí y por mí en la divinidad. ¡Oh! si se frustran mis intentos, si me engaño, si no salgo victorioso, culpa tuya será, Acharat; tú serás la causa de ello... ¡Y cuidado! porque mi cólera será terrible.

Al pronunciar estas últimas palabras que hicieron brotar de sus moribundas pupilas como una chispa lívida, acometió al viejo una pequeña convulsión, á la que siguió un ataque violento de tos.

Bálsamo le prodigó en el mismo instante los más solícitos cuidados.

El anciano volvió en sí; pero su palidez se había convertido en un color lívido, pues aquel ataque había agotado sus fuerzas de tal modo que cualquiera le hubiera creído á punto de expirar.

— Vamos, maestro, le dijo entonces Bálsamo; formulad lo que queréis.

— ¡Lo que quiero!... repitió mirando fijamente á Bálsamo.

— Sí.

— He aquí lo que quiero.....

— Hablad, que ya os escucho y estoy pronto á obederos, si lo que deseáis es posible.

— ¡Posible! ¡ posible!... murmuró desdeñosamente el anciano. Bien sabes que todo es posible.

— Sin duda que lo es con el tiempo y con la ciencia.

— En cuanto á la ciencia, la tengo, y por lo que hace al tiempo, estoy á punto de vencerlo; pues mi dosis ha tenido excelente éxito; mis fuerzas han desaparecido casi totalmente, y las gotas blancas han provocado la expulsión de una parte de los restos de la naturaleza vieja. La juventud, semejante á la savia de los árboles en mayo, va subiendo por debajo de la vieja corteza y hace salir por decirlo así la madera antigua. Observarás, Acharat, que los síntomas son excelentes; mi voz se ha debilitado; mi vista ha disminuido en tres cuartas partes; siento que me va faltando la razón por intervalos; se me ha hecho insensible la transición del calor al frío; por consiguiente me es urgente acabar mi elixir, para que en el mismo día de mi segunda cincuentena, pase de la edad de cien años á la de veinte sin vacilación. Tengo preparados para ese elixir todos los ingredientes, el conducto está hecho, y sólo me faltan las tres gotas de sangre que te he dicho.

Bálsamo hizo un movimiento de repugnancia.

— Está bien, dijo Althotas; renunciemos al niño ya que es tan difícil, y que quieres más encerrarte con tu manceba que buscármelo.

— Bien sabéis, maestro, que Lorenza no es mi manceba, respondió Bálsamo.

— ¡Oh! ¡ oh! oh! dijo Althotas, eso lo dices tú creyendo sin duda que vas á engañarme á mí como á los demás; ¡quieres hacerme creer en esa criatura inmaculada siendo tú hombre?

— Os juro, maestro, que Lorenza es tan casta como

la santa madre de Dios; os juro que amor, deseos, deleites terrenales, todo lo he sacrificado en bien de mi alma, porque también me ocupo yo en mi obra de regeneración; sólo que en vez de aplicármela á mí únicamente, será para el mundo entero.

— ¡Loco! ¡pobre loco! exclamó Althotas; capaz es de volver á hablarme de sus cataclismos de aradores y de sus revoluciones de hormigas, cuando yo le estoy hablando de vida eterna, de eterna juventud.

— Que sólo puede adquirirse á costa de un crimen espantoso, y aun así....

— ¡Pues no duda el desventurado!

— No dudo, maestro; pero al fin, supuesto que renunciáis al niño, según decís, vamos, ¿qué os hace falta?

— La primera criatura virgen que caiga en tus manos; poco importa que sea hombre ó mujer, aunque mejor sería una mujer, según he descubierto en la afinidad de los sexos. Búscame pues esto, y pronto, porque sólo me quedan ocho días.

— Está bien, maestro, dijo Bálamo; veré si lo encuentro.

Otro relámpago más terrible que el primero brotó de los ojos del viejo.

— ¡Verás si lo encuentras! exclamó; es verdad que lo esperaba de ti, y no sé porqué me admiro. ¿Y desde cuándo acá, miserable gusano, habla así la criatura al que la ha formado? ¡Ah! me ves sin fuerzas, me ves postrado, ves que te ruego, y eres tan tonto que crees estoy á merced tuya. Dime que sí ó que no, Acharat, y no andemos con embustes, ni aparentes lo que no sientas, porque te estoy viendo y penetro en tu corazón; porque te conozco y te perseguiré.

— Mirad, maestro, respondió Bálamo, que el furor os va á perjudicar.

— ¡Responde, responde!

— Yo no miento á mi maestro: veré si puedo proporcionaros lo que deseáis, sin que á los dos se nos siga perjuicio, sin perdernos, como podría suceder. Buscaré un hombre que nos venda la criatura que necesitáis; pero no cargaré con ese crimen. He aquí lo que puedo deciros.

— ¡Vaya una delicadeza! dijo Althotas con amarga sonrisa.

— Lo digo como lo siento, maestro, repuso Bálamo.

Althotas hizo un esfuerzo tan poderoso, que apoyando sus brazos en los del sillón se puso en pie.

— ¿Sí ó no? dijo.

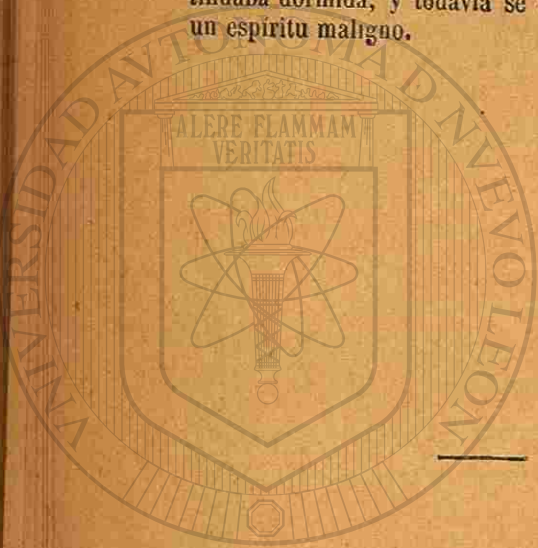
— Sí, caso de que lo encuentre, maestro; pero no, si no puedo proporcionarlo.

— ¿Es decir, miserable, que me expones á que muera? Capaz eres de economizar tres gotas de sangre de un animal inmundo y nulo como lo es la criatura que necesito, para dejar que caiga en el abismo eterno una criatura tan perfecta como yo. Oye, Acharat, nada te pido ya, dijo el viejo con una sonrisa que causaba espanto; no, absolutamente nada te pido: lo que haré será esperar; pero si no me obedeces, yo me serviré á mi mismo; si me abandonas, me socorreré yo propio. Ya lo has oído; ahora véte.

Bálamo, sin contestar una palabra á aquella amenaza, preparó al rededor del viejo todo lo necesario, poniendo la bebida y el alimento donde pudiera alcanzarlos, y haciendo cuanto podría hacer con su amo un criado cuidadoso ó cuanto podría hacer por su padre un hijo solícito y cariñoso. Luego, absorto en un pensamiento diferente del que atormentaba á Althotas, bajó la plancha para descender sin notar que el anciano

le siguió con su irónica vista hasta donde se extendían su mente y su corazón.

Ya estaba Bálsamo enfrente de Lorenza, quien continuaba dormida, y todavía se sonreía Althotas como un espíritu maligno.



XXIII

Lucha

Allí se detuvo Bálsamo con la mente henchida de dolorosos pensamientos.

Decimos dolorosos y no violentos, porque la escena que acaba de pasar entre él y Althotas, haciéndole quizá considerar la nada de las cosas humanas, había disipado toda su cólera, y estaba recordando el procedimiento del filósofo que recitaba todo el alfabeto griego antes de escuchar la voz de esa negra divinidad consejera de Aquiles.

Al cabo de un instante de fría y muda contemplación delante de un canapé en que estaba tendida Lorenza, dijo:

— Heme aquí triste, pero resuelto y viendo claramente mi situación: Lorenza me aborrece; Lorenza me ha amenazado con denunciarme, y me ha denunciado; mi secreto no lo es ya, lo he dejado en poder de esta mujer que lo da al viento; me parezco al zorro que ha sacado de la trampa de acerados dientes los huesos de su pierna, pero dejando en ella la piel y la carne, de modo que al día siguiente puede decir el cazador: « Aquí ha caído el zorro; yo lo reconoceré muerto ó vivo. »

Y esta desgracia inaudita, esta desgracia que Althotas no puede comprender y que por esto mismo no le he contado; esta desgracia que mata todas mis espe-

ranzas de triunfo en este país, y de consiguiente en este mundo, cuya alma es la Francia, la debo á esta criatura que está aquí dormida, á esta hermosa estatua de dulce sonrisa. Sí, á este ángel debo el deshonor y la ruina, hasta que la deba el cautiverio, el destierro ó la muerte.

Luego la suma del mal, prosiguió cada vez más animado, ha superado á la del bien, y Lorenza me es perjudicial.

¡Oh! culebra de anillos graciosos, pero que ahogan! ¡Oh, serpiente de garganta dorada, pero llena de veneno, duerme, duerme, porque cuando despiertes me veré obligado á matarte!

Y, con siniestra sonrisa, Bálamo se acercó lentamente á la joven cuyos ojos, cargados de languidez, se iban fijando sobre él á medida que se acercaba, cual se abre el girasol y la voluble á los primeros rayos del sol de la mañana.

— ¡Oh! exclamó Bálamo; será necesario que yo cierre para siempre esos ojos que me están mirando con tanta ternura, esos hermosos ojos que están preñados de rayos así que no lo están de amor.

Lorenza se sonrió dulcemente enseñando la doble hilera tan suave y pura de sus dientes de perlas.

— ¡Pero matando á la mujer que me aborrece, continuó Bálamo retorciéndose los brazos, mato también á la que me ama!

Y su corazón se llenó de profundo sentimiento, mezclado con un deseo vago y extraño.

— No, murmuró, no; he jurado en vano, he amenazado inútilmente; no, no, nunca tendré valor para matarla; no, vivirá, pero vivirá sin estar nunca despierta, vivirá de ese modo facticio, que será para ella una dicha mientras que el otro es una desesperación. ¡Ojalá pueda hacerla dichosa! ¿Qué importa lo

demás?... Sólo tendrá una existencia, la que yo le daré, aquella durante la cual me ama, aquella con que vive en este momento.

Y abarcó con una mirada tierna la amorosa mirada de Lorenza, al mismo tiempo que bajaba lentamente una mano sobre su cabeza.

En aquel momento, Lorenza, que parecía que leía el pensamiento de Bálamo como si fuera un libro abierto, arrojó un prolongado suspiro, se levantó suavemente, y con la graciosa lentitud del que está dormido fué á enlazar sus blancos y torneados brazos al cuello de Bálamo, quien sintió su perfumado aliento á dos dedos de distancia de sus labios.

— ¡Oh! no, no! exclamó Bálamo pasándose la mano por su abrasadora frente y sus ojos deslumbrados; ¡no! esta vida de embriaguez conduciría al delirio; no, porque no podría resistir siempre, y con ella, con este demonio tentador, con esta sirena, huirían de mí la gloria, el poder y la inmortalidad. No, no, despertará; lo quiero, y es necesario.

Desatinado, fuera de sí, aun tuvo fuerzas Bálamo para rechazar á Lorenza, quien se desasíó de él y fué á caer en el sofá como un velo flotante, como una sombra, como un copo de nieve.

La coqueta más refinada no hubiera escogido una postura tan seductora para llamar la atención á su amante.

Desatinado, fuera de sí, Bálamo tuvo también fuerzas para alejarse unos cuantos pasos; ¡pero se volvió como Orfeo, y, como Orfeo, se perdió!

— ¡Oh! si la despierto, pensó, va á empezar de nuevo la lucha: si la despierto, se matará, ó me matará á mí, ó me obligará á que yo la mate. ¡Oh, abismo, abismo!... Sí, el destino de esta mujer está escrito con caracteres de fuego, y me parece que estoy

leyendo : ¡ Muerte ! ¡ Amor !... ¡ Lorenza, Lorenza ! estás predestinada á amar y á morir. ¡ Lorenza, Lorenza ! en mis manos tengo tu vida y tu amor.

Por toda respuesta la encantadora joven se levantó, dirigióse en derechura á Bálamo, cayó á sus pies, y mirándole con ojos inundados de sueño y deleite le cogió una mano que apoyó sobre su corazón.

— ¡ La muerte ! dijo en voz baja con sus labios húmedos y tan brillantes como el coral que se cria en el mar ; ¡ la muerte, pero amor también !

Bálamo retrocedió dos pasos con la cabeza inclinada y tapándose los ojos.

Lorenza le siguió de rodillas jadeando.

— ¡ La muerte, repitió con su voz seductora, pero también amor ! amor ! amor !

Bálamo no pudo resistir más tiempo, porque devoraba su cuerpo una hoguera.

— ¡ Oh ! dijo, ya es demasiado ; he resistido todo lo que puede resistir un ser humano. ¡ Demonio ó ángel del porvenir, quienquiera que seas, ya estarás contento : bastante tiempo he sacrificado al egoísmo y al orgullo todas las pasiones generosas que arden en mí ! ¡ Oh ! no, no tengo derecho para rebelarme de este modo contra el único sentimiento humano que fermenta en el fondo de mi corazón. Amo á esta mujer, amo ; y este amor apasionado hace contra ella más que haría el odio por terrible que fuese, puesto que le da la muerte. ¡ Oh ! ¡ qué cobarde soy, qué loco, qué feroz, cuando ni siquiera sé dominar mis deseos ! ¡ Cómo ! cuando exhale el último suspiro, cuando me prepare á presentarme delante de Dios, yo que soy un embustero, yo que soy profeta falso ; cuando me quite en presencia del Supremo Juez la capa del artificio y la hipocresía, no tendré ni una acción generosa que poder confesar, ni una sola dicha cuyo recuerdo venga

á consolarme en medio de los padecimientos eternos....

¡ Oh ! no, Lorenza, no ; sé que con amarte pierdo el porvenir, sé que mi ángel revelador va á remontarse á los cielos así que la mujer descienda á mis brazos. ¿ Pero lo quieres tú, Lorenza ? ¿ lo quieres ?

— ¡ Adorado mio ! dijo ésta suspirando.

— ¿ Luego aceptas esta vida facticia en lugar de la vida real ?

— Te la pido ; te la suplico de rodillas, porque esta vida es el amor y la felicidad.

— ¿ Y te bastará cuando seas mi mujer ? porque ya ves que te amo con ardor.

— ¡ Oh ! bien lo sé, pues leo en tu corazón.

— ¿ Y me acusarás jamás ni ante los hombres ni ante Dios de haber sorprendido tu voluntad, de haber engañado tu corazón ?

— ¡ Jamás ! ¡ jamás ! ¡ Oh ! al contrario, ante los hombres y ante Dios te daré gracias por haberme dado el amor, el único bien, la única perla, el único diamante de este mundo.

— ¿ Jamás sentirás haber perdido tus alas, pobre paloma ? porque debes saber que de hoy más no volverás á buscar para mí en los espacios radiantes, al pie de Jehová, el rayo de luz con que en otro tiempo iluminaba la frente de sus profetas. Cuando yo quiera saber el porvenir, cuando quiera mandar á los hombres, ¡ ay ! tu voz no me responderá. Yo tenía en ti la mujer amada y al mismo tiempo mi genio auxiliar, y no volveré á tener más que el uno de los dos, y aun...
 — ¡ Ah ! ¡ dudas ! exclamó Lorenza. Veo la duda impresa en tu corazón como una mancha negra.

— ¿ Me amarás siempre, Lorenza ?

— ¡ Siempre, siempre !

Bálamo se pasó la mano por la frente.

— ¡ Pues bien ! sea, dijo. Por otra parte...

Y se quedó abismado un instante en su pensamiento.

— ¿ Por otra parte, continuó, me es absolutamente necesario que sea ésta ? ¿ Es acaso la única en el mundo ? No, no ; mientras que ésta me haga dichoso, la otra seguirá haciéndome rico y poderoso. Andrea es tan predestinada, tiene tanta lucidez y tanta segunda vista como tú. Andrea es joven, pura, virgen, y no la amo ; y sin embargo, durante su sueño está tan sometida á mi voluntad como tú ; tengo en Andrea una víctima dispuesta á reemplazarte, el *alma vil* del médico y que puede servir para las experiencias ; ella vuela tan lejos, y ¡ quién sabe si no volará quizá más que tú, por las regiones incógnitas ! ; Andrea ! ; Andrea ! te tomo por mi soberanía. Lorenza, ven á mis brazos, pues desde ahora quiero que seas mi amante y mi querida. Con Andrea soy poderoso ; con Lorenza seré feliz. Mi vida sólo es completa desde este momento, y, á excepción de la inmortalidad, he realizado el sueño de Althotas : ¡ menos en lo inmortal, soy igual á los dioses !

Y levantando á Lorenza, abrió sus brazos enajenado de amor, y Lorenza fué á enlazarse contra su palpitante pecho tan estrechamente como la hiedra se enlaza á la encina.

XXIV

El amor

Había principiado una nueva vida para Bálamo, vida hasta entonces desconocida para él, pues había tenido una existencia activa, turbada y múltiple. Tres días hacía que habían desaparecido sus furores, sus recelos y sus celos, y tres días hacía también que no oía hablar de política, de conspiraciones y de conspiradores. Al lado de Lorenza, de quien no se separaba un sólo instante, había olvidado el mundo entero, y aquel amor extraño, inaudito, que en cierto modo cernía sus alas sobre la humanidad, aquel amor heno de embriaguez y misterios, aquel amor fantasmagórico (porque Bálamo sabía muy bien que con una sola palabra podía convertir á su tierna amante en un enemigo implacable), aquel amor arrancado al odio, gracias á un capricho inexplicable de la naturaleza ó de la ciencia, colmaba á Bálamo de una felicidad que participaba del estupor á la par que del delirio.

Más de una vez, durante aquellos tres días, sacudiendo los soporíferos letargos del amor, había mirado Bálamo á su compañera, risueña siempre, siempre extática, porque desde entonces, en la existencia que él acababa de crearle, la hacía descansar de su vida facticia con su éxtasis, sueño igualmente falaz ; y al verla tranquila, amable y dichosa ; al oirla prodigarle los nombres más cariñosos, y manifestar en alta voz

— ¡ Pues bien ! sea, dijo. Por otra parte...

Y se quedó abismado un instante en su pensamiento.

— ¿ Por otra parte, continuó, me es absolutamente necesario que sea ésta ? ¿ Es acaso la única en el mundo ? No, no ; mientras que ésta me haga dichoso, la otra seguirá haciéndome rico y poderoso. Andrea es tan predestinada, tiene tanta lucidez y tanta segunda vista como tú. Andrea es joven, pura, virgen, y no la amo ; y sin embargo, durante su sueño está tan sometida á mi voluntad como tú ; tengo en Andrea una víctima dispuesta á reemplazarte, el *alma vil* del médico y que puede servir para las experiencias ; ella vuela tan lejos, y ¡ quién sabe si no volará quizá más que tú, por las regiones incógnitas ! ¡ Andrea ! ¡ Andrea ! te tomo por mi soberanía. Lorenza, ven á mis brazos, pues desde ahora quiero que seas mi amante y mi querida. Con Andrea soy poderoso ; con Lorenza seré feliz. Mi vida sólo es completa desde este momento, y, á excepción de la inmortalidad, he realizado el sueño de Althotas : ¡ menos en lo inmortal, soy igual á los dioses !

Y levantando á Lorenza, abrió sus brazos enajenado de amor, y Lorenza fué á enlazarse contra su palpitante pecho tan estrechamente como la hiedra se enlaza á la encina.

XXIV

El amor

Había principiado una nueva vida para Bálamo, vida hasta entonces desconocida para él, pues había tenido una existencia activa, turbada y múltiple. Tres días hacía que habían desaparecido sus furores, sus recelos y sus celos, y tres días hacía también que no oía hablar de política, de conspiraciones y de conspiradores. Al lado de Lorenza, de quien no se separaba un sólo instante, había olvidado el mundo entero, y aquel amor extraño, inaudito, que en cierto modo cernía sus alas sobre la humanidad, aquel amor heno de embriaguez y misterios, aquel amor fantasmagórico (porque Bálamo sabía muy bien que con una sola palabra podía convertir á su tierna amante en un enemigo implacable), aquel amor arrancado al odio, gracias á un capricho inexplicable de la naturaleza ó de la ciencia, colmaba á Bálamo de una felicidad que participaba del estupor á la par que del delirio.

Más de una vez, durante aquellos tres días, sacudiendo los soporíferos letargos del amor, había mirado Bálamo á su compañera, risueña siempre, siempre extática, porque desde entonces, en la existencia que él acababa de crearle, la hacía descansar de su vida facticia con su éxtasis, sueño igualmente falaz ; y al verla tranquila, amable y dichosa ; al oirla prodigarle los nombres más cariñosos, y manifestar en alta voz

su misterioso deleite, más de una vez se preguntó si Dios no se habría tal vez irritado contra el moderno Titán, que había tratado de arrebatarse sus secretos; si habría inspirado á Lorenza la idea de engañarle con un embuste, á fin de adormecer su vigilancia, y poder de ese modo huir y no volver á presentarse á sus ojos sino semejante á la vengadora Euménide.

En esos momentos, Bálamo dudaba de esa ciencia recibida de los antiguos por tradición, pero de la que no tenía más pruebas que algunos ejemplos. Sin embargo, aquella llama inextinguible y aquella sed de caricias le tranquilizaban al punto.

— Si Lorenza hubiese fingido, se decía, si tuviese intención de huir de mí, buscaría las ocasiones de alejarme, alegaría motivos para quedarse sola; pero lejos de eso, sus brazos me tienen siempre enlazado como una cadena, y su mirada ardiente me dice sin cesar: No te vayas, y su dulce voz me manda que me quede.

Entonces Bálamo recobraba su confianza en sí mismo y en la ciencia.

En efecto, ¿por qué aquel mágico secreto á que debía todo su poder, había de convertirse de súbito y sin transición en una quimera, que se desvanece como un recuerdo fugaz, como el humo de un fuego apagado? Lorenza no había tenido nunca momentos de más lucidez respecto de él; pues reproducía instantáneamente todos los pensamientos que se formulaban en su mente, todas las impresiones que agitaban su corazón.

Faltaba saber si aquella lucidez no era simpatía; si fuera de él y de la joven, si más allá del círculo trazado por el amor, y que éste inundaba de luz, podían aún penetrar en la oscuridad aquellos ojos del alma tan penetrantes antes de la llegada de aquella nueva era.

Bálamo no se atrevía á hacer una prueba decisiva, seguía esperando, y la esperanza formaba una corona de estrellas á su felicidad.

Á veces le decía Lorenza con dulce melancolía:

— Acharat, estás pensando en otra mujer, en una mujer del Norte, de rubios cabellos y ojos azules. ¡Acharat, Acharat! ¡Ah! esa mujer está siempre al lado mío en tu pensamiento.

Entonces Bálamo miraba con ternura á Lorenza, y le decía:

— ¿Ves eso en mí?

— ¡Oh! sí, lo veo tan claramente como en un espejo.

— ¿Entonces sabes si es el amor el que me hace pensar en esa mujer? le replicaba Bálamo. Lee, lee en mi corazón, querida Lorenza.

— No, decía ésta moviendo la cabeza; ya sé que no; pero divides tu pensamiento entre las dos, como cuando te atormentaba Lorenza Feliciani, esa pícara Lorenza que está durmiendo, y á quien no quieres despertar.

— ¡No, amor mío, no! exclamaba Bálamo; sólo pienso en ti, á lo menos con el corazón; ya sabes que todo lo he olvidado por ti; ya sabes que desde que somos felices todo lo he deseuido: mis estudios, mis trabajos y hasta la política.

— Pues has hecho mal, dijo Lorenza; porque yo puedo ayudarte en esos trabajos.

— ¿Qué es lo que dices?

— ¿No permanecías en otro tiempo horas enteras encerrado en tu laboratorio?

— Sí, pero he renunciado á esos ensayos inútiles, porque durante ese tiempo no te vería, y eso sería arrebatarte otras tantas horas al curso de mi dulce existencia.

— ¿Y por qué no te he de acompañar yo en tus

trabajos como te acompaño en tu amor? ¿Por qué no he de hacerte poderoso como te hago feliz?

— Porque mi Lorenza es hermosa, pero no ha estudiado; porque Dios da belleza y amor, pero la ciencia se adquiere únicamente con el estudio.

— El alma lo sabe todo.

— Pero ¿ves tú con los ojos del alma real y verdaderamente?

— Sí.

— Y dime, ¿podrás ayudarme á buscar la piedra filosofal?

— Ya lo creo.

— Pues ven conmigo.

Y ciñendo Bálamo con su brazo la cintura de la joven, la llevó á su laboratorio.

El gigantesco hornillo estaba apagado, porque hacía ya cuatro días que nadie había cuidado de tenerlo encendido.

Los crisoles se habían enfriado sobre los mismos braserillos.

Lorenza miraba todos aquellos extraños instrumentos, últimas combinaciones de la expirante alquimia, sin el menor asombro, y al parecer conocía el uso de todos ellos.

— ¿Te has propuesto hacer oro? preguntó sonriéndose.

— Sí.

— ¿Contienen estos crisoles preparaciones graduadas de diferente modo?

— Sí, pero todo está paralizado, todo se ha perdido: sin embargo, no lo siento.

— Haces bien, porque el oro que quieres hacer siempre será para ti mercurio con otro color; quizá conseguirás que sea sólido, pero nunca lograrás transformarlo.

— ¿Conque no puede hacerse oro?

— No.

— Sin embargo, Daniel de Transilvania vendió á Cosme I por veinte mil ducados una receta de convertir un metal en otro.

— Eso quiere decir que David de Transilvania engañó á Cosme I.

— Además, Payken el sajón, á quien sentenció á muerte Carlos II, rescató su vida por haber convertido una barra de plomo en otra de oro, de la cual se sacaron cuarenta ducados, y una medalla de oro que se acuñó en loor del hábil alquimista.

— El hábil alquimista era un buen escamoteador, y en lugar de la barra de plomo presentó otra de oro. Acharat, el único medio de que hagas oro es convertir en barras, como lo estás haciendo, las riquezas que traen tus esclavos de las cuatro partes del mundo.

Bálamo se quedó pensativo.

— ¿Conque es imposible, dijo, convertir unos metales en otros?

— Sí, imposible.

— ¿Y el diamante? se aventuró á decir Bálamo.

— ¡Oh! el diamante es otra cosa, contestó Lorenza.

— ¿Se puede hacer el diamante?

— Sí, porque para ello no hay que convertir un cuerpo en otro, sino procurar simplemente modificar un elemento conocido.

— ¿Pero conoces tú los elementos de que está formado el diamante?

— Á no dudarlo; el diamante es carbono puro cristalizado.

Bálamo se quedó aturdido; una luz deslumbradora é inesperada saltó á sus ojos, y se los tapó con las manos, como si aquella llama le hubiese dejado ciego.

— ¡Oh! dijo, esto es demasiado, Dios mío, y algún

peligro me amenaza. ¿Cuál será el anillo precioso que puedo arrojar al mar para desarmar tu enojo, Dios del cielo? ¿Basta por hoy, Lorenza, basta!

— ¿No soy tuya? manda pues, ordena lo que gustes.

— Sí, eres mía, ven conmigo, ven.

Y Bálamo sacó á Lorenza del laboratorio, atravesó el cuarto de las pieles, y sin hacer caso de un ruido sordo que oyó sobre su cabeza, entró con Lorenza en la habitación enrejada.

— ¿Conque estás contento con tu adorada Lorenza? preguntó ésta.

— ¡Oh! exclamó Bálamo.

— ¿Qué es pues lo que temes? Habla, dímelo.

Bálamo juntó las manos y miró á Lorenza con una expresión de terror inexplicable para todo el que no hubiese sabido lo que pasaba en su alma.

— ¡Oh! murmuró, ¡y que haya faltado poco para que matase á este ángel; que haya estado á punto de morirme de desesperación, antes de resolver el problema de ser feliz y poderoso á la vez; que haya olvidado que los límites de lo posible trapan siempre el horizonte trazado por el estado actual de la ciencia, y que la mayor parte de las verdades que se han convertido en hechos, han principiado siempre por ser consideradas como visiones; que haya creído yo que lo sabía todo cuando no sabía nada!

La joven se sonreía de un modo angelical.

— ¡Lorenza, Lorenza! continuó Bálamo, ¿conque se ha realizado ese misterioso designio del Criador, que ha formado á la mujer de la costilla del hombre, mandándoles que los dos no tuviesen más que un corazón? Eva ha resucitado para mí; Eva, que no tendrá más pensamiento que el mío, y cuya vida esta pendiente del hilo que yo tengo entre mis manos... ¡Esto

es demasiado, Dios mío, para una sola criatura, y sucumbo bajo el peso de tus beneficios!

Y diciendo esto cayó de rodillas, estrechando con arrobamiento aquella dulce beldad que se sonreía cual no se sonríe en la tierra.

— Y bien, dijo; no, no te separarás de mí; bajo tu mirada, que penetra las tinieblas, viviré en toda seguridad; tú me ayudarás en mis laboriosas investigaciones que sólo tú podrás completar, como has dicho, y que con una sola palabra de tu boca harás fáciles y fecundas; tú serás la que me dirá, ya que no puedo hacer el oro por ser una materia homogénea, un elemento primitivo, en qué partícula de su creación lo ha ocultado Dios; tú serás la que me diga en dónde yacen los tesoros seculares sepultados en las vastas profundidades del Océano. Veré con tus ojos redondearse la perla en su nacarada concha, y agrandarse el pensamiento del hombre bajo las fangosas capas de su carne. Oiré con tus oídos el sordo rumor del gusano que horada la tierra, y los pasos de mi enemigo al acercarse á mí. Seré grande como Dios y más dichoso que él, Lorenza mía, porque Dios no tiene en el cielo su igual y su compañera, sino que está sólo en su majestad divina y ningún otro ser divino como él participa de esa omnipotencia que le constituye Dios.

Y Lorenza seguía sonriendo, y sin dejar de sonreír respondía á aquellas palabras con caricias.

— Y sin embargo, murmuró como si viera en el cráneo de su amante todos los pensamientos que agitaban las fibras de aquel inquieto cerebro, todavía dudas, Acharat; dudas, como has dicho, que pueda yo salvar el círculo de nuestro amor; que pueda yo ver á mayor distancia; pero te consuelas diciendo que si yo no veo, ella verá.

— ¿Quién es ella?

— La mujer rubia; ¿quieres que te diga su nombre?

— Sí.

— Aguarda... Andrea.

— ¡Oh! eso es, así se llama. Si, tú lees en mi pensamiento; si, me turba aun un temor... ¿Sigues viendo aun á través del espacio, aunque esté cortado por obstáculos materiales?

— Haz la prueba.

— Dame la mano, Lorenza.

La joven cogió apasionadamente la mano de Bál-samo.

— ¿Puedes seguirme?

— A todas partes.

— Ven conmigo.

Y saliendo Bál-samo, con el pensamiento, de la calle de San Claudio, arrastró consigo el pensamiento de Lorenza.

— ¿Dónde estamos? preguntó á Lorenza.

— Sobre una montaña, respondió la joven.

— Eso es, dijo Bál-samo estremeciéndose de alegría, pero ¿qué estás viendo?

— ¿Delante de mí, á la izquierda ó la derecha?

— Delante de ti.

— Veo un extenso valle con un bosque á un lado, una ciudad al otro, y un río que los separa va á perderse en el horizonte costean-do el muro de un gran palacio.

— Eso es, Lorenza. Ese bosque es el del Vesinet; esa ciudad es la de San Germán, y ese palacio el de Maisons. Entremos, entremos en el pabellón que está á nuestras espaldas.

— Entremos

— ¿Qué ves?

— ¡Ah! primeramente veo en la antesala un ne-

grito vestido de un modo muy raro y que está comiendo confites.

— Es Zamora; entremos, entremos.

— Veo un salón vacío espléndidamente amueblado; la parte superior de las puertas representa Diosas y Amores.

— ¿Está vacío el salón?

— Sí.

— Entremos más adentro.

— ¡Ah! ahora estamos en un lindo retrete, tapi-zado de raso azul bordado de flores de color natural.

— ¿Está también vacío?

— No; hay una mujer sentada en un sofá.

— ¿Quién es esa mujer?

— Aguarda.

— ¿No te parece que la has visto antes de ahora?

— Sí, aquí; es la condesa Dubarry.

— Eso es, Lorenza, eso es; me vas á volver loco; ¿qué hace esa mujer?

— Está pensando en ti, Bál-samo.

— ¿En mí?

— Sí.

— ¿Puedes leer en su pensamiento?

— Sí, pues te repito que está pensando en tí.

— ¿Y acerca de qué?

— De una promesa que te has hecho.

— Efectivamente; ¿y cuál es?

— Has ofrecido darle el agua que Venus dió á Faón por vengarse de Safo, y que conserva la hermosura.

— Eso es, eso es. ¿Y qué hace al mismo tiempo que piensa?

— Toma una decisión.

— ¿Cuál es?

— Espera; extiende la mano hacia la campanilla, llama y entra otra mujer.

— ¿Es morena ó rubia ?

— Morena.

— ¿Alta ó baja ?

— Baja.

— Entonces es su hermana ; oye lo que dice la condesa.

— Quiere que pongan el coche.

— ¿Para ir á dónde ?

— Para venir aquí.

— ¿Estás segura de eso ?

— Ha dado la orden, y la obedecen ; estoy viendo los caballos y la carroza ; dentro de dos horas estará aquí.

Bálsamo se hincó de rodillas, exclamando :

— ¡ Oh ! si dentro de dos horas viene, ¡ nada más tendré que pedir, Dios mío, nada más sino que os compadezcáis de mí dicha !

— ¡ Pobre amigo mío ! ¿ Conque temías

— Sí, sí.

— ¿ Y qué podías temer, si el amor que completa la existencia física ensancha también la existencia moral ; si el amor, lo mismo que toda pasión generosa, nos aproxima á Dios, y de éste emana la luz ?

— Lorenza, Lorenza, me vas á volver loco de alegría.

Y Bálsamo apoyó la cabeza en el regazo de la joven. Por lo demás esperaba otra prueba para ser completamente feliz.

Esta prueba era la llegada de la Dubarry.

Las dos horas que tuvo que esperar fueron cortas, pues para Bálsamo había desaparecido enteramente la medida del tiempo.

De pronto se conmovió la joven, que tenía asida la mano de Bálsamo.

— Todavía dudas, le dijo, y quisieras saber dónde se halla en este mismo momento.

— Sí, dijo Bálsamo ; es verdad.

— Pues bien, viene por el baluarte á todo correr, se acerca, entra en la calle de San Claudio, se para á la puerta y llama.

La habitación en que se hallaban Bálsamo y Lorenza estaba tan retirada, que no llegó á sus oídos el alda-bazo que dieron á la puerta.

Sin embargo, Bálsamo se quedó escuchando con una rodilla en tierra.

Dos golpes que dió Fritz le hicieron estremecerse, pues recordarán nuestros lectores que aquella señal anunciaba una visita de importancia.

— ¡ Oh ! dijo, ¿ conque es cierto ?

— Vé á asegurarte de ello, Bálsamo, pero vuelve pronto.

Bálsamo se dirigió hacia la chimenea, y Lorenza le dijo :

— Deja que te acompañe hasta la puerta de la escalera.

— Ven conmigo.

Y ambos pasaron al cuarto de las pieles.

— ¿ No saldrás de este aposento ? preguntó Bálsamo.

— No, puesto que te espero. ¡ Oh ! no tengas cuidado, bien sabes que esta Lorenza que te ama no es la Lorenza que tú temes. Además....

Y se detuvo sonriendo.....

— ¿ Además qué ? preguntó Bálsamo.

— ¿ No ves tú en mi alma como yo veo en la tuya ?

— ¡ Ay ! no.

— Además, puedes mandarme dormir hasta que vuelvas ; mándame que permanezca inmóvil en este sofá, y dormiré y no me moveré.

— Pues bien, sea así. Mi querida Lorenza, duerme y aguárdame.

Lorenza, luchando ya contra el sueño, estampó sus labios en los de Bálamo, y fué bamboleando á caer sobre el sofá murmurando:

— Hasta muy luego, Bálamo mío, hasta muy luego, ¿no es verdad?

Bálamo la saludó con la mano, pues estaba ya dormida.

Pero estaba tan bella, tan pura con sus largos cabellos sueltos, su boca entreabierta, el sonrosado febril de sus mejillas y sus ojos lánguidos;... estaba tan lejos de parecerse á una mujer, que Bálamo volvió á su lado, le tomó la mano, besó sus brazos y su cuello, pero no osó besar sus labios.

Resonaron otros dos campanillazos, prueba de que la dama se impacientaba ó de que Fritz temía que no hubiese oído su amo.

Bálamo se lanzó á la puerta; al cerrarla tras de sí, creyendo oír un segundo crujido igual al que había oído ya, volvió á abrirla, miró en torno de sí, y no vió nada más que á Lorenza tendida en el sofá y jadeando bajo el peso de su amor.

Bálamo cerró la puerta y corrió al salón sin inquietud, sin recelo ni presentimiento, llevando en su corazón todo un paraíso.

Pero se equivocaba, pues no era solo el amor lo que oprimía el pecho de Lorenza y sofocaba su respiración; era una especie de sueño parecido al letargo en que estaba sumida, letargo tan cercano á la muerte.

Lorenza soñaba, y en el repugnante espejo de los siniestros sueños, parecía ver que se abría circularmente el cielo raso de encina, y que se destacaba de él una cosa semejante á un casetón con un movimiento igual, lento, mesurado, acompañado de un silbido

lúgubre; parecía que le iba faltando el aire, cual si estuviera á punto de ahogarse bajo la presión de aquel círculo móvil; parecía ver, en fin, sobre aquella especie de trampa móvil agitarse alguna cosa informe como el Kalibán de la tempestad, un monstruo con rostro humano, un anciano que sólo tenía animados los ojos y los brazos, y que la miraba con sus ojos espantosos y alargaba hacia ella sus descarnados brazos.

Y Lorenza, la pobre criatura, se retorció en vano sin poder huir, sin adivinar nada del peligro que la amenazaba, sin sentir nada, sino la presión de dos grapones vivos cuya extremidad agarraba su blanco vestido, la arrebataban del sofá y la trasportaban sobre la trampa que volvía á subir lentamente hacia el techo, con ese lúgubre rechino del hierro que se roza contra hierro, y una risa estridente y satánica que salía de la boca asquerosa de aquel monstruo con cara de hombre que la arrebataba hacia el cielo sin sacudimiento ni dolor.

Como lo había predicho Lorenza, era madama Dubarry la que acababa de llamar á la puerta.

La bella cortesana había sido introducida en el salón, y aguardaba á Bálamo hojeando un libro muy curioso sobre la muerte, grabado en Maguncia, y cuyas láminas, dibujadas maravillosamente, representan la muerte presidiendo á todas las acciones de la vida del hombre, esperándole á la salida de un baile en que acaba de estrechar la mano de su amada, atrayéndole al fondo del agua en que se baña, ó escondiéndose en el cañón de la escopeta con que va á cazar.

Madama Dubarry estaba examinando una lámina que representa una mujer arrebolándose y mirándose al espejo, cuando Bálamo empujó la puerta y fué á saludarla sonriéndose con el rostro radiante de felicidad.

— Perdonadme, señora, el que os haya hecho aguardar, pues había calculado mal la distancia, ó no conocía bien la velocidad de vuestros caballos, y os creía aun en la plaza de Luis XV.

— ¿Cómo es eso? preguntó la condesa. ¿Conque sabíais que yo venía?

— Sí, señora; hace como unas dos horas que os he visto en vuestro retrete tapizado de azul, dando órdenes para que enganchasen los caballos

— ¿Y decís que estaba en mi retrete tapizado de azul?

— Bordado de flores de colores naturales. Sí, condesa, y recostada en un sofá. Entonces se os ocurrió una venturosa idea, os habéis dicho: vamos á ver al conde de Fénix, y tocasteis la campanilla.

— ¿Y quién entró?

— Vuestra hermana, condesa, ¿no es así? Y la rogasteis que transmitiera vuestras órdenes, que fueron al punto ejecutadas.

— En verdad, conde, que sois un brujo. ¿Miráis de ese modo en mi retrete á todos los instantes del día? porque ya comprendéis que en tal caso será preciso que yo esté alerta.

— ¡Ah! no tengáis cuidado, condesa, porque sólo miro cuando están abiertas las puertas.

— ¿Y al mirar por las puertas abiertas, habéis visto que pensaba en vos?

— Ciertamente, y que pensabais con una buena intención.

— ¡Ah! tenéis razón, querido conde; abrigo respecto á vos las mejores intenciones del mundo; pero confesad que merecéis más que buenas intenciones, vos tan bueno y tan útil; vos que parecéis destinado á hacer el papel de mi tutor, es decir, el papel más difícil que yo conozco.

— En verdad, señora, que me hacéis muy dichoso. ¿Conque he podido seros útil en algo?

— ¡Cómo!... ¿Sois adivino y no adivináis?....

— Dejadme al menos que tenga el mérito de ser modesto.

— Sea así, mi querido conde; y por consiguiente voy á hablaros de lo que he hecho por vos.

— No lo permitiré, señora; al contrario, os suplico que hablemos de vos.

— Pues bien, mi querido conde; principiad desde luego por prestarme esa piedra que hace á una invisible, porque, á pesar de la rapidez de mi carrozmecha parecido ver en mi viaje á uno de los lacayos del señor de Richelieu.

— ¿Y qué hacía ese lacayo, señora?

— Seguía mi carnaje con un postillón.

— ¿Qué pensáis de esa circunstancia, y con qué objeto creéis que ha mandado seguiros?

— Con el de jugarme alguna pasada de las que acostumbra: por modesto que seáis, señor conde de Fénix, debéis conocer que Dios os ha dotado de bastante mérito para poder causar celos al rey... con mis visitas á vuestra casa, ó con vuestras visitas á la mía.

— El señor de Richelieu, señora, respondió Bál-samo, no puede ser peligroso para vos en ninguna ocasión.

— Pero lo era, querido duque, antes de haber sucedido lo que sucedió.

Bál-samo comprendió que estas palabras encerraban algún secreto que Lorenza no le había revelado aun, y por consiguiente no quiso aventurarse en un terreno desconocido y se contentó con responder con una sonrisa.

— Lo era, repitió la condesa, y faltó poco para que yo fuese víctima de la trama mejor urdida, en que vos habéis tenido alguna parte, conde.

— ¿Yo tener parte en ninguna trama contra vos? ¡Jamás, señora!

— ¿Pues no sois vos el que había dado el filtro al señor de Richelieu?

— ¿Qué filtro?

— Uno que hace enamorarse perdidamente.

— No, señora; esos filtros los compone el mismo Richelieu, porque hace largo tiempo que conoce la

receta; yo no le he dado más que un simple narcótico.

— ¿De veras?

— Palabra de honor.

— Y decidme: ¿qué día estuvo el señor duque á pedir ese narcótico? Recordad bien la fecha, caballero, porque es importante.

— Fué el sábado último, señora; la víspera del día en que tuve la honra de enviaros por conducto de Fritz la esquila en que os suplicaba tuvieseis la bondad de ir á buscarme á casa del señor de Sartines.

— ¿La víspera de ese día, exclamó la condesa, fué cuando el rey se trasladó á casa de la chica de Taverney! ¡Oh! todo lo comprendo ahora.

— Entonces sabréis que yo no he hecho otra cosa sino dar el narcótico.

— Sí, y ese narcótico nos ha salvado.

Bál-samo esperó, porque no sabía de qué se trataba.

— Mucho me alegro, señora, respondió, de haberos sido útil en algo, aunque sin intención.

— ¡Oh! sois para mí un amigo excelente; pero aun podéis hacer en mi favor más que lo que hasta ahora habéis hecho. ¡Oh! doctor, poéticamente hablando, he estado muy mala y me cuesta trabajo creer que me hallo en la convalecencia.

— Señora, dijo Bál-samo, no extrañéis que el médico, puesto que lo hay, averigüe los pormenores de la enfermedad que debe curar. Servíos, pues, informarme con exactitud de lo que habéis sentido, sin olvidar ningún síntoma, á ser esto posible.

— Nada más sencillo, querido doctor, ó querido hechicero, como gustéis. La víspera del día en que se administró vuestro narcótico, S. M. no quiso acompañarme á Luciennes, alegando para quedarse en Trianón que estaba cansado; pero después supe que mi men-

tiroso rey quería cenar con el duque de Richelieu y el barón de Taverney.

— ¡ Ah ! ¡ ah !

— Ahora lo entendéis, ¿ no es verdad ? Durante la cena dieron al rey el filtro de amor, y como sabían que estaba enamorado de la señorita de Taverney y que no iría á verme á la mañana siguiente, es claro que querían obrase en favor de esa chica.

— ¿ Y qué mas ?...

— Que obró el filtro.

— ¿ Y qué sucedió entonces ?

— Difícil es saberlo de un modo positivo. Sin embargo, personas bien informadas dicen que vieron que S. M. se dirigía hacia el departamento de la servidumbre, es decir, hacia la habitación de la señorita Andrea.

— Sé dónde vive ; ¿ y luego ?

— ¡ Qué ejecutivo sois, conde ! Luego... sabed que es peligroso seguir á un rey que se recata de las miradas de otro.

— ¿ Pero en fin ?

— En fin, lo único que puedo deciros es que S. M. en medio de la tormenta espantosa que hizo aquella noche volvió á Trianón pálido, temblando y con una calentura que le hacía delirar.

— ¿ Y creéis, preguntó Bálamo sonriéndose, que el rey no sólo tenía miedo de la tormenta, sino de alguna otra cosa ?

— Sí, porque el ayuda de cámara le oyó exclamar varias veces : « ¡ estaba muerta ! ¡ muerta ! »

— ¡ Oh ! exclamó Bálamo.

— Sin duda era el narcótico, continuó la Dubarry ; y como después de los muertos, nada causa tanto miedo al rey, como la imagen de un cadáver, y encon-

tró á la chica de Taverney dormida de un modo extraño, habrá creído que estaba muerta.

— Sí, sí, muerta en efecto, dijo Bálamo acordándose de que había huído del lado de Andrea sin despertarla ; muerta, ó á lo menos con todas las apariencias de la muerte. ¿ Y qué más, señora, qué más ?

— Nadie ha sabido pues lo que sucedió aquella noche, ó más bien al principio de ella. Lo cierto es que al rey le entró una calentura muy fuerte, y acometieronle estremecimientos nerviosos que no se le quitaron hasta la mañana siguiente, cuando la Delfina tuvo la idea de mandar abrir las ventanas de la regia estancia, y mostrar á S. M. un hermoso sol iluminando varios semblantes risueños. Entonces desaparecieron las visiones que le habían martirizado aquella noche ; á eso de medio día se sintió mejor el rey, tomó un caldo, se comió un alón de perdiz, y por la tarde.....

— ¿ Y por la tarde ?... repitió Bálamo.

— Por la tarde, continuó la Dubarry, no queriendo sin duda S. M. permanecer en Trianón, donde tanto miedo había pasado la víspera, fué á verme á Luciennes, donde conocí aquella noche, mi querido conde, que el señor de Richelieu es casi tan brujo como vos.

El aire de triunfo que tomó la cara de la condesa, su expresión llena de gracia y de malicia, terminaron su pensamiento y tranquilizaron completamente á Bálamo respecto del poder que la favorita ejercía aun sobre el rey.

— ¿ Según eso estáis contenta de mi, señora ? dijo.

— Entusiasmada, conde, os lo juro, porque me habéis dicho la verdad cuando me hablasteis de las imposibilidades que habiais creado.

Y diciendo eso le alargó, en prueba de gratitud, aquella mano tan blanca, tan suave y tan perfumada,

que no era tan fresca como la de Lorenza, pero cuyo calor tenía también su elocuencia.

— Ahora voy á hablar de vos, conde, dijo.

Bálsamo se inclinó como un hombre que está pronto á escuchar.

— Si me habéis preservado de un gran peligro, continuó la Dubarry, creo que también yo á mi vez os he salvado de un peligro no pequeño.

— Yo, dijo Bálsamo, no tengo necesidad de eso, para estaros reconocido; sin embargo, ¿tenéis la bondad de decirme?.....

— Sí, aun andamos con el cofrecito á vueltas.

— ¿Pues qué hay, señora?

— Que contenía muchas cifras que el señor de Sartines ha mandado traducir á todos sus empleados, los cuales han firmado su traducción respectiva, y todas las traducciones han dado el mismo resultado. De manera que el señor de Sartines ha llegado esta mañana á Versalles, cuando yo estaba allí, con todas aquellas traducciones y el diccionario de las cifras diplomáticas.

— ¡ Ah! ah! ¿y qué ha dicho el rey?

— Al principio se sorprendió, luego se asustó. S. M. oye fácilmente cuando le hablan de peligro, pues desde la puñalada dada con el cortaplumas de Damiens, todo el que dice á Luis XV: ¡tened cuidado! logra lo que intenta.

— ¿Es decir que el señor de Sartines me ha acusado de conspirador?

— Primeramente el señor de Sartines ha tratado de hacerme salir, pero me negué á ello declarando que, como era la persona más adicta al rey, nadie tenía el derecho de hacerme salir cuando se le hablaba de correr riesgo. El señor de Sartines ha insistido, pero me he quedado, porque el rey dijo sonriendo y mirán-

dome de cierto modo que yo conozco muy bien: « Dejadla que se quede, Sartines, que hoy no puedo negarle nada. » Entonces, ya comprenderéis, conde, que acordándose el señor de Sartines de nuestra última despedida formulada tan claramente, temió desagradarme acusádoos. Por consiguiente la tomó con la mala intención del rey de Prusia respecto de la Francia, y con las disposiciones de los ánimos á servirse de cosas sobrenaturales para facilitar la marcha de su rebelión. En una palabra, ha acusado á muchas personas, probando con las cifras en la mano que eran culpables.

— ¿Y de qué?

— ¿De qué?... Conde, ¿debo revelar un secreto de Estado?.....

— Que es nuestro secreto, señora. ¡Oh! nada arriesgáis, pues ya conoceréis que tengo interés en no hablar de él.

— Lo sé, conde, y que lo tenéis grande en no hablar de él; por lo mismo voy á deciroslo. El señor de Sartines ha querido probar que una secta, grande, poderosa, formada de adeptos valerosos, diestros y decididos, minaba sordamente el respeto debido á S. R. M. esparciendo ciertas voces acerca del rey.

— ¿Qué voces?

— Diciendo, por ejemplo, que S. M. quería matar de hambre á su pueblo.

— ¿Y qué ha contestado el rey?

— Lo que siempre, una chanza.

Bálsamo respiró.

— ¿Y qué chanza fué? preguntó.

— Ha dicho: « Ya que me acusan de matar de hambre al pueblo, respondamos á esa acusación alimentándolo. »

— ¿De qué modo, señor? preguntó el señor de Sartines.

— Yo me encargo de alimentar á todos los que propalan esas voces, me ofrezco á proporcionarles habitación en la Bastilla.

Bálsamo sintió correr por sus venas un ligero estremecimiento, pero preguntó sonriendo:

— ¿Y qué más?

— En seguida me miró el rey sonriendo como para pedirme consejo. « Señor, le dije, no podrán jamás hacerme creer que todas esas cifras negras que os trae el señor de Sartines, quieren decir que sois un mal rey. » Al oír esto, el subdelegado de policía hizo una exclamación de sorpresa; y yo añadí: « Como tampoco me podrán probar jamás que los empleados de la Cancillería saben leer. »

— ¿Y qué ha dicho á ese el rey, condesa? preguntó Bálsamo.

— Que muy bien podía yo tener razón, pero que tampoco le faltaba al señor de Sartines.

— ¿Y entonces?

— Entonces se extendieron varios mandamientos de prisión, entre los cuales ví claramente que el señor de Sartines procuraba deslizar uno acerca de vos; pero no cedi y le contuve con una palabra: « Caballero, le dije en voz alta y en presencia del rey, prended á todo Paris si se os antoja, porque eso es propio de vuestro empleo; ¡pero cuidado con tocar á ningún amigo mio! »

— ¡Oh! oh! dijo el rey; mirad, Sartines, que se va enfadando.

— Pero, señor, el interés del reino.....

— ¡Oh! le dije furiosa, tened presente que ni vos sois un Sully ni yo una Gabriela.

— Señora, se trata de asesinar al rey, como asesinaron á Enrique IV.

El rey se puso pálido, empezó á temblar y se pasó la mano por la frente. Me creí derrotada, y dije: « Señor, dejad al subdelegado de policía obrar á sus anchuras, porque sin duda han leído sus dependientes en estas cifras que yo también conspiro contra V. M. » Y me salí; pero como esto sucedía al día siguiente de haber tomado el rey el filtro, querido conde, preferí estar conmigo, y corrió tras de mí diciéndome: « ¡Ah! no os enfadéis, condesa. »

— Pues echad de aquí á ese hombre, señor, porque huele á cárcel.

— Vamos, señor de Sartines, idos, dijo el rey encogiéndose de hombros, y yo añadí:

— Os prohibo, no sólo que os presentéis en mi casa, sino que me saludéis siquiera.

Nuestro magistrado perdió la chabeta, se acercó á mí y me besó la mano con humildad, diciéndome: « Bien, señora, no hablemos más sobre esto; pero seréis causa de que se pierda el Estado. Ya que os empeñáis en ello, respetarán mis agentes á vuestro protegido. »

Bálsamo se quedó profundamente pensativo.

— ¡Cómo! dijo la condesa, ¿conque no me dais las gracias porque os he evitado que conozcáis la Bastilla, lo cual tal vez sería injusto, pero no muy agradable?

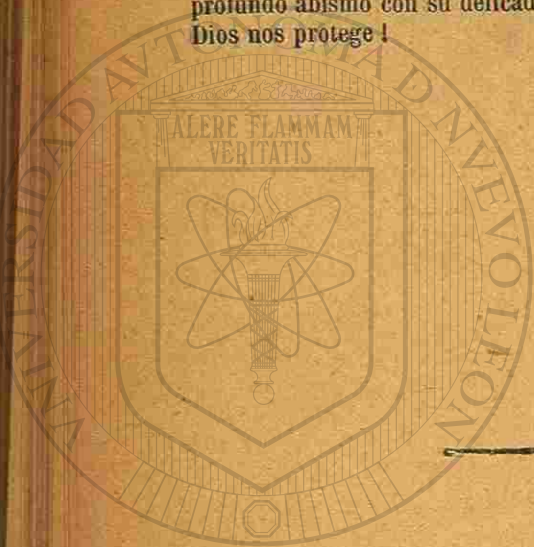
Bálsamo nada contestó; lo que hizo fué sacar del bolsillo un frasquillo lleno de un licor encarnado.

— Tomad, señora, dijo; en cambio de la libertad que vos me dais á mí, yo os doy veinte años más de juventud.

La condesa se guardó el rasquito en el seno, y se marchó sumamente contenta.

Bálsamo se quedó pensativo, y luego dijo :

— Quizá se hubieran salvado, á no ser por la coquetería de una mujer : una cortesana los precipita al más profundo abismo con su delicado pie. ¡ Está visto que Dios nos protege !



XXVI

La sangre

Apenas se había cerrado la puerta por donde salió la Dubarry, cuando ya subía Bálsamo por la escalera excusada, y entraba en el cuarto de las pieles.

La conversación con la condesa había sido larga, y él tenía mucha prisa por dos causas : la primera, por el deseo de ver á Lorenza, y la segunda, por el temor de que esta joven estuviese fatigada ; porque, en la nueva vida que le había dado, si bien no cabía el fastidio podía fatigarse mucho, como le sucedía á veces, al pasar del sueño magnético al éxtasis. Al éxtasis casi siempre sucedían crisis nerviosas que hacían sufrir horriblemente á Lorenza, si la intervención del fluido reparador no iba á establecer un equilibrio satisfactorio entre las diversas funciones del organismo.

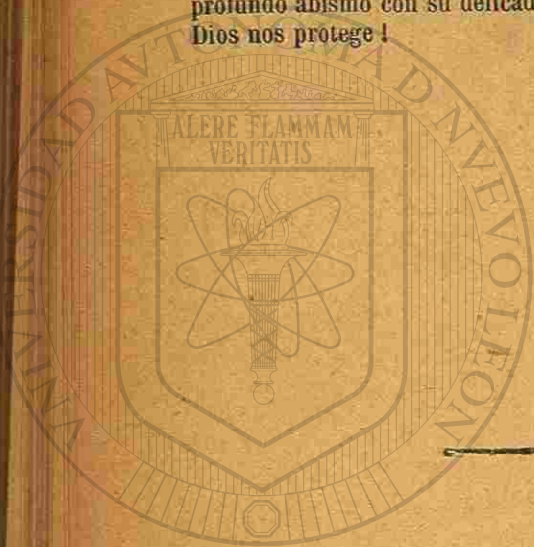
De consiguiente, así que Bálsamo volvió á cerrar la puerta, fijó con rapidez la vista en el canapé en que había dejado á Lorenza.

Ésta no estaba ya allí : pero la rica manteleta de cachemira bordada de flores de oro con que se cubría, estaba sobre los almohadones como para atestiguar que su dueño había permanecido en aquel aposento y reposado sobre aquel mueble.

Bálsamo se quedó inmóvil, con la vista clavada en el canapé solitario. Quizá Lorenza se había sentido incomodada por un olor extraño que parecía haberse

Bálsamo se quedó pensativo, y luego dijo :

— Quizá se hubieran salvado, á no ser por la coquetería de una mujer : una cortesana los precipita al más profundo abismo con su delicado pie. ¡ Está visto que Dios nos protege !



XXVI

La sangre

Apenas se había cerrado la puerta por donde salió la Dubarry, cuando ya subía Bálsamo por la escalera excusada, y entraba en el cuarto de las pieles.

La conversación con la condesa había sido larga, y él tenía mucha prisa por dos causas : la primera, por el deseo de ver á Lorenza, y la segunda, por el temor de que esta joven estuviese fatigada ; porque, en la nueva vida que le había dado, si bien no cabía el fastidio podía fatigarse mucho, como le sucedía á veces, al pasar del sueño magnético al éxtasis. Al éxtasis casi siempre sucedían crisis nerviosas que hacían sufrir horriblemente á Lorenza, si la intervención del fluido reparador no iba á establecer un equilibrio satisfactorio entre las diversas funciones del organismo.

De consiguiente, así que Bálsamo volvió á cerrar la puerta, fijó con rapidez la vista en el canapé en que había dejado á Lorenza.

Ésta no estaba ya allí : pero la rica manteleta de cachemira bordada de flores de oro con que se cubría, estaba sobre los almohadones como para atestiguar que su dueño había permanecido en aquel aposento y reposado sobre aquel mueble.

Bálsamo se quedó inmóvil, con la vista clavada en el canapé solitario. Quizá Lorenza se había sentido incomodada por un olor extraño que parecía haberse

esparcido por el aposento desde que ella había salido; quizá, por un movimiento maquinal, había usurpado los hábitos de la vida real, y había mudado de sitio instintivamente.

El primer pensamiento de Bálamo fué que Lorenza había entrado en el laboratorio donde la había conducido poco antes.

Entró pues en él. Á primera vista parecía vacío; pero una mujer se podía ocultar fácilmente detrás del gigantesco hornillo, ó de las colgaduras que representaban personajes del Oriente.

Levantó las colgaduras y dió una vuelta al rededor del hornillo, pero no halló ni huella siquiera de haber estado allí Lorenza.

Faltaba examinar la habitación de la joven donde indudablemente habría entrado. Esta habitación servía de cárcel á Lorenza cuando estaba despierta.

Corrió pues á ella, y halló la puerta cerrada.

Sin embargo, esto no probaba que Lorenza no hubiese entrado en ella, pues nada se oponía á que, en su sueño tan lúcido, se hubiese acordado de aquel mecanismo, y obedecido á las alucinaciones de un sueño mal disipado.

Bálamo empujó el resorte, pero encontró el cuarto tan vacío como el laboratorio, y sin la menor señal de que Lorenza hubiese entrado allí.

Entonces una idea dolorosa que, como recordarán nuestros lectores, había asomado ya á su espíritu, vino á disipar todas las suposiciones y esperanzas del amante dichoso.

Lorenza habría disimulado; habría fingido dormir, para disipar toda desconfianza, toda inquietud y vigilancia en el ánimo de su esposo, y aprovechando aquella primera ocasión de libertad, habría vuelto á escaparse, más segura de lo que debía hacer, puesto

que se hallaba aleccionada por la primera, ó más bien la segunda experiencia de fuga.

Bálamo dió un brinco cuando se le ocurrió esta idea, y llamó á Fritz.

Luego, figurándose en su impaciencia que éste tardaba, corrió á su encuentro y le halló en la escalera excusada.

— ¿Y la señora? dijo.

— ¿Qué hay, señor? preguntó Fritz, comprendiendo por lo conmovido que estaba Bálamo que había sucedido alguna cosa extraordinaria.

— ¿La has visto?

— No, señor.

— ¿No ha salido?

— ¿De dónde?

— De casa.

— La única persona que ha salido es la condesa, y yo mismo acabo de cerrar la puerta.

Bálamo volvió á subir como un loco; y se figuró que aquella loca joven, tan diferente estando dormida de cuando estaba despierta, se le habría antojado jugar como un niño; en una palabra, que estaría escondida en algún rincón, y desde allí se entretenía en asustarle, para tranquilizarle en seguida.

Entonces emprendió un minucioso registro, no perdonando rincón, armario ni biombó, y notándose en sus pesquisas los síntomas de un hombre ciego por la pasión, de un loco sin vista, de un borracho que se bambolea. Sólo tenía fuerzas para abrir los brazos y gritar: «¿Lorenza, Lorenza!» esperando que aquella criatura á quien adoraba fuese á arrojarle en ellos de pronto exhalando un grito de júbilo.

Pero el silencio, un silencio triste y obstinado fué la única respuesta que obtuvo en medio de su extrava-

gante pensamiento, lo único que contestó á su insensato llamar.

Bálsamo invirtió tres minutos, es decir, tres siglos de agonía en correr de acá para allá, revolver los muebles, hablar con las paredes, llamar á Lorenza, mirar sin ver, escuchar sin oír, palpar aunque sin vida, y estremecerse aunque sin saber si pensaba.

Al fin salió de aquel estado de alucinación, pero medio loco, metió la mano en un vaso de agua helada, se mojó con ella las sienes, y luego, apretando las manos una contra otra, como para obligarse á sí propio á permanecer inmóvil, calmó, por medio de la voluntad, el ruido importuno de aquel batidero de la sangre contra el cráneo, ruido funesto, incesante y monótono, que cuando no se oye indica vida con tal que se mueva sosegadamente, pero que cuando es perceptible y acelerado significa muerte ó locura.

— Vamos, dijo, racionemos; no hay subterfugios que valgan; Lorenza no está aquí, y de consiguiente ha salido. Sí, ¡salido, salido!

Y volvió á mirar en su derredor, llamándola otra vez.

— Nada: ha salido, repitió, y en vano sostiene Fritz que no la ha visto. Ha salido, ha salido. Dos casos se presentan aquí: ó efectivamente Fritz nada ha visto, lo cual bien examinado es posible, porque el hombre está sujeto á equivocaciones, ó bien la ha visto, y Lorenza le ha ganado... ¡Ganar á Fritz!... ¡Y por qué no? En vano aboga contra esta suposición su anterior fidelidad, pues si Lorenza, si el amor, si la ciencia han podido engañar y mentir hasta tal punto, ¿por qué no ha de engañar también una criatura humana, cuya naturaleza es tan frágil y falible?... ¡Oh, yo lo sabré todo! ¿No me queda la señorita de Taverney? Sí, por Andrea sabré la traición de Lorenza y de Fritz; y, ¡oh! lo que es esta vez, como el amor haya sido men-

tira, como la ciencia haya sido un error, y la fidelidad un lazo tendido á mi confianza, Bálsamo castigará sin compasión, sin reserva, como un hombre poderoso que se venga, para lo cual desecha la misericordia y conserva únicamente la soberbia... Vamos, todo está reducido á salir cuanto antes, no dejar que Fritz adivine mi intento, y correr á Triano.

Y cogiendo el sombrero que había rodado por el suelo, se lanzó á la puerta.

Empero se detuvo de pronto y dijo:

— ¡Oh! ante todo es mi pobre viejo, ¡Dios mío! ¡Me había olvidado de él! Es preciso que yo vea á Althotas antes de salir. Durante este acceso de delirio, durante este espasmo de amor monstruoso, he abandonado al infeliz viejo, cometiendo en esto una ingratitud y una inhumanidad.

Y Bálsamo, con aquella actividad febril que animaba todos sus movimientos, se acercó al resorte que hacía moverse la báscula del techo.

Al punto descendió con rapidez aquel armazón móvil.

Bálsamo se colocó en él, y con el auxilio del contrapeso, principió á subir, pero con el corazón enteramente turbado aún y sin pensar más que en Lorenza.

Apenas llegó al nivel del cuarto de Althotas, llegó á sus oídos la voz del anciano y le sacó de su dolorosa contemplación.

Pero, con gran asombro de Bálsamo, sus primeras palabras no fueron una reconvención como se prometía, sino una explosión de alegría natural y franca.

El discípulo fijó en su maestro una mirada de asombro.

El viejo estaba arrellanado en su sillón de resortes, aspirando ruidosamente y con delicia, como si á cada aspiración recobrarse un día de vida, clavando con

impertinencia en su visitante unos ojos llenos de un fuego sombrío, si bien la sonrisa que brillaba en sus labios suavizaba su expresión.

Bálsamo reunió sus fuerzas y sus ideas para no dejar traslucir su turbación al maestro, tan poco indulgente con las debilidades humanas.

Durante aquel minuto de recogimiento, Bálsamo sintió una opresión extraña en su pecho. El aire se había viciado sin duda por una absorción constante; un olor pegajoso, desagradable, tibio y nauseabundo, semejante al que había respirado ya abajo, aunque en menos grado, impregnaba el aire, y á la manera de esos vapores que se desprenden de las lagunas y los pantanos en otoño al salir ó ponerse el sol, se había condensado y empañado los cristales.

En aquella atmósfera espesa y acre, se le oprimió á Bálsamo el corazón, se le enardeció la cabeza, le acometió un vértigo, y sintió que iban á faltarle las fuerzas y la respiración.

— Maestro, dijo buscando un punto sólido en que apoyarse y tratando de ensanchar su pecho, aquí no podéis vivir, pues no se respira.

— ¿Te parece así?

— ¡Oh! sin duda.

— Sin embargo, yo respiro perfectamente, replicó Althotas con socarronería, y vivo como lo ves.

— Maestro, maestro, dijo Bálsamo cada vez más mareado, dejadme abrir una ventana, porque no parece sino que de este pavimento se desprende como un vapor de sangre.

— ¡De sangre! ¡Ah! ¿conque te huele á sangre?... exclamó Althotas soltando una carcajada.

— ¡Oh! ¡sí, sí! siento los miasmas que exhala un cuerpo recién muerto; y es tanto lo que gravitan sobre mi cerebro y corazón, que podría pesarlos.

— Eso es, dijo el viejo con su sonrisa irónica, eso es; ya lo había yo advertido; sólo que tú tienes un corazón muy tierno y un cerebro muy frágil, Acharat.

— Maestro, dijo Bálsamo señalando con el dedo, tenéis sangre en las manos; la hay en esta mesa, en todas partes, hasta en vuestros ojos, que relucen como dos llamas. Maestro, este olor que se respira aquí, que me marea y me sufoca, es un olor de sangre.

— ¿Y qué? dijo Althotas tranquilamente, ¿es la primera vez que sientes ese olor?

— No.

— ¿No me has visto nunca hacer experiencias? ¿No las has hecho nunca tú mismo?

— ¡Pero no con sangre humana! respondió Bálsamo pasando la mano por su frente bañada en sudor.

— ¡Ah! ¿qué fino olfato tienes! dijo Althotas. Y bien, jamás hubiera creído que se pudiese distinguir con el olfato la sangre humana de la de otro animal cualquiera.

— ¡La sangre humana! murmuró Bálsamo.

Y al buscar algún mueble para apoyarse, percibió con horror un ancho barreño de cobre cuyas brillantes paredes reflejaban el color purpúreo de la sangre recién sacada.

La enorme vasija estaba llena hasta el medio.

Bálsamo retrocedió espantado.

— ¡Oh! ¿de dónde proviene esa sangre? exclamó.

Althotas no contestó, pero no perdía de vista ninguna de las fluctuaciones y de los terrores de Bálsamo.

De pronto dió éste un grito terrible. Luego, bajóse como para recoger del suelo una cinta de seda recamada de plata, de la que pendía una larga trenza de pelo.

Después de aquel grito agudo, doloroso y supremo, reinó un momento de silencio en el cuarto del viejo.

Bálsamo levantó con lentitud aquella cinta, y examinó con terror aquellos cabellos, á cuyo extremo, del lado de la cinta, estaba preso un alfiler de oro, mientras que en el lado de su corte parecían formar una franja que destilaba gotas de sangre.

Á medida que Bálsamo levantaba la mano, le temblaba ésta cada vez más.

Á medida que Bálsamo miraba con más atención aquella cinta ensangrentada, se ponían sus mejillas más amoratadas.

— ¡ Oh ! ¿ de dónde proviene esto ? murmuró, pero en tono bastante alto, para que sus palabras fuesen una pregunta para cualquier otro que no fuera él.

— ¿ Eso ? dijo Althotas.

— Sí, esto.

— Es una cinta de seda para el pelo.

— ¿ Pero de qué está mojado este pelo ?

— De sangre ; ya lo ves.

— ¿ Y qué sangre es esa ?

— ¡ Cuál ha de ser, vive Dios ! la que necesitaba para mi elixir, la que no quisiste darme y he tenido que proporcionarme yo mismo en vista de tu negativa.

— ¿ Pero á quién habéis cortado esta trenza, de quién es esta cinta ? ; Esta no pertenecía á un niño !

— ¿ Y quién te ha dicho que he degollado á un niño ? preguntó Althotas con tranquilidad.

— ¿ No necesitabais sangre de un niño para hacer vuestro elixir ? exclamó Bálsamo, ¿ no me habíais dicho esto ?

— Ó de una virgen, Acharat, ó de una virgen.

Y Althotas alargó su descarnada mano, tomando de encima del brazo del sillón una redoma, cuyo contenido saboreó con delicia.

Luego con el tono más natural del mundo, con el más afectuoso acento, dijo :

— Has hecho bien, Acharat ; has obrado con prudencia y previsión en colocar á esa mujer debajo de este piso, y casi donde yo pudiera alcanzarla, porque así no tiene de qué quejarse la humanidad, ni que reprender la ley cosa alguna. No has sido tú quien me ha entregado la virgen, sin cuya sangre hubiera muerto tu maestro, la he cogido yo : gracias, pues, amado discípulo ; gracias, mi querido Acharat.

Y otra vez se llevó á los labios la redoma.

Bálsamo dejó caer la trenza de pelo que tenía en la mano, pues una luz horrible acababa de deslumbrar su vista.

Enfrente de él había una gran mesa de mármol que el viejo tenía siempre atestada de plantas, libros y redomas ; pero á la sazón estaba cubierta con un largo paño de damasco blanco salpicado de flores oscuras, dando en él la rojiza luz que despedía la lámpara de Althotas, la cual dibujaba unas formas siniestras que Bálsamo no había notado hasta entonces.

Este cogió el paño por una punta y tiró con fuerza.

Empero entonces se le erizaron los cabellos, y su boca entreabierta no pudo dejar escapar el horroroso grito que se ahogó en el fondo de su garganta.

Bajo aquel sudario descubrió el cadáver de Lorenza, tendida sobre la mesa, con el rostro amoratado, pero risueño aun, y cuya cabeza colgaba hacia atrás como arrastrada por el peso de sus largos cabellos.

Por cima de la clavícula tenía una ancha herida, y ni una gota de sangre destilaba ya.

Sus manos estaban tiesas, y sus ojos cerrados bajo unos párpados de color de violeta.

— Sí, sangre, sangre de virgen ; las tres últimas gotas de la sangre arterial de una virgen ; esto era lo que necesitaba, dijo el viejo recurriendo por tercera vez á su redoma.

— ¡ Miserable ! exclamó Bálamo, cuyo desesperado grito salió al fin por cada uno de sus poros : ¡ muere, miserable, porque hace cuatro días que era mi querida, mi amante, mi esposa ! ¡ La has asesinado para nada, porque no estaba virgen !.....

Los ojos de Alhotas temblaron al oír estas palabras, como si un sacudimiento eléctrico los hiciera conmovirse en sus órbitas ; sus pupilas se dilataron de un modo espantoso ; sus encías, porque no tenía dientes, rechinaron, y su mano dejó caer la redoma sobre el entarimado, haciéndose mil pedazos, mientras que él, estupefacto, anonadado, herido en el cerebro al mismo tiempo que en el corazón, caía pesadamente contra el respaldo de su sillón.

En cuanto á Bálamo, se inclinó sollozando sobre el cadáver de Lorenza, y se desmayó al querer besar sus ensangrentados cabellos.

XXVII

Dios y el hombre

Las horas, estas extrañas hermanas que, asidas de la mano, pasan con vuelo tan lento para el desgraciado y tan rápido para el hombre feliz, pasaron silenciosas replegando sus pesadas alas, en aquella habitación poblada de suspiros y sollozos.

En un lado se hallaba la muerte, y en el otro la agonía.

En el medio estaba la desesperación tan dolorosa como la agonía, y tan profunda como la muerte.

Desde el grito doloroso que había desgarrado su garganta, Bálamo no había vuelto á proferir una sola pabra ; desde aquella fulminante revelación que había abatido el feroz júbilo de Alhotas, no había hecho ningún movimiento.

En cuanto al repugnante viejo, vuelto violentamente á la vida, tal como Dios la ha dado á los hombres, parecía tan fuera de su centro en aquel elemento nuevo para él, como el pájaro que herido por un perdigón cae desde lo alto de una nube en un lago, en cuya superficie se debate sin poder desplegar sus alas.

El asombro pintado en aquella cara livida y desencajada revelaba la inconmensurable extensión de su desilusión.

En efecto, Alhotas ni siquiera se tomaba ya el trabajo de pensar, desde que sus pensamientos habían

— ¡ Miserable ! exclamó Bálamo, cuyo desesperado grito salió al fin por cada uno de sus poros : ¡ muere, miserable, porque hace cuatro días que era mi querida, mi amante, mi esposa ! ¡ La has asesinado para nada, porque no estaba virgen !.....

Los ojos de Althotas temblaron al oír estas palabras, como si un sacudimiento eléctrico los hiciera conmovirse en sus órbitas ; sus pupilas se dilataron de un modo espantoso ; sus encías, porque no tenía dientes, rechinaron, y su mano dejó caer la redoma sobre el entarimado, haciéndose mil pedazos, mientras que él, estupefacto, anonadado, herido en el cerebro al mismo tiempo que en el corazón, caía pesadamente contra el respaldo de su sillón.

En cuanto á Bálamo, se inclinó sollozando sobre el cadáver de Lorenza, y se desmayó al querer besar sus ensangrentados cabellos.

XXVII

Dios y el hombre

Las horas, estas extrañas hermanas que, asidas de la mano, pasan con vuelo tan lento para el desgraciado y tan rápido para el hombre feliz, pasaron silenciosas replegando sus pesadas alas, en aquella habitación poblada de suspiros y sollozos.

En un lado se hallaba la muerte, y en el otro la agonía.

En el medio estaba la desesperación tan dolorosa como la agonía, y tan profunda como la muerte.

Desde el grito doloroso que había desgarrado su garganta, Bálamo no había vuelto á proferir una sola pabra ; desde aquella fulminante revelación que había abatido el feroz júbilo de Althotas, no había hecho ningún movimiento.

En cuanto al repugnante viejo, vuelto violentamente á la vida, tal como Dios la ha dado á los hombres, parecía tan fuera de su centro en aquel elemento nuevo para él, como el pájaro que herido por un perdigón cae desde lo alto de una nube en un lago, en cuya superficie se debate sin poder desplegar sus alas.

El asombro pintado en aquella cara livida y desencajada revelaba la inconmensurable extensión de su desilusión.

En efecto, Althotas ni siquiera se tomaba ya el trabajo de pensar, desde que sus pensamientos habían

visto disiparse como el humo el objeto á que se dirigían y que creía tan sólido como una roca.

Su desesperación triste y silenciosa tenía algo de atontamiento, y aquellos, cuyo espíritu estuviese poco acostumbrado á medir el suyo, tal vez hubieran tomado aquel silencio por un indicio de que estaba meditando; mas para Bálamo, que siquiera le miraba, era la agonía del poder, de la razón, de la vida.

Althotas no apartaba la vista de aquella redoma despedazada, imagen de la nada de sus esperanzas, y cualquiera diría que estaba contando aquellos mil pedazos de cristal que, al desparramarse por el suelo, habían disminuído su vida otros tantos días; cualquiera diría que quería sorber con la vista aquel licor precioso derramado por el pavimento y que había creído por un instante que daba la inmortalidad.

De vez en cuando, cuando el dolor de su desilusión era demasiado agudo, fijaba también sus apagados ojos en Bálamo, y luego en el cadáver de Lorenza.

Entonces se parecía á esos animales cogidos en una trampa, que el cazador encuentra por la mañana presos por la pata, y les da de puntapiés largo rato sin hacerles volver la cabeza; pero que, si los pincha con un cuchillo de monte, ó con la bayoneta de su carabina, alzan obstinadamente sus sangrientos ojos, impregnados de odio, venganza, reconvencción y sorpresa.

— ¿Es posible, decía aquella mirada, tan expresiva aun á pesar de hallarse en su atonía, es posible que me sucedan tantas desgracias y derrotas de parte de un ser tan infimo como ese hombre que está ahí arrodillado á cuatro pasos de mí, á los pies de un objeto tan vulgar como esa mujer muerta? ¿no es un trastorno de la naturaleza, una aberración de la ciencia, un cataclismo de la razón, el que el discípulo tan grosero

haya abusado del maestro tan sublime? ¿no es monstruoso, en fin, que el grano de arena haya parado la rueda del carro soberbio y rápido en su omnipotencia é inmortal vuelo?

En cuanto á Bálamo, despedazado como estaba, aniquilado, sin voz, sin movimiento y casi sin vida, ningún pensamiento humano había penetrado aun por entre los sangrientos vapores de su cerebro.

¡Lorenza, su Lorenza! Lorenza su mujer, su ídolo, aquella criatura doblemente preciosa á título de ángel y de amante; Lorenza, es decir, el placer y la gloria, el presente y el futuro, la fuerza y la fe; Lorenza, es decir, cuanto él amaba, cuanto deseaba y ambicionaba en el mundo, Lorenza, la había perdido para siempre!

Bálamo no lloraba, no gritaba, ni siquiera suspiraba.

Apenas tenía tiempo para admirarse de que tamaña desgracia hubiese caído sobre su cabeza; pareciéndose en eso á aquellos desgraciados sorprendidos en su cama por la inundación, que sueñan que están rodeados de agua, que despiertan, abren los ojos, y al ver amenazar su cabeza una oleada espantosa, no tienen siquiera tiempo para dar un grito, y pasan de la vida á la muerte.

Por espacio de tres horas se creyó Bálamo sepultado en los profundos abismos de la tumba, y en medio de su inmenso dolor atribuyó lo que estaba sucediendo á uno de esos fatídicos sueños que van á visitar á los muertos en la eterna y silenciosa noche del sepulcro.

Para él no existía Althotas, es decir, que para él no había ni oído ni espíritu de venganza.

Para él no existía Lorenza, es decir, que para él no había tampoco ni vida ni amor.

Sueño, noche, la nada; esto es lo que le rodeaba. Así trascurió el tiempo, lúgubre, silencioso é

infinito, en aquel aposento en que la sangre se enfriaba después de enviar su parte fecundante á los átomos que la reclaman.

De pronto sonó tres veces una campanilla en medio del silencio y las tinieblas.

Sin duda sabía Fritz que su amo se hallaba en la habitación de Althotas, pues en esa misma habitación resonó la campanilla.

Empero por más que vibró con un ruido extraño por lo insólito, el sonido se desvaneció en el espacio.

Bálsamo no levantó la cabeza.

Al cabo de unos cuantos minutos sonó segunda vez, pero más fuerte, el tintín de la campanilla, sin que Bálsamo saliera de su letargo.

Luego, así que pasó un rato más corto que el que medió entre el primero y segundo tintín, enfadada la campanilla esparció por el cuarto un repiqueteo chillón é impaciente.

Sin estremecerse Bálsamo alzó lentamente la cabeza, é interrogó el espacio con la fría solemnidad de un muerto que saliese de su sepulcro.

Así debió mirar Lázaro cuando Cristo le llamó tres veces por su nombre.

La campanilla no cesaba de repiquetear.

Su energía, que cada vez iba en aumento, despertó al fin la inteligencia en el amante de Lorenza.

Entonces desprendió su mano de la del cadáver; pero todo el calor había abandonado su cuerpo, sin pasar al de Lorenza.

— Esto indica una gran noticia ó un peligro de gravedad, dijo Bálsamo. ¡ Con tal que sea esto último!...

Y se levantó del todo.

Mas ¿para qué he de contestar á ese llamamiento? continuó diciendo, sin advertir el lúgubre efecto que causaban sus palabras bajo aquella bóveda

sombria y en aquella fúnebre habitación; ¿puede haber en el mundo algo que me interese ó asuste?

La campanilla, como si quisiera contestarle, hirió con tal fuerza sus costados de bronce, que la lengüeta de metal se desprendió y cayó sobre una retorta de vidrio, la cual se rompió haciendo un ruido metálico y sembrando el suelo de pedazos.

Bálsamo no resistió más, considerando, por otra parte, que importaba que nadie, incluso Fritz, fuese á acosarle donde se hallaba.

Dirigióse, pues, con tranquilo paso hacia el resorte, lo empujó y fué á colocarse sobre la plancha, la cual bajó lentamente hasta dejarle en medio del aposento de las pieles.

Al pasar junto al sofá rozó la manteleta que se había desprendido de los hombros de Lorenza cuando el inhumano viejo la levantó en sus brazos, tan impasible como la muerte.

Aquel contacto, más vivo aun que Lorenza, hizo estremecer á Bálsamo de un modo doloroso.

Cogió la manteleta y la besó, sofocando sus gritos con la tela misma.

Luego fué á abrir la puerta de la escalera.

En los últimos escalones estaba Fritz sumamente pálido, respirando agitado, con una bujía en la mano izquierda, y tirando con la derecha del cordón de la campanilla aterrado é impaciente.

Al ver á su amo lanzó un grito de contento, pero en seguida se escapó de su pecho otro de sorpresa y espanto.

No sabiendo Bálsamo de qué provenían aquellos dos diversos gritos, le interrogó en silencio.

Fritz no dijo una palabra; pero á pesar de lo respetuoso que solía ser, se aventuró á coger á su amo de la mano, y le llevó delante del gran espejo de Venecia

colocado encima de la chimenea que conducía al aposento de Lorenza.

— ¡ Oh ! mirad, dijo, indicándole su propia imagen en el cristal.

Bálsamo se estremeció. Luego asomó á sus labios una de esas sonrisas hijas de un dolor infinito é incurable, una sonrisa mortal.

En efecto, había comprendido el espanto de Fritz.

Bálsamo había envejecido veinte años en una hora ; sus ojos no tenían ya brillo, la sangre no coloraba ya su piel ; en todas sus facciones estaba ya pintada una expresión de estupor y falta de inteligencia, sus labios estaban ribeteados de una espuma sanguinolenta, y en la blanca batista de su camisa había una mancha de sangre.

Bálsamo se miró á sí mismo un instante sin poder reconocerse, luego clavó con resolución sus ojos en los del extraño personaje que reflejaba el espejo.

— Sí, Fritz, dijo, tienes razón.

En seguida, notando el aire inquieto de su fiel criado, le preguntó :

— Pero, ¿ por qué me llamabas ?

— ¡ Oh ! por ellos, mi amo.

— ¿ Por ellos ?

— Sí.

— Pero, ¿ quiénes son ellos ?

— Señor, murmuró Fritz acercando su boca al oído de Bálsamo, son los cinco maestros.

Bálsamo se estremeció.

— ¿ Todos ? preguntó.

— Sí, señor, todos.

— ¿ Y están ahí ?

— Ahí.

— ¿ Solos ?

— No ; cada uno trae un criado armado que aguarda en el patio.

— ¿ Han venido juntos ?

— Juntos, sí, señor ; y viendo que se impacientaban, he llamado tantas veces y tan fuerte.

Bálsamo, sin ocultar siquiera bajo un pliegue de la pechera de encaje la mancha de sangre, y sin cuidarse de reparar el desorden de su pelo y traje, echó á andar y principió á bajar la escalera, después de haber preguntado á Fritz si sus huéspedes estaban en el salón ó en el gran gabinete.

— Están en el salón, respondió Fritz siguiendo á su amo.

Luego, cuando llegaron al pie de la escalera, se arriesgó á detener á Bálsamo, diciéndole ;

— ¿ Tiene V. E. alguna orden que darme ?

— Ninguna, Fritz.

— ¿ V. E... continuó Fritz balbuceando.

— ¿ Qué dices ? preguntó Bálsamo con infinita dulzura.

— ¿ V. E. va á presentarse á ellos sin armas ?

— Sí, sin armas.

— ¿ Sin llevar siquiera vuestra espada ?

— ¿ Y para qué he de llevar la espada, Fritz ?

— No lo sé, respondió el fiel criado bajando la vista, pero se me figuraba... creía... tenía miedo.....

— Está bien ; retírate, Fritz.

El criado dió algunos pasos para obedecer, pero volvió.

— ¿ No has oído ? preguntó Bálsamo.

— Quería decir á V. E. que vuestras dos pistolas de dos cañones están en el estuche de ébano, sobre el velador dorado.

— Bien está ; ya te he dicho que te vayas, dijo Bálsamo.

Y entró en el salón.

Enjuiciamiento

Fritz tenía razón, pues los huéspedes de Bálamo no habían entrado en la calle de San Claudio con un aparato pacífico ni con exterior benévolo.

Cinco hombres á caballo escoltaban el coche de camino en que habían venido los cinco maestros; cinco hombres de sombrío y altivo rostro, armados de pies á cabeza, habían cerrado la puerta de la calle, y la estaban custodiando mientras aparentaban aguardar á sus amos.

Sobre el pescante de aquel coche estaban un cochera y dos lacayos con cuchillos de monte y mosquetes ocultos bajo sus capas, lo cual indicaba que toda aquella gente había ido á la calle de San Claudio para una expedición más bien que para hacer una visita.

Así, aquella invasión nocturna de hombres tan terribles que había reconocido Fritz, aquella toma por asalto del hotel, había causado desde luego un terror indecible al alemán, y había tratado de negar la entrada á toda aquella gente, cuando vió por el postiguillo la escolta y adivinó las armas; pero aquellos poderosos signos, testimonio irrecusable del derecho de los que llegaban, no le permitieron replicar. Apenas se apoderaron del terreno, los extranjeros se colocaron, como hábiles capitanes, á cada salida de la casa, sin

tomarse el trabajo de disimular sus malignas intenciones.

Los pretendidos escuderos colocados en el patio y los pasillos, y los pretendidos maestros en el salón, nada bueno hacían presagiar á Fritz, y este fué el motivo porque había tocado tan fuerte que rompió la campanilla.

Bálamo, sin asombrarse ni prepararse, entró en el salón, que Fritz había alumbrado de un modo conveniente, para honrar cual debía á todo visitante.

Al presentarse vió sentados en sillones á los cinco visitantes, de los que ni uno solo se levantó.

Pero él, como amo de la casa, habiéndolos visto á todos, los saludó con urbanidad.

Sólo entonces se levantaron, y le devolvieron el saludo con gravedad.

Bálamo tomó asiento frente á ellos, sin notar ó dar á entender que notaba el extraño orden en que estaban colocados.

En efecto, los cinco sillones formaban un semicírculo parecido al de los tribunales antiguos, con un presidente y dos asesores, y el sillón de Bálamo colocado frente al del presidente, ocupando el sitio que se señala á los acusados en los concilios ó los pretorios.

Bálamo no fué el primero que tomó la palabra, como lo hubiera hecho en cualquiera otra ocasión; pues miraba sin ver, á consecuencia aun de la dolorosa somnolencia que le había quedado después del duro golpe que recibiera.

— Hermano, dijo el presidente ó más bien el que ocupaba el sillón del medio, al parecer nos has comprendido. Sin embargo has tardado mucho en venir, y ya estábamos deliberando para saber si debíamos enviar á buscarte.

— No os comprendo, respondió sencillamente Bál-samo.

— No lo creía yo así, al verte tomar respecto de nosotros el puesto y la actitud de un acusado.

— ¿De un acusado? balbuceó Bál-samo vagamente encogiéndose de hombros en seguida.

— Repito que no os comprendo, añadió.

— Ya te haremos comprender, y no nos será difícil, según veo por la palidez de tu frente, por tus apagados ojos y tu voz temblona... cualquiera diría que no oyes.

— Sí, oigo, respondió Bál-samo sacudiendo la cabeza cual si tratase de desprenderse de las ideas que le abrumaban.

— ¿Te acuerdas, hermano, continuó el presidente, que, en las últimas comunicaciones, te daba aviso la logia suprema de que se premeditaba una traición por uno de los principales sostenes de la orden?

— Tal vez... sí... no digo que no.

— Respondes como quien tiene una conciencia en desorden y turbada; cálmate... no te dejes abatir; respóndeme con claridad y precisión cual lo exige la terrible posición en que te hallas; respóndeme con la certidumbre de que puedes convencernos, porque no venimos con prevenciones ni odio; representamos la ley, y ésta no habla sino después que el juez ha oído.

Bál-samo no replicó.

— Te lo repito, Bál-samo, y una vez hecha mi advertencia, será como la que se dan dos combatientes antes del ataque; voy á atacarte con armas leales, pero poderosas; ¡defiéndete!

Al ver los asistentes la flemma é inmovilidad de Bál-samo, se miraron asombrados, luego fijaron la vista en el presidente....

— ¿Me has entendido, no es verdad, Bál-samo? repitió este último.

Bál-samo dijo que sí con la cabeza.

— De consiguiente, como hermano leal y benévolo que soy, te he dado á conocer el objeto de mi interrogatorio, y ya estás advertido. Así ten cuidado, pues comienzo de nuevo.

Hecha esta advertencia prosiguió diciendo el presidente:

— La orden comisionó á cinco individuos de su seno para que vigilasen en París los pasos del que se nos designaba por traidor. Sabido es que las revelaciones que se nos hacen no están sujetas á error, pues á ti mismo te consta que las obtenemos, ya de agentes adictos por lo que hace á los hombres, ya de indicios seguros respecto á las cosas, ya de síntomas y signos infalibles entre las misteriosas combinaciones que la naturaleza á nadie ha revelado hasta ahora sino á nosotros. Ahora bien, habiendo tenido uno de los nuestros una visión con respecto á ti, y sabiendo como sabíamos que nunca se ha engañado, nos pusimos en guardia, y te hemos vigilado.

Bál-samo oyó todo aquello sin dar la menor muestra de impaciencia ni aun de comprensión, y el presidente continuó:

— No era cosa fácil vigilar á un hombre como tú, porque entras en todas partes, siendo como es tu misión introducirte donde nuestros enemigos tengan una casa ó un poder cualquiera, y porque tienes á tu disposición no sólo tus recursos naturales, que son inmensos, sino los que nuestra sociedad te ha dado para hacer que triunfe su causa. Durante mucho tiempo hemos andado fluctuando en un mar de dudas, al ver entrar en tu casa á enemigos como Richelieu, la Dubarry y Rohán; además de que en la última reunión que tuvimos en la calle Platriere pronunciaste un discurso lleno de hábiles paradojas que nos hizo creer

según un papel importante, adulando y frecuentando el trato de esa raza incorregible que tratamos de extirpar de la tierra. Durante algún tiempo respetamos, pues, los misterios de tu conducta, esperando un feliz resultado; pero al fin llegó el desengaño.

Bálsamo permaneció tan inmóvil é impasible como antes, de suerte que el presidente empezó á impacientarse.

— Hace tres días, dijo, se expidieron cinco mandamientos de prisión: mandamientos que el señor de Sartines puso en ejecución aquel mismo día contra cinco de nuestros principales agentes, hermanos tan fieles como adictos, que residen en París. Los cinco han sido presos y llevados, dos á la Bastilla, donde se hallan en completa incomunicación; otros dos á Vincennes, sentenciados á reclusión perpetua; y otro á Bicetre, donde lo encerraron en el calabozo más mortífero. ¿Sabías esta circunstancia?

— No, dijo Bálsamo.

— Es muy extraño que tal digas cuando sabemos las relaciones que tienes con las personas poderosas del reino. Empero mucho más extraño es lo que voy á decir.

Bálsamo prestó atención.

— Para mandar prender á esos cinco fieles amigos nuestros, ha debido tener á la vista el señor de Sartines la única nota que contiene de un modo legible los nombres de las víctimas; y esa nota te la dirigió á tí en 1769 el consejo supremo, siendo tú quien has debido recibir á los nuevos individuos y darles inmediatamente el rango que les había señalado dicho consejo supremo.

Bálsamo manifestó con un gesto que no se acordaba de nada.

— Yo haré que te acuerdes. Las cinco personas de

que se trata estaban representadas por medio de cinco caracteres árabes, y estos caracteres correspondían en la nota que se te comunicó, á los nombres y cifras de los nuevos hermanos.

— Corriente, dijo Bálsamo.

— ¡Lo confiesas!

— Como queráis.

El presidente miró á sus asesores para que tomasen acta de aquella confesión.

— Pues bien, continuó, en esa misma nota, que es la única, tenlo presente, que ha podido comprometer á esos hermanos, había además otro nombre: ¿te acuerdas?

Bálsamo no contestó.

— Ese nombre era el de *conde de Félix*.

— Convenidos, dijo Bálsamo.

— Y entonces, habiéndose expedido mandamiento de prisión contra esos cinco, ¿por qué se respeta tu nombre, por qué es bien acogido, por qué se oye pronunciar favorablemente en la corte ó en las antecámaras de los ministros? Si nuestros hermanos merecieron ser presos, también tú: ¿qué tienes que responder á esto?

— Nada.

— ¡Ah! ya adivino tu objeción; podrás decir que la policía, por los medios particulares de que dispone, ha sorprendido los nombres de los hermanos más oscuros, pero que ha debido respetar el tuyo, porque es el de un embajador y de un hombre poderoso; hasta dirás que no ha podido concebir sospechas acerca de tu nombre.

— No diré nada absolutamente.

— Tu orgullo sobrevive á tu honor; esos nombres los ha descubierto la policía leyendo la nota confidencial que te había dirigido el consejo supremo, y he

aquí cómo llegó á sus manos :... Tú la tenías encerrada en un cofrecito, ¿ es verdad ?

— Sí.

— Un día salió de tu casa una mujer con un cofrecito bajo el brazo, y habiéndola visto nuestros vigilantes, la siguieron hasta el palacio del subdelegado de policía, en el barrio de San Germán. Nosotros podíamos cortar la desgracia en su origen, porque, con apoderarnos del cofrecito y detener á esa mujer, nos quedábamos tranquilos y seguros como antes; pero hemos obedecido á los artículos de nuestra constitución, que prescribe respetemos los medios ocultos de que se valen ciertos asociados para servir la causa común, aun cuando esos medios tengan visos de traición ó imprudencia.

Bálsamo pareció aprobar aquel aserto, pero con un gesto tan poco pronunciado que, á no ser por su anterior inmovilidad, apenas hubiera sido notado por sus jueces.

— Esa mujer llegó hasta el subdelegado de policía, dijo el presidente, le entregó el cofrecito, y todo quedó descubierto. ¿ Es cierto ?

— Perfectamente cierto.

El presidente se levantó, y exclamó :

— ¿ Quién era esa mujer ? Una mujer hermosa, apasionada, consagrada á ti en cuerpo y alma, á quien amas con ternura, tan aguda, tan astuta, tan flexible como uno de los ángeles de las tinieblas que ayudan al hombre en el logro del mal. ¿ Esa mujer es Lorenza Feliciani, Bálsamo !

Bálsamo dejó escapar un rugido de desesperación.

— Estás convicto, dijo el presidente.

— ¡ Vuestras conclusiones ! dijo Bálsamo.

— Aun no he acabado. Un cuarto de hora después de su entrada en casa del subdelegado de policía,

entraste tú también allí; pues ibas á recoger la recompensa de la traición que ella había sembrado. Como servidora obediente, había tomado á su cargo la perpetración del crimen, y tú ibas á dar la última mano á la obra infame. Lorenza salió sola, porque sin duda tú renegaste de ella, para no comprometerte acompañándola; tú saliste triunfante con la Dubarry, llamada allí para recoger de tu boca los indicios que querías te pagasen... Subiste á la carroza de aquella prostituta, como el batelero á la lancha con la pecadora Maria la Egipcíaca; dejabas al señor de Sartines las noticias que nos perdían, pero te llevabas el cofrecito que podía perderte para con nosotros. ¡ Afortunadamente hemos visto ! pues no nos abandona la luz del Señor en las ocasiones oportunas....

Bálsamo se inclinó sin decir nada.

— Ahora puedo formular mis conclusiones, añadió el presidente. Se han denunciado á la orden dos delinquentes : el primero es una mujer, tu cómplice, que tal vez inocentemente, pero de hecho, ha causado perjuicio á la causa revelando uno de nuestros secretos : el segundo eres tú, el maestro, el gran copto; tú, el rayo luminoso, que has tenido la cobardía de abrigarte tras esa mujer para que no se percibiera tan claramente tu traición.

Bálsamo levantó lentamente su pálido rostro, y fijó en los comisionados una mirada que despedía todo el fuego que había estado oculto en su pecho desde el principio del interrogatorio.

— ¿ Por qué acusáis á esa mujer ? dijo.

— ¡ Ah ! ya sabemos que tratarás de defenderla, porque la idolatras y la prefieres á todo. Sabemos que forma el tesoro de tu ciencia, de tu dicha y fortuna; y que es para ti un instrumento más precioso que todo el mundo.

— ¡ Y sabéis todo eso ? dijo Bálamo.

— Sí, lo sabemos, y por lo mismo el mayor castigo que te impondremos lo recibirás del que ella ha de recibir.

— Acabad....

El presidente se levantó y dijo :

— He aquí la sentencia : José Bálamo es un traidor, que ha faltado á sus juramentos ; pero como su saber es inmenso, es muy útil á la orden. Bálamo debe vivir para la causa á que ha hecho traición ; pertenece á sus hermanos, aunque ha renegado de ellos.

— ¡ Ah ! ah ! dijo Bálamo con aire feroz y sombrío.

— Una prisión perpetua protegerá á la asociación contra sus nuevas perfidias, al mismo tiempo que permitirá á los hermanos recoger de Bálamo la utilidad que tiene derecho á esperar de cada uno de sus individuos. En cuanto á Lorenza Feliciani, un castigo terrible....

— Esperad, dijo Bálamo con voz perfectamente tranquila ; se os ha olvidado que no me he defendido y que al reo debe oírsele antes de sentenciarle. Una palabra me basta, un documento nada más ; aguardadme un minuto, y os traeré la prueba que he prometido.

Los comisarios consultaron entre sí un momento.

— ¡ Oh ! ¡ teméis que me suicide ? dijo Bálamo con amarga sonrisa... Si hubiese querido, ya estaría hecho, porque con lo que contiene esta sortija hay para mataros á todos cinco si la abriera. Ahora, si teméis que me escape, consignad una ó más personas para que me acompañen.

— ¡ Ve ! dijo el presidente.

Bálamo desapareció, y al cabo de un minuto se le oyó bajar pesadamente la escalera, y entró en el salón

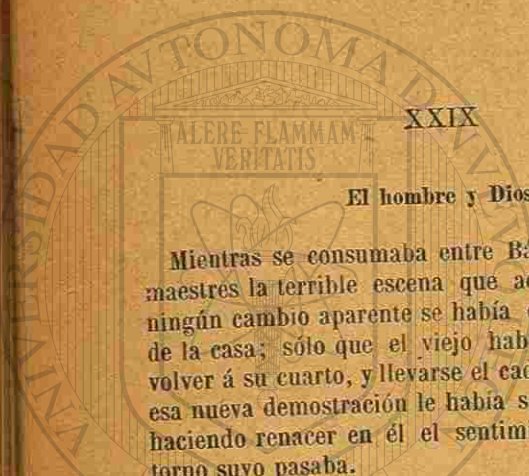
cargado con el cadáver tieso, frío y descolorido de Lorenza, cuyas blancas manos estaban colgando.

— ¡ Ahí tenéis, exclamó, esa mujer á quien yo adoraba, que era mi tesoro, mi único bien, mi vida ! ¡ á esa mujer que, como decís, ha cometido una traición ! ¡ Dios no os ha esperado á vosotros para castigarla ! ¡ Ahí la tenéis !

Y con un movimiento tan rápido como un relámpago, bajó el cadáver del hombre á los brazos y lo arrojó sobre el tapiz á los pies de los jueces, á quienes rozaron, causándoles un horror profundo, los frios cabellos y las manos inertes de la difunta, mientras que á la luz de las lámparas se veía, en medio de un cuello tan blanco como el del cisne, una ancha y profunda herida de un rojo siniestro.

— Sentenciad ahora, dijo Bálamo.

Espantados los jueces lanzaron un grito terrible, apoderándose de ellos tal terror, que salieron huyendo en una confusión inexplicable. Pronto se oyó el relincho de los caballos en el patio, rechinó la puerta sobre sus goznes, y en seguida volvió á reinar un silencio solemne al lado de la muerte y la desesperación.



El hombre y Dios

Mientras se consumaba entre Bálamo y los cinco maestros la terrible escena que acabamos de referir, ningún cambio aparente se había operado en el resto de la casa; sólo que el viejo había visto á Bálamo volver á su cuarto, y llevarse el cadáver de Lorenza, y esa nueva demostración le había sacado de su estupor haciendo renacer en él el sentimiento de cuanto en torno suyo pasaba.

Al ver á Bálamo cargar con el cadáver y bajar así á los pisos inferiores, creyó que aquella era la última, la eterna despedida de aquel hombre, cuyo corazón había despedazado, y le acometió el temor de un abandono que, para él, que todo lo había hecho para no morir, doblaba los horrores de la muerte.

Ignorando con qué objeto se alejaba Bálamo y adónde iba, comenzó á llamar: ¡Acharat! Acharat!

Este era el nombre que le daba en su infancia, y el que esperaba fuese el que más influencia conservaba sobre él.

Entretanto Bálamo seguía bajando; una vez abajo ni siquiera pensó en hacer subir la trampa, y se perdió en las profundidades del pasadizo.

— ¡ Ah! exclamó Althotas. ¡ He ahí lo que es el hombre! Un animal ciego é ingrato. ¡ Vuelve, Acha-

rat! vuelve! ¡ Ah! tú prefieres el ridículo objeto llamado mujer á la perfección de la humanidad que yo represento, prefieres el fragmento de la vida á la inmortalidad... ¡ Pero no! exclamó al cabo de un instante de silencio; no, el malvado ha engañado á su maestro; se ha burlado de mi confianza como un ladrón: temía verme vivir, á mi que tanto le aventajo en ciencia; ha querido heredar la obra laboriosa á que casi había yo dado cima, y me ha tendido un lazo, á mí que soy su maestro y su bienhechor. ¡ Oh, Acharat!

Y poco á poco se iba encendiendo la cólera del viejo, y sus mejillas recobraban un colorido febril; en sus ojos apenas abiertos se reanimaba el sombrío brillo de esas luces fosfóricas que los sacrilegos chicos colocan en los ojos de una calavera.

Entonces exclamaba:

— ¡ Vuelve, Acharat! vuelve! ¡ Cuidado! pues ya sabes que conozeo conjuros que evocan el fuego, y suscitan los espíritus sobrenaturales. En las montañas de Gad he evocado á Satanás, al que los magos llamaban Fegor, y le he hecho abandonar los abismos sombríos y presentárseme; he hablado con los siete ángeles, ministros de la cólera de Dios, sobre aquel monte en que Moisés recibió las tablas de la ley, y con sola mi voluntad he encendido el gran tripode de siete llamas que Trajano arrebató á los judíos... ¡ Cuidado contigo, Acharat! ¡ Cuidado con lo que haces!

Pero nadie le respondía.

Entonces, cada vez más abrasada su cabeza, decía con voz ahogada:

— ¡ No ves, desventurado, que me va á sorprender la muerte como á una criatura vulgar? Escucha, Acharat; bien puedes volver, porque no te haré ningún daño; renuncio al fuego, nada tienes que temer del

espíritu maligno ni de los siete ángeles vengadores, pues renunció á la venganza; y eso que podría causarte tal espanto, que te volverías idiota y quedarías frío como el mármol, porque sé paralizar la circulación de la sangre, Acharat. Vuelve, pues no te haré ningún daño; antes por el contrario, puedo hacerte tanto bien... Acharat, en vez de abandonarme, vela por mi vida, serán tuyos todos mis tesoros, todos mis secretos; hazme vivir, Acharat, para que te los enseñe. ¡Mira! mira!.....

Y señalaba con la vista y con un dedo trémulo la multitud de objetos, de papeles y rollos esparcidos en aquel vasto cuarto.

Luego aguardaba renaciendo, para escuchar, sus fuerzas que se iban debilitando por momentos.

— ¡Ah! tú no vuelves! continuaba. ¡Crees que voy á morir así! ¡Crees que lo heredarás todo por medio de este asesinato! porque tú eres quien me mata... ¡Insensato! Aun cuando supieras leer los manuscritos que sólo mis ojos han podido descifrar; aun cuando el talento te diese, por espacio de una vida dos veces y aun tres veces centenaria, mi ciencia y el uso de todos estos materiales recogidos por mí, ¡no! te repito que no me heredarás! ¡Acharat, vuelve, vuelve un momento, aunque no sea más que para presenciar la ruina de toda esta casa, para contemplar este hermoso espectáculo que te preparo! ¡Acharat! Acharat! Acharat!

Nadie le contestaba, porque durante ese tiempo estaba Bálamo respondiendo á la acusación de los maestros mostrándoles el cadáver de Lorenza asesinada; y los gritos del viejo abandonado eran cada vez más penetrantes, y la desesperación redoblaba sus fuerzas, y sus roncós aullidos, colándose por los pasadizos, difundían á lo lejos el espanto, como los rugidos

del tigre que ha roto su cadena ó las barras de su jaula.

— ¡Ah! ¿conque no vuelves? decía Althotas rugiendo; ¿conque me desprecias? ¿Conque confías en mi debilidad? Pues bien ahora lo verás: ¡fuego! fuego! fuego!

Articuló estos gritos con tal rabia, que Bálamo, que acababa de libertarse de la presencia de sus espantosos visitantes, despertó de su letargo, volvió á tomar en brazos á Lorenza, subió de nuevo la escalera, puso el cuerpo en el sofá en que dos horas antes había estado descansando, y colocándose en la plancha apareció de pronto á la vista de Althotas.

— ¡Ah! al fin vuelves! gritó el anciano ebrio de gozo; ¡sin duda has tenido miedo! Has visto que podía vengarme, y por eso has venido: has hecho bien en venir, pues si tardas un momento, prendo fuego á esta habitación.

Bálamo le miró encogiéndose de hombros, pero sin dignarse contestar ni una palabra.

— Tengo sed, dijo Althotas; Acharat, dame agua, que tengo sed.

Bálamo no se movió, pero miraba al moribundo como si tratara de no perder ni un minuto de su agonía.

— ¡Lo oyes, Acharat? gritó Althotas.

El taciturno espectador guardó el mismo silencio y la misma inmovilidad que antes.

— ¡No me has oído, Acharat? dijo el viejo, desgarrando la garganta para dar paso á su furia; ¡mi agua, dame mi agua!

El semblante de Althotas se iba descomponiendo rápidamente.

Se apagó el brillo que despedían sus ojos, y sólo brotaba de ellos un resplandor siniestro é infernal; la sangre no circulaba bajo su piel, no hacía gesto alguno,

casi no salía de su boca ningún aliento; sus nervudos y largos brazos, en que había llevado á Lorenza como si fuese una niña, se alzaban aun, pero inertes y flotantes como las membranas del pólipo; y la ira había gastado las pocas fuerzas que la desesperación resucitó en él por un instante.

— ¡ Ah! dijo, se te figura que no muero bastante pronto; y quieres que muera de sed. ¡ Ah! devoras con la vista mis manuscritos y tesoros, y crees que ya los tienes en tu poder... ¡ Pues bien! ¡ espera, espera!

Y haciendo un esfuerzo supremo sacó de debajo de los almohadones de su sillón un frasquito: en seguida lo destapó, y con el contacto del aire brotó una llama líquida del recipiente de vidrio, llama que Althotas, á la manera de una criatura mágica, vertió en torno suyo.

Al instante empezaron á arder como la pólvora aquellos manuscritos apilados al rededor del viejo, aquellos libros esparcidos por el cuarto, y los rollos de papel sacados á tanta costa de las pirámides de Cheops y de las primeras excavaciones que se hicieron en Herculano. Una sabana de fuego se extendió sobre el piso de mármol y ofreció á la vista de Bálamo una cosa parecida á los flamígeros círculos del infierno de que habla Dante.

Althotas esperaba sin duda que Bálamo se precipitase en medio de la llama para ver de salvar aquella herencia que el viejo destruía destruyéndose á sí mismo; pero se engañaba, pues Bálamo permaneció tranquilo retirándose á la movable plancha á fin de que la llama no pudiera alcanzarle.

Aquella llama envolvía á Althotas, pero en vez de asustarse no parecía sino que el viejo se hallaba en su elemento y que la llama, como hace con la salamandra esculpida en nuestros viejos castillos, le acariciaba en lugar de quemarle.

Bálamo seguía mirándole, mientras la llama seguía su curso apoderándose de las maderas y rodeando completamente al viejo: á poco rastreaba al pie del sillón de encina maciza en que aquel estaba sentado, siendo lo más extraño que aunque empezó á devorar la parte baja de su cuerpo parecía que no lo sentía.

Al contrario, con el contacto de aquel fuego, purificador al parecer, fuéronse alojando los músculos del moribundo gradualmente, y una serenidad desconocida invadió todas las facciones de su rostro como si se hubiera puesto una careta. Aislado del cuerpo en su última hora, parecía que el viejo profeta se preparaba para subir al cielo en su carro de fuego. Omnipotente en aquella hora suprema, el espíritu se olvidaba de la materia, y seguro de que nada tenía que esperar, se trasladaba con energía hacia las esferas superiores á que el fuego parecía querer arrebatarse.

Desde aquel momento los ojos de Althotas, que recobraron la vida cuando se extendió el primer reflejo de la llama, tomaron como punto de vista una cosa vaga y perdida, que ni era el cielo ni la tierra, sino que quería al parecer atravesar el horizonte tranquilo y resignado, analizando las sensaciones y escuchando hasta el menor dolor. Entonces, como si fuera la última voz que resonaba en el mundo, el mago se despidió con sordo acento del poder, la vida y la esperanza.

— ¡ Vamos, vamos! dijo, muero sin sentimiento, porque todo lo he poseído, todo lo he conocido; he podido cuanto es dable á la criatura, y tocaba ya á los límites de la inmortalidad.

Bálamo soltó una lúgubre carejada cuyo siniestro ruido llamó la atención del viejo.

Entonces, lanzándole Althotas, á través de las llamas

que le envolvían como un velo, una mirada impregnada de una majestad feroz, le dijo :

— Si, tienes razón; hay una cosa que no había previsto; no había previsto que hay un Dios.

Y como si esta palabra poderosa hubiese arrancado su alma, Althotas se recostó en su sillón y dió su último suspiro á Dios, de quien había esperado sus traerse.

Bálsamo exhaló un gemido, y sin cuidarse de preservar nada de la hoguera preciosa en que se había tendido aquel nuevo Zoroastro para morir, se volvió al lado de Lorenza y soltó el resorte de la plancha, la cual fué á encajarse en el techo, ocultando á su vista la inmensa fragua que hervía como el cráter de un volcán.

Toda la noche estuvo mugiendo la llama sobre la cabeza de Bálsamo como un huracán, sin que éste hiciese nada para apagarla ó libertarse de ella, porque era insensible á todos los riesgos junto al cuerpo también insensible de Lorenza; pero, contra lo que esperaba, después que el fuego lo devoró todo dejando desunida la bóveda de ladrillo, cuyos preciosos adornos había destruido, se apagó, y Bálsamo oyó sus últimos rugidos, que se parecían á los de Althotas, y que degenerando en quejas como las del viejo, murieron en suspiros.

FIN DEL TOMO QUINTO.

INDICE

	Pág.
I. — El cuerpo y el alma	3
II. — El alma y el cuerpo.	23
III. — La portera de Marat	33
IV. — El hombre y sus obras.	48
V. — El adorno de Rousseau.	60
VI. — Los bastideres del teatro de Trianón	66
VII. — El cofrecillo.	86
VIII. — La cena de Luis XV.	94
IX. — Presentimientos.	108
X. — La novela de Gilberto	117
XI. — El padre y la hija	126
XII. — Lo que necesitaba Althotas para completar su elixir de vida	134
XIII. — Las dos gotas de agua del duque de Richelieu.	130
XIV. — La fuga.	163
XV. — La doble vista	173
XVI. — Catalepsis	184
XVII. — La voluntad	193
XVIII. — Palacio del señor de Sartines	201
XIX. — El cofrecito	210
XX. — Plática	220

que le envolvían como un velo, una mirada impregnada de una majestad feroz, le dijo :

— Si, tienes razón; hay una cosa que no había previsto; no había previsto que hay un Dios.

Y como si esta palabra poderosa hubiese arrancado su alma, Althotas se recostó en su sillón y dió su último suspiro á Dios, de quien había esperado sus traerse.

Bálsamo exhaló un gemido, y sin cuidarse de preservar nada de la hoguera preciosa en que se había tendido aquel nuevo Zoroastro para morir, se volvió al lado de Lorenza y soltó el resorte de la plancha, la cual fué á encajarse en el techo, ocultando á su vista la inmensa fragua que hervía como el cráter de un volcán.

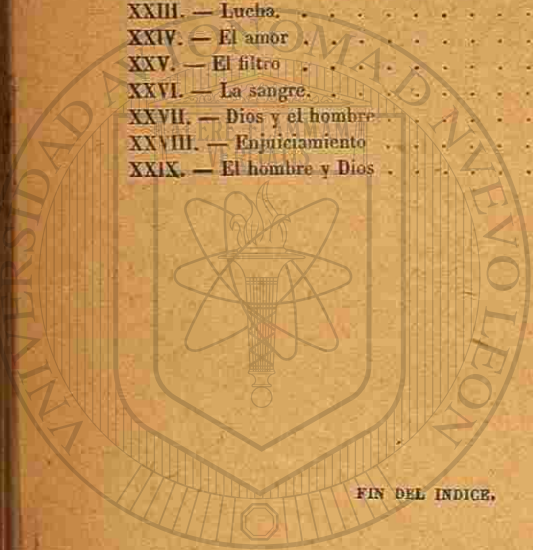
Toda la noche estuvo mugiendo la llama sobre la cabeza de Bálsamo como un huracán, sin que éste hiciese nada para apagarla ó libertarse de ella, porque era insensible á todos los riesgos junto al cuerpo también insensible de Lorenza; pero, contra lo que esperaba, después que el fuego lo devoró todo dejando desunida la bóveda de ladrillo, cuyos preciosos adornos había destruído, se apagó, y Bálsamo oyó sus últimos rugidos, que se parecían á los de Althotas, y que degenerando en quejas como las del viejo, murieron en suspiros.

FIN DEL TOMO QUINTO.

INDICE

	Pág.
I. — El cuerpo y el alma	3
II. — El alma y el cuerpo.	23
III. — La portera de Marat	33
IV. — El hombre y sus obras.	48
V. — El adorno de Rousseau.	60
VI. — Los bastideres del teatro de Trianon	66
VII. — El cofrecillo.	86
VIII. — La cena de Luis XV.	94
IX. — Presentimientos.	108
X. — La novela de Gilberto	117
XI. — El padre y la hija	126
XII. — Lo que necesitaba Althotas para completar su elixir de vida	134
XIII. — Las dos gotas de agua del duque de Richelieu.	130
XIV. — La fuga.	163
XV. — La doble vista	173
XVI. — Catalepsis	184
XVII. — La voluntad	193
XVIII. — Palacio del señor de Sartines	201
XIX. — El cofrecito	210
XX. — Plática	220

	Pág.
XXI. — En que el señor de Sartines principia á creer que Balsamo es hechicero	232
XXII. — El elixir de la vida	240
XXIII. — Lucha	249
XXIV. — El amor	255
XXV. — El filtro	268
XXVI. — La sangre	279
XXVII. — Dios y el hombre	289
XXVIII. — Enjuiciamiento	296
XXIX. — El hombre y Dios	306



FIN DEL INDICE.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

